

Miente. Seduce. Sobrevive.



Diabólica

Miente. Seduce. Sobrevive.



Diabólica

S.J.Kincaid

Diabólica

S.J.Kincaid

Traducción de Julio Hermoso

ALFAGUARA


megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@Ebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Para

JAMIE

(alias *Poosen*)

y

JESSICA

(alias *The Real Yaolan*).

Tener un amigo en quien puedes confiar a ciegas es una bendición, pero yo he tenido la fortuna de contar con dos. Chicos, significáis para mí más de lo que os imagináis.

«¿Te hizo a ti quien hizo al cordero?»

William Blake, «El tigre»

Todo el mundo creía que los diabólicos no sentían miedo, pero en mis primeros años, el miedo fue lo único que conocí. Hizo presa en mí la misma mañana en que los Impyrean vinieron a los corrales a verme.

No sabía hablar, pero entendía la mayor parte de las palabras que oía. El patrón del corral estaba fuera de sí en sus advertencias a sus ayudantes: en breve llegarían el senador Von Impyrean y su mujer, la matriarca de los Impyrean. Los cuidadores se paseaban por mi redil y me repasaban de la cabeza a los pies en busca de cualquier defecto.

Esperé a aquel senador y a la matriarca con el corazón latiéndome con fuerza y los músculos preparados para la batalla.

Y entonces llegaron.

Todos los adiestradores, todos los cuidadores, cayeron de rodillas ante ellos. El patrón del corral les tomó las manos y se las llevó a las mejillas en un gesto de reverencia.

—Nos sentimos muy honrados por esta visita.

Sentí una punzada de temor. ¿Qué suerte de criaturas eran estas, que el aterrador patrón del corral caía al suelo ante ellas? Jamás había sentido tan restrictivo el resplandeciente campo de fuerza de mi redil. Retrocedí tanto como pude. El senador Von Impyrean y su mujer se acercaron dando un paseo y me observaron desde el otro lado de la barrera invisible.

—Como vos podéis ver —les contó el patrón del corral—, Némesis tiene

aproximadamente la edad de vuestra hija, y su físico ha sido confeccionado conforme a sus especificaciones. En los próximos años, lo único que hará es crecer y ponerse más fuerte.

—¿Estás seguro de que esa chica es peligrosa? —dijo el senador arrastrando las palabras—.

Parece una niña aterrada.

Aquellas palabras me helaron la sangre.

Se supone que yo jamás debía estar *aterrada*. El miedo me proporcionaba descargas, raciones reducidas, castigos. Nadie debe verme asustada, nunca. Fulminé al senador con una fiera mirada.

Cuando sus pupilas se encontraron con las mías, pareció sorprendido. Abrió la boca para volver a hablar, titubeó y entornó los ojos antes de apartarlos de los míos.

—Tal vez tengas razón —masculló—. Esos ojos. En ellos se ve la crueldad. Querida, ¿estás totalmente segura de que necesitamos esta monstruosidad en nuestra casa?

—Todas las grandes familias tienen ya un diabólico. No va a ser nuestra hija la única que se quede sin protección —dijo la matriarca. Se volvió hacia el patrón del corral—. Me gustaría ver qué recibiremos a cambio de nuestro dinero.

—Por supuesto —respondió el patrón, que se dio la vuelta para hacer una señal a uno de los cuidadores—. Un poco de carnada...

—No —sonó como un latigazo la voz de la matriarca—. Debemos asegurarnos. Hemos traído nuestro propio trío de condenados. Serán prueba suficiente para esta criatura.

El patrón sonrió.

—Pues claro, noble Von Impyrean. Todo cuidado es poco. Hay tantos criaderos de baja calidad por ahí... Némesis no os decepcionará.

La matriarca hizo un gesto de asentimiento a alguien que se encontraba fuera de mi vista. Se materializó el peligro que me había estado esperando: traían a tres hombres hacia mi redil.

Volví a poner la espalda contra el campo de fuerza y sentí el cosquilleo de la vibración por la piel.

Se me abrió un gélido agujero en la boca del estómago. Sabía lo que iba a suceder a continuación.

Estos no eran los primeros hombres que me traían de visita.

Los ayudantes del patrón los desencadenaron y desactivaron la sección más alejada del campo de

fuerza para empujarlos al interior conmigo antes de volver a conectarlo. Mi respiración se había convertido en un jadeo. No quería hacerlo. No quería.

—¿De qué va esto? —exigió saber uno de los condenados mirándome a mí y después a su improvisado público.

—¿No es obvio? —la matriarca se agarró del brazo del senador, lanzó una mirada de satisfacción

a su marido y se dirigió a los condenados en un tono de lo más agradable—. Os han traído aquí vuestros delitos de sangre, pero ahora disponéis de la oportunidad de redimiros. Matad a esa niña, y mi marido os concederá el perdón.

Los hombres se quedaron mirando al senador, que hizo con la mano un gesto de indiferencia.

—Es como dice mi señora.

Uno de los hombres maldijo con violencia.

—Ya sé lo que es eso. ¿Creéis que soy idiota? ¡Yo ni me acerco!

—Si no lo haces —respondió la matriarca con una sonrisa—, los tres seréis

ejecutados. Ahora, matad a la niña.

Los condenados me estudiaron, y, pasado un instante, el más corpulento de ellos mostró una sonrisa lasciva.

—Es una cría. Yo lo haré. Niña, ven aquí —comenzó a acecharme—. Oídme, ¿queréis ver sangre,

o le rompo el cuello sin más?

—Tú decides —dijo la matriarca.

Su confianza envalentonó a los demás e hizo que se les iluminase el rostro con la esperanza de la libertad. El corazón me golpeaba contra las costillas. No tenía forma de advertirles que se alejaran de mí. Aunque la hubiera tenido, no me habrían escuchado. Su cabecilla me había definido como una cría, y eso era lo que ellos veían ahora. Esa fue su fatal equivocación.

El más grande alargó la mano por abajo para agarrarme sin la debida atención, y llegó tan cerca que pude olerle el sudor.

El olor desencadenó algo dentro de mí, lo mismo que todas las veces anteriores: el miedo desvanecido. El terror disuelto en una oleada de ira.

Mis dientes se cerraron como un cepo en su mano. Saltó la sangre, cálida y de color cobrizo.

Chilló y trató de retirarla... demasiado tarde. Lo agarré por la muñeca, me lancé hacia delante y le retorcí el brazo por el camino. Crujieron los ligamentos. Le di una patada en la parte posterior de la pierna para tirarlo al suelo. Salté sobre él y aterricé con un fuerte golpe de la suela de las botas sobre su nuca. El cráneo se le astilló.

Otro de los hombres, también muy atrevido, se había acercado en exceso, y en ese momento advirtió su error. Gritó horrorizado, pero no escapó. Fui demasiado rápida. La palma de mi mano le golpeó en el cartílago de la nariz y se lo hundió hasta el cerebro.

Pasé por encima de los dos cadáveres hacia el tercer hombre, el que había

tenido la sensatez de temerme. Soltó un alarido y se trastabilló al retroceder contra el campo de fuerza, encogido de miedo

tal y como yo lo había hecho antes, cuando aún no me había enfadado. Alzó las manos temblorosas.

Los sollozos le sacudían el cuerpo.

—No, por favor. No me hagas daño, por favor, ¡por favor, no!

Aquellas palabras me hicieron dudar.

Mi vida, toda ella, había transcurrido de aquel modo, esquivando a agresores, matando para evitar la muerte, matando para que no me matasen a mí. Sin embargo, solo en una ocasión antes de aquella una voz me había pedido clemencia. En aquel entonces no supe qué hacer. Ahora, allí de pie sobre ese hombre encogido, sentí cómo se filtraba en mí aquella misma confusión y me anclaba en el sitio.

¿Cómo iba a actuar a partir de ahí?

—Némesis —de pronto, la matriarca se encontraba de pie ante mí, separadas tan solo por el campo de fuerza—. ¿Puede entenderme si hablo con ella? —le preguntó al patrón del corral.

—Tienen de humano lo suficiente para entender el lenguaje —dijo él—, pero no aprenderá a responder hasta que las máquinas le trabajen un poco el cerebro.

La matriarca asintió y se giró hacia mí.

—Me has dejado impresionada, Némesis. Te pregunto ahora, ¿quieres salir de aquí? ¿Deseas tener

algo valioso que sea tuyo, algo que amar y proteger, y un hogar con unas comodidades más allá de tus propios sueños?

¿Amar? ¿Comodidades? Eran palabras extrañas. Desconocía su significado, pero el tono de voz de

la mujer resultaba persuasivo y muy prometedor. Me recorrió la mente en forma de una melodía que amortiguó los sollozos del hombre aterrorizado.

No podía apartar la mirada de los intensos ojos de la matriarca.

—Si quieres ser algo más que un animal en este redil húmedo y frío —me dijo—, demuestra que

eres merecedora de servir a la familia Impyrean. Demuestra que eres capaz de obedecer cuando es importante. Mata a ese hombre.

Amar. Comodidades. No sabía qué era aquello, pero lo quería. Y lo tendría. Me acerqué y le partí el cuello al hombre.

Cuando el tercer cadáver cayó al suelo, a mis pies, la matriarca sonrió.

Más tarde, los cuidadores me llevaron al laboratorio, donde me esperaba una chica muy joven. Por su seguridad, me tenían reducida, con los brazos y las piernas envueltos en un acero grueso con un anillo exterior de electricidad que brillaba. No podía dejar de mirar a aquella criatura, pequeña y temblorosa, con el pelo oscuro y una piel y una nariz que nunca se habían quebrado.

Ya sabía lo que era aquella criatura. Era una chica *de verdad*.

Lo sabía porque ya había matado a una.

Se aproximó a mí un solo paso de más y le enseñé los dientes. Retrocedió de un respingo.

—Me odia —dijo con el labio inferior temblando.

—Némesis no te odia —le aseguró el médico mientras volvía a comprobar mis sujeciones—. Así

es como se comportan los diabólicos en esta etapa de su desarrollo. Tienen el mismo aspecto que nosotros, pero en realidad no son seres humanos como tú y como yo. Son depredadores. No pueden

sentir empatía ni bondad. No tienen la capacidad necesaria. Por eso, cuando son lo bastante mayores, tenemos que educarlos. Acércate más, Sidonia.

Hizo un gesto encogiendo un dedo. Sidonia lo siguió hasta la pantalla de un ordenador cercano.

—¿Ves eso? —le preguntó.

Yo también podía ver la imagen, pero no me pareció interesante. Ya había abierto los suficientes

cráneos como para reconocer un cerebro humano.

—Eso se llama córtex frontal —guardó silencio un momento y lanzó a la niña una mirada fugaz y

con un aire temeroso—. Esto no lo he investigado yo, por supuesto, sino que en mi trabajo se aprenden cosas simplemente observando las máquinas.

La frente de Sidonia se arrugó un segundo, como si aquellas palabras la hubiesen desconcertado.

Nervioso, continuó hablando con bastante rapidez.

—Tal y como yo lo entiendo, estas máquinas van a hacer que esa parte de su cerebro se haga más

grande. Mucho más grande. Harán que Némesis sea más lista. Aprenderá a hablar contigo y a razonar.

Las máquinas iniciarán también el proceso de vinculación.

—¿Y entonces le caeré bien?

—A partir de hoy, será tu mejor amiga.

—¿Y dejará de estar tan enfadada? —dijo Sidonia en un hilo de voz.

—Bueno, esa agresividad no es más que la forma en que están hechos los

diabólicos. Pero Némesis no la dirigirá hacia ti. De todo el universo, tú serás la única persona a la que querrá jamás. Así que si alguien pretende hacerte daño..., será mejor que se ande con ojo.

Sidonia esbozó una trémula sonrisa.

—Muy bien, cielo, ahora necesito que te quedes ahí de pie donde ella pueda verte. El contacto visual es crítico para el proceso de vinculación.

El médico situó a Sidonia ante mí con cuidado de mantenerla fuera de mi alcance. Evitó mis mordiscos y me aplicó unos electrodos de estimulación en el cráneo. Un momento después se pusieron a zumbar.

Un hormigueo en el cerebro, estrellitas que se encendían ante mis ojos.

Mi odio, mi necesidad de machacar, destrozar y destruir, comenzó a apaciguarse. A desvanecerse.

Otra corriente chisporroteó, y otra más.

Miré a la niña que tenía ante mí, y algo nuevo se despertó en mi interior, una sensación que no había tenido nunca.

Ahora tenía un constante rugido dentro del cráneo, cambiándome, modificándome.

Quería ayudar a aquella niña. Quería protegerla.

El rugido siguió y siguió, y después se desvaneció como si en el universo no existiese nada salvo *ella*.

El médico pasó varias horas haciéndome pruebas mientras me modificaban el cerebro. Permitted que Sidonia se me acercase un poco, y después un poco más. Él me observaba a mí mientras yo miraba a Sidonia.

Y al fin llegó la hora.

El médico se retiró a una cierta distancia y dejó a Sidonia sola delante de mí. La niña se levantó, temblando de la cabeza a los pies. El médico me apuntó

con una pistola eléctrica a modo de precaución y abrió mis sujeciones.

Me estiré y me solté las ataduras. La niña cogió aire con fuerza y se le marcó la clavícula por debajo del cuello esquelético. Con qué facilidad se podría partir. Lo sabía. Sin embargo, aunque podía haberle hecho daño, aunque me habían soltado delante de ella exactamente igual que con todos los demás a los que había matado, la simple idea de lesionar a aquella criatura tan delicada me hizo retroceder.

Me acerqué más para poder ver bien a la niña, aquel ser de infinito valor cuya supervivencia ahora

significaba más para mí que la mía propia. Qué pequeña era. Me pregunté por aquel sentimiento en mi interior que resplandecía en mi pecho como cálidos rescoldos. Aquel maravilloso fulgor procedía de mirarla *a ella*.

Sidonia dio un respingo cuando le acaricié la suave piel de la mejilla. Estudié su cabello oscuro, qué contraste con mi tono de rubio, pálido y blanquecino. Aproximé la cara para examinar los iris de sus grandes ojos. El temor inundaba sus profundidades, y yo deseaba que ese temor desapareciese.

Seguía temblando, así que le puse las palmas de las manos en los brazos, tan frágiles, y me quedé muy quieta con la esperanza de que mi firmeza la calmase.

Sidonia dejó de temblar. El temor se desvaneció, y se le curvaron hacia arriba las comisuras de los labios.

Imité su gesto y obligué a mis labios a curvarse. Me pareció extraño y antinatural, pero lo hice por ella. Era la primera vez en mi vida que actuaba en beneficio de otra persona distinta de mí.

—Hola, Némesis —susurró la niña. Tragó saliva de manera audible—. Me llamo Sidonia —

apareció una línea en su entrecejo, y se llevó la palma de la mano al pecho—. Si-do-nia.

Me di unos golpecitos en el pecho y la imité.

—Sidonia.

La niña se rio.

—No —me cogió la mano y se la llevó al pecho. Pude sentir el frenético ritmo del latido de su corazón—. Yo soy Sidonia, pero me puedes llamar Donia.

—Donia —repetí, y le di unos golpecitos en la clavícula: había entendido.

Donia sonrió de pronto de un modo que me hizo sentir... cariñosa, complacida, orgullosa. Miró a

su espalda, al médico.

—¡Tenías razón! No me odia.

El médico asintió.

—Némesis ya está vinculada a ti. Vivirá y respirará por ti durante todos los días de tu vida.

—Ella también me cae bien a mí —afirmó Donia, sonriéndome—. Creo que nos haremos amigas.

El médico se rio en tono bajo.

—Amigas, sí. Te lo prometo, Némesis será la mejor amiga que hayas tenido nunca. Te amaré hasta

el día en que mueras.

Y así, por fin, tuve un nombre para aquel sentimiento, aquella sensación nueva, extraña y maravillosa en mi interior: aquello era lo que me había prometido la matriarca de los Impyrean.

Aquello era *amor*.

Sidonia había cometido un peligroso error.

Estaba tallando una estatua a partir de un gran bloque de piedra. Había algo hipnótico en su manera de blandir y lucir el sable láser, brillante contra la oscura ventana que daba al paisaje estelar del espacio. Nunca dirigía la hoja hacia donde yo me esperaba, pero, no sé muy bien cómo, siempre creaba en la piedra una imagen que mi propia imaginación jamás habría podido evocar. Hoy era una estrella convertida en supernova, una escena extraída de la historia helionista y representada en la piedra de manera muy gráfica.

No obstante, uno de los balanceos del láser había extraído un fragmento demasiado grande en la

base de la escultura. Lo vi de inmediato y me puse en pie de golpe con una punzante sensación de alarma. Aquella estructura ya no era estable. La estatua se iba a venir abajo en cualquier momento.

Donia se arrodilló para estudiar el efecto visual que había creado, ajena al peligro.

Me acerqué silenciosa. No quería que me viese: podría sorprenderla, hacer que diese un respingo o un salto y se cortase con el láser. Mejor rectificar por mí misma la situación. Mis pasos me llevaron al otro extremo de la habitación. Justo cuando llegué hasta ella sonó el primer crujido y llovieron los fragmentos de polvo por encima de ella conforme se inclinó la estatua.

Agarré a Donia y la quité de en medio con un barrido del brazo. Una gran colisión nos reventó en los oídos, y el polvo ahogó el aire viciado del estudio de bellas artes.

Le quité a Donia el sable láser de la mano con un forcejeo y lo apagué.

Ella se liberó y se frotó los ojos.

—¡Vaya, no! No lo he visto venir —la consternación le cambió el rostro mientras miraba el desastre—. La he echado a perder, ¿verdad?

—Olvida la estatua —le dije—. ¿Te has hecho daño?

Descartó mi pregunta con un gesto triste de la mano.

—No me puedo creer lo que he hecho. Con lo bien que iba... —le dio una patada a un fragmento

de piedra con la punta de la zapatilla, suspiró y me miró—. ¿Te he dado las gracias? No lo he hecho.

Gracias, Némesis.

Su agradecimiento no me interesaba. Lo importante era su seguridad. Yo era su diabólica. Solo las personas ansiaban las alabanzas.

Los diabólicos no eran personas.

Parecíamos personas, desde luego. Teníamos el ADN de una persona, pero éramos otra cosa: criaturas ideadas para ser absolutamente implacables y leales por completo a un solo individuo.

Mataríamos encantados por esa persona, y solo por ella. Por eso estaban tan impacientes las familias de la élite del imperio por venir a por nosotros para que les sirviéramos de guardaespaldas a ellos y a sus hijos, y para que fuésemos la cruz de sus enemigos.

Sin embargo, se diría que en los últimos tiempos los diabólicos estaban haciendo su trabajo demasiado bien. Donia solía conectarse al canal del senado para ver a su padre en acción. En las semanas previas, el Senado Imperial había comenzado a debatir sobre «la amenaza diabólica». Los

senadores discutían sobre los diabólicos, que se habían vuelto impredecibles y mataban a los enemigos de sus amos por el menor desaire, incluso asesinaban a miembros de la familia del niño cuya protección les habían asignado con tal de favorecer los intereses del crío. Estábamos resultando ser una amenaza para algunas familias, más que un elemento valioso.

Supe que el senado debía de haber tomado una decisión sobre nosotros, porque, esa mañana, la matriarca le había enviado una misiva a su hija... un

mensaje que procedía directamente del emperador. Donia le había echado un simple vistazo y se había enfrascado en su talla.

Hacía casi ocho años que vivía con ella. Podría decirse que habíamos crecido codo con codo.

Donia solo se quedaba así de callada y distraída cuando se preocupaba por mí.

—¿Qué decía la misiva, Donia?

Señaló un fragmento de la estatua rota.

—Némesis..., han prohibido los diabólicos. Con efecto retroactivo.

Con efecto retroactivo. Eso afectaba a los diabólicos que ya estábamos asignados, como yo.

—Entonces, el emperador espera que te deshagas de mí.

Donia hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo haré, Némesis.

Por supuesto que no lo haría. Y después la castigarían por ello. Mi voz adquirió un tono incisivo.

—Si no te ves capaz de librarte de mí, yo misma me encargaré de la cuestión.

—¡He dicho que no lo haré, Némesis, y tú tampoco! —se le encendió la mirada. Elevó la barbilla

—. Encontraré otra manera.

Sidonia siempre había sido tímida y dócil, pero se trataba de una apariencia engañosa. Yo ya había aprendido tiempo atrás que dentro de ella había una acerada corriente subterránea.

Su padre, el senador Von Impyrean, resultó ser de ayuda. Sentía una poderosa

animadversión hacia el emperador, Randevald von Domitrian.

Cuando Sidonia suplicó por mi vida, un destello desafiante se apoderó de los ojos del senador.

—El emperador *exige* su muerte, ¿no es así? Pues bien, quédate tranquila, querida. No hace falta que pierdas a tu diabólica. Le diré al emperador que sus exigencias se han llevado a cabo, y ahí se acabará el problema.

El senador se equivocaba.

Como la mayoría de los poderosos, los Impyrean preferían vivir aislados y relacionarse tan solo en espacios virtuales. El excedente —los humanos libres que vivían desperdigados por los planetas—

más cercano se encontraba a sistemas de distancia del senador Von Impyrean y su familia, y él ejercía su autoridad sobre ellos desde un retiro estratégico. La fortaleza de la familia orbitaba alrededor de un gigante gaseoso deshabitado con un anillo de lunas en las que no había vida.

De modo que todos nos quedamos sorprendidos cuando, semanas más tarde, una nave estelar llegó

desde las profundidades del espacio y de manera inesperada, sin previo aviso. La enviaba el emperador bajo el pretexto de «inspeccionar» el cadáver de la diabólica, pero a bordo no había ningún inspector.

Era un inquisidor.

El senador Von Impyrean había subestimado la hostilidad del emperador hacia su familia. Mi existencia le otorgaba al emperador la excusa para situar a uno de sus agentes en la fortaleza de los Impyrean. Los inquisidores eran un tipo especial de vicarios entrenados para enfrentarse a los peores paganos e imponer el cumplimiento de los edictos de la religión helionista, por lo general con

métodos violentos.

La simple llegada del inquisidor debería haber aterrorizado al senador y

haberle hecho obedecer, pero, aun así, el padre de Sidonia burló la voluntad del emperador.

El inquisidor había venido a ver un cadáver, y un cadáver le mostraron.

Solo que no fue el mío.

Uno de los siervos de los Impyrean, una mujer, había estado aquejada del mal solar. Igual que los diabólicos, los siervos habían sido genéticamente diseñados para el servicio. Al contrario que a nosotros, a ellos no les hacía falta la capacidad de tomar decisiones, así que no los habían diseñado para disponer de ella. El senador me condujo junto a la cama de la sierva enferma y me entregó la daga.

—Haz lo que mejor se te da, diabólica.

Le agradecía que hubiese enviado a Sidonia a sus habitaciones. No quería que ella lo viese. Hundí la daga por debajo de la caja torácica de la sierva. Ni se inmutó, no trató de huir. Me miró con unos ojos vacíos e inexpresivos, y, acto seguido, estaba muerta.

Únicamente entonces se permitió al inquisidor que se acoplara con la fortaleza. Realizó una inspección somera del cuerpo y apenas se detuvo para comentar:

—Qué raro. Parece que... *acaba* de morir.

El senador permanecía irritado junto a su hombro.

—La diabólica llevaba ya varias semanas muriéndose de mal solar. Acabábamos de tomar la decisión de poner fin a su sufrimiento cuando vos llegasteis a este sistema.

— *En contra* de lo que decía vuestra misiva —expuso el inquisidor volviéndose sobre él—. Vos mismo afirmabais que la muerte ya se había producido. Ahora que la veo, me pregunto por su tamaño. Es más bien pequeña para ser una diabólica.

—¿Ahora vais a dudar también del cuerpo? —bramó el senador—. Os lo

estoy diciendo, llevaba

semanas consumiéndose.

Yo observaba al inquisidor desde un rincón. Lucía un vestido nuevo de sierva que ocultaba mi corpulencia y musculatura bajo unos pliegues voluminosos. Si el hombre se percataba de la artimaña, lo mataría.

Confiaba en que no hubiera que llegar a eso. Ocultar la muerte de un inquisidor podría resultar...

complicado.

—Quizá, si vuestra familia se mostrase más respetuosa con el Cosmos Vivo —comentó el inquisidor—, vuestra casa no habría sufrido una dolencia tan espantosa como el mal solar.

Furioso, el senador cogió aire para responder, pero en ese momento la matriarca dio un rápido paso al frente desde donde aguardaba, en la puerta. Agarró a su marido del brazo y se le adelantó.

—¡Cuánta razón tenéis, inquisidor! Estamos inmensamente agradecidos por vuestra clarividencia

—su sonrisa era gentil, ya que la matriarca no compartía las ansias de su marido por desafiar al emperador.

Ella ya había sufrido la ira imperial en sus propias carnes a una tierna edad. Su propia familia había contrariado al emperador, y el precio lo pagó uno de sus hermanos. Ahora se mostraba cargada de ansiedad, y el cuerpo le temblaba por las ganas de aplacar a su invitado.

—No sabéis cuánto me complacería que asistierais esta noche a nuestros ritos, inquisidor. Quizá podríais apuntarnos qué estamos haciendo mal —su tono de voz se deshacía en dulzura, algo que sonaba extraño en su agriada voz habitual.

—Para mí sería un placer, noble Von Impyrean —respondió el inquisidor, ahora cortés. Extendió la mano para llevarse a la mejilla los nudillos de la

matriarca.

Ella se apartó.

—Iré a hacer los preparativos con nuestros siervos. Tú... ven conmigo — hizo un movimiento brusco con la cabeza para indicarme que la acompañase.

Yo no quería dejar allí al inquisidor. Quería vigilar todos y cada uno de sus movimientos, observar todas y cada una de sus expresiones, pero la matriarca no me había dejado más elección que seguirla tal y como haría una sierva. Nuestros pasos nos llevaron fuera de aquella estancia, lejos de la vista del inquisidor. La matriarca aceleró el paso, y yo hice lo mismo. Recorrimos juntas los recodos del pasillo camino de las habitaciones del senador.

—Qué locura —masculló—. ¡Qué locura correr este riesgo justo ahora! ¡Deberías yacer ahí muerta delante de ese inquisidor, y no andar paseándote por aquí a mi lado!

Le lancé una mirada detenida y reflexiva. Estaría encantada de morir por Donia, pero si se trataba de mi vida o la de la matriarca, me situaría a mí por delante.

—¿Tenéis intención de contarle al inquisidor lo que soy?

No había terminado de decirlo y ya visualizaba el golpe que utilizaría para matarla. Un solo golpe en la nuca... No era necesario arriesgarse a que gritara. Donia podría salir de sus habitaciones si oía algo. Sentiría mucho matar a su madre delante de ella.

La matriarca poseía el instinto de supervivencia del que carecían su marido y su hija. Mi tono de voz más suave había bastado para que una expresión de terror le asomase al rostro. Un instante después, se había desvanecido con tal celeridad que me pregunté si habían sido imaginaciones mías.

—Por supuesto que no —dijo—. A estas alturas, la verdad nos condenaría a todos.

Así pues, la matriarca viviría. Se me relajaron los músculos.

—Ya que estás aquí —me dijo amenazadora—, nos serás de utilidad. Me ayudarás a ocultar el trabajo de mi marido antes de que ese inquisidor inspeccione sus aposentos.

Eso sí podía hacerlo. Entramos decididas en el estudio del senador, donde la matriarca se remangó el vestido para pasar arrastrando los pies entre los restos desperdigados por la sala, fragmentos blasfemos de una base de datos que condenaría en el acto a toda aquella familia si el inquisidor les ponía la vista encima.

—Vamos, deprisa —me dijo con un gesto para que empezase a arramblar con ellos.

—Los llevaré al incinerador...

—No —su voz sonó amarga—. Mi marido utilizará su destrucción como excusa para adquirir más.

De momento basta con que los quitemos de en medio —retorció los dedos en una rendija de la pared, y el suelo se deslizó y se abrió para dejar a la vista un compartimento oculto.

Acto seguido, se acomodó en el sillón del senador y se abanicó con la mano mientras yo cargaba a brazos llenos con un viaje tras otro de fragmentos de lo que parecían trozos de ordenadores y chips de datos hasta el compartimento. El senador se pasaba los días allí dentro reparando todo lo que era capaz de rescatar, cargando información en su base de datos personal. Leía el material con avidez y con frecuencia lo comentaba con Sidonia. Aquellas teorías científicas, todos aquellos esquemas teológicos, todos blasfemos. Todos ellos insultos contra el Cosmos Vivo.

Escondí el ordenador personal del senador junto con todos aquellos restos, y la matriarca cruzó de nuevo la habitación hasta la pared y retorció el dedo en la rendija. El suelo se deslizó y se cerró.

Cargué con el escritorio del senador y lo coloqué encima para que cubriese el compartimento oculto.

Me volví a erguir y me encontré con que la matriarca me estaba mirando con los ojos entrecerrados.

—Me habrías matado ahí fuera, en el pasillo —el brillo de sus ojos me desafiaba, a ver si me atrevía a negarlo.

No lo hice.

—Señora, vos ya sabéis lo que soy.

—Oh, sí que lo sé —torció los labios—. *Un monstruo*. Yo sé lo que hay detrás de esos ojos fríos y desalmados que tienes. Los diabólicos han sido prohibidos exactamente por eso, porque protegen a uno y suponen una amenaza para todos los demás. Que no se te olvide nunca que Sidonia me necesita.

Soy su madre.

—Que no se os olvide nunca que yo soy su diabólica. A mí me necesita más.

—Es imposible que tú entiendas lo que una madre significa para un hijo.

No, no podía. Yo jamás la tuve. Todo cuanto sabía era que Sidonia estaba más segura conmigo que con cualquier otro en todo el universo. Incluida su propia familia.

La matriarca dejó escapar una risa desagradable.

—No sé por qué me paro a discutir esto contigo. No eres más capaz de comprender lo que es una

familia que un perro de componer poesía. No, lo que importa es que tú y yo compartimos una causa.

Sidonia tiene un buen corazón y es ingenua. Fuera de esta fortaleza, en el vasto imperio... quizá una criatura como tú sea justo lo que mi hija necesita para sobrevivir, pero tú no le contarás nunca, *nunca*, a nadie lo que hemos hecho hoy aquí.

—Nunca.

—Y si alguien estuviera en situación de descubrir que le hemos perdonado la vida a nuestra diabólica, entonces te encargarás del problema.

La simple idea me hizo sentir el crepitar de una ira protectora que me atravesaba.

—Sin vacilar.

—Aun cuando encargarte de ello —en sus ojos había una mirada intensa, como la de un pajarillo

— empiece por ti misma.

No me digné a responder. Por supuesto que moriría por Sidonia. Ella era mi universo entero. No

amaba nada que no fuera ella ni valoraba nada que no fuese su existencia. Sin ella, yo no tenía razón de existir.

La muerte sería una bendición comparada con eso.

2

Aquella misma noche, toda la casa —personas y siervos por igual— se reunió en la heliosfera, la cúpula transparente en lo alto de la fortaleza en órbita. Por mucho que la matriarca se lo suplicaba, el senador jamás se preocupaba por los ritos salvo cuando había alguna visita. Hoy asistía por guardar las apariencias, pero no se molestaba en ocultarle al inquisidor su insolente sonrisa.

El inquisidor, al fin y al cabo, acababa de inspeccionar la fortaleza de manera exhaustiva. No había encontrado nada digno de informar al emperador. Un hombre inteligente no se regodearía, pero el senador era un necio.

La matriarca había otorgado al inquisidor un lugar de honor para el ritual, sentado justo detrás de la familia. Todos observábamos en un denso silencio mientras la estrella se elevaba sobre la curvatura del planeta que teníamos

debajo. El ventanal era cristalino y refractaba la luz de la manera precisa para desviarla hacia ciertos puntos de la sala donde había espejos colocados. Durante apenas un segundo, todos los rayos resplandecientes convergieron sobre un único punto: el cáliz ceremonial en el centro. Los rayos inflamaron el aceite que contenía. Nos quedamos mirando el cáliz en llamas mientras cambiaba el ángulo perfecto de la estrella y se desvanecía el brillo cegador de las luces.

Comenzó la bendición.

—Y así —dijo el vicario, al tiempo que elevaba el cáliz en llamas—, por medio de nuestra estrella natal, Helios, el Cosmos Vivo eligió prender la chispa vital en el planeta Tierra y dar lugar a nuestros reverenciados ancestros en aquella era antigua en que las estrellas solo eran puntos lejanos contra la infinita oscuridad. En aquellos días, la humanidad estaba envuelta en un velo de ignorancia y rendía devoto culto a unas deidades imaginadas a su imagen y semejanza, incapaces de reconocer la auténtica divinidad del propio universo en derredor...

Recorrí la sala con la mirada y pasé de la atenta vigilancia que había en el rostro de la matriarca al mal disimulado desdén del senador. A continuación me fijé en el inquisidor, que no apartaba los ojos de la espalda del senador. Miré después a Donia, cuyos grandes ojos pardos se mantenían fijos en el cáliz mientras el vicario recitaba la historia de la génesis del *homo sapiens*. Sidonia siempre había sentido una extraña fascinación por el relato del sistema solar del que procedía la humanidad, y del sol, Helios, que había alimentado a los primeros humanos.

Era una devota. Había intentado convertirme a la religión helionista en cuanto me adquirieron, y me llevó a un ritual con el fin de suplicar al vicario que me bendijese con la luz de las estrellas. Yo aún no comprendía, ni mucho menos, el concepto del Cosmos Vivo o de las almas, pero esperaba ser bendecida porque Sidonia lo deseaba para mí.

El vicario se negó e informó a Donia de que yo no tenía un alma que bendecir.

—Los diabólicos son creaciones del ser humano, no del Cosmos Vivo —le

contó a Donia—. No

hay en ellos chispa divina que iluminar con la luz del Cosmos. Esta criatura puede asistir a la bendición como una muestra de respeto hacia tu familia, pero jamás podrá participar de ella.

Mientras él hablaba, en el rostro del propio vicario y en el de la matriarca había un extraño gesto.

Yo apenas estaba empezando a descifrar las expresiones faciales, pero aun entonces la reconocí: total

repulsión. Les asqueaba la sola idea de que un diabólico pudiese gozar del favor de su divino Cosmos.

Por alguna razón, el recuerdo de sus semblantes me retorció el estómago incluso ahora, mientras escuchaba al vicario. Decidí volver a observar al inquisidor, el hombre que informaría al emperador sobre los detalles de aquella visita. Su palabra condenaría al senador Von Impyrean, si su familia no le parecía lo bastante piadosa. Peor aún, sus palabras condenarían a Sidonia.

Si algo le sucedía a ella, lo que fuera, encontraría a aquel hombre y lo mataría por ello. Memorice sus rasgos fríos y orgullosos, por si acaso.

La voz del vicario prosiguió monótona hasta que la estrella cercana tuvo la bondad de ocultarse tras la curvatura del planeta. En ese instante descendió la iluminación de la heliosfera, salvo el cáliz en llamas. El vicario le colocó encima una tapa de barro para extinguir el fuego.

Un profundo silencio se impuso en la oscuridad.

Entonces uno de los siervos volvió a encender las luces a plena potencia. Las personas salieron primero de la heliosfera: los Impyrean, el inquisidor y, detrás, el vicario. Después me situé en fila con el resto de los siervos.

El senador acompañó al inquisidor hacia las puertas del muelle sin ofrecerle siquiera la cortesía de pasar la noche en la fortaleza. Los seguí a una distancia discreta, y mi fino oído fue capaz de captar sus palabras de despedida desde

un pasillo a su espalda.

—Y bien, ¿cuál es el veredicto? —atronó el senador—. ¿Soy lo bastante piadoso para el gusto del emperador, o acaso preferiréis también vos apodarme «el gran hereje»?

—Son vuestras formas las que ofenden al emperador —respondió el inquisidor—. Y no creo que

él estime que hayan mejorado. Sonáis casi jactancioso al pronunciar ese aborrecible apodo que os habéis ganado. Bien, la herejía tiene sus peligros, noble señor, así que os aconsejo que miréis por dónde pisáis.

— *Senador*. Así es como habéis de llamarme.

—Por supuesto, senador Von Impyrean —pronunció aquellas palabras con un aire despectivo.

Dicho aquello, el inquisidor y el senador se separaron.

Encontré a Donia allí donde se había plantado, junto a una ventana que daba a las puertas del muelle. Se negó a moverse hasta que la nave del inquisidor se hubiese desacoplado y hubiera desaparecido en la oscuridad. Luego metió la cabeza entre las manos y se deshizo en lágrimas.

—¿Qué pasa? —quise saber, cada vez más preocupada.

—¡Némesis, qué alivio! —levantó la cara manchada por las lágrimas y se rio—. ¡Estás a salvo! —

se abalanzó y me rodeó con los brazos—. ¿Es que no lo entiendes? Quizá esté enfadado con padre, pero tú estás a salvo —hundió la cabeza contra mi hombro—. No podría vivir sin ti.

Odiaba que hablase de aquella manera, como si yo lo fuera todo para ella cuando en realidad era ella quien lo era todo para mí.

Donia continuó llorando. La rodeé con los brazos, un gesto extraño, que seguía sin resultarme natural, y consideré la rareza de las lágrimas. Yo

carecía de conductos lacrimales, y era absolutamente incapaz de llorar, pero había presenciado las lágrimas con la suficiente frecuencia como para saber que se debían al dolor y al miedo.

Sin embargo, por lo visto también podían proceder de la alegría.

En calidad de única heredera de un senador galáctico, se esperaba de Donia que ocupase el lugar de su padre cuando este se retirase. Eso significaba que ahora había de cultivar su instinto político y

aprender a hablar con otros miembros de la grandilocuencia, la clase dirigente del imperio. Sus habilidades sociales darían forma a las futuras alianzas de su familia y garantizarían la continuidad de su influencia. Los foros virtuales eran los únicos medios de los que disponía para practicar los pormenores de la vida social. Yo no los había visto nunca, pero Donia me explicó que transcurrían en un entorno de realidad virtual donde la gente utilizaba avatares para relacionarse con los demás.

Dos veces al mes, Donia se veía obligada a asistir a reuniones formales en los foros, donde conocería a otros jóvenes de la grandilocuencia de sistemas estelares lejanos que tenían por destino heredar el poder del imperio. Aquellas reuniones eran para ella una dolorosa necesidad. Mientras se preparaba para el día, llevaba los hombros caídos y el desánimo en cada parte del cuerpo.

La matriarca, como siempre, hacía caso omiso de su pesimismo.

—A estas alturas, el emperador ya tendrá el informe de la visita del inquisidor —le dijo a Donia—.

Si el necio de tu padre nos ha creado algún problema nuevo...

—Madre, no le llames necio, por favor. A su manera, tiene una gran visión de futuro.

—... si lo ha hecho, el emperador ya se lo habrá contado a sus confidentes. Sus hijos ya se habrán enterado. Tienes que *escuchar*, Sidonia, tanto lo que dicen como lo que no dicen. La supervivencia de nuestra familia quizá

dependa de la información que obtengas en esos foros.

La matriarca valoraba muchísimo aquellas reuniones, y siempre se sentaba junto a Donia y se conectaba al canal con un segundo par de auriculares. De esa forma, monitorizaba las relaciones de su hija y le susurraba consejos —órdenes, más bien— al oído.

Hoy se había acomodado ante la consola del ordenador y habían sacado los auriculares para ponerse a observar un mundo que solo ellas podían ver. Yo escuchaba cómo Donia tartamudeaba nerviosa durante las charlas intrascendentes. De vez en cuando cometía algún error, y la matriarca le pellizcaba a modo de castigo.

A mí me hacía falta todo mi autocontrol para no dar un brusco paso al frente y romperle el brazo.

—¿Qué es lo que te he dicho sobre evitar ciertos temas? —siseó la matriarca—. ¡No tienes que preguntarle siquiera por la nebulosa!

—Solo le he preguntado si era tan bonita como me habían dicho —protestó Donia.

—Me da igual *por qué* se lo has preguntado. La hija del gran hereje no se puede permitir hacer ninguna pregunta que pueda malinterpretarse como curiosidad científica.

A continuación, la matriarca dijo:

—Ese es el avatar de Sálivar Domitrian. Dentro de poco todo el mundo se estará peleando por una audiencia con él. Ve a presentarle tus respetos antes de que esté rodeado de gente.

Unos minutos más tarde:

—¿Por qué te quedas al margen de la gente, Sidonia? ¡Estás rodeada de unos don nadie! ¡Muévete, no vaya a ser que alguien te tome por uno de ellos!

En un momento dado, tanto Donia como la matriarca se pusieron en tensión. Yo me enderecé a observar sus espaldas y preguntarme a quién acababan de

ver que las había puesto tan nerviosas a ambas. La matriarca lanzó la mano y le agarró el hombro a Donia con fuerza.

—Ahora, ve con sumo cuidado cerca de esta chica de los Pasus...

Pasus.

Se me entornaron los ojos mientras Donia conversaba nerviosa con la chica que debía de ser Elantra Pasus. Conocía bien a su familia, ya que había convertido en mi deber familiarizarme con todos los enemigos de los Impyrean, los enemigos de Sidonia. Un año antes había visto en directo la retransmisión desde la cámara cuando el senador Von Pasus denunció encantado al padre de Sidonia.

Pasus y sus aliados eran los helionistas más fervientes del senado, y habían conseguido los votos

necesarios para censurar al senador Von Impyrean por «herejía». La reputación de los Impyrean sufrió un tremendo golpe, por cuyas consecuencias la matriarca seguía siendo incapaz de perdonar a su marido.

En mi fuero interno, yo también le guardaba rencor al senador Von Impyrean, porque había puesto en peligro a su hija al hablar públicamente sobre todas aquellas cuestiones que debían continuar acalladas. Puso en tela de juicio la sensatez de la prohibición de la enseñanza de las ciencias. Tenía unos extraños ideales y una absurda devoción por el conocimiento. Esa era una de las razones de que recopilase viejas bases de datos que contenían el saber científico, aquellas bases de datos que la matriarca y yo habíamos escondido del inquisidor de manera apresurada. Él creía que la humanidad debería volver a abrazar el conocimiento científico, y jamás se detenía a pensar en cómo afectarían sus actos a su familia.

Fue un imprudente.

Y ahora, gracias a él, Donia tenía que relacionarse con la hija del senador Von Pasus como si sus padres no fuesen rivales.

La charla fue breve. Donia se apresuró a presentar sus excusas para

marcharse.

Sorprendentemente, la matriarca le dio unas palmaditas en el hombro.

—Bien hecho —un inusual elogio.

Me pareció que pasaba una eternidad antes de que Donia se quitase de un tirón los auriculares, con unas oscuras sombras de agotamiento bajo los ojos.

—Vamos a hablar de cómo lo has hecho —dijo la matriarca mientras se ponía en pie de manera

imperiosa—. Se te ha dado muy bien evitar los temas prohibidos, y tu manera de relacionarte ha sido de lo más cuidadoso, pero ¿qué has hecho mal?

Donia suspiró.

—Estoy segura de que me lo vas a decir.

—Sonabas sumisa —le recriminó la matriarca—. Incluso te he oído tartamudear en varias ocasiones. Eres una futura senadora, no te puedes permitir ser débil. La debilidad es un signo de inferioridad, y la familia Impyrean no es inferior. Algún día nos encabezarás tú, ¡y dilapidarás todo cuanto tus antepasados consiguieron para ti si no aprendes a mostrar un poco de fortaleza! Hay otros en la grandilocuencia que babean por quedarse con lo que tenemos, y eso gracias a la imbecilidad de tu padre, ¡codiciosos nobles que se regocijarían al ver cómo cae la familia del hereje! Sidonia, tu padre está empeñado en llevar a esta familia a la ruina. No serás tú quien le imite.

Donia volvió a suspirar, y yo observé a la matriarca desde donde aguardaba, olvidada, en un rincón de la sala. A veces tenía la sospecha de que yo valoraba su sabiduría más que su propia hija. Al fin y al cabo, Donia tenía un instinto de conservación muy limitado. Al crecer tan protegida, nunca le había hecho falta. La idea de unos enemigos que saliesen de la oscuridad y se le echaran encima le seguía resultando ajena.

Yo no era como ella. No había estado protegida.

Por dispuesta que me sintiese a descuartizar a la matriarca y a romperle todos

y cada uno de los huesos del cuerpo cada vez que abofeteaba o pellizcaba a su hija, también era capaz de reconocer la sabiduría fría y despiadada que había en sus advertencias. Sabía que estaba convencida de actuar por el bien de Donia cuando se mostraba dura e implacable con ella. El padre de Donia había puesto en peligro a la familia con aquella conducta tan dogmática y envalentonada, y la matriarca poseía el instinto de supervivencia necesario para ser consciente de ello. Era la única de los Impyrean que parecía haberse percatado de la amenaza que había supuesto la visita del inquisidor.

La matriarca se llevó a Donia a rastras de la habitación para poder criticarla delante del senador

Von Impyrean con la esperanza, sin duda, de mostrarle a su marido que no estaba consiguiendo inculcarle a su hija sentido común alguno. En condiciones normales las habría seguido, pero hoy disponía de una oportunidad inusual.

La retina de Donia continuaba escaneada en la consola del ordenador.

«Un vistazo», pensé al desplazarme hasta la consola. Quizá fuera mi única oportunidad de ver con mis propios ojos los avatares de aquellos niños aristócratas... la única posibilidad que tendría de calibrar con mi propia capacidad de juicio los peligros que Donia tenía en el horizonte. Evitaría hablar con nadie.

Me puse los auriculares, y me sumí en una desorientación cuando cambió mi entorno. Aparecí en

un nuevo escenario: el avatar de Donia de pie sobre una serie de plataformas de cristal, completamente rodeada de un espacio despejado.

Una sensación de caer en picado me invadió el estómago. Tragué saliva con fuerza y me la quité de encima. Cuando aquella extrañeza se desvaneció, reparé en la presencia de los demás avatares... los jóvenes nobles señores más elegantes del imperio se encontraban dispersos a mi alrededor, riéndose en un vacío que en la vida real los mataría. Con el potente brillo de la luz artificial de las estrellas para resaltar la antinatural belleza de las imágenes computerizadas que ellos habían elegido para sí.

Plenamente consciente de que estaba utilizando el avatar de Donia, ascendí despacio por las cristalinas escaleras entre las plataformas y me desplazé allí donde mi mente deseaba que fuese, dejando atrás a otros avatares que no parecían prestarme la menor atención. Me mantuve en silencio con la esperanza de evitar las miradas. Aparte de algún saludo de sorpresa por el repentino regreso de Sidonia, nadie pareció darse cuenta.

Retazos de conversaciones flotaban hasta mis oídos.

—... el estupefaciente más tentador...

—... los implantes de luces hay que ponerlos con mucho estilo, o pasan de ser favorecedores a ser chabacanos...

—... menudo avatar tan ordinario. No se me ocurre en qué podía estar pensando esa chica...

Me invadió una oleada de alivio al captar la insustancialidad de las conversaciones. Después de varios minutos de escuchar con atención, no llegó a mis oídos nada que me alertase de alguna intriga o artimaña inusual. Eran unos niños. Los malcriados e insulsos hijos de las familias poderosas, vanagloriándose de su estatus.

De haber alguna víbora entre aquellos jóvenes de la grandilocuencia, o bien se había disfrazado con tal maña que sus colmillos permanecían ocultos, o es que aún no sabían utilizar su veneno.

Y entonces una voz me habló a mi espalda.

—Con qué atención lo observáis todo, noble Impyrean.

En la vida real di un respingo, sorprendida, porque me creía al margen de la multitud. En el mundo real no se me habría pasado jamás por alto alguien que se me acercase a hurtadillas de ese modo, pero mis sentidos virtuales estaban sin desarrollar, totalmente desviados.

Me di la vuelta para contemplar un avatar muy distinto de los demás.

Muy distinto.

Aquel joven iba completamente desnudo.

Sonrió ante mi perpleja mirada evaluativa, mientras daba unos lánguidos sorbitos a una copa de vino que tenía que ser el reflejo de lo que fuera que estuviese bebiendo su cuerpo en la vida real.

Su avatar no tenía esa deslumbrante perfección del resto. Más bien, era una exhibición de defectos: una mata de pelo enmarañado de color cobrizo, los ojos de un azul pálido sorprendente, casi enervante, el rostro ligeramente manchado de marcas solares. *Pecas...* me vino a la cabeza la palabra

mientras lo miraba sin parpadear. Hasta sus músculos estaban trabajados de un modo que no se estilaba, con una leve asimetría detectable tras un segundo de estudio detenido. Sus robots de belleza le habían fallado... o bien se había labrado aquella musculatura por medio de un verdadero esfuerzo físico.

Imposible. Ni uno solo en aquel grupo de cabezas huecas tomaría la decisión voluntaria de hacer un esfuerzo.

—Y ahora, noble señorita —observó el joven con un deje divertido en la voz —, es *a mí* a quien miráis con mucha atención.

Sí, estaba mostrando esa conducta por la que éramos tan famosos los diabólicos: estaba clavando en él una mirada muy atenta, de depredadora, demasiado firme para una auténtica humana. Yo tenía la mirada vacía, carente de todo sentimiento a menos que lo fingiese. La matriarca decía que aquella mirada le crispaba el vello de la nuca. Incluso con el avatar de Sidonia, se había filtrado mi verdadera naturaleza.

—Perdonadme —le dije, atragantándome con aquella expresión tan desconocida. Nadie requería jamás una disculpa de un diabólico—. Debéis ser consciente de que resulta difícil *no* mirar.

—¿Tan hipnótico es mi atuendo?

Aquello me confundió.

—No lleváis nada puesto.

—Bobadas —dijo, y sonaba realmente ofendido, como si le hubiese insultado —. Mis técnicos me

han asegurado que han diseñado este avatar conforme a las tendencias imperiales más refinadas.

Titubeé, perpleja de veras, una sensación del todo desconocida y desagradable. Sin duda, no tenía más que mirar hacia abajo y ver que estaba desnudo. ¿Era su sentido del humor? ¿Estaba bromeando?

Otros debían de haberle dicho ya que estaba desnudo. Tenía que ser una chanza.

No sentía la confianza necesaria para imitar la risa: un diabólico no producía ese sonido con naturalidad. Así que me decidí por un comentario neutro.

—Qué interpretación tan sobresaliente la vuestra.

—¿Interpretación? —un tono de intensidad se había apoderado de su voz, pero se suavizó al continuar—: ¿Por qué? ¿A qué os referís?

¿Cómo respondería Sidonia? Se me quedó la mente en blanco, así que forcé una sonrisa mientras

me preguntaba si habría malinterpretado al joven.

—Alguien tan ansioso por atraer las miradas está actuando, sin duda —me surgió una extraña idea a partir de cuanto había aprendido al respecto de la lucha, de matar. Una finta hacia un lado solía dejar al descubierto una debilidad del oponente en el lado contrario—. O tal vez deseéis atraer las miradas en una dirección para que nadie mire en otra.

Un extraño gesto le cruzó por la mirada, entornó los ojos pálidos y forzó la expresión de tal modo que los fuertes huesos de la cara se le hicieron más prominentes. Por un instante tuve un atisbo del aspecto que tendría cuando fuese un hombre hecho y derecho. Me recordaba a alguien, aunque no sabía decir a quién.

—Mi noble Impyrean —dijo en tono muy suave—. Qué ideas más intrigantes

tenéis sobre mí —su

avatar se inclinó hacia el mío de manera casi imperceptible, sin pestañear—. Quizá, ciertas personas cercanas a vos deberían adoptar tales tácticas para sí.

Aquella afirmación me puso en alerta de golpe, y una pregunta me quemó en la garganta. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Se trataba de una insinuación? ¿Una advertencia? Pero no me atreví a preguntar. Donia no lo habría hecho, y si me equivocaba...

Y tampoco tuve oportunidad de decir nada más. En aquel instante, varios avatares se nos echaron

encima. Cayeron de rodillas ante el joven desnudo y se llevaron sus nudillos a las mejillas. Entre tanta sonrisa tonta, las palabras que decían llegaban a mis oídos.

—¡Eminencia, qué maravilloso que nos hayáis honrado con vuestra visita!

—¡Qué atuendo tan majestuoso habéis escogido para vuestro avatar!

—¡Qué prendas tan elegantes!

De golpe me di cuenta de por qué me sonaba. Se parecía a su tío, el emperador.

Aquí, ante mí, desnudo y sin la menor vergüenza, se encontraba *Tyrus Domitrian*. Tyrus, el *successor primus*... el joven que algún día heredaría el trono.

Hasta yo sabía quién era Tyrus. La matriarca y el senador Von Impyrean se reían entre dientes durante las comidas mientras comentaban sus últimas payasadas. Era la vergüenza del imperio, porque estaba loco de remate. En su locura, era probable que no se hubiese percatado de que iba desnudo, y, debido a su posición, nadie se había atrevido a decírselo.

Nadie excepto yo.

Me retiré despacio de aquella escena con el escozor de ser horriblemente

consciente de lo que había hecho.

Largo rato después de haberme desconectado, el latido del horror seguía recorriéndome el cuerpo.

Yo, que pensaba aprender más de los malcriados jóvenes de la grandilocuencia con tal de proteger mejor a Sidonia, había atraído en cambio sobre ella la atención de un infame loco, uno que poseía el poder de destruirla.

3

Quizá, ciertas personas cercanas a vos deberían adoptar tales tácticas para sí.

Las palabras de Tyrus Domitrian resonaron en mis oídos durante varios días, con tal aspecto de advertencia, y aun así... Aun así no sabía con certeza si podía dar crédito a las palabras de un loco.

A la familia Domitrian la llamaban «la desdeñada por el sol» por la cantidad de sus miembros que habían muerto jóvenes, pero la verdad residía en uno de aquellos secretos que todo el mundo conocía y fingía no conocer: el emperador y su madre habían asesinado a la mayoría de sus rivales de cara al trono. Tyrus era el único superviviente de su familia más inmediata. Quizá fuera eso lo que lo había vuelto loco, ser testigo del asesinato de la mayor parte de su familia a manos de otros de sus miembros.

Esa noche hablé con Sidonia sobre la advertencia de Tyrus, después de que ella regresara del estudio de su padre, pero le restó importancia con un gesto y me dijo:

—Tyrus es un lunático. No te puedes tomar muy en serio nada de lo que diga. Y, por favor, deja de preocuparte sobre si se acordará de algo que fuera extraño en tu comportamiento... no parece que nunca se acuerde de nada sobre los foros —puso una sonrisa irónica—. Qué lástima que no puedas ir tú siempre en mi lugar. Así me podría saltar las relaciones sociales y dedicarle todo el tiempo al estudio de las estrellas.

Estaba sumida en uno de aquellos aturdimientos que se le venían encima después de estudiar con su padre las viejas bases de datos científicas. Aquellas tardes siempre la dejaban ensoñada, optimista, con aquellos misterios que se le abrían llenos de respuestas.

Pese a mi deseo de continuar concentrada en las palabras de Tyrus, en las amenazas a las que Donia se enfrentaba, no pude evitar ceder cuando dio unas palmaditas en el colchón, a su lado. Me tumbé junto a ella, y en mí se asentó una sensación de afecto ante la familiaridad de aquello. Desde mis primeros días en la fortaleza, Donia se había acurrucado junto a mí como... tal y como yo me imaginaba que hacían las hermanas, para contarme cosas. Como si fuéramos dos personas, dos amigas que se hablan la una a la otra como iguales. Historias, a veces. En una ocasión empezó a mostrarme las imágenes de las letras, decidida a enseñarme a leer. Aprendí en cuestión de unas pocas semanas.

Hoy me contaba lo que su padre y ella habían leído en el estudio.

—Ya te conté que tenemos el cuerpo hecho de unos átomos minúsculos, y que a esas cosas las llamamos «elementos», ¿verdad? Pues bien, Némesis, esto es increíble. ¿Sabes de dónde proceden esos elementos?

Inclinó la cabeza contra mi hombro, y sentí una extraña complacencia que solo sentía hacia ella.

—No sé ni cómo iba a ser capaz de adivinarlo. Cuéntamelo.

—¡De dentro de las estrellas! Piénsalo —estiró el brazo sobre las dos, maravillándose ante aquello

—. Hasta el último de nuestros fragmentos se origina en un proceso denominado fusión nuclear, que solo se produce dentro de las estrellas —sofocó un bostezo—. Resulta extraño incluso pensarlo. No somos más que polvo de estrellas modelado en forma de un ser consciente. La verdad es que los

helionistas y los antiguos científicos coinciden, aunque nadie se percate de ello.

Valoré sus palabras, las sopesé. Si lo que decía era cierto, la cama, las paredes de la fortaleza que nos rodeaban, todo procedía de aquellas luces brillantes al otro lado de la ventana.

Donia me sonrió medio dormida.

—Ya te decía que tenías la misma chispa divina que yo. Siempre he tenido razón, Némesis.

Cayó dormida a mi lado, y me quedé un rato observando cómo ascendía y descendía su pecho antes de deslizarme de su cama hacia mi sitio, en mi camastro. Una extraña sensación se me asentó en la parte baja del estómago mientras le daba vueltas a sus palabras. Donia tenía la templanza de su madre y la curiosidad de su padre, pero era más agradable que cualquiera de los dos.

Podría ser grande algún día. Podría lograr lo que su padre no pudo y tender puentes entre aquellas dos facciones del senado, unir a los helionistas con los que deseaban el retorno de la investigación científica... si sobrevivía lo suficiente para hacerlo.

Y sobreviviría.

Una aguda determinación me pinchó por todo el cuerpo.

Mientras me quedase aliento en el cuerpo para defenderla, *Donia sobreviviría.*

Había oído la historia muchas veces en labios de Sidonia y del vicario. Se trataba de uno de los principales mitos del helionismo. Siglos atrás, había cinco planetas dedicados únicamente al almacenaje de la acumulación de todo el conocimiento científico y tecnológico de la humanidad en unos superordenadores gigantescos. Una supernova enorme los había arrasado de un plumazo. Fue un suceso importante para todos los helionistas: para ellos, las estrellas eran el medio a través del cual expresaba su voluntad el Cosmos Vivo. El interdicto —el líder espiritual de la fe del helionismo

— declaró como un acto divino la destrucción provocada por aquella supernova.

El imperio sufrió un golpe devastador. El emperador de la época unió sus dominios bajo la causa común de una cruzada helionista. Los fieles destruían de manera sistemática los demás repositorios de conocimiento científico y tecnológico. La enseñanza científica y las matemáticas quedaron prohibidas por blasfemas, y desde entonces no se ha creado ninguna nueva tecnología. Las únicas naves estelares y máquinas que existían eran las que construyeron los antepasados humanos antes de la supernova. Las naves aún funcionaban porque las máquinas las reparaban, y otras máquinas reparaban esas máquinas, aunque todas ellas se estaban deteriorando. Esta tecnología se encontraba únicamente en manos de la grandilocuentia.

El excedente —aquellos humanos que vivían en los planetas y obedecían al poder del imperio—

tenía que contentarse tan solo con las máquinas que les daban sus superiores de la grandilocuentia.

Dado que aprender ciencias constituía una blasfemia, jamás serían capaces de construir sus propias naves estelares.

La estabilidad del imperio dependía de aquella división básica entre la grandilocuentia y el excedente.

Al congregarse a diversos miembros del senado para desafiar la prohibición de la educación científica, el senador Von Impyrean había amenazado el mismísimo equilibrio de poder. La visita del inquisidor era la demostración de una creciente impaciencia de la realeza al respecto de sus actos.

Se trataba de una advertencia que el senador no tenía en cuenta.

Una noche llegó una transmisión del emperador. Los gritos que la siguieron me despertaron de golpe de mi sueño. Donia continuó durmiendo, incapaz de oír tan bien como yo. Me deslicé del camastro y me apresuré por el pasillo. Me los encontré nada más entrar en el atrio del senador: la

matriarca en camisón, pegando a su marido en los brazos, y el senador encogiéndose ante sus golpes.

—¡Necio! ¡Serás *NECIO!* —gritaba ella—. ¿Acaso pensabas que nadie lo descubriría? ¡Has destruido a esta familia con tus actos!

Me aproximé y, a la fuerza, aparté a la matriarca de su esposo. Aun corpulenta como era, la mujer no podía competir con mi fuerza. El senador retrocedió tambaleándose y se estiró la túnica.

—¡Idiota! ¡Bellaco! ¡Estamos todos acabados! —chilló la matriarca sin dejar de forcejear contra mi sujeción.

—Querida —el senador abrió los brazos—, hay cosas más importantes que el hecho de que una persona viva o muera.

—¿Y nuestra familia? ¿Y nuestra hija? ¡Lo perderemos todo! —se dio la vuelta y me agarró—. Tú

—sus ojos enloquecidos se toparon con los míos—. Tú, sácame de aquí. ¡No aguanto seguir viéndolo ni un minuto más!

Dirigí una larga y comedida mirada al afectado senador y me llevé de allí a su mujer. La matriarca temblaba allí donde la tenía sujeta. Como a una inválida, la conduje hacia sus habitaciones, donde enseguida se derrumbó en una silla, clavando las uñas en la tela.

—Acabados... Estamos todos acabados...

—¿Qué está pasando? —quise saber—. Decídmelo de una vez.

Nadie le daba órdenes a la matriarca, pero si la vida de Sidonia estaba en peligro, lo tenía que saber de inmediato.

—¿Qué crees tú que está pasando? —me dijo—. ¡Mi marido ha actuado en contra del emperador!

El muy necio creyó que estaba siendo astuto. El emperador no estaba dispuesto a relajar las restricciones impuestas sobre la formación científica, y el idiota de mi marido se las ha saltado y ha enviado información de esas ridículas bases de datos a varios miembros del excedente.

—El excedente —repetí asombrada. ¿El senador se había vuelto *loco*? —. ¿Acaso desea que lo ejecuten?

Hizo una mueca.

—Es lo bastante imbécil para creerse capaz de obligar al emperador a dar su brazo a torcer. Está convencido de que si se hacen realidad los peores miedos del emperador, y el excedente comienza a desarrollar sus propias naves estelares, el emperador insistirá en que la grandilocuencia haga lo mismo y cree las suyas. Cree que eso llevará al emperador a ver las cosas desde su perspectiva —

soltó una risa amarga—. Ha errado en sus cálculos, por supuesto. El emperador ha mandado matar a esos excedentes. Nos acaba de notificar que está al tanto del papel de mi marido en esta debacle.

Tomé aire con fuerza.

—Señora, el senador se está convirtiendo en una amenaza para toda vuestra familia. Dejadme que...

— *No vas a matarlo* —se puso en pie de un salto—. ¿Acaso no ves que ya es demasiado tarde? Ya tenemos su acero en el cuello. Ya está hecho. Y, como de costumbre, me corresponde a mí poner orden en los desastres de mi esposo —cerró los ojos y tomó aire varias veces para recuperar el aliento—. Lo único que podemos hacer es esperar. Pase lo que pase a continuación, tú y yo protegeremos los intereses de mi hija... a toda costa.

—A *toda* costa —coincidí. Si eso significaba que tenía que llevarme a Donia de aquel lugar, lo haría.

Me agarró con fuerza por la muñeca.

—No le contarás *nada* de esto a Sidonia. La aguarda una reunión social en un foro dentro de poco, y no debe tener la menor sombra de culpa sobre su conciencia. Si parece ignorarlo por completo, se

correrá la voz y llegará de vuelta a los padres de los demás chicos. Si Sidonia supiese algo de todo esto, no sería capaz de engañarlos. Mi hija es muchas

cosas, pero no es una hábil mentirosa.

Asentí despacio. La inocencia de Donia era su único escudo. Su ignorancia la protegería como ninguna otra cosa podría hacerlo, ni siquiera yo.

—No le diré nada —aseguré a la matriarca.

Donia no era una mentirosa.

Por suerte para ella, yo sí lo era.

Se despertó cuando regresé a su habitación aquella noche, y se frotó los ojos cargados de sueño.

—Némesis, ¿ha pasado algo?

—No —respondí en tono tranquilizador—. Me sentía inquieta. He salido a hacer ejercicio.

—No... —dijo en un bostezo— te... vayas a lesionar.

Hice que mis labios sonriesen.

—A mí nunca me pasa eso. Vuelve a dormirte.

Y así lo hizo, volvió a sumergirse en un sueño de total inocencia.

Yo no volví a dormir aquella noche.

El siguiente movimiento del emperador se produjo con rapidez. Recibí una nota que me convocaba a las habitaciones de la matriarca.

Era poco frecuente que solicitase mi presencia de manera directa. La citación me puso los nervios a flor de piel. Al entrar, me la encontré tumbada en su cama de baja gravedad, mientras un robot de belleza le teñía las raíces canosas y le alisaba las arrugas de la cara. A simple vista, la matriarca parecía estar en los veintitantos. Falsa juventud, lo llamaban. Tan solo los ojos delataban su edad.

Ninguna persona joven me miraría de la manera en que ella me miraba ahora.

—Némesis. Estaba dándome un masaje de opiato. Toma un poco.

La oferta me sorprendió. Mis ojos localizaron el tarro junto a su codo. El opiato era una loción que se aplicaba sobre la piel. Al senador le encantaba, pero era extraño que la matriarca la utilizase.

La despreciaba al considerarla una debilidad. Las sustancias químicas recreativas que ella consumía eran las que agudizaban sus sentidos, la ponían más alerta.

—En mí sería un desperdicio.

Con un gesto de impaciencia, empujó el brazo del robot de belleza para apartarlo.

—Por supuesto. Los diabólicos metabolizáis los narcóticos con demasiada rapidez. Nunca llegarás a conocer la sensación de un buen estupefaciente.

—Ni el ardor de un veneno letal —le recordé.

Apoyó en el puño uno de sus marcados pómulos mientras me estudiaba. La droga le había reducido al mínimo el tamaño de las pupilas y le había dado una inusual falta de cuidado a las formas.

Aguardé, en alerta plena, a descubrir por qué me había mandado llamar.

—Una pena —dijo por fin al tiempo que metía el dedo en el opiato y se lo extendía en el punto del pulso en la muñeca— que no puedas sentir esto. Sospecho que no tardarás en necesitarlo tanto como yo.

—¿Por qué?

—El emperador nos ha ordenado que enviemos a nuestra hija al Crisantemo.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en la boca del estómago, un impacto que me dejó sin

aliento. Por un instante, lo único que pude oír fueron los latidos de mi propio corazón, que me retumbaban desbocados en los oídos.

—¿Qué? —susurré—. ¿Quiere que vaya a la corte imperial?

—Así es como funciona esto —me dijo con amargura—. Mis padres lo contrariaron, y él ejecutó a

mi hermano. El emperador rara vez ataca sin rodeos: es la influencia de esa espantosa madre suya. La noble Cygna prefiere atacar al corazón para infligir un mayor daño...

Antes de darme cuenta, había cruzado la sala. Mis manos se aferraron a los hombros de la matriarca, más firmes que los de Sidonia, pero sin llegar a suponer dificultad alguna para que los destrozase.

—Sidonia no irá —mi tono de voz fue grave y salvaje, con una ira gélida y oscura en el corazón

—. Os mataré antes de dejarla desfilarse hacia la muerte.

Pestañeó al levantar la vista hacia mí con un aire curiosamente impasible ante la amenaza.

—No tenemos elección, Némesis. Exige su presencia en el plazo de tres meses —sus labios se curvaron en una sonrisa perezosa, y su brazo reptó para subir la mano hasta mi mejilla, cubrirla y pellizcarme—. Por eso pretendo enviarte a ti al Crisantemo en su lugar. *Tú* serás Sidonia Impyrean.

Tardé un segundo en comprender sus palabras, y aun cuando lo hice, seguían sin tener sentido.

—¿Q-qué?

—¡Menuda cara de asombro se te ha quedado! —la risa de la matriarca era temblorosa, pero sus

minúsculos ojos me taladraban, sin pestañear—. ¿Voy a tener que repetírtelo?

—¿Yo? —hice un gesto negativo con la cabeza. No sentía un gran cariño por la matriarca, pero siempre la había tenido por inteligente. Por *cuerta*—. ¿En serio me sugerís que me haga pasar por Sidonia?

—Ya, serán necesarias ciertas modificaciones, por supuesto —su mirada repasó mi cuerpo de arriba abajo—. Todo cuanto se ha visto de Sidonia es su avatar, que se parece a ella tan poco como tú.

El color de tu piel, tu musculatura... Eso lo podemos arreglar. En cuanto a tu temperamento, he mandado llamar a mi supervisora de protocolo para que venga a enseñarte los fundamentos que me

enseñó a mí en mi niñez...

Retrocedí un paso. Aquella mujer había perdido la cabeza.

—Una supervisora de protocolo no puede darme la humanidad que no tengo. Con solo mirarme se

nota que no soy una persona de verdad. Vos misma lo habéis dicho en numerosas ocasiones.

La matriarca inclinó la cabeza con un malicioso brillo en los ojos.

—Oh, claro, esa mirada fría y despiadada... tan carente de empatía de ninguna clase. ¡La mismísima impronta de un diabólico! Me da la sensación de que vas a encajar mejor de lo que te esperas en ese nido de víboras —rio en voz baja—. Desde luego, mejor de lo que Sidonia lo haría jamás.

Se levantó con el sonido sedoso de su vestido, sin dejar de sonreír.

—El emperador desea que envíe a mi inocente corderillo al matadero. No. En cambio, le enviaré a mi anaconda.

4

Cuando regresé, Sidonia estaba en su estudio de bellas artes, trazando el boceto de un cuenco de fruta.

Su frágil complexión se distinguió ante mis ojos silueteada por la débil luz de las estrellas que entraba por las ventanas. Me quedé mirando a aquel ser quebradizo al que iba a imitar, mientras trataba de imaginarme a mí misma haciéndome pasar por ella.

Era una locura total y absoluta, como un tigre interpretando a un minino. No, un tigre no, algo más monstruoso y antinatural.

Mis pensamientos se remontaron a aquella cosa que una vez fui, la criatura que era cuando no sabía ni mi propio nombre, antes de que me educaran.

Recordé el hambre y el temor incesantes. Recordé la ira al percibir el mundo como algo tan cerrado, los muros una trampa. Me acordé de cuando me dejaron suelta por primera vez con otra criatura. Estaba tan hambrienta que la maté y devoré su carne. Toda entera. Supe que era lo que tenía que hacer, ya que me aumentaron las raciones de comida a partir de entonces.

En aquel momento no lo entendía demasiado, pero percibía causa y efecto. Cuando tocaba purgar a los diabólicos más débiles, se los echaban a los más fuertes. En ocasiones se limitaban a darnos algo débil y lastimoso para que lo matásemos, tan solo para cerciorarse de que no tendríamos piedad. Me acordé de la chica que metieron en mi corral, conmigo. Se encogió en un rincón. Me enfurecí cuando trató de beberse mi agua, tomarse mi comida. La maté igual que mataba a todo lo demás.

Una chica que podría haber sido Donia. Igual de pequeña, igual de débil.

Esa había sido mi existencia. Muerte y temor. Siempre estaba asustada. Tenía miedo del siguiente segundo, del siguiente minuto, la siguiente hora. Y nada más allá de eso, porque para mí no había entonces nada más allá de eso.

Mi vida careció de forma, estructura, propósito y dignidad hasta el día en que Sidonia se materializó en ella. No había habido compasión, ni rastro de sentido, hasta que quedé vinculada a ella y aprendí a amar algo por primera vez. Entonces tuve un futuro, y ese futuro era *el suyo*. Donia era la razón de cualquier cosa buena o valiosa en mí.

Ahora tendría que *ser* Sidonia. Tal cosa parecía inconcebible, imposible.

Sentía repugnancia ante la simple sugerencia de que una criatura como yo pudiera hacerse pasar por algo tan maravilloso como ella... la simple sugerencia resultaba *irreverente*.

Cuando levantó la vista de su dibujo, dio un leve respingo.

—¡Némesis! No te he oído entrar... ¿Va todo bien? —sus preocupados ojos estudiaron mi semblante.

Ella era la única capaz de captar los sutiles cambios en mi estado de ánimo. Tragué saliva para deshacer el repentino nudo en la garganta.

—Sí. Fenomenal. Todo irá fenomenal —le dije.

Yo no tenía alma, y apenas corazón, pero todo el que tuviese le pertenecía a ella.

El emperador deseaba que Sidonia fuera con él, así que iría yo en su lugar. No había terror en ello, ningún miedo. Estaba agradecida de poder hacerlo.

Hacerme pasar por Sidonia la salvaría, así que no me quedaba alternativa.

Iría.

La supervisora de protocolo llegó dos semanas después. Sidonia y yo vimos cómo se deslizaba la nave entre las puertas del muelle de la fortaleza. Sidonia aún ignoraba que había sido convocada al Crisantemo, así que había sacado sus propias conclusiones al respecto de aquella nueva visita.

—Madre debe de tener la intención de enviarme a visitar a alguna otra familia —masculló—. No

hay motivo para someterme ahora a la formación en protocolo. Espero que no pretenda casarme con alguien.

Se retiró a sus habitaciones en señal de protesta cuando llegó Sutura nu Impyrean, pero yo no. La matriarca me mandó llamar a su lado. Al fin y al cabo, era de la mayor importancia que escuchase a aquella mujer y aprendiese de ella.

Sutera nu Impyrean era una excedente, no pertenecía a la grandilocuencia. Al contrario de la mayoría de los excedentes, era una devota creyente en el sistema imperial, y le había jurado lealtad a la familia Impyrean además de entregarse a su servicio de manera voluntaria. Se había ganado el apelativo honorífico de «nu» unido al apellido de la familia.

Aguardaba con la matriarca en su antecámara cuando la mujer apareció en nuestra presencia. Se detuvo en la entrada un instante con la enjorada mano sobre el pecho en una muestra de lealtad a la matriarca, y se quedó mirando con cariño a su antigua discípula.

Mi pensamiento más inmediato fue que aquella tal «Sutera» no era un ser humano de verdad.

Su piel no lucía el terso moreno tan del gusto de la matriarca y el senador, sino un parcheado de distintos colores, como si sus robots de belleza hubieran olvidado ciertas zonas y hubiesen saturado otras al administrarle la melanina. No solo eso, sino que su piel parecía ajada, como si fuera de un tamaño mayor al de su compleción, agrietada incluso, y moteada en ciertas áreas.

Se diría que hasta la propia matriarca se sorprendió ante su aspecto, y parpadeó ante ella un segundo. Luego extendió los brazos.

—Mi querida Sutera.

Sutera nu Impyrean cruzó obediente la estancia y tomó las manos de la matriarca, se arrodilló y se las llevó a las mejillas.

—Noble Von Impyrean. Estáis tan joven como el día en que os conocí. Y yo... fijaos en los estragos de la vida planetaria.

—Bobadas —dijo la matriarca con una risa de cortesía—. Una sesión con mis robots de belleza y

un tratamiento de telómeros deberían...

—Oh, no. El viento, el polvo, la radiación solar... Una existencia desdeñada por el sol, la de vivir en un planeta —se puso en pie con un temblor en los arrugados labios—. Los olores, están por doquier. ¡Y la humedad! No os

podéis imaginar cómo es eso, mi noble señora. Si es demasiado escasa, la piel se os agrieta y sangráis, y con un simple exceso cada respiración se convierte en un esfuerzo titánico. Es absolutamente brutal. Oh, y la manera descontrolada en que crían los confinados en el planeta, tantas familias con dos o incluso *tres* hijos... ¡No es de extrañar que siempre anden escasos de recursos! Las historias que podría contaros...

La sonrisa de la matriarca perdió intensidad y se crispó.

—Quizá no deberías. Tal vez debas descansar antes de que volvamos a hablar, para que te recuperes de tu largo viaje.

Saltaba a la vista la advertencia que aquellas palabras encerraban: Sutura no se encontraba allí en calidad de igual, como una invitada, sino más bien para proporcionar un servicio.

Por mucho cariño que sintiese por la supervisora de protocolo, la matriarca ya se había cansado de oírla hablar sobre sí misma.

La supervisora de protocolo recobró la compostura. Elevó el mentón con un orgullo y una profesionalidad evidentes en su ademán.

—Ni que decir tiene que no se me ocurriría echarme sin haber visto a Sidonia y sin conocer lo que hemos de trabajar. Por favor, tráela... —dijo después de posar en mí la mirada, y tartamudeó hasta quedarse callada.

Se la devolví de plano, y cualquiera diría que la matriarca se estaba divirtiendo al ver a su vieja supervisora de protocolo tratando de descubrir qué era yo. No era una sierva, por descontado, pero desde luego que tampoco era Sidonia Impyrean.

—¿Qué suerte de criatura es esta? —dijo Sutura.

—Esta es Némesis —dijo la matriarca.

Los ojos de Sutura se entornaron como si tratase de relacionar el nombre con algún tipo de criatura. Yo la observaba con mucha atención, porque la

matriarca me había dicho que los excedentes sabían de la existencia de los diabólicos, pero solo éramos un mito vago y amenazador para ellos. No estarían familiarizados con las convenciones a la hora de nombrarnos, ni con nuestro aspecto, de modo que Sutura no podría averiguar lo que yo era.

La matriarca volvió a tomar la palabra y sacó a Sutura de sus cavilaciones.

—Es lo que más quiere mi hija, y su más íntima compañía. Sidonia es... — tanteó un instante en busca de la manera apropiada de describirla—. Es una niña terca, muy dada a ciertas peculiaridades extrañas.

—Yo se las quitaré.

—Ay, me temo que ella no es como yo. Es tímida, y aun así muy testaruda. No, utilizarás a Némesis.

—¿A Némesis? —repitió Sutura con cara de no entenderlo.

—Enseñarás a Némesis al tiempo que enseñas a Sidonia.

—¿A esta? —dijo la supervisora de protocolo tratando de entender qué significaba aquello—. ¿Y el senador también lo desea?

—Los deseos de mi marido son irrelevantes. Ha dejado este asunto por completo en mis manos. Y

ya conoces cuál es mi deseo. Formarás a ambas.

La matriarca me miró, y sus ojos me taladraron con el peligro de nuestro secreto latente entre ambas. Sutura nu Impyrean era leal a esta familia, y más aún, estaba casada con un virrey menor de una luna del sistema vecino. No suponía ninguna amenaza, y se podía confiar en que guardaría secretos de poca relevancia como aquella extraña clase de humanoide con que se había topado en la casa de su señora...

Pero enviarme como rehén del emperador en lugar de Sidonia iba mucho más allá de eso. Suponía

una burla directa a la voluntad de la familia Domitrian. Era alta traición.

La supervisora de protocolo no podría saberlo nunca.

—Las dos, Sidonia y Némesis, se someterán a tu formación. Cuando Sidonia vea que Némesis está

aprendiendo y se está refinando, mi hija pondrá freno a sus impulsos rebeldes y se sentirá inclinada a colaborar también.

—Formar a las dos —Sutera me miró de arriba abajo—. Puedo hacerlo, pero...

—¿Alguna objeción? —dijo la matriarca.

—Ninguna a vuestra propuesta, señora —se aproximó unos milímetros y me tocó el brazo entre

titubeos. A continuación, más envalentonada, comenzó a toquetearme los brazos hacia arriba y hacia abajo—. Qué cosa tan corpulenta.

Clavé la mirada hacia abajo, en la extraña y pequeña criatura que me manoseaba con descuido, tan perpleja ante su piel flácida y su coloración irregular como ella lo estaba ante mi tamaño y mis músculos.

—Es sorprendentemente... grande. No me la imagino con pleno dominio de las cortesías que le exigiré.

La matriarca se rio. Tomó a Sutera del hombro y la condujo hasta la puerta.

—¿Has observado alguna vez a un tigre? Uno de verdad, como los del Crisantemo, no uno de esos

gatitos que tenemos en nuestros claustros. Son todo músculo y nervio, con unas fauces tan poderosas como para partir al hombre más fuerte, y, aun así, cuando los ves acechar a una presa, cuando los ves cazar... la fuerza pura les otorga una mayor elegancia que a la más refinada de las criaturas delicadas. Eso es Némesis.

A la mañana siguiente, la supervisora de protocolo se presentó en las habitaciones de Donia. Los robots de belleza habían estado trabajando con

Sutera la noche antes. Había escogido un aspecto nuevo, una exhibición de rasgos físicos recesivos: párpados simples en lugar de dobles, iris azules en vez de ámbar y un nuevo tono de pelo en rojo escarlata. También le habían alisado las arrugas, pero no había nada capaz de ocultar el desgaste. Tenía que ser aquello a lo que la matriarca se refería cuando hablaba de gente que «parecía vieja».

Sutera nu Impyrean debía de esperarse lo peor, porque se le iluminó la cara cuando contempló a

Sidonia, una delicada belleza, tan distinta de mí.

—Pero, Sidonia, qué gran honor. Recuerdo cuando fue a vuestra madre a quien le tocó viajar a las estrellas...

—¿Acaso voy a viajar a alguna parte? —dijo Donia con un tono estridente—. ¡Ya sabía yo que mi

madre quería librarse de mí!

Sutera, sorprendida, hizo una pausa.

—Antes o después, deberéis abandonar este lugar. No podéis pretender apolillaros aquí durante toda vuestra vida.

—No quiero ir a ningún lado.

—Pero tenéis un papel que desempeñar en el imperio.

—Mis padres tienen un papel que desempeñar en el imperio. A mí no me importa la política lo más mínimo.

Sutera frunció el ceño, cogió su abanico y lo agitó para sí.

—Vuestra madre ya me ha advertido de que sois bastante... tozuda.

Me di cuenta de que tenía la mirada adherida al abanico.

«Es un arma», susurré para mí. Mis ojos no se apartaban de él. No pude

evitar aquel pensamiento.

Aquel objeto no podía tener ninguna otra utilidad. Los nobles señores y señoras de alta cuna no debían rebajarse a llevar armas de forma abierta, así que —Donia me había contado— las ocultaban en objetos inofensivos. Dado que Sutera se había pasado toda la vida estudiando y enseñando los hábitos de la grandilocuencia, debía de haber imitado aquel mismo aspecto.

¿Qué contendría? ¿Un arma blanca? ¿Un látigo?

—Creo que empezaremos con vuestra apariencia —dijo Sutera una vez recuperada—. Veamos, confío en vuestro conocimiento de los fundamentos del estilismo y las modificaciones. Debéis

decidiros por vuestra firma fisonómica.

Dado que era yo quien debía saber de aquello en última instancia, la interrumpí.

—¿Qué es eso?

De soslayo, Sutera me lanzó una mirada de irritación. Aunque tenía que formarnos a las dos, resultaba obvio que consideraba mi presencia una pérdida de su tiempo y su talento.

—En los círculos de la grandilocuencia, todo aspecto del físico se puede y se deberá modificar con arreglo a las exigencias de la moda. Nadie conoce la verdadera edad de nadie, ni el color de su piel, del pelo, la forma de los labios, el peso, la composición de los párpados u otros rasgos. Un descendiente de una gran familia cuenta con los medios para modificar su apariencia a voluntad, pero uno aprende enseguida que está muy mal visto cambiarlo todo constantemente. Por ejemplo, uno siempre debe aparentar el sexo con el que se identifica. Es una verdadera torpeza someterse a una resecuenciación cromosómica por simple capricho o para una fiesta. Además, y por mor del tacto, algunos rasgos siempre deben permanecer inalterados para seguir siendo identificable. Eso es lo que constituye la firma fisonómica. La mía, por ejemplo, son los labios y la barbilla —hizo un elegante gesto con la mano para señalarse, con los exuberantes labios curvados en una sonrisa—.

Jamás los cambio.

La miré con detenimiento, estudié sus labios y su mentón y me pregunté qué tenían aquellos rasgos para ser el objeto de su orgullo.

—Yo os ayudaré a escoger la vuestra, Sidonia Impyrean —dijo Sutura, y añadió un instante después—: Y a ti, por supuesto, Némesis dan Impyrean.

—No es una «dan» —dijo Sidonia de repente—. Tienes que haber reparado en que en realidad no

es una sierva.

—Eso es ridículo, niña —parloteó Sutura—. Todo aquel a quien vuestra familia posee es un «dan», jovencita, tanto siervos como cualquier otra creación humanoide.

Donia apretó los pequeños puños.

—Némesis es distinta.

—¿Lo es? —arqueó las cejas de golpe—. La compraron vuestros padres. La hicieron para vos.

Cumple una función. En ese sentido, no es muy distinta de un siervo; por tanto, ella es Némesis dan Impyrean.

—Deja de utilizar el «dan» o le diré a madre que he terminado con esto —dijo Donia con un temblor de ira en la voz.

—Donia... —le advertí. No era el momento de perder los estribos por salir en mi defensa.

Aun así, aquella era una batalla que Donia siempre libraba. Alzó el mentón.

—Némesis Impyrean. Así es como la llamarás en mi presencia.

Sutura soltó un resoplido de risa.

—Vaya, ¿es ahora entonces vuestro pariente consanguíneo?

—Eso no es...

—Bueno, ya que nos estamos inventando cosas, vamos a llamarla Némesis *von* Impyrean y considerémosla también al frente de vuestra casa. ¿Tenéis alguna instrucción para mí, señora Von Impyrean? —Sutera me dedicó una reverencia burlona.

—Se acabó —anunció Donia—. Esto no lo voy a tolerar.

Se dio la vuelta y se marchó indignada.

Sutera parpadeó a su espalda, estupefacta. Luego murmuró:

—Por todas las estrellas, esto ya parece un verdadero desastre.

Seguí los pasos de Donia con el triste pensamiento de que, si la supervisora de protocolo pensaba

que la heredera de los Impyrean era un verdadero desastre, era bueno que no se hubiese percatado de que estaba allí, en realidad, para inculcarle modales a una diabólica.

5

Aquella noche, Donia y yo nos quedamos las dos tumbadas y despiertas en la cama. Era obvio que a Donia aún le escocía el rapapolvo que la matriarca le había echado por dejar plantada a Sutera *nu* Impyrean con tantos aires. Yo, por mi parte, no podía olvidar lo que Donia había dicho antes sobre mí.

Acabé rompiendo el silencio.

—Lo soy.

—¿Qué?

—Sí que soy Némesis *dan* Impyrean.

—No, no lo eres —Donia se retorció en la cama para fijar la vista en la ventana.

Yo escrutaba sus frágiles omóplatos.

—Soy una criatura que es propiedad de tu casa. No sé por qué lo niegas.

—Eres Némesis Impyrean —Sidonia se incorporó y, sentada, me lanzó una mirada fulminante a la

luz de las estrellas—. Así de simple.

—Solo un necio se enfrentaría a la supervisora de protocolo por una nimiedad como mi nombre.

Tú ya sabes lo que soy, y no soy una persona. Soy una *diabólica*. ¡Es igual que cuando intentaste llevarme a la bendición! ¿Es que aún no te ha entrado en la cabeza que no soy como tú?

—Pero Némesis...

—¡No quiero que lo sigas haciendo! —le rugí. De pronto, estaba furiosa—. ¡Así que deja de ponerme la miel en los labios con estas cosas cuando las dos sabemos que no puedo tenerlas! No me pueden bendecir, y no me pueden llamar Némesis Impyrean. No hay razón para enseñarme a leer ni

para insistir en que soy de las estrellas tanto como tú... No hay ninguna dignidad en tratar de meterme a la fuerza en un molde en el que jamás voy a encajar.

—¿Ninguna dignidad? —repitió Donia. Se le saltaron las lágrimas—. No estoy tratando de humillarte.

Humillación. Reparé en el término que daba nombre a la horrible emoción que se amplificaba dentro de mí siempre que veía la heliosfera y recordaba aquel primer encuentro con el vicario. Era una humillación por mi circunstancia, por mí misma. No tenía nada que ver con Sidonia, y no deseaba volver a sentirla.

—Yo no soy tu igual. Soy tu diabólica, y nada más. Que no se te vuelva a olvidar nunca.

Le temblaron los labios.

—Muy bien, Némesis *dan Impyrean* —dijo a continuación—. Si eres de mi propiedad, obedéceme entonces y cállate para que pueda dormir —dicho eso, se dio la vuelta de golpe en la cama y hundió la cara en la almohada para ahogar las lágrimas.

Escuché el tenue sonido de su llanto mientras el lado oscuro del gigante gaseoso formaba un inmenso abismo negro al otro lado de la ventana. Donia estaba unida a mí. Cuando supiese del engaño de la matriarca, le dolería mucho y me daría la orden de no ir al Crisantemo en su lugar.

Tendría miedo por mi seguridad. Era consciente del dolor que le causarían mis actos.

Aun así, sus sentimientos hacia mí me importaban menos que los míos hacia ella.

Por un instante, aquella contradicción se asentó en mi mente mientras mi mirada se perdía en la oscuridad. Nunca se me había ocurrido que la devoción tenía algo profundamente egoísta. Debido a mi naturaleza, se suponía que carecía de ego, que no tenía necesidades propias. Incluso ahora, me bastaba con dormir tres horas cada noche, y sin embargo me quedaba allí tumbada junto a Sidonia en mi camastro porque ella necesitaba ocho horas de sueño y le reconfortaba saber que yo estaba ahí.

Un diabólico estaba pensado para no tener ningún interés personal en lo que a un amo se refería.

Y, aun así, se diría que yo lo tuviese. ¿Cómo era posible, si ni era una persona de verdad? Esta humillación, este egoísmo, resultaba del todo antinatural en una criatura como yo. No debería existir.

Me di la vuelta en mi camastro. Era más sencillo limitarme a escuchar el lento ritmo respiratorio de Donia y quitármelo de la cabeza.

Y entonces oí el roce de un paso al otro lado de la entrada. De inmediato me puse en estado de alerta.

—Sal fuera, Némesis.

El susurro fue tan leve que Sidonia jamás lo habría oído ni aun estando completamente despierta.

Me levanté de un salto, atravesé la habitación y salí fuera.

La matriarca esperaba con los brazos cruzados.

—Ven.

Se dio la vuelta y la seguí sin hacer ruido ni preguntas. Nos retiramos a su ala de la fortaleza.

Nunca había visto los aposentos de la matriarca, y me quedé sorprendida al encontrarme en un lugar con unas cuantas antiguallas. Me quedé mirando a una escultura tosca con la forma de un ser humano blanquecino, cincelado en piedra por entero. ¿Por qué le daría valor a algo así?

—Esa figurilla se remonta a antes de las primeras civilizaciones agricultoras de la Tierra —

comentó la matriarca al ver cómo la escrutaba—. Tiene un valor incalculable.

—¿Cómo es posible? No es que impresione. Donia podría haber tallado una mejor.

—La verdad es que no tienes concepto del valor alguno —sacó una caja metálica y deslizó la tapa.

Asomó zumbando un enjambre de máquinas metálicas minúsculas, todas ellas más pequeñas que la yema de mis dedos. Mientras las observaba, de ellas surgieron unas agujas, una de cada una de ellas

—. Sutura tenía razón —dijo la matriarca, estudiándome—. Eres demasiado grande para pasar jamás por un ser humano normal y corriente. Tendremos

que reducirte la musculatura y limarte los huesos.

Ahí es donde intervienen estas máquinas.

Me quedé observando a aquellos robots que se arremolinaban como los insectos del jardín. Las agujas resplandecían a la luz.

—¿Hacen falta tantos?

—Cada uno inyecta una sustancia en una zona concreta marcada de tu estructura ósea para iniciar el proceso de descomposición de lo que hay ahí. Tenemos que encogerte con rapidez. Le he dicho al doctor Isarus nan Impyrean que eran para mi marido, que ha empeorado su imagen con lo que ha engordado y quería reducirlo a un tamaño más atractivo. El médico dice que hay que repetir el proceso a lo largo de muchas noches. Por fortuna, disponemos de casi tres meses antes de que tengas que estar en el Crisantemo. Y los necesitaremos. Cada dos noches, después de que Sidonia se haya dormido, vendrás aquí a recibir tus inyecciones.

Cogí aire, sin miedo, la verdad, pero el pulso se me aceleró. La adrenalina.

—Suenas doloroso.

—Atroz, según me han dicho —respondió la matriarca—. Te ofrecería un anestésico, pero ya sabemos que eso sería del todo inútil.

«Por Sidonia», pensé.

Me quité las prendas exteriores y ofrecí las extremidades. Estaba decidida a que no me viese dar ni un solo respingo.

—Empecemos, entonces.

Las siguientes noches soñé con enjambres de insectos que me picaban, me punzaban y se hundían en mi interior. Al despertar, lo hacía con una sensación trituradora, demoledora en los brazos y una leve hinchazón en las pantorrillas y en los muslos. Me resultaba difícil ocultarle mi malestar a Donia. Me sentía agotada, y cada vez que me aliviaba, sabía que me estaba desprendiendo de moléculas de mi musculatura.

«Por Sidonia», me recordé y me tiré de las mangas para ocultar las manchas de los moratones por los brazos enteros. Cada paso me dolía, y sentía unas astillas muy largas en los huesos, pero trataba de ocultar mi incomodidad.

Al flaquearme las fuerzas, tal vez pareciese más normal, pero eso dificultó las cosas durante las siguientes sesiones con la supervisora de protocolo. Sutura nu Impyrean se recuperó del insulto de Sidonia al marcharse airada en sus narices y comenzó a inculcarnos los andares de la grandilocuencia, el estilo que una ha de adoptar al reunirse con el emperador. En condiciones normales no me habría costado ningún esfuerzo cualquier ejercicio físico, pero mi extraordinaria fortaleza estaba languideciendo. Perfeccioné aquellos andares antes que Donia, pero apenas por los pelos.

A continuación, pasamos a la tediosa tarea de controlar las sustancias químicas que consumíamos.

Aquello era de lo más complicado para mí, porque no sentía ninguno de sus efectos recreativos, de manera que tenía que fingir cualquier efecto aparente que tuviesen en Sidonia.

—Recordad —nos dijo Sutura con las pupilas dilatadas mientras se tambaleaba bajo los efectos de los vapores recién inhalados—, relajación sin... ¿qué?

—Descuido —arrastró Sidonia las palabras.

—Risa sin...

—Descontrol.

—Y siempre, siempre, con moderación. Sustancias químicas recreativas, pero jamás neurotóxicas

—dijo Sutura, que se lanzó a dar vueltas al ritmo de cualquiera que fuese el impulso químico que estuviese siguiendo—. La adicción es una característica de lo menos atractivo. Os tendrían que arreglar el cerebro los robots médicos, y mientras tanto todo el mundo se pondría a cuchichear sobre esa chica tan escandalosa de los Impyrean.

A Donia no le sentaban bien todas las drogas. Cualquier cosa que le diese energía la ponía ansiosa y le daba temblores. Todo lo que causaba euforia le provocaba delirios. En una ocasión tuve que obligar a Sutura nu Impyrean a poner fin a la clase para poder llevarme a Donia a la cama.

Con todo aquel tratamiento de reducción muscular, su peso era demasiado para mí, así que me pasé su brazo por los hombros y tiré de ella pasillo abajo. Donia fue todo el camino con una sonrisa floja.

Cayó despatarrada en la cama, sonriéndome, trinando un sinsentido.

—Brillas por dentro —decía, o algo similar.

—No brillo —le aseguré.

—Que sí. Que brillas como una estrella, Némesis. Una estrella preciosa — alargó la mano y me pasó los dedos por la piel del brazo, en estado de trance —. Eres una supernova.

—Eso sería muy peligroso para ti, entonces —le dije mientras le quitaba los zapatos.

—Sí que tienes una chispa divina —los ojos se le inundaron de lágrimas que le rodaron por la cara, y la felicidad dio paso a la melancolía—. Ojalá te lo creyeras.

Suspiré. Menuda soñadora.

—A dormir, Donia.

—Hay veces que te quiero más de lo que soy capaz de soportar. Eres una maravilla, y tú ni siquiera lo sabes —hablaba con tal entusiasmo, casi con tristeza, que llevé la mano hasta posarla en su brazo siguiendo el impulso de una ternura que rara vez sentía, y solo por ella.

—Por favor, duérmete —le pedí en voz baja.

—Eres verdaderamente maravillosa, Némesis. Ojalá pudieses verlo. Ojalá no fuese yo la única que lo sabe. Ojalá tú lo supieras.

Qué idea tan extraña, esa en la que siempre insistía: que yo tenía una chispa divina. Le acaricié el brazo, alterada por lo atractiva que resultaba aquella idea. ¿De qué le iba a servir la otra vida a una diabólica? Donia no requeriría mi protección una vez hubiese perecido. Dondequiera que fuese su alma a continuación, la entrada estaba prohibida para una criatura como yo.

—Lo que dices no tiene sentido —le dije—. Ahora duérmete.

Donia se dejó llevar por el sueño, y yo me quedé allí sentada escuchándola respirar, tratando de aliviar aquella extraña carga que sentía en el pecho. De nada me servían las vanas ilusiones, pero aun así, me resultaba extrañamente reconfortante que una persona en este universo creyera dulces fantasías acerca de mí. De haber sido menos disciplinada, hasta podría haber disfrutado fingiendo estar de acuerdo.

6

Tras pasar por toda una batería de sustancias químicas, empezamos a memorizar los bailes. Los había de todo tipo, para todas las ocasiones y con diversas condiciones gravitacionales. Siempre era yo quien llevaba a Donia porque era más grande y más fuerte que ella, pero daba igual qué posición ocupase. Aprendí y perfeccioné ambas tan solo con ver cómo Sutura nu Impyrean nos las mostraba.

Un día practicamos una de las danzas más complicadas de la corte imperial denominada «La rana y el escorpión». Las mujeres interpretaban los movimientos rápidos y los coletazos del escorpión; y los hombres, los extensos barridos y los cambios de posición de la rana. Tras la primera sección de la danza, se suponía que el escorpión había de pasar la mayor parte del baile soportado por la rana.

La danza se desarrollaba en gravedad cero, pero los Impyrean carecían de una cúpula de tales condiciones. Nos las arreglamos lo mejor que pudimos en las habitaciones de baja gravedad de la fortaleza, que solo descendía a un tercio de la gravedad estándar. Lancé a Donia al aire y fui a atraparla mientras ella descendía sobre mí, pero se me resbaló entre los brazos.

Aquello no fue un desastre. Se tropezó, se agarró a mi brazo para recobrar el

equilibrio y lo consiguió fácilmente en la baja gravedad, pero yo me llevé un susto muy serio. Los brazos me temblaban del esfuerzo de lanzarla aun en la gravedad disminuida, y cuando los ojos de Donia se cruzaron con los míos, supe que a ella tampoco se le había pasado por alto.

Había incrementado las horas de sueño en las noches en que no me trataban, porque mi cuerpo necesitaba el descanso para recuperarse. Esa noche, después de haberme quedado dormida, Donia me zarandó el hombro para despertarme.

Aquello, de por sí, ya era inusual. Yo solía despertarme de golpe con el sonido más leve.

—¿Estás enferma?

—¿Enferma? —farfullé.

—Has estado muy decaída últimamente. Y no quería decir nada, pero la ropa se te ve grande por

todas partes. Némesis, te estás consumiendo.

—Estoy bien.

—Creo que deberíamos hacer venir al doctor Isarus.

—Solo necesito dormir.

Sin embargo, Donia no dejaba de mirarme preocupada todos los días. La matriarca decidió por fin que ya habíamos reducido mi estructura ósea y muscular a un tamaño aceptablemente frágil. Había dejado de tener esa corpulenta complexión de un tigre, y ahora tenía una más alargada y esbelta, como la de un lince. Al menos podía pasar por una chica normal y corriente, de una estatura poco habitual, pero no una diabólica, desde luego.

Me alivió terminar con las inyecciones. Mis fuerzas se recuperaron más de lo que podía esperar.

No me sentía tan cómoda al hacer ejercicio en las cámaras de alta gravedad,

pero sí que podía pasarlas airosa, sin problemas. Aun con mi estructura muscular reducida de manera sistemática, era mucho más fuerte que un ser humano normal.

—Esto te lo pondrá más difícil —comentó la matriarca mientras me colocaba haciendo el pino

sobre el brazo de su sofá—. Habría sido más fácil si te hubiéramos debilitado más. Tendrás que fingir. Se acabaron este tipo de exhibiciones.

—Me habéis pedido que vea de qué soy capaz ahora —le recordé conforme me soltaba lentamente,

levantaba un brazo y mantenía el equilibrio sobre una sola palma de la mano. Aunque no fuese tan fuerte como antes, mi cuerpo era también más ligero, y eso compensaba en cierto modo los cambios musculares—. ¿Acaso debería haberos mentido sobre mis capacidades?

Observó cómo flexionaba el brazo para descender hacia el sofá y a continuación me volvía a empujar para subir. Qué aspecto tan extraño tenía la matriarca, casi vieja, al verla boca abajo.

—Se acabó el hacer ejercicio incluso en privado. En el Crisantemo hay ojos por todas partes, y habremos echado a perder todo este tratamiento si vuelves a adquirir corpulencia.

La miré desde detrás de la cortina de mi pelo, sentía un maravilloso ardor en el brazo, pero... me temblaba. Antes jamás temblaba cuando me ponía a hacer esto.

—Soy consciente de todo eso, señora. No soy tonta.

—A partir de este instante. Abajo.

Bajé las piernas y aterricé en el suelo. Me dolía el brazo, y me lo froté sin dejar de mirarla.

—A partir de este instante.

Ahora ya había experimentado la debilidad, y, entre esconder mi fortaleza o poseer una verdadera flaqueza, de largo prefería ocultarla.

Así que lo haría.

Las tareas cosméticas le habían resultado lo bastante agradables a la supervisora de protocolo como para practicar con ambas lo mejor de sus habilidades, no solo con Sidonia. A Donia y a mí nos habían aplicado ya con gran detalle una serie de pigmentos subcutáneos con sombras y reflejos, e incluso nos habían entretejido en el cabello unas esencias efervescentes que, nutridas por los robots de belleza, nos proporcionaban una compleja melena que fluía al viento y, con una sola orden, los tutores mecanizados que llevábamos enredados en el cabello se tensaban y modificaban su disposición para darle a nuestros rizos el peinado que quisiéramos por muy complejo que fuese. Otra orden, y ciertas trenzas cambiaban de un tono a juego con nuestro pelo a un brillo similar al oro o la plata, o cualquier otra cosa que casara con una prenda determinada. Podían incluso emitir una iluminación que alteraba el color del pelo de forma artificial sin necesidad de robots de belleza.

Sidonia se quedó despierta varias noches jugueteando con la configuración de los tutores del pelo, poniéndose el pelo azul, de punta, haciéndose unos rizos muy cerrados que cambiaban temporalmente y se apretaban todavía más con un solo impulso eléctrico. Después empezó a entretenerse manipulándome a mí el mío, y decidió que el castaño oscuro con un leve ondulado era su peinado favorito para mí.

Sutera nu Impyrean había agotado por fin sus conocimientos de la corte imperial, unos conocimientos que ya tenían sus décadas. En su última sesión nos presentó con orgullo ante la matriarca y el senador.

—Y para satisfacer a mi noble señora, propondré que la firma fisonómica de vuestra hija Sidonia sean esos maravillosos ojos azules que tiene, y os aconsejaré que le oscurezcaís la piel dos tonos para realzarlos de verdad. ¿Un moreno leve, quizá? Oh, y esa nariz tan esbelta y elegante...

maravillosa. Se haga las modificaciones que se haga, siempre debería pensar antes en cómo atraer la atención hacia los ojos y la nariz.

—¿Y Némesis? —dijo la matriarca.

Sutera guardó silencio un instante; la pregunta la había sorprendido con la guardia baja. Me miró, asombrada al percatarse de que íbamos a mantener hasta el último momento aquella ficción de formarme a mí también. No se le ocurría ninguna idea.

—Pues bien, supongo que ella misma lo podría escoger. Es perfectamente simétrica, como todas

las creaciones humanoides. La verdad es que no se puede considerar una verdadera belleza cuando es producto de la ingeniería de laboratorio, no para mí. ¿Y para vos? —se quedó mirando a la matriarca en busca de una opinión coincidente.

La matriarca se limitó a mirarla, esperando con una impaciencia cada vez mayor.

—Bueno, las criaturas de ingeniería siempre están pensadas para que sean físicamente aceptables

—dijo Sutera—, de modo que no hay nada que objetar en ella aparte de esa nariz. *Eso* sí se lo arreglaría. Al menos, le limaría ese abultamiento tan antiestético del puente nasal.

Me toqué la nariz al pensar las veces —más de una— en que me la había roto en alguna que otra

escaramuza antes de que me educasen.

—Los ojos y los pómulos, diría yo —intervino la matriarca, que me estudiaba—. ¿Qué me dices,

Sutera?

—Pues... supongo que sí. Repito que podéis escoger cualquier rasgo —Sutera se rio y se acarició

el pelo—. Tal vez le cambiaría ¿la coloración?

—Mmm, sí —dijo la matriarca—. Nunca les añadimos mejoras en la melanina a nuestras criaturas

humanoides solo para distinguirlos físicamente de la familia, pero a Némesis podría venirle bien un poco más de pigmentación, ¿no te parece? —miró al senador.

Este intervino por primera vez.

—Claro, lo que tú desees.

—Aún no alcanzo a ver en calidad de qué sería útil Némesis en el Crisantemo —dijo Sutura—, pero será como diga mi noble señora, y mantengo que no os podéis equivocar con los ojos, y unos pómulos marcados siempre están a la moda.

Sutura pasó entonces a demostrar nuestros conocimientos. Nos lanzó una pregunta detrás de otra, y yo las respondí bien todas. Donia se hallaba distraída y nerviosa ante el escrutinio de ojo de halcón al que la estaba sometiendo su madre, y titubeó varias veces. Nos mostraron fugazmente los rostros de los miembros de la realeza imperial, y Donia confundió a Cygna con Devineé Domitrian.

Yo no confundí a nadie. Eso era cuanto importaba.

—Excelente —la matriarca juntó las manos en un gesto elegante—. Bravo, Sutura. Están bien preparadas.

—Muy bien preparadas —coincidió el senador.

Tenía clavados en mí los ojos de la matriarca, que lucía una sonrisa despiadada en los labios. Su anaconda.

Sutura resplandecía ante las alabanzas de su señora, y adoptó unos enrevesados andares propios de la grandilocuencia hasta llegar a agarrarse el pecho a los pies de la matriarca. Allí, se llevó los nudillos de su señora a la mejilla, y después los del senador.

—Es para mí tal placer servir a otra generación de vuestra familia... Espero

ver al hijo de Sidonia algún día, cuando haya regresado de las estrellas.

La matriarca mostró una sonrisa crispada.

—Sí, bueno, esperemos que la fortuna esté de nuestro lado.

Donia no se dirigió a sus padres hasta que estos dejaron marchar a Sutura.

—¿Y por qué estamos haciendo esto, en realidad?

El senador y la matriarca cruzaron una mirada.

—Sé que está pasando algo —Donia alzó la voz—. Pensé que tal vez me quisierais casar con alguien, o enviarme lejos, pero... acabo de fallar varias respuestas. Las he fallado, madre, y tú ni siquiera me has reprendido. ¿Qué está pasando? —se le saltaron las lágrimas—. Ay, no, padre, ¿estás en un lío? ¿Me están preparando para sustituirte?

—No, no —dijo el senador—. Estoy a salvo, querida.

—¡No te creo! ¿Qué es...?

—Oh —resopló la matriarca—. Dile la verdad.

El senador suspiró, resaltando las arrugas de su rostro. Llevaba sin renovarse su falsa juventud desde que convocaron a Sidonia.

—Muy bien. He caído en una cierta desgracia ante los ojos del emperador, pero no estoy en peligro...

—Tú estás en peligro, Sidonia —dijo la matriarca.

Donia retrocedió de un respingo con expresión horrorizada.

—¿Y-yo? —me lanzó una mirada apremiante.

Me acerqué a ella.

—No tengas miedo.

—¿Estoy *yo* en peligro, madre? —chilló Donia.

—Has sido convocada al Crisantemo, para presentarte ante el emperador —dijo la matriarca—.

Para imputarte la responsabilidad de la idiotez de tu padre, como es natural. Pero no vas a ir.

Donia no era tonta. Lo relacionó todo en un instante: mi cambio de apariencia, mi formación al tiempo que la suya, y ahora... esto.

—No —suspiró.

El senador se adelantó un paso y dio una palmada en el frágil hombro a su hija.

—Tu madre tiene un plan para mantenerte a salvo del emperador. No te enviaremos. Jamás te pondríamos en un riesgo semejante, querida. En tu lugar, la vamos a enviar a ella.

—No —volvió a decir Donia, que sacudía la cabeza con furia. Vino corriendo hacia mí y tomó mis

manos en las suyas—. No —me dijo.

—Así ha de ser —dijo la matriarca—. Sidonia, ¿es que no te das cuenta de que te encargamos una

diabólica precisamente para esto? Compramos a Némesis para poder proteger a nuestra hija. A nuestra heredera. Y ahora, aquí tenemos a Némesis, dispuesta a ayudarnos a conseguir justo eso.

—Lo estoy —le aseguré a Donia.

—Entonces... entonces, ¿será Némesis la prisionera del emperador? —preguntó Donia, que cada

vez me apretaba con más fuerza las manos.

—Esperamos que la tome bajo su tutela y que no sufra ningún daño.

—¿Y si me convocó para matarme? —chilló Donia. Se volvió hacia mí—. Entonces ¿qué?

—Entonces *tú* estarás a salvo con tu familia —dije sin más.

—Sidonia —dijo el senador—, entra en razón: Némesis no es nuestra heredera. Es de nuestra propiedad.

Los ojos de Donia se desplazaron entre su madre y yo, horrorizados.

—No. ¡No! ¡No permitiré que eso suceda! Aunque los engañes al principio, ¿y si alguien descubre lo que eres?

—¿Cómo? —le dije bajando la mirada hacia mi cuerpo. No parecía ya una diabólica.

—No llegarán siquiera a imaginarse lo que es —dijo la matriarca—. Jamás les entraría en la cabeza que alguien tuviese la audacia de mantener con vida a una diabólica, y mucho menos que enviasen a una al corazón del imperio en lugar de su hija. Némesis es lo bastante lista como para

conseguirlo. Es el plan perfecto.

—¡A menos que muera! —gritó Donia. Me sacudió el brazo—. No puedes ir. Te ordeno que no vayas. ¡No dejaré que te arriesgues así por mí! Madre... — se volvió hacia su madre con las lágrimas rodando por las mejillas. Pero allí se topó con aquella mirada acerada y fría de la matriarca, y después con la indiferente calma de su padre—. ¡No! ¡No, esto no puede pasar!

Donia se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Le di un tiempo para procesar todo lo que acababa de saber, y después seguí sus pasos hacia abajo, hasta los jardines de la fortaleza, justo al lado del recinto de los tigres. Los enormes felinos estaban juntos formando un grupo en un extremo de su recinto, maullando para llamar su atención, pero Donia se limitaba a mirarlos como si no fuese capaz de ver nada.

—¿Cómo has podido? —me dijo en cuanto reparó en mí—. ¿Cómo has podido conspirar con mis

padres a mis espaldas? ¿Cómo has podido ocultármelo todo?

—No ha sido especialmente difícil —le dije sin rodeos—. Miento muy bien, y ese es otro de los

motivos por los que soy más adecuada que tú para el Crisantemo.

—¿Y si mueres? ¿Qué hago yo, entonces?

—Si yo muero, es porque he muerto en tu lugar. Harás lo que todos queremos que hagas: vivir.

—Te odio. ¡Cuánto te odio! —Donia se abalanzó sobre mí y me golpeó con los puños de manera

infructuosa. Sus golpes me rebotaban en los brazos mientras la miraba, algo perpleja ante la vehemencia de su reacción. Empecé a preocuparme porque se llegase a hacer daño en las manos.

Por todo el jardín, nerviosos, los animales echaron a correr e hicieron sonar la vegetación cuando el instinto los hizo huir del ruido.

A continuación, retrocedió de un salto con un grito, las lágrimas en la cara, y salió corriendo hacia la puerta. Allí se topó con Sutera nu Impyrean, que estaba ocupada haciendo su última ronda por la fortaleza antes de regresar a su vida confinada en el planeta.

Donia se echó en sus brazos, desgañitándose. En un acto reflejo, Sutera le puso las manos en los hombros y se apartó.

—Ah, no, no. Esto no lo puedo dejar pasar. ¿Qué os he dicho sobre las indecorosas muestras de emotividad? Cuando estéis en la corte...

—¡No iré a la corte! —gritó Donia—. Madre no me enviará a mí. Va a enviar a Némesis. Por eso se ha estado formando conmigo.

Se me congeló el aliento.

—¿Qué? —dijo Sutura.

Di un paso al frente y traté de lanzar una mirada de advertencia hacia Donia, pero estaba distraída y cegada por lo que le estaba revelando a Sutura.

—Son iguales que tú. Creen que Némesis es una posesión. ¡La están obligando a hacerse pasar por mí y están arriesgando su vida como si no tuviese ningún valor!

—Eso es alta traición —dijo Sutura en un grito ahogado.

Aquellas palabras se me asentaron en la mente como una sentencia de muerte, y no la mía. A Sidonia se le había ido la mano al contárselo a Sutura en Impyrean, y ahora yo tenía que encargarme de aquello.

—Donia.

Fue como si mi voz, grave y amenazadora, interrumpiese su arrebato de ira. Donia se quedó allí

temblando de la cabeza a los pies, mientras se enjugaba las lágrimas de la cara con la mano.

—Donia, hablaremos sobre esto, pero antes, Sutura, tengo que darte una explicación —acorté la distancia entre nosotras, y a la supervisora de protocolo ni se le pasó por la cabeza ofrecer

resistencia cuando traté de llevármela fuera de aquella estancia—. Verás, las cosas son muy complicadas...

Donia se quedó plantada en el sitio un largo rato y, de pronto, pareció adivinar la maldad que yo tenía en mente.

—Némesis... ¡no!

La miré. No había sido mi deseo hacer aquello ante sus ojos, pero ya que insistía, pues que mirase.

Sutera me lanzó una mirada de perplejidad y total candidez, con una pregunta en los labios. Jamás la formuló.

Le rompí el cuello.

7

El grito de Sidonia rasgó el aire cuando me aparté del cuerpo y dejé que Sutera cayese al suelo.

Avanzó corriendo a sujetar a la supervisora de protocolo, zarandeándola.

—¡Sutera, Sutera!

—¿Qué esperabas? —le dije sin levantar la voz.

Sidonia alzó la vista hacia mí con un horror en el rostro que no había visto desde aquel primer día, antes de que me educaran. Como si ella no hubiese entendido lo que yo era —entendido de verdad—

hasta aquel preciso instante.

—¿Por qué? —gimoteó—. Nos ha ayudado.

—Porque le has contado lo que no tenía que saber. Nos habría delatado, y entonces no habría podido salvarte —me acerqué un paso más, y Donia retrocedió a gatas, aún en el suelo, mirándome con un absoluto terror.

Aquello, advertí, era lo que necesitaba de ella ahora. No su adoración, ni su cariño. Necesitaba que me comprendiese. Necesitaba que por fin me viera igual que me veía su madre, como me veía el vicario, como yo *era*. Se me cerró la garganta ante la idea de ver cómo la repugnancia ardía en el rostro de Donia cuando por fin se le cayó la venda de los ojos, pero tuve que hacerlo por su bien.

—¿Acaso no lo entiendes, Sidonia? —le dije—. Yo no soy tu amiga. Los amigos son iguales entre

sí. Nosotras no lo somos. Yo no soy uno de esos tigres de ahí, creados

genéticamente para ser adorables y mostrarte la panza. Yo no estoy aquí para hacerte compañía. Soy una asesina, y estoy aquí para matar por ti o para morir por ti, según sea necesario. Soy tu instrumento, tu arma... tu posesión.

—No, no lo eres —le tembló el labio—. Somos más que eso.

—Para ti, tal vez, pero no para mí. Yo no puedo sentir lo que tú deseas que sienta —me arrodillé para contemplar sus ojos y meterle en la cabeza la cruda verdad—. Tú *sí* sabes lo que soy. Sabes que maté a una de vuestras siervas. ¿Acaso creíste que lo hice por piedad? Lo habría hecho aunque la sierva hubiera estado en su plenitud más saludable.

Hizo un gesto negativo con la cabeza, pero no podía apartar los ojos de mí. Estaba luchando consigo misma, negándose a creerme, pero ahora se veía incapaz.

—Te veo en la heliosfera —le dije, buscando en mi interior y visualizando aquellos ritos en que escuchábamos al vicario hablar de Helios y de la voluntad de lo divino—. Te preguntas acerca del universo. Reflexionas sobre qué te ha creado, sobre cuál es tu fin, sobre cuál podría ser el sentido de tu existencia... Yo, sin embargo, no me hago tales preguntas, porque *conozco* las respuestas. No soy hija de tu Cosmos Vivo, y no hay en mí ninguna chispa de lo divino. Déjame que vaya y haga aquello para lo que me crearon. No te opongas a esto.

Donia se puso en pie y bajó la mirada hacia mí como si no me hubiese visto jamás. Parecía más

mayor que nunca, con más de dieciocho años, como si yo le hubiera arrebatado algo más valioso que cualquier posesión material.

—Ya sé que te obligaron a quererme —dijo agarrándose las manos con fuerza—. Pero, solo porque alguien te impusiera esos sentimientos, eso no significa que sean menos importantes, o que tú

seas menos humana. Eres mi mejor amiga, y te quiero, Némesis. Y mis sentimientos no carecen de valor solo porque seas tú por quien los siento. Quizá, el hecho de que te quiera a ti seas lo que seas significa que mis

sentimientos son más valiosos porque nadie me los impuso, sucedió sin más. Decidí quererte. Decidí que me importara lo que te pase, y eso no me lo puedes arrebatar.

—Superarás el haberme perdido.

—No, no lo haré —lo negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos y una mirada de angustia—.

Tú para mí significas más de lo que nunca podrás comprender, así que deja que te diga algo ahora mismo: si tú mueres ahí fuera, yo iré detrás.

—No te entiendo.

—Si te marchas al Crisantemo y te matan, entonces me tiraré por una esclusa. Te lo juro.

Creció en mí la ira.

—No seas estúpida.

Soltó una carcajada breve y demencial.

—A ti no te importa lo que yo sienta. A ti no te importa nada salvo mi seguridad. Eso lo entiendo.

Así que, ahí lo tienes, esto es lo que sucederá: yo no estaré a salvo si tú no lo estás. Tú sobrevivirás, o *yo* moriré.

Me levanté de golpe y me pregunté por qué estaría diciendo semejante estupidez, algo tan irracional. Se me quedó mirando con una especie de expresión triunfal delirante, como si me hubiese derrotado de alguna manera, así que le dije entre dientes:

—Retira esas palabras.

—No.

La agarré por los hombros, tan frágiles, unos huesos como los de un pajarillo

que podría romper y hacer añicos con tanta facilidad, y la zarandeeé tan fuerte que la cabeza le dio una sacudida hacia atrás. No obstante, allí seguía aquella convicción demencial en su rostro, aun mientras le gritaba

«¡Que las retires!».

—¡No!

Así, mientras sus ojos me miraban, tan grandes, impresionantes y cargados de esa devoción autodestructiva hacia mí —hacia mí, nada menos—, sentí un inútil arrebató de furia, porque sabía que no había modo de arrancarle aquella idea. Ya podía partirla por la mitad, pisotear todos y cada uno de los huesos de su cuerpo hasta hacerlos polvo, que jamás derrotaría aquella determinación, aquella demencia.

Fue entonces cuando reparé por vez primera en que Sidonia Impyrean — dócil, temerosa, tímida y

educada— podía ser indomable.

Así que la solté, y ella se tambaleó varios pasos hacia atrás, sin borrar aún de su rostro aquella tozudez y determinación tan irritantes.

—Muy bien —le dije.

Se enderezó y me miró esperanzada.

—Muy bien —repetí—. Volveré con vida. Haré todo cuanto esté en mi mano por conservar la vida

como lo haría para preservar la tuya. Lo haré o destruiré todo el imperio en el intento.

Silencio. Percibí que algo extraño había cambiado entre nosotras, quizá para siempre. Lo ilusorio había desaparecido, nuestra verdad estaba al descubierto, y aun así me daba la sensación de que la entendía, y de que ella me entendía a mí, y tal vez en cierto modo fuimos iguales por primera vez. Mi fortaleza siempre había estado por encima de la suya, y su importancia siempre había estado por encima de la mía, y allí estábamos entonces, a pesar de todo, en un

equilibrio de fuerzas de una vez por todas. Mi vida tenía ahora el mismo valor que la suya... porque su vida dependía de la mía.

Sidonia se arregló el atuendo con dignidad. Bajó la vista hacia Sutera, y se le tensó el semblante. Se obligó a desviar la mirada como si ya no soportase aquella imagen por más tiempo.

—La nariz —me dijo—. Conviértela en tu firma fisonómica. No te la arregles. Es tan excepcionalmente tuya...

Me llevé la mano al tejido cicatrizado del puente de la nariz, la marca específica de tanta violencia en mi pasado.

—¿Y cómo podría haber acabado la noble Sidonia Impyrean con una nariz como esta?

En su rostro había una triste sonrisa.

—Mientes muy bien, Némesis. Invéntate algo.

8

El excedente gobernaba la nave que llegó para trasladarme al Crisantemo. Después de atracar, salieron en tromba como un grupo incontrolado, y su vocerío se adueñó del espacio.

—... así que estos son los dominios de los Impyrean...

—... siempre me pregunté cómo sería esto...

Un tirón apremiante en mi mano dirigió mi atención hacia Donia. Me miró a los ojos, y un extraño vacío se apoderó de mí. Aquella podría ser la última vez que la viese.

Sí era, desde luego, el último instante en que sería yo misma. En cuanto pusiera el pie a la vista de aquellos excedentes, me convertiría en Sidonia Impyrean.

—Si pudiera escoger a alguien en todo el universo para hacer de mí —me

susurró Donia con voz

trémula—, te elegiría a ti, Némesis.

Con el paso de los últimos días, se había volcado en ayudarme a convertirme en una mejor noble

señorita, y lo había hecho con un entusiasmo aún mayor que el de su madre. Decidimos juntas mi nuevo color de pelo —castaño oscuro— y mi nuevo bronceado en la piel. Fue ella quien eligió las cejas oscuras y arqueadas y las largas pestañas negras que llevaba implantadas sobre mis nuevos ojos verdes. Soltaba un interminable río de trucos sobre cómo ser una mejor heredera de los Impyrean.

Nos quedábamos despiertas por la noche, mientras ella me relataba todos y cada uno de los intrascendentes detalles que era capaz de arrancar de su memoria acerca de aquellos hijos de la grandilocuencia con los que se había relacionado en los foros galácticos, por si acaso me los encontraba en el Crisantemo.

Y, por supuesto, conservé la nariz tal y como estaba.

Donia me cubrió las mejillas con las manos.

—Estás imponente —la preocupación se apoderó de su rostro—. Vuelve, por favor.

Puse las manos sobre las suyas. La única persona que me determinaba.

—Lo haré.

Aumentó el sonido de las voces, y nos separamos. Entró la matriarca con un paso majestuoso, seguida de una comitiva de siervos. Solo ella venía a despedirme. El senador ya me había dedicado una somera despedida.

Me tomó por el brazo.

—Ven aquí, *Sidonia*.

Había empezado a llamarme así para que me habituase. No era tan indiferente como ella creía, y se sentía rara con aquel nombre en presencia de Donia. Eché la vista atrás, hacia ella, mientras la matriarca me alejaba de allí.

—Recuerda lo que te he dicho sobre el excedente —me susurró la matriarca al oído.

—Lo recuerdo.

No todos los excedentes eran como Sutura nu Impyrean (cuya muerte se había achacado a un percance con los recintos de los animales, y cuyo cuerpo habíamos lanzado hacia la estrella más cercana, ya que la matriarca sabía que ella deseaba un funeral según la costumbre helionista).

Tampoco eran como el doctor Isarus nan Impyrean, el médico de la familia. Ambos eran excedentes que creían en el sistema imperial, que se habían convertido en parte del mismo y se habían ganado un lugar en él. Servían fieles a los Impyrean y habían dado pruebas de su lealtad, así que obtuvieron la denominación de «nu» y de «dan» como símbolo de su afiliación femenina y masculina al servicio de la familia.

Estos excedentes, sin embargo, recibían un pago por sus servicios. Su lealtad no se debía a la familia Impyrean, sino a la moneda que obtenían del servicio a los Impyrean.

Recibían el nombre de «empleados».

Y a estos los habían contratado, específicamente, para acompañarme a la corte.

—La grandilocuencia controla la mayor parte de la tecnología más potente, Némesis —me había explicado la matriarca aquella última semana—. Nosotros poseemos las naves y el armamento, así que somos el gobierno que vincula un sistema estelar con otro. Nosotros *somos* el imperio.

Ya sabía que la mayor parte de los planetas inhabitados no eran óptimos para la vida humana.

Pocos eran autosuficientes, y casi todos dependían de los recursos del

espacio, algo que la grandilocuentia tenía bajo su total control. También dependían de la tecnología que la grandilocuentia les prestaba. Así, el excedente se veía obligado a servir a la grandilocuentia tan solo para sobrevivir.

El silencio se hizo entre los empleados cuando la matriarca y yo doblamos la esquina del pasillo.

Los excedentes se hallaban dispersos en varios grupos, los unos frente a los otros, y, aun así, volvían la vista hacia nosotras como si perteneciésemos a una especie desconocida. Les devolví la mirada y sentí exactamente lo mismo.

Igual que Sutura nu Impyrean, todos ellos salvo los más jóvenes estaban llenos de los defectos físicos de las condiciones de la vida planetaria y de la exposición a la luz solar sin filtrar. Marcas cutáneas, aquellas grietas que llamaban «arrugas», exceso de carne o, en ocasiones, tal carencia de ella que se les veían los huesos a través de la piel. Todos lucían una tonsura —la coronilla afeitada—

y se dejaban crecer el pelo alrededor de la calva como si de una corona se tratase. Resultaba un aspecto curioso, en especial en las mujeres de pelo más largo, muchas de las cuales se lo habían trenzado en un círculo alrededor de la calva.

La tonsura era obligatoria para cualquier excedente que quisiera trabajar para una familia imperial en el espacio. Simbolizaba que se habían convertido a la fe del helionismo que profesaba la nobleza, o al menos eso fingían. En caso de que se les aceptase como tales empleados, recibían el tatuaje del emblema de la familia en la calva de la tonsura, y a partir de entonces tenían que lucir el emblema hasta que se prescindiese de sus servicios.

Algo había en aquella forma que tenían de mirar a la matriarca, de mirarme a mí, que me advertía de que allí no había ningún afecto. Debían de sentir rencor por su posición, obligados a adoptar una religión que no deseaban, a servir para sobrevivir, por el monopolio de la grandilocuentia sobre la tecnología. Me recordé que aquellos excedentes habían sido registrados de manera exhaustiva en busca de prosélitos partisanos, para que no supusieran

una amenaza. Al fin y al cabo, los partisanos eran aquellos habitantes de los planetas entre los excedentes que estaban convencidos de que les irían mejor las cosas si se librasen del imperio. Se oponían a la supresión del conocimiento impuesta por la grandilocuencia. Ser un partisano se consideraba la mayor traición posible, y jamás se permitiría a un prosélito partisano acercarse tanto a la heredera de los Impyrean.

Los excedentes no se arrodillaron ni hicieron reverencias. Se mantuvieron erguidos y nos sostuvieron la mirada mientras la matriarca los inspeccionaba. Algunos miraban inquietos a los siervos que cargaban con mis pertenencias. Era bien sabido que a la mayoría de los excedentes no les gustaban los siervos.

La matriarca les dedicó una sonrisa forzada y un saludo.

—Hola —les dijo—. Me alegra veros. Mostradme vuestros emblemas —y añadió a continuación

—: Por favor.

Debió de costarle pronunciar aquellas dos palabras. Jamás le hacía falta utilizarlas con nadie en la fortaleza.

Los excedentes bajaron la cabeza para mostrar el tatuaje con el sol que salía de detrás de un planeta, el emblema de la familia Impyrean. Vi algunos puños apretados, mandíbulas encajadas.

Algunos empleados se miraban entre sí mientras la matriarca los iba comprobando uno a uno para

ver el emblema, y un picor me ascendió por la espalda. El rencor se cortaba en el ambiente.

Ya me desconcertó en su momento, y me pregunté por qué la matriarca se molestaba en contratar

excedentes a modo de escolta para ir al Crisantemo. Me habían dado la impresión de ir a ser problemáticos. Al fin y al cabo, los seres humanos vivos ya no eran necesarios para hacer *nada*. Se podía utilizar máquinas para

controlar una nave, para gobernarla. Empleaban máquinas para luchar en las guerras, para desarrollar nuevas medicinas, para idear tratamientos. Ese era el motivo de que a los seres humanos no les hiciese falta saber cómo funcionaban las máquinas, o la ciencia que había detrás de su fabricación. El sistema se sostenía por sí solo.

—Utilizamos empleados porque los excedentes son caros y peligrosos, Némesis —me había contado la matriarca—. El poder sobre una máquina es algo que se da por sentado. El poder sobre los siervos se considera algo natural siempre que seas lo bastante rico para comprarlos. Sin embargo, el poder sobre la voluntad de un miembro del excedente, personas que te sirven porque has comprado su lealtad y que quizá lo hagan contra sus inclinaciones o sus preferencias personales, ese poder es el más peligroso e impredecible de todos. El hecho de que tengamos una comitiva de empleados que te acompañen al Crisantemo da fe de nuestra fuerza como familia. Si no tuvieras empleados en esa comitiva, en la corte podrían empezar a cuchichear que esta familia no se los puede permitir, o peor, que no los podemos controlar. Prescindirás de sus servicios en cuanto que te hayas presentado ante el emperador.

La matriarca terminó su inspección.

—Gracias, empleados. Estoy convencida de que serviréis bien a mi hija —se volvió hacia mí y extendió los brazos—. Mantente a salvo, hija mía. Que encuentres tu senda en el hiperespacio. Intenta no morir.

Tomé sus manos, me arrodillé y presioné sus nudillos contra mis mejillas.

—Lo intentaré —y luego dije aquella palabra tan extraña e impropia en mis labios—: Madre.

Nuestros ojos se cruzaron, la intensa mirada de la matriarca sobre la mía, durante apenas un segundo mientras se desplegaba nuestra común conspiración. Y entonces nos despedimos. Los empleados abrieron paso para dejarme entrar en aquella nave que tenían en préstamo. Los siervos asignados a mi comitiva me siguieron tirando de baúles y otras pertenencias tal y como correspondía a Sidonia Impyrean en su traslado al Crisantemo.

De no haber tenido un oído superior, tal vez no hubiese captado unos cuantos susurros que intercambiaron los excedentes según se sellaba la compuerta, cosas que ellos pensaban que yo jamás escucharía.

—Qué despedida tan insensible —dijo alguien—. No irá a echar mucho de menos a su hija, digo

yo.

—Ya te digo, esos nobles son de sangre fría. No sienten las cosas igual que la gente común.

Demasiadas modificaciones genéticas con el paso de los siglos.

No dejé entrever que lo había escuchado, pero aquellas palabras casi me hicieron sonreír... un

impulso que me sorprendió, ya que el sentido del humor no era algo innato en mí. El simple hecho era que aquellos excedentes no tenían la menor idea de lo verdaderamente insensible que yo era, ni de lo genéticamente modificada que estaba.

Solo tenía dos metas: engañar a la gente para que pensasen que yo era Sidonia y, por supuesto, tratar de no morir.

9

Me pasé el viaje confinada en mis habitaciones con los siervos, repasando todo lo que había aprendido sobre la corte imperial. Podía imaginarme a Donia, paseándose impaciente a la espera del momento en que mi nave saliese del hiperespacio y pudiera volver a enviarle un mensaje.

Me obligué a quedarme tumbada en la cama durante ocho horas tal y como Donia haría. Meforcé a

comer tanto como Donia necesitaría. Combatí el impulso de moverme, moverme más y poner los músculos a trabajar de alguna forma.

Había resultado sencillo renunciar al ejercicio físico cuando los reductores

musculares me estaban reduciendo el tamaño. Ahora me daba la sensación de que iba a reventar con la energía que no estaba utilizando. No me atreví a darme el gusto, o desharía todo el trabajo que le había dedicado a la reducción de tamaño.

Sidonia siempre me decía que el espacio tenía unas dimensiones inconmensurables, pero no lo había entendido hasta ahora. Nos desplazábamos por el hiperespacio a una velocidad inaprensible, y, aun así, nuestro viaje duraba semanas. Apenas estábamos atravesando una franja de la galaxia conocida. Al otro lado de la ventana se abría imponente un vacío de oscuridad sin estrellas.

En ocasiones, las cosas se torcían en el hiperespacio. Era algo inusual, si bien terrible para el imperio, cuando una nave estelar se hacía pedazos en el hiperespacio, y el emperador siempre reconocía la tragedia y daba la orden de guardar un periodo de luto en toda la galaxia. El senador Von Impyrean creía que aquellos desastres se debían a que las naves eran demasiado viejas: un simple fallo en un motor tenía como consecuencia que el universo se rasgase en lugar de plegarse.

Tales desastres no se limitaban a matar a los ocupantes de las naves, sino que dañaban el espacio propiamente dicho. En esa área del espacio se generaba una zona muerta que engullía cualquier nave o cuerpo planetario que anduviese cerca. Se denominaba «espacio maligno».

Y la idea de un espacio maligno me pareció aún más amenazadora mientras permanecía allí de pie, mirando a un interminable negror, consciente de que en cualquier instante algo podría salir mal y abocarnos a aquel mismo sino.

Recibí con alivio la salida del hiperespacio. Fue abrupta: la oscuridad desapareció sin más, y la luz entró a raudales por la ventana cuando nos adentramos en el sistema estelar de las sextillizas donde nos aguardaba el Crisantemo.

Llamaron a la puerta y entraron de sopetón varios de los empleados.

—Noble Impyrean, hemos llegado al Crisantemo. Nos han dado autorización para aproximarnos.

—Bien —dije—. Gracias —añadí al recordar cuánto valoraba el excedente las muestras vanas de

cortesía.

Los empleados se miraron los unos a los otros, y el hombre más adelantado se aventuró a decir:

—¿Os importaría que mirásemos por vuestra ventana?

Yo disponía de una de las escasas ventanillas de la nave, tal y como correspondía.

Hice sitio para que los excedentes se pudieran unir a mí y contemplar la aproximación al Crisantemo.

—Muy bien.

La nave sufrió una violenta sacudida cuando comenzaron a actuar las fuerzas gravitacionales.

La ventana se inundó del resplandor cegador de los tres pares de estrellas binarias, todas ellas en órbita alrededor del mismo centro de gravedad.

Una masa oscura no tardó en comenzar a emerger contra la deslumbrante blancura del fondo, y la

nave recorrió a bandazos un pasillo de armamento cargado que flotaba en el espacio, distribuido por el sistema como unos dientes que aguardasen para clavarse en nosotros.

—Dios mío, sí que estamos aquí de verdad —murmuró una de las empleadas—. Lo vamos a ver.

Los demás asintieron en silencio, asombrados. La nave siguió sufriendo leves sacudidas durante toda la aproximación. El sistema de seis estrellas tenía tal caos de fuerzas gravitacionales que tan solo quedaba un estrecho canal de espacio lo bastante seguro para las naves que llegaban. Si una gran armada intentase alguna vez un ataque —uno de los empleados le explicaba a otro—,

tendrían que volar prácticamente en fila de a uno, o acabarían desintegrados por las estrellas del propio sistema antes de poder aproximarse siquiera.

—¿A quién se le ocurriría atacar alguna vez? —les pregunté.

Se me quedaron mirando, sorprendidos, ya que no les había dirigido aún la palabra por iniciativa propia. Entonces se me ocurrió la respuesta: otras familias imperiales.

Familias como los Impyrean.

Aquellas defensas ponían freno a cualquier pensamiento que albergasen de llegar al asalto y descabezar el imperio matando a los miembros de la familia imperial, los Domitrian.

A los empleados no se les pasó por la cabeza decirlo en voz alta. El hombre se limitó a reír incómodo y señalar por la ventana.

—Bueno, es obvio que nadie lo haría.

Entre sacudidas, dejamos atrás miles de paneles de energía y de defensas estáticas, y el primer pilar del Crisantemo se deslizó en nuestro ángulo de visión. Un murmullo de sobrecogimiento se apoderó de los empleados ante la vista de la mayor estructura de todo el imperio.

El Crisantemo tenía la forma de la flor que le daba su nombre. Estaba hecho de miles de naves que se unían en el mismo centro, donde se alzaba la heliosfera más grande del imperio. El sector central lo formaban otros pilares más pequeños y ligeramente curvados alrededor de un espacio habitable de gran tamaño. Se trataba de una única nave llamada *Valor Novus*, que hacía las veces de residencia de la familia imperial y también acogía a los altos funcionarios que estaban de visita. Además, contenía las cámaras del senado y las salas de guerra. Los pilares más largos servían para conectar las naves, se extendían desde aquella gran nave central, se desplegaban y se adentraban kilómetros en el espacio, desde el interior.

El Crisantemo era ya lo bastante grande de por sí para ejercer una fuerza gravitatoria sin ninguna ayuda artificial. Cada una de las secciones se podía

separar del conjunto, de modo que era posible desensamblar el mismísimo centro del imperio en dos mil naves individuales.

Eso no había sucedido nunca. Jamás fue necesario. ¿Al fin y al cabo, qué enemigo sería alguna vez lo bastante poderoso como para obligar al emperador a huir?

Me vino a la cabeza la historia que con tantas prisas había leído y todo cuanto había aprendido en aquellos últimos meses, y no pude evitar pensar en lo que estaba haciendo: era una diabólica a punto de adentrarse decidida en el corazón del imperio, un lugar donde mi sola existencia merecía la muerte. Iba a fingir que era la hija del senador al que llamaban «el gran hereje» ante una corte de políticos que deseaban acabar con él. Tenía que engañar a las mentes capaces de gobernar un lugar como este, con *este* aspecto, y si fracasaba, Sidonia podría cumplir su amenaza y morir conmigo.

Percibí en el estómago un baile que no había sentido en muchos años.

De inmediato supe lo que tenía que ser: temor.

«No des pisotones, deslízate con la elegancia de un cisne...».

Las palabras de Sutera nu Impyrean regresaron a mí mientras el más fuerte de mis siervos se afanaba por levantar el vestido ceremonial que necesitaba para presentarme ante el emperador. Había empleados en la puerta, esperando para acompañarme, así que no me atreví a aliviar la carga de los siervos.

Los vestidos ceremoniales eran prendas muy intrincadas, hechas de metal. Comprimían la cintura

sin piedad, y contenían el suficiente oro para pesar el doble que el noble señor o señora que lo lucía.

El vestido ceremonial requería llevar debajo un exotraje: unas finas lamas de metal que se aferraban a las extremidades y la espalda y hacían las veces de exoesqueleto mecanizado que levantaba todo el peso.

Con mi mayor fuerza, podía arreglármelas sin él, pero, de nuevo, debía exhibir una debilidad que no tenía. Así, le pedí a los siervos que me lo

sostuvieran en una perfecta interpretación de una heredera imperial y permití que me ayudasen a ajustarme al cuerpo aquel atuendo de ceremonia. El metal frío me rodeaba la piel.

Una vez puesto el complejo atavío, le pedí a una sierva que me entregase el control de los tutores que llevaba en el pelo. Con un golpe de muñeca, me arreglé los bucles en una serie de trenzas muy elaboradas, y esperé mientras otra sierva me entrelazaba unas piedras preciosas con los mechones.

Observé el efecto en el espejo. No reconocí a quien me devolvía la mirada, alta y delgada, resplandeciente con su vestido ceremonial, el cabello castaño oscuro, trenzado y engalanado, el suave tono aceituna de su piel que se iluminaba tan favorecedor en los lugares donde Sutura nu Impyrean la había pigmentado.

De Némesis dan Impyrean solo quedaba la nariz.

La palpé para recordarme que aún era yo, consciente de la inquietud de los empleados en la puerta, ansiosos por empezar de una vez.

—Estoy lista —dije, a nadie en concreto.

Conté con una escolta de seis empleados y un séquito de ocho siervos a mi espalda en mi recorrido desde el muelle de acoplamiento de la *Valor Novus* hasta el salón del trono. Como la futura senadora Von Impyrean, tenía la suficiente relevancia como para que el emperador me recibiese en persona...

aun caída en desgracia.

Si me recibiría o no con una inmediata ejecución... eso aún estaba por ver.

10

Aun con el exotraje, bajo varios cientos de kilos de metal era complicado deslizarse con la elegancia de un cisne, principalmente porque Sutura había hecho hincapié en la importancia de mantener un semblante relajado y sereno al hacerlo. Estar serena y relajada era tan innato en mí como el sentido del humor.

Me obligué a mirar al frente mientras mi escolta me abría paso. Por mucho que mis ojos y mis instintos quisieran que lo inspeccionase todo, a todo el mundo en la *Valor Novus*. Aquella nave era el centro del Crisantemo, la de mayor tamaño, unida directamente a la gigantesca heliosfera. En un momento dado, no pude resistir la tentación de alzar la mirada, y lo que vi me detuvo en seco.

Cielo abierto.

La sala era tan grande que el tinte azulado de la atmósfera artificial me impedía ver las ventanas y el techo por encima de mí. Un par de soles binarios lucían a través de lo que tenía que ser un ventanal que era incapaz de ver, y, por un desconcertante segundo, me sentí como si hubiera acabado en un planeta, en lugar de en una nave, sin saber ni cómo. Jamás me había encontrado en una estancia cuyo techo no fuera visible. Ninguno de mis instintos y habilidades de supervivencia se había trabajado para un espacio tan abierto e interminable. La presión del vestido ceremonial estaba empezando a aumentar, comenzaba a necesitar más aire.

Los empleados me miraban con expresión inquisitiva, así que me obligué a ponerme en movimiento, paso a paso, y a no prestar atención a aquel cielo abierto ilusorio. Entonces se abrieron ante mí los portones y se me franqueó la entrada al salón del trono del emperador.

Toda la ansiedad que había en mi interior se calmó cuando se me acostumbró la vista al salón del trono, mientras la multitud aparecía ante mis ojos. Abrieron paso para dejar libre un pasillo hacia la parte más frontal de la sala junto al enorme ventanal que se asomaba a cuatro de las estrellas del sistema, y de un vistazo supe cuál de aquellos grandes personajes era el emperador Randevald von Domitrian, porque los ojos que no se centraban en mí se hallaban sobre él, incluidos los de su madre, Cygna Domitrian, justo a su derecha.

Primero, los andares de la grandilocuencia.

Mis empleados se apartaron también y me dejaron espacio para que recorriese la distancia que me separaba del emperador. Tres pasos, arrodíllate. Tal y como Sutura nu Impyrean me había dicho que hiciese, alcé

la mirada cada vez que me llevaba las manos al corazón y miré al hombre corpulento de pelo rubio y largo que le caía por los hombros como un manto.

Se me antojó interminable el recorrido hasta los pies del emperador, y los susurros y murmullos formaron un mar de ruido que se encrespaba a mi alrededor mientras me observaban los demás grandilocuos. Ya habría tiempo de formarse un juicio sobre todos ellos, más adelante. Ahora, mi centro de atención era el único hombre capaz de decidir si viviría o moriría.

Allí estaba, por fin, arrodillada ante el emperador, con sus negros ojos clavados en mí, mirándome desde un rostro que era un dechado de falsa juventud y no aparentaba más de veinte años salvo por aquella cínica y fría mirada. Su cuerpo resultaba imponente, como un bloque, suave y elegante la piel

de sus manos cuando se alzaron ante mí. Las sostuve para llevarme sus nudillos a las mejillas.

En el último momento, sin embargo, el emperador soltó de golpe las manos de entre las mías y me agarró por el pelo.

Sentí cómo surgía en mí el ardiente y feroz instinto de atacar, pero me contuve con una férrea mordaza de moderación y me recordé que se trataba de Sidonia, no de mí. Permanecí tan pasiva como una muñeca de trapo cuando me echó la cabeza hacia atrás de un tirón y sus ojos me barrieron la cara.

—Así que —el emperador alzó la voz para llegar a todos y cada uno de los oídos de la sala— esta es Sidonia Impyrean. ¿Qué tal le va a vuestro padre?

Formuló la pregunta con buen ánimo, con benevolencia. Tan solo su implacable mano —enredada

en mi pelo y forzándome el cuello tal y como me había echado la cabeza hacia atrás— me advertía de que no había nada de amable ni de inofensivo en aquella pregunta.

—Se encuentra bien, reverencia suprema —le mantuve la mirada con la

esperanza de que mis ojos

no delatasen la frialdad de mi corazón—. Muy honrado de que me hayáis invitado a la corte.

El emperador frunció los labios con un gesto de amargura en su rostro eternamente joven.

—No es ninguna honra, niña. Vuestro padre ha incurrido en graves herejías.

Una risotada barrió la sala a mi espalda. Me había sorprendido con la guardia baja. Había esperado que el auténtico motivo de mi visita se mantuviese como un secreto a voces, ya que eso era lo que la matriarca esperaba.

Y se había equivocado.

—Yo... —di palos de ciego en busca de algo que pudiese decir Sidonia. Me quedé en blanco.

Conseguí añadir—: Espero no ofender a vuestra reverencia suprema tal y como es evidente que mi

padre ha hecho.

—Eso aún está por ver. Vuestra vida será la garantía de que no habrá más desafueros —me soltó de forma abrupta.

No estaba allí para morir, entonces. Me invadió el alivio. El emperador estudió mi comitiva.

—Decidme, noble Impyrean, ¿cuál de estos siervos es vuestro favorito?

Parpadeé. ¿Un siervo favorito? Nunca había pensado en ellos como personas individuales. Se limitaban a obedecer órdenes. No tenían capacidad para actuar de manera individual.

—Decidlo de una vez —me reprendió con un gesto retorcido de humor en los labios. Me agarró

con una mano por debajo del brazo—. Todo el mundo tiene su favorito. A mi espalda tengo a tres de los míos: Hazard, Anguish y Enmity.

Me fijé por primera vez más allá del emperador y estudié a los dos hombres y a la mujer que permanecían de pie como si fueran guardias detrás del trono. Ninguno de los tres me quitaba ojo, una mirada imperturbable en su rostro como la de los depredadores cuando están alerta, los músculos tensándoles la piel, rebosando fuerza en cada centímetro cuadrado de su cuerpo.

Sentí cómo me recorría una desagradable turbación.

Eran diabólicos. Todos ellos.

El emperador pretendía asustarme mostrándomelos, y funcionó por razones que él no era capaz de

imaginar. Me invadió la terrible paranoia de que el escrutinio de sus miradas surgía del hecho de que podían notar lo que yo era, exactamente igual que yo podía ver de un simple vistazo lo que eran ellos.

Había en ellos algo animal, como si fueran una manada de leones listos y a la espera, y me imaginé que ellos verían lo mismo en mí. Uno de los varones tenía la piel oscura y los ojos de un castaño intenso; el otro, el cabello negro y los ojos de un azul muy vivo. La hembra se parecía a mí en mi estado natural, falta de color y con los ojos pálidos. No me sorprendería que compartiese gran parte

de mi código genético. Era probable que nos hubiese creado el mismo criador.

Mis ojos regresaron veloces sobre los del emperador, el corazón me latía con apremio. ¿Habrían

averiguado a primera vista lo que era?

—Siento debilidad por ellos —dijo el emperador, que me atravesaba con la mirada—. No fui capaz

de desprenderme de mis propios diabólicos, y, en calidad de emperador, me

tomé la libertad de hacer una excepción. Al fin y al cabo, mi vida es más valiosa que la del común de los hombres.

—Ciertamente lo es, vuestra supremacía.

—Bien, vuestro siervo favorito. ¿Cuál es?

No podía saber lo que yo era. No podía. Sus diabólicos ya me habrían matado. Eso era lo que yo

haría si el diabólico de otro se acercase a Donia. Señalé a una servidora al azar.

—Excelente —dijo el emperador. La llamó con un gesto del dedo, y la sierva dio un paso al frente con obediencia. No podían evitar obedecer—. Decidme, noble Impyrean, ¿cuál es el nombre de esta sierva?

Me quedé en blanco durante unos alarmantes segundos. Luego lo recordé, gracias al cielo.

—Leather —dije—. Su nombre es Leather dan Impyrean.

—Leather. «Cuero», eso me inspira una idea. Entregadle a Leather esta hoja —me dijo, y me ofreció una daga.

Confundida, tomé la daga de su mano y se la pasé a la sierva. Me percaté de que toda la corte se había quedado en silencio, de la extraña expectación que había en el ambiente, como si estuviese cargado de electricidad.

El emperador me puso una mano en el hombro y me susurró al oído:

—Ordenadle que empiece a desollarse. Empezando por los brazos.

Me quedé mirándole, tratando de comprender qué tipo de exigencia era aquella. Él mismo le podía ordenar a Leather que lo hiciese.

El emperador se volvió para mirarme con una sonrisa en aquel despiadado rostro de falsa juventud.

—Hacedlo.

De modo que deseaba que fuera específicamente yo la responsable de lo que nos aguardase. Muy

bien.

—Leather, quítate la piel de los brazos con la daga —le dije.

Leather obedeció. Empezó a gimotear de dolor. Acto seguido, el emperador me dio instrucciones

para que continuase con las piernas, y yo le dije a Leather que lo hiciera. Se le desprendía la piel en pellejos sanguinolentos, y las lágrimas le rodaban por la cara conforme se cortaba.

Mientras tanto, el emperador observaba la expresión de mi rostro.

De pronto caí en la cuenta de que debía reaccionar de algún modo. La brutalidad no me perturbaba, a causa de lo que yo era, pero sí alteraría a Sidonia. Alteraría a cualquier persona normal. Aun así me dio la sensación de que toda muestra de miedo alentaría al emperador, no sé cómo, y tal vez le inspirase repetir aquello por puro placer.

¿Qué haría Sidonia?

Observé entonces a Leather, cómo chillaba al arrancarse la piel a tiras pero sin dejar de obedecer, y sus gritos ahogaban cualquier otro sonido de la corte. Traté de averiguar qué reacción debería mostrar. Muchos de los grandílocos tenían mala cara. Otros apartaban la mirada con discreción.

Había otros cuya mirada, a pesar de todo, atravesaba a Leather como si no pudieran verla siquiera. Y

otros pocos más... estos parecían disfrutar con lo que veían.

Sidonia no aguantaría allí estoica.

Gritaría al emperador y defendería a Leather. No soportaba que se maltratase

a las criaturas indefensas. Y, por supuesto, ese era el motivo de que yo estuviese allí, y no ella.

¿Qué otra cosa podría hacer Sidonia? ¿Qué más?

Lloraría.

Yo no podía llorar. No disponía de esa capacidad, siquiera.

Solo había una medida que pudiese adoptar en aquel momento.

Puse los ojos en blanco y dejé el cuerpo inerte como si el horror me hubiese vencido. El atuendo ceremonial pesaba tanto que produjo un sonoro golpe metálico cuando caí al suelo, y allí me quedé tirada, con todos los músculos flojos, la respiración lenta, la viva imagen de la delicadeza abrumada.

De una manera muy limpia, me había situado fuera del alcance de la brutalidad del emperador y había neutralizado su efectividad. Tal vez aquello funcionase.

Hubo unas décimas de segundo de silencio y, acto seguido, un arrebató de carcajadas.

—¿Acaso hemos abrumado a la niña de los Impyrean? —alardeó el emperador—. Sospecho que así es. ¿Dónde están sus empleados? Mostraos, no seáis tímidos —su voz se tornó burlona—. No, no pretendo desollaros, a ninguno de vosotros. La fiesta ya se ha terminado.

Todo buen humor ahora, el emperador les dio la orden de llevarme a mis nuevos aposentos.

Mantuve los ojos cerrados, haciéndome la pobre abrumada y desmayada. Pesaba demasiado para

que me llevasen con el exotraje y el atuendo ceremonial, así que mis empleados me despojaron de las partes más pesadas. El gimoteo de Leather era continuo y, mientras me preparaban para sacarme de allí, no pude evitar abrir los ojos durante una fracción de segundo para echar un vistazo a la sierva, irritada al darme cuenta de que el emperador la iba a dejar en aquel

estado, sin más.

La sierva se había derrumbado y estaba en el suelo. Había perdido tanta sangre que era incapaz de mantenerse en pie, con el vestido empapado de rojo. Los demás siervos pasaron por delante de ella como si no estuviera. Me sorprendió lo profundamente indefensa que se quedaba una criatura despojada del libre albedrío. Eran incapaces siquiera de tomar decisiones en defensa propia. El más simple de los insectos disponía de esa capacidad, pero ellos no.

—¿Es que no va a dejar nunca de hacer ese ruido infernal? —exigió saber un joven que avanzó decidido a examinar a Leather.

Lo reconocí de inmediato.

Era alto y de anchas espaldas, con el cabello corto y cobrizo. Lo único que delataba el estatus de Tyrus Domitrian era su atuendo bañado en oro. Igual que su avatar, parecía imperfecto: con pecas y un hoyuelo en el mentón. Al contrario que su avatar, sin embargo, la demencia hacía que sus ojos prácticamente refulgiesen. Irradiaba una frenética energía por todos y cada uno de los poros, casi un deleite con la escena que tenía a su alrededor.

—Pero bueno, qué indecoroso es esto. Detén esos gimoteos de inmediato —le dijo Tyrus a Leather, como si la sierva se encontrase en condiciones de oírle—. No es en absoluto apropiado para esta reunión.

Leather estaba demasiado perdida en el dolor como para escucharle y obedecer, de modo que el joven elevó al cielo la mirada de sus ojos de color azul claro, sacó del bolsillo un arma delgada y cilíndrica y disparó un fognazo de luz al pecho de Leather. Se quedó inmóvil. De inmediato supe que la sierva estaba muerta.

—¡Tyrus! —le reprendió el emperador—. ¿Qué te he dicho acerca de matar a la gente?

—Sí, sí, que os pregunte primero, tío —gruñó Tyrus con una reverencia—. Pero he de decir en mi

defensa que me estaba irritando.

—Oh, pobre —le dijo el emperador con cariño—. De todas formas, ya estaba muerta. ¿Por qué

adelantarlo?

Tyrus alzó la barbilla con un fulgurante brillo en sus ojos azules y los labios curvados en una sonrisa de lunático.

Recordé todo cuanto sabía sobre Tyrus Domitrian. Había prestado un especial interés a las conversaciones de Sutura nu Impyrean sobre él después de haber conocido al avatar de aquel loco.

Era un grandioso hazmerreír del imperio. Nombrar como heredero al lunático de su sobrino era una de las cosas más seguras que había hecho Randevald von Domitrian. Ni los más acérrimos enemigos de Randevald se atreverían a asesinarlo, temiendo a su sucesor.

Los ojos se me habían abierto un poco más sin haberme dado cuenta, y no reparé en ello hasta que crucé una mirada con una chica del otro extremo de la habitación que me estaba mirando directamente con una expresión cínica en la cara, la única que me estaba prestando atención a mí, al parecer. Llevaba el pelo, negro y rizado, primorosamente dispuesto sobre los hombros, y sus ojos me escrutaban.

Me obligué a cerrar de nuevo los párpados, contrariada por que se hubiera dado cuenta. Mientras me sacaban del salón del trono, el emperador continuó presidiendo su corte. Todo el mundo se había olvidado de la maltratada sierva.

Aquella gente era realmente cruel.

Ahora bien, en el caso de que supusiesen cualquier tipo de amenaza para Sidonia, descubrirían que yo lo era todavía más.

11

Los grandílocuos invitados a la corte se alojaban en lujosas villas bajo una de

aquellas cúpulas de la *Valor Novus* que eran tan grandes que no se podía ver el techo. En cuanto los empleados me hubieron sacado de entre la masa de la grandilocuencia, escenifiqué mi recuperación del desmayo tan solo para poder observar mis alrededores según nos acercábamos.

Siempre me habían impresionado los claustros de los animales y los jardines de la fortaleza de los Impyrean. Aquí, en el Crisantemo, la vegetación se extendía de tal manera en una sucesión de colinas en la distancia que la atmósfera no te dejaba ver los árboles más lejanos.

Volvió a crecer en mí aquella misma sensación desconcertante, como si nos encontrásemos en la

superficie de un planeta, aunque sabía que se trataba de un compartimento con una cúpula transparente dentro de una nave. Los empleados siguieron las indicaciones que habían recibido y me llevaron a la villa asignada a la familia Impyrean.

Una vez dentro de la espléndida villa, cogí aliento con tranquilidad por primera vez desde que entré en el salón del trono.

—Noble Impyrean, ¿os encontráis bien? —me preguntó uno de los empleados.

Me volví hacia él.

—Perfectamente. Bien, todos vosotros habéis llevado ya a cabo vuestros deberes, me habéis escoltado hasta el Crisantemo y habéis representado a la familia Impyrean de la mejor manera posible. Os doy las gracias a todos. Es el momento de que os marchéis.

Una expresión de sorpresa pasó fugaz por los rostros de todos los empleados, pero no les di mayores explicaciones. Los siervos no podían pensar, no eran capaces de razonar. No se percatarían de lo que «no cuadraba» en mí. Con el tiempo, los empleados sí repararían en ello, de modo que, ahora que habían terminado con sus obligaciones oficiales, no me hacían falta. Ya los habían visto, y ya me había exhibido yo como su señora.

Así, al menos, ninguno de ellos correría el mismo destino que Leather.

En la fortaleza de los Impyrean teníamos dieciséis horas de iluminación diurna en que las luces se encontraban a pleno rendimiento, y ocho horas de noche en que se disminuía la intensidad de todas las luces. El ciclo de luz diurna de la *Valor Novus* estaba regulado por las estrellas del exterior. Era errático, y dependía de qué parte del Crisantemo daba a cada sol. No obstante, todas las villas contaban con persianas que tapaban las ventanas y simulaban el horario nocturno. Los siervos obedecieron mi orden de bajarlas para disponer de la ocasión de dormir antes de los ritos en la heliosfera al día siguiente, que siempre se celebraban en aquellos ratos —tres veces a la semana— en que los seis soles resultaban visibles desde la *Valor Novus*.

El sueño me fue esquivo, incluso tratándose de alguien como yo, que necesitaba tan poco. Llegó mi primera visita con un sonoro anuncio a través del intercomunicador de la villa.

—Neveni Sagnau para ver a Sidonia Impyrean.

¿Neveni Sagnau? Me puse un vestido semiformal mientras trataba de recordar aquel nombre de mi formación. «Sagnau» no era uno de los apellidos senatoriales, y era incapaz de recordar que Donia hubiese mencionado nunca a una Neveni de sus reuniones de sociedad en los foros.

Cuando salí a recibir a la visita, me encontré con una chica bajita con el pelo negro, brillante, y con unos ojos de un solo párpado que se parecían a los que Sutura nu Impyrean había adoptado como declaración de estilo. Encajaban mejor con las facciones de esta chica, lo que me hizo sospechar que se trataba de uno de aquellos rasgos recesivos como el pelo rojizo y los lóbulos sueltos en las orejas, unos rasgos que tan rara vez se veían en la gente de un modo natural, pero tan envidiados eran. Del cuello le colgaba un collar en forma de media luna. Se trataba de una pieza curva de metal, muy afilada en un lado y salpicada de cuentas de coral que ocultaban su verdadera naturaleza de daga improvisada. Podría haber engañado a otra persona. No a mí.

—Noble Impyrean, espero que os encontréis bien —se arrodilló Neveni, y yo le ofrecí las manos.

Se las llevó a las mejillas. Aquello me dijo que esta chica tenía sin duda un rango inferior a Sidonia

—. Os he visto desmayaros antes. Yo misma suelo sufrir mareos, y pensé en traeros una tintura —se levantó y se metió la mano en la túnica, impaciente, y me ofreció una pequeña ampolla metálica, con los ojos muy abiertos y clavados en mí—. Basta con que añadáis tres gotitas a vuestra próxima bebida.

De la chica surgía la eléctrica necesidad de una respuesta. Sospeché de inmediato acerca de las motivaciones de la joven. Se mostraba demasiado obsequiosa.

—Gracias.

—Lamento lo de vuestra servidora. Qué manera más vergonzosa de... —se contuvo justo antes de

poder criticar al emperador. Añadió—: Cuando llegué aquí, el emperador también estaba de lo más disgustado con nuestra familia. Así que ya veis, comprendo por lo que debéis de estar pasando, tras haber tenido que presenciar eso.

—¿Sí, lo comprendéis?

Bajó la voz hasta un susurro y se inclinó para acercarse mucho a mí.

—Ambas estamos aquí por la misma razón —me dijo en voz baja—. Tenemos mucho en común.

—¿A qué os referís?

—Me refiero a que vuestro padre y mi madre comparten una causa —se le arrebataron las mejillas

—. No es que se encuentren directamente relacionados, sino que mi madre atrajo las iras del emperador cuando intentó reformar nuestro sistema educativo. Deseaba que aprendiésemos matemáticas, ciencias y...

Me puse en tensión. Este era justo el tipo de gente que debía evitar, pero no estaba segura de tener la libertad de despreciar a aquella chica si procedía de una gran familia.

—No he oído hablar de vuestra familia. Debéis perdonarme.

Se le sonrosaron las mejillas.

—No somos una familia senatorial. Mi madre supervisa una colonia dentro del territorio de los Pasus.

Todo cobró sentido entonces.

—¿Es una virreina?

En su voz asomó un leve deje defensivo.

—Sí.

De manera que esta chica formaba parte de los excedentes enaltecidos, una familia que había ascendido de la gran masa por medio de unas elecciones genuinas, y no por una relevancia heredada, ancestral. Eso significaba también que respondía ante la grandilocuencia local, la familia Pasus. No

era de extrañar que estuviese aquí. El senador Von Pasus se veía a sí mismo como el principal defensor de la fe del helionismo. Jamás permitiría que una humilde excedente de su propio territorio cometiese tan descaradas blasfemias.

Esta chica no podía sino manchar aún más la reputación de los Impyrean. No tendría nada que ver con ella.

—Gracias por la tintura —le dije al tiempo que se la devolvía—, pero dudo que tengamos tanto en común como vos creéis.

Mi tono de voz fue frío. Ella estudió mi expresión un instante; acto seguido, su rostro se ensombreció.

—Si eso es lo que deseáis.

Ella sabía que estaba rechazando la oferta de una alianza, pero yo no veía la forma en que esta tal Neveni pudiera ser beneficiosa para mi situación aquí. Solo me pondría en peligro. Donia jamás habría rechazado una mano tendida y amistosa, pero, por el bien de Donia, yo era capaz de hacerlo con suma facilidad.

—Si me disculpáis —le dije a Neveni dándole la espalda—. He tenido un viaje muy largo.

—Por supuesto, mi noble señorita. Os dejaré descansar —titubeó—. Si cambiáis de opinión...

Le hice un gesto negativo con la cabeza y le aseguré con enorme frialdad:

—No lo haré.

Al día siguiente, toda la corte se presentó en la Gran Heliosfera para los ritos. La familia imperial —

el emperador Randevald; su madre, Cygna; su sobrino loco, Tyrus; su sobrina Devineé y su marido, Sálivar— ocupó los asientos de honor, en el centro, alrededor del vicario.

Los dos asientos a ambos lados del emperador quedaron vacíos, pero no por mucho tiempo. Los

ocuparon dos de los diabólicos del emperador, cuyas labores de protección los situaban dentro del círculo más importante de la heliosfera. Reconocí a la hembra, Enmity, y al oscuro y vigilante Anguish. No vi a Hazard con ellos, pero sin duda andaría cerca.

Me sorprendí estudiando a Enmity durante un rato prolongado, siguiendo el trazo de las líneas de su rostro —prácticamente idéntico al mío—, de su cabello claro y de sus ojos que coincidían con mi coloración natural. De haber sido menos efectivo el tratamiento muscular de la matriarca, y si mi nariz hubiese sido recta, habría tenido grandes motivos para preocuparme. Hace apenas unos meses, habríamos parecido gemelas idénticas.

Percibió el escrutinio de mis ojos, y su mirada se cruzó con la mía. La desvié

a toda prisa. Ocupé mi lugar en la siguiente fila, con los senadores y sus familias, y en la siguiente vi a la grandilocuentia menor. Detrás de ellos, los más nobles de entre el excedente como Neveni Sagnau. Aparté de ella los ojos de inmediato, ya que no deseaba volver a llamar su atención.

Los diferentes siervos ocuparon lugares en las secciones más exteriores, justo detrás de los empleados, que llevaban tatuados en la cabeza los emblemas de diversas familias. Todo el mundo lucía atuendos ceremoniales para los ritos, y el metal captaba la cegadora luz de las estrellas. No sabía muy bien adónde mirar.

Fue entonces cuando noté las miradas sobre mí, las voces que se elevaban y descendían susurrantes acerca de la heredera de los Impyrean, que se había desmayado ante la corte. Mis oídos eran perfectamente capaces de captar las conversaciones.

—... mucho más alta de lo que me esperaba...

—... lástima que no se arreglase la nariz...

—... seguro que el emperador no ha terminado con ella. Yo esperaba más...

Alcé la barbilla. Donia se habría encogido al verse en el centro de tantas miradas indiscretas, pero a mí me daba lo mismo aquella gente. Al menos mientras se limitasen a cuchichear sobre mí, y no a amenazarme, podía escuchar sus conversaciones con indiferencia.

El vicario comenzó la bendición, y los rayos de luz se inclinaron lo justo para alcanzar un millar de puntos en las paredes e inflamar un anillo de cálices sagrados. Me sorprendió el calor que inundó la estancia. Noté el goteo del sudor por debajo de mi atuendo ceremonial. Lo palpé con unos toques leves y sentí una intensa mirada sobre mí.

Levanté los ojos para toparme con los de Sálivar Domitrian, y él se inclinó hacia su mujer para susurrarle algo. Devineé Domitrian también me miró. Ambos eran un perfecto ejemplo de la falsa juventud. Los dos habían dejado atrás los cincuenta, por lo menos, pero no aparentaban más edad que Donia. Sabía que Donia hablaba de vez en cuando con Sálivar en los foros de

sociedad, pero solo a instancias de su madre. Me contó que Sálivar y su mujer tenían fama de ser unos perversos.

Ambos me sonrieron lentamente, y en ese instante me recordaron a un par de víboras enroscadas,

listas para lanzar un ataque.

Me estuvieron mirando durante todo el ritual. Lo fui comprobando de manera discreta y sin dejar de hacer ver que escuchaba al vicario, lo cual resultaba difícil con aquel calor sofocante, con la presencia de los diabólicos cuya atención quería evitar por encima de todo, y, por supuesto, con el comportamiento del sobrino loco del emperador.

Tyrus Domitrian estuvo a la altura de su reputación. Irrumpió en frecuentes e inapropiados ataques de risa durante todo el ritual, y se paseaba desde su sitio hacia los diversos siervos como si valorase a cuál de ellos mataría a continuación. De no haber estado loco, lo tendrían por un blasfemo mucho peor que el senador Von Impyrean. En un momento dado, el tercer diabólico —Hazard— surgió de

entre la multitud y lo agarró del brazo. Tyrus puso los ojos en blanco y lo siguió fuera de la sala. La congregación entera fingió no percatarse de la falta de respeto del heredero, incluido su tío, el emperador.

Después del ritual, la grandilocuencia se marchó apresurada al salón del trono a tomar los vapores.

Los siervos se paseaban con ampollas de inhalables para estimular los sentidos. Tomé una para mí y me encargué de que se me viese inhalarla hasta llenarme los pulmones. Fue entonces cuando Sálivar y Devineé se abrieron paso hasta mí con una sonrisa maliciosa.

—Mi querida Sidonia Impyrean —me examinó Devineé—, qué aspecto tan diferente tenéis en persona.

Como sobrina del emperador, Devineé era la *successor minor* al trono, de manera que tanto ella como su marido tenían un rango superior al mío. Me

arrodillé ante ellos, y cada uno extendió una mano para que la tomase y me la llevara a la mejilla.

—Levantaos, por favor, querida mía —dijo Devineé sin abandonar la sonrisa—. Ayer, mi tío fue de lo más desagradable con vos.

La miré con cautela mientras me ponía en pie.

—Fue culpa de mi padre, por contrariarlo, eminencia. Yo no comparto sus extrañas inclinaciones.

Cruzaron una mirada.

—Oh, estamos seguros de que no lo hacéis, querida Sidonia —dijo en un arrullo Devineé—. Qué

tedioso es todo ese disparate de las herejías, ¿no creéis? Los deliciosos placeres de la vida me interesan mucho más que los burdos engranajes de la política. Deseamos que vengáis esta noche a nuestra villa. Uníos a nosotros en nuestros baños de sal.

—Son un lujo incomparable —dijo Sálivar antes de hacer una pausa para esnifar profundamente el

vapor de su ampolla—. Disfrutaréis con un chapuzón.

Aquellos dos tenían algo que me ponía los nervios a flor de piel, pero se trataba justo del tipo de personas con las que la matriarca querría que Sidonia se mezclase. Si era capaz de trabar amistad con una pareja de miembros de la familia imperial, o de mostrarme como una niña tonta con la cabeza demasiado hueca y preocupada por los lujos como para pensar en el conocimiento científico, entonces llevaría mucho camino andado en el objetivo de levantar las sospechas de las inclinaciones heréticas de Sidonia.

—Me haría muy feliz unirme a vos —dije—. A mí también me cansan los disparates de la política.

La sonrisa de Devineé se hizo más amplia. Echó un vendaval de vapores por la nariz.

—Enviaremos a nuestros siervos a escoltaros.

Asentí en señal de agradecimiento, y, dicho aquello, me dejaron sola. La siguiente persona con quien me encontré fue la chica de los rizos negros que me cazó fingiendo el desmayo el día anterior.

Su mirada se clavó en la mía, y una amenazadora sonrisa le iluminó los labios. Zigzagueó entre la multitud para llegar a mi altura.

—¡Pero bueno, Sidonia Impyrean, qué maravilloso conoceros por fin en persona!

Extendió las manos, y yo las tomé. No era uno de los miembros de la familia imperial, así que no podía ser más importante que yo. No me arrodillé, ni ella tampoco. En cambio, nos tomamos las manos tal y como solían hacerlo dos mujeres del mismo rango: con los dedos bien comprimidos hasta que ambas se soltaban.

—Qué engañosos resultan los avatares en persona —dije, después de haberme quedado sin palabras—. Por favor, recordadme quién sois.

—Vamos, Sidonia, no os hagáis la remilgada. Es insultante. Si conservo siempre los mismos ojos

y el mismo peinado —dijo la chica con un gesto hacia sí, hacia sus ojos de un gélido azul grisáceo y sus rizos negros—. Son mi firma. Algunos utilizamos avatares que de verdad *se parecen* a nosotros.

Soy Elantra, por supuesto.

—Elantra Pasus.

Lo recordé al instante, los músculos se me pusieron en tensión. Tenía que andarme con sumo cuidado cuando estuviera cerca de esta chica. Resultaba extraño ver en persona a un miembro de la temida familia Pasus.

Era mucho más baja que yo. Con qué facilidad la mataría si lo intentase.

—Es un verdadero placer conoceros —le dije, imitando la voz de arrullo que

Devineé acababa de

utilizar conmigo.

Mis ojos se posaron en su cuello —con qué facilidad se lo podría partir—, y me invadió el anhelo de aquella solución para la que estaba diseñado un diabólico: erradicar sin más a los enemigos de Sidonia por medio del uso de la fuerza bruta.

En cambio, tenía que interpretar a la refinada heredera y pasar por varias presentaciones insulsas.

Los dos acompañantes a la espalda de Elantra eran Credenza Fordyce y Gladdic Aton, ambos hijos de senadores con quienes Sidonia había coincidido en los foros de sociedad. Sus familias gozaban de un gran favor, así que ambos se encontraban en el Crisantemo en calidad de invitados, y no como ese rehén con pretensiones que yo era. Los empleados detrás de Elantra lucían en la cabeza el emblema de la familia Pasmus: una supernova. Muy propio de la familia que se consideraba a sí misma la principal defensora de la fe.

—Sois muchísimo más alta en persona —comentó Elantra al tiempo que me miraba de arriba abajo—. Vuestro avatar no os representaba con demasiada fidelidad, ¿verdad? Pero claro, supongo que, para algunas, los avatares tienen como finalidad la satisfacción fantasiosa de los deseos...

¡Aunque el vuestro no reflejaba una elección tan arriesgada como la vuestra en lo que a la nariz se refiere! ¿Fue a propósito, o sucedió en vuestro viaje hacia aquí?

Aparte del hecho de ser una Pasmus, Elantra no estaba tardando en resultar irritante por sí misma.

—Sufrí un pequeño percance —me toqué el bulto de la nariz al recordar que Donia me había sugerido que lo conservara. Por ella, lo luciría con orgullo—. Me gustó cómo me quedaba, y lo dejé tal cual.

—Qué decisión tan discordante, aunque vuestra familia es famosa por... su

discordante manera de

pensar, ¿no es cierto? —dijo Credenza Fordyce con un brillo en la mirada, cargada de intención.

Había en su rostro una especie de avidez, como si esperase que le diera una respuesta inapropiada.

—¿Habéis disfrutado de los rituales en la Gran Heliosfera? Parecíais tan... distraída —insistió Elantra en un intento por forzarme, por sacarme algo que se pudiese interpretar como una herejía. No es que fuese muy sutil al respecto.

—Ha sido un rito extenso —dijo Gladdic en mi nombre. Sus ojos me miraban con empatía.

Era un chico delgado con la piel morena y los ojos de un verde vivo y artificial. El oro trenzado en sus cabellos le daba un aire de delicadeza propio de alguien que siempre hubiera recibido atentos cuidados. Saltaba a la vista que no parecía compartir el entusiasmo de sus compañeras por verme caer en herejías. Tendría que recordarlo.

—El rito no ha sido más largo de lo habitual —dijo Elantra—. O... ¿acaso se celebran los rituales de manera distinta en vuestra fortaleza, Sidonia?

Otra vez tratando de provocarme un desliz y hacerme reconocer que rara vez asistía a ellos. Chica lista. Una mala pécora.

No tenía ni idea, la pobre... Yo también lo era.

—Tenéis toda la razón, noble Paus. Sí que estaba distraída durante el rito —dije alegremente—. Es tan emocionante estar aquí, en el Crisantemo. Me muero de ganas por probar todos esos... —¿cómo

los había llamado Devineé?— *deliciosos* placeres a mi alrededor.

Las dos chicas sonrieron, y había un brillo claramente malicioso en los ojos de Elantra.

—Sí, soy consciente de que ya debéis de tener planes para asistir a los baños de sal de Sálivar y Devineé.

Parpadeé. Al parecer, las noticias volaban.

—La verdad es que deberíais... —empezó a decir Gladdic.

—... disfrutar del chapuzón —intervino Elantra, que le lanzó una mirada cortante de advertencia.

Acobardado, Gladdic guardó silencio. Apretó los labios en una línea recta y se tragó lo que fuera que estuviese a punto de decir.

—De verdad, disfrutadlo —añadió Elantra—. Estoy bastante segura de que los Domitrian os quitarán de la cabeza esa dramática escena por la que pasasteis ante todos nosotros. ¡Lógico que sucumbierais! —sus ojos se iluminaron sobre los míos por un último instante con una acusación en lo más profundo: «¡Tú, falsa!»—. Debo decir, Sidonia, que sois ya bastante distinta de lo que me esperaba.

No tuve que forzar una sonrisa. Si ella supiera. Si pudiese demostrarle lo realmente distinta que era de lo que ella esperaba, agarrándola por el cuello y viendo cómo se le borraba aquella sonrisa...

—No puedo decir lo mismo de vos —le dije con voz suave—. Sois justo como os imaginaba.

Sin concederle un instante para preguntarse por aquello, me di la vuelta y los dejé.

Tenía la certeza de haber dedicado el tiempo suficiente a las relaciones sociales posteriores a los ritos. Estaba a punto de marcharme cuando Neveni Sagnau salió a mi encuentro junto a la puerta.

—¿Tenéis un minuto?

Sentí una cierta irritación. No quería que me viesen con ella.

—No, no lo tengo.

Sacó una mano para impedirme pasar por delante de ella y dejarla atrás.

—Por favor, escuchadme —me instó—. Estabais hablando con Devineé Domitrian y su marido hace un momento. Os he visto.

—No me agrada que me espíen. Soltadme.

—Pero Sálivar y Devineé son... —miró a su alrededor al darse cuenta de que cualquiera nos podría estar escuchando. Acto seguido susurró—: No os bebáis el vino. Os lo digo por vuestro propio bien.

Entonces se apartó de mí y se marchó deprisa.

Me quedé mirándola, perpleja. Lo único que podía suponer era que Neveni estuviera insinuando un veneno, pero Sálivar y Devineé Domitrian no tenían motivos para matar a la rehén de la familia Impyrean.

Y si lo intentaban, bueno, de inmediato descubrirían el fatal error que habían cometido.

12

Los baños de sal de Devineé y Sálivar Domitrian se encontraban en la *Tigris*, en el preciso lugar donde aquella nave se unía a la *Valor Novus*. Devineé Domitrian era su única propietaria.

De nuevo, la cámara en la que entré era tan grande que parecía la atmósfera de un planeta, que ocultaba el techo. Me había enterado de que las llamaban «bóvedas celestes». Observé la vegetación mustia y sentí una densa humedad en la piel. Tendría que acostumbrarme a aquello. Tenía que ser algo que le gustase a la mayoría de la gente, no ver el techo.

—¡Ah, Sidonia! —me llamó Devineé. Ella y su marido ya estaban echados en los baños de sal—.

Uníos a nosotros.

—El agua tiene un aspecto agradable —le dije mientras me quitaba la ropa.

Un siervo se acercó silencioso para llevársela, y yo me introduje en el cálido abrazo del agua. Mis ojos estudiaron los exuberantes árboles cuyas hojas se descolgaban a nuestro alrededor, y los claros estanques de color azul verdoso debajo de ellas. Rebosaban de la luz de unas criaturas bioluminiscentes que habían metido allí con fines decorativos.

Los Domitrian observaban todos y cada uno de mis movimientos y, aunque Sidonia se hubiera muerto de vergüenza, algo en mi interior se rebelaba en contra de fingir aquella misma emoción. No estaban haciendo el menor esfuerzo por hacerme sentir cómoda, de manera que parecía que deseaban que me sintiera mal. Y, si eso era lo que ellos querían, no se lo iba a dar.

—Qué encantadora sois —suspiró Sálivar.

—Sí, tenéis un cuerpo magnífico —dijo Devineé.

—Lo sé —dije.

Los dos se echaron a reír.

—Y pensar —dijo Sálivar arrastrando las palabras— que nos hemos pasado el último mes esperando con ansias un baño con la tímida e inocente niña de los Impyrean, pero mira, mi amor, ni siquiera se sonroja.

—Pero sí que conserva la inocencia —dijo Devineé con una especie de satisfacción en la voz—.

Tengo la certeza —cruzaron una mirada que no comprendí.

Fue interesante saber que habían estado esperando la llegada de Sidonia. No veía qué tenían de importante aquellos baños como para que aquella pareja tuviese tan desesperados deseos de mostrárselos a Donia. Aun así, lo único que podía hacer era seguirles el juego.

El agua estaba espesa y viscosa, y me empujaba la espalda hacia la superficie. El ambiente ya era lo bastante húmedo para hacerme sentir pegajosa y empapada estuviera dentro del agua o sobre ella. Mi mirada se encontró con el azul claro de la atmósfera sobre nosotros, igual que un cielo despejado, y me obligué a mirar fijamente en un intento por acostumbrarme a un espacio

tan abierto.

Devineé me observaba con una sonrisa.

—¿Y qué os parece la corte hasta ahora, noble Impyrean?

—Abarrotada, vuestra eminencia —respondí con honestidad.

—Estáis bastante aislada en vuestro sector de la galaxia, ¿no creéis? Qué extraño debe de

resultaros todo esto.

Encontré un sitio donde equilibrarme en un lado de la piscina. Tanto Sálivar como Devineé me miraban con voracidad, como si estuvieran jugando con un ratoncillo antes de devorarlo.

—Todo es adaptarse —reconocí con cautela—. ¿Es vuestra esta nave?

—Oh, la *Tigris* son nuestros dominios, pero vos tenéis las puertas abiertas cuando queráis —dijo Devineé.

—Cuando queráis —añadió Sálivar sonriente.

—Los baños de sal fueron idea mía. Fui de visita a una colonia donde el mar está tan saturado de sal que la gente se tumbaba en la superficie como si estuviera en el césped, y dije...

—Dijo: «Sálivar, esto lo tenemos que tener nosotros» —dijo él.

Devineé soltó una carcajada en forma de trino.

—Eso le dije, y él me dijo: «¿Quieres dejar los viajes espaciales por una vida planetaria?». Y yo le dije: «Por todas las estrellas, no. No».

—Así que tenemos esto —Sálivar señaló con un gesto cuanto nos rodeaba. En el mismo movimiento de la mano, tomó una jarra que descansaba sobre el enmarañado verdor de las plantas.

Se me agudizó la mirada. Sentía curiosidad al respecto de lo que tendrían planeado. Neveni Sagnau me había avisado sobre su vino. Obviamente, estaría aderezado con... algo.

—Sin duda, fue la mejor idea que tuvimos —añadió Sálivar mientras servía una copa de vino y se

la entregaba a su esposa.

Ella me sonreía con un brillo en los ojos al tiempo que se llevaba la copa a los labios... pero no se tragó el vino. Pude verlo.

Sálivar me sirvió una copa y me la ofreció. Inspeccioné el líquido rojizo y oscuro sin dejar de preguntarme qué contendría.

No podían pretender envenenarme, pero me querían drogada, sin duda. Sutura nu Impyrean nos dijo que en la corte había quien gustaba de jugar con los recién llegados que no tenían costumbre de consumir estupefacientes. Echaban algún euforizante o alucinógeno en la bebida y dejaban que el recién llegado hiciera el ridículo. Era un modo sencillo de animar una fiesta y pasar las horas muertas.

Tendría que identificar rápidamente la sustancia que era para poder averiguar qué reacción debía fingir.

—Una copa de vino y un descanso en los baños de sales, y todos tus problemas se desvanecen —

añadió Devineé. Se volvió a llevar el vino a los labios, pero ahora tampoco bebió.

Observé cautelosa al uno y al otro.

—Sin duda —le di un sorbito a mi copa.

La humedad y el calor me tenían la cabeza un poco abotargada, pero cualquier cosa que me hubiesen echado en el vino pasaría a través de mí sin afectarme. Bebí más, tratando de identificar el leve aroma cítrico, de reconocerlo. Sidonia y yo habíamos probado una gran cantidad de

estupefacientes con Sutera, de modo que estaba segura de haberlo tomado antes. Ellos continuaban con su charla intrascendente e inofensiva.

—... rituales aquí son mucho más grandiosos que en cualquier otro lugar del imperio...

—¿Habéis estado en algún planeta, querida? Merece la pena probarlo alguna vez. Hay tanta gente

que desprecia la vida planetaria. En gravedad, lo llaman, y dicen que eso es para el excedente, pero yo he aprendido a valorarlo.

—... lástima que vuestros padres no pudieran unirse a nosotros, pero estábamos deseando conocer

a la joven Sidonia Impyrean...

Y entonces, cuando alcé mi copa ya medio vacía, Sálivar soltó una carcajada y extendió el brazo para quitármela de la mano.

—Os lo habéis bebido con más rapidez de lo esperado. ¡Ya es más que de sobra!

—Sí, os hemos puesto una cosita en la bebida —dijo Devineé—, pero tampoco os queremos *comatosa*.

No había descubierto aún de qué sustancia se trataba, pero sí sabía cómo reaccionar ante aquello.

Salí de un salto del baño de sal, segura de lucir una expresión horrorizada.

—¿Me habéis envenenado?

—No es veneno —gorjeó Devineé—, solo algo que os ayude a relajarnos. Intentad no hacer tantos

movimientos bruscos. Estáis a punto de sentiros muy mareada.

Mareo. Languidez. Esas eran las reacciones que tenía que fingir. Dejé que se me cerrasen los párpados e hice como si se me fueran los pies. Para ocultar lo calculado de mi actuación, para comportarme tal y como lo haría Sidonia, farfullé:

—¿Por qué hacéis esto?

—No temáis, Sidonia. No haremos nada que vayáis a ser capaz de recordar mañana —la sonrisa de

Devineé se amplió, se volvió depredadora—. Ni chicos ni chicas, nunca se acuerdan.

—Tal vez incluso disfrutéis —apuntó Sálivar mirándome con expectación.

—Desde luego que nosotros lo disfrutaremos —dijo Devineé en un arrullo y me miró con expresión extasiada—. La verdadera juventud. Jamás me canso de ella. Tráela aquí antes de que se desmaye, Sálivar.

Me hice cargo de la situación mientras Sálivar cruzaba el baño de sal para venir hacia mí. Se suponía que aquella droga me haría perder la memoria, así que no se trataba de una sustancia recreativa.

Poco a poco, lo iba entendiendo todo.

Pensé en la advertencia de Neveni e incluso en la sutil burla de Elantra. Aquello tenía que ser una costumbre de Sálivar y Devineé cuando algún joven vulnerable y solo llegaba de nuevas a la corte.

Eran dos de las personas más poderosas de toda la galaxia, y aun así recurrían a drogar a sus conquistas. Se salían con la suya por ser de la familia Domitrian. Nadie podría rechazar un baño con ellos sin insultarlos. Nadie podría negarse a probar su vino.

Utilizaban su poder para forzar la situación y, si bien yo gozaba del lujo de ser inmune a lo que fuera que me hubiesen echado, los demás no.

La matriarca me había advertido al respecto del sexo en la corte. Se debía considerar como un intercambio de poder o como un medio de ejercer una influencia, nada más, pero yo aquí no tenía poder alguno que obtener, y, por desaconsejable que fuese resistirse a ellos, todo en mí se rebelaba contra la idea de permitir que se propasaran de ese modo.

Y en ese instante, Sálivar se apoyó para sacar el cuerpo fuera del agua, alargó un brazo para agarrarme y dijo algo que arrojó una meridiana claridad sobre la situación.

—Qué divertido va a ser, *despojar* a la heredera de los Impyrean. Nuestro mayor logro hasta la fecha.

El corazón se me detuvo de repente. Aquella situación no estaba preparada para mí.

Era para *Donia*.

Dentro de mí se inflamó fulgurante una ira como jamás había conocido. Me quité de encima los brazos de Sálivar y lo tiré al agua. Solo capté un atisbo del aturcido rostro de Devineé antes de lanzarme detrás de él con una furia ciega que me electrificaba el cuerpo. Agarré a Devineé, y en un segundo los tenía a los dos sujetos por el cuello. No tuvieron la oportunidad de gritar de sorpresa ni

temor. Les metí la cabeza debajo del agua.

Empezaron a dar golpes, a clavarme las uñas, pero no aflojé en ningún momento pensando en lo

que habría sucedido de no haber sido yo, si hubiera sido Sidonia. Les apreté aún más el cuello mientras trataban de resistirse en vano, y lo único en que podía pensar era en que aquella gente tenía la intención de violar a la heredera de los Impyrean, a *mi* heredera de los Impyrean. Un apretón más y les rompería el cuello a ambos, los destrozaría, y bien merecido que lo tendrían.

No obstante, se me despejó la cabeza y me di cuenta de lo que había hecho.

Los saqué a los dos del agua y los aparté de mí.

Tosieron, escupieron y se llevaron las manos a la garganta, y tuve un desalentador instante de consternación al tratar de pensar en qué iba a hacer ahora. No podía dejarlos vivos y que le hablasen a alguien de mi fuerza antinatural, pero parecía desaconsejable cometer un doble asesinato en mi primera jornada completa en la corte.

Devineé fue la primera en recuperarse, se alejó del agua a rastras y atragantándose con sus sollozos.

—¿Qué sois... qué sois? ¿Qué monstruosidad sois?

Las sacudidas de su mano tiraron una copa que había cerca, y entonces lo supe. Supe cómo encargarme de aquellas dos despreciables criaturas.

—Volved aquí —mi voz sonó grave, brutal.

Chilló cuando salí del agua entre salpicones y me dirigí hacia ella. La agarré del pelo antes de que pudiese escapar y le estampé la cabeza contra el suelo. Se quedó inmóvil. Sálivar me atacó por la espalda al tratar de defenderla, lo atrapé con facilidad en una llave a la altura de la cabeza y lo eché al suelo.

Con la mano libre, serví una copa de vino.

—Este vino hace que a uno se le olviden las cosas, ¿verdad? —bramé—. Una dosis demasiado alta

le deja a uno comatoso, ¿no, Sálivar?

—Esperad, esperad —gimió.

—No tenéis derecho a hablar —le gruñí en el oído—. Rogad a vuestro Cosmos Vivo que sobreviváis a esto.

Comencé a meterle el vino a la fuerza por la garganta. Se ahogaba, se atragantaba con él, pero le sujeté la nariz y le obligué a tragar más y más vino hasta que cayó al suelo inerte, con la mirada perdida y desconectado del mundo.

Devineé se espabiló. Le retorció el brazo detrás de la espalda y le di el resto del vino.

Una vez tuve la certeza de haber hecho cuanto podía, los volví a tirar al suelo. Me levanté, me puse la ropa y me escurrí el pelo. Por la cabeza se me pasaban a toda velocidad las ideas sobre cómo iba a ocultar aquello, cómo iba a esconder lo que había hecho. ¡Todo el mundo sabía que vendría aquí esta noche! ¿Qué debía hacer a continuación? Ni siquiera sabía...

El sonido de un movimiento entre los arbustos. Me quedé paralizada en el sitio cuando Neveni Sagnau salió a la carga... con la hoja curva de su collar en la mano.

Se me agudizó la vista en el instante en que detecté aquella nueva complicación. Ya no quedaba vino. No podía drogarla. Tendría que ahogarla.

—¡Sidonia! —gritó con una mirada de sorpresa hacia los Domitrian. La pareja estaba tirada en el suelo y completamente drogada.

—¿Qué... qué ha pasado aquí?

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí? —le exigí que me dijera—. ¿Estás sola?

—Pues... pues claro que estoy sola. Yo... me acabo de colar entre los siervos... —señaló hacia su

espalda.

Entonces no lo había visto. Bien. No sabía que debía temerme.

Mi voz sonó muy tenue y amenazadora.

—Acércate. Te contaré lo que ha pasado.

Se quedó mirando a los dos, asombrada. Yo la observé a ella, lista para partirlle el cuello. Pero Neveni me sorprendió a mí. Mostró los dientes en una fiera sonrisa y le dio un puntapié a Sálivar en el costado. Detuve mi avance, tratando de comprender aquello. Neveni le volvió a dar una patada, y acto seguido le dio otra a Devineé. Se apartó a trompicones de los dos Domitrian

con los ojos brillantes y humedecidos por unas lágrimas que no terminaban de derramarse. Las contuvo, y aun así se estaba riendo.

—No sé qué les habéis hecho, ni me importa. ¿Se van a morir? ¡Decidme que se van a morir!

—No lo sé —dijo, de pronto perpleja ante su conducta. Me sorprendí mirando de nuevo fijamente

aquella cuchilla que llevaba en la mano, y entonces caí en la cuenta de que había venido preparada para... ¿ayudarme?

—Si se mueren, se lo merecen. Han hecho esto muchas veces —dijo Neveni de manera violenta, blandiendo la hoja—. Vos no sois la primera. Ni tampoco lo fui yo. Ni siquiera recuerdo mi primera noche aquí, pero los he visto invitar a otros, y sé lo que me pasó a mí. ¡No me iba a quedar ahí parada esta vez y dejar que volviese a pasar!

—¿Habéis venido a impedirselo? —no era capaz de hacerme a la idea.

—No sé qué es lo que iba a hacer —confesó, con la temblorosa mano aún aferrada a la hoja curva

—. Acuchillarlos, quizá, o tal vez rajarle la cara a Devineé, pero... pero no podía permitir que volviera a hacerlo —se derramaron entonces aquellas lágrimas de sus ojos, intensos y furibundos, y asumí que aquella chica había venido a salvar a la heredera de los Impyrean. A salvar a Donia.

Jamás podría hacer daño a una chica que hubiera hecho eso por Donia.

—Gracias. De verdad, gracias —no estaba acostumbrada a pronunciar aquellas palabras, pero de

veras las sentía.

—Vamos a tener que encubrir... lo que sea que haya pasado aquí —dijo Neveni con un vago gesto

a su alrededor—. No os preguntaré, Sidonia. En serio que no lo haré. Pero

escuchadme, sé cómo acceder a los registros de vigilancia. Ya lo he hecho antes de venir aquí para asegurarme de que me podía colar —forzó una sonrisa—. Borraré cualquier grabación del último día, más o menos. Y vos y yo nos podemos inventar juntas una historia.

Asentí estupefacta.

—Juntas.

Y así acepté a Neveni Sagnau como aliada. No es que fuera mi tipo de aliado favorito, y no serviría lo más mínimo para mejorar la reputación de los Impyrean al respecto de las herejías... pero a veces el destino no te ofrece lo que tú prefieres, sino lo que debes aceptar a falta de mejores alternativas.

No la mataría, por ahora. Tan solo esperaba no llegar a arrepentirme.

13

Donia ya estaba preocupada por mí, así que, cuando hablé con ella a través del subespacio para ponerla al tanto de lo sucedido en el Crisantemo hasta la fecha, omití el episodio de Sálivar y Devineé. Y el consiguiente interrogatorio al que me enfrenté.

Habían encontrado a los Domitrian al día siguiente, desnudos y en estado comatoso, entre sus baños de sal. El emperador se enteró enseguida de que yo iba a pasar la velada con ellos. Al parecer, era un secreto a voces lo que Sálivar y Devineé le hacían a los jóvenes que se hallaban en la corte solos y sin amistades. Se me volvió a pasar por la cabeza la burla de Elantra cuando me encontré sentada en mi villa delante de Enmity. Ella *sabía* a lo que me enfrentaba aquella noche. Y había disfrutado con la idea.

Esperaba poder agradecerle algún día aquello a la chica de los Pasus. Pero aún no.

Al alzarse sobre mí, era como si Enmity ocupase toda la villa. Neveni estaba temblando a mi lado, aunque sabía por experiencia propia que esa era la reacción de la mayoría de la gente ante un diabólico que te acorrala y te interroga... incluso la de los inocentes.

Interpretó bien su papel.

—Me encontré a Sidonia a las puertas de la *Tigris*. Parecía muy desorientada y confundida.

Yo asentía mientras ella hablaba, sin atreverme a apartar la mirada de Enmity.

—Sinceramente, no recuerdo nada de lo sucedido. Sus eminencias tuvieron la amabilidad de invitarme a sus baños, y después de eso... —hice un gesto vago con la mano—. Aún tengo la horrible sensación de que me va a estallar la cabeza. Todo es muy difuso.

—Me la llevé de regreso a sus aposentos para que durmiese, y me quedé con ella por si acaso estaba gravemente enferma. ¿Y cómo se encuentran sus eminencias? —se inclinó Neveni hacia delante con una fingida expresión preocupada en el rostro—. Estamos tan preocupadísimas.

La diabólica evaluaba cada palabra en un silencio sepulcral, sin pestañear. Jamás había pasado un rato con otro de mi especie. Me vino a la cabeza lo extraño que era el haber podido pasar por una persona hasta ahora. Cada gesto, cada aliento de aquella criatura me decía a gritos que no era como los seres humanos que veía a mi alrededor, que era una asesina y una depredadora, y que debía mantenerme alerta. Para llegar tan lejos, ella tendría que haber hecho todo lo que yo me había visto obligada a hacer, y merecer que la educasen. Me obligué a pestañear para que no reparase en mi mirada fija.

—Los robots médicos no son capaces de despertarlos del coma —dijo Enmity—. Parece que han

ingerido en grandes cantidades una potente neurotoxina denominada aliento de escorpión. Es extraño que vos estuvierais en su compañía y aun así hayáis conseguido eludir su destino, noble Impyrean.

—He gozado de una suprema fortuna —dije solemnemente.

La mirada de la diabólica iba y venía entre nosotras... y entonces se clavó en

mí tal y como ella era *de verdad*. Por un pavoroso instante, me pregunté si estaba observando nuestro parecido..., si era capaz de ver algo diabólico en mí tanto como yo era capaz de verlo en ella, o si mi frágil apariencia la había engañado con eficacia pese a su buen juicio.

La mano de Enmity salió disparada como un látigo y me agarró por la barbilla. Me quedé petrificada en el sitio cuando me elevó la cara hacia la luz.

«Parpadea —me recordé mientras sus ojos se clavaban en los míos—. No mires fijamente. Actúa

como una persona». Me obligué a tragar saliva, a mover inquieta los dedos, justo como Sidonia podría hacer. Enmity se limitó a estudiarme durante un momento prolongado, mientras Neveni soltaba una risa nerviosa.

—¿Qué pasa? —dijo Neveni—. ¿Acaso tiene Sidonia algo en la cara?

—¿No me estáis mintiendo? —preguntó Enmity con voz amenazadora.

Se me aceleró el pulso. Sabía que ella lo podía notar, pero cualquier persona se sentiría incómoda con una diabólica agarrándola de ese modo.

—No —repetí con firmeza—. Y, ahora, suéltame de inmediato —conseguí mantener la voz baja, como la de Donia, pero el tono no daba lugar a ninguna duda. En lo que a ella se refería, yo era la hija de un senador. Debía obedecerme.

Enmity no tenía más opción que dejar caer la mano. Su mirada fue una última vez de la una a la

otra, y se marchó sin decir una sola palabra más. Yo, sin embargo, no me relajé después de que se fuera.

—¿A qué ha venido todo eso? —masculló Neveni con un gesto de la mano en su propia barbilla.

Negué con la cabeza y no le di una respuesta. Enmity sospechaba de mí. Lo sabía. Ahora bien, qué era lo que sospechaba... no me lo podía imaginar aún.

—Qué repulsivos son los diabólicos —dijo Neveni.

Le sonreí. Sí, supongo que lo éramos.

La ceremonia de la Consagración de los Amados Muertos era uno de los días más sagrados en el imperio, así que, naturalmente, el senador Von Impyrean no lo celebraba a menos que estuviese acompañado. Cuando permitía la celebración, los Impyrean seguían el mismo procedimiento que todas las grandes familias imperiales: encargaban un exaltado, un humanoide creado por ingeniería genética y criado de manera específica para la ceremonia, se pasaban una semana cuidando a la criatura y tratándola como si la amasen mucho, y después la metían en una nave y la disparaban hacia la corona de una estrella, donde moría abrasada. Entregaban a su Cosmos una criatura de verdadera inocencia y pureza con la esperanza de atenuar la gravedad de cualquier pecado o fechoría que cargasen sobre sus espaldas sus seres queridos en el instante en que partieron a la otra vida.

El emperador siempre celebraba el Día de la Consagración, y se pasaba la semana previa sin separarse del exaltado, masculino o femenino, joven, de baja estatura, sin pelo ni pestañas, pigmentación ni capacidad cognitiva para el engaño, la impureza, la violencia ni cualquier otro de aquellos desagradables impulsos que mancillaban a las personas de verdad. El exaltado disfrutaba de un lugar de honor en todos los banquetes y en todas las ocasiones importantes, y vivía como la mascota más mimada que pudiera existir.

Hasta que llegaba el Día de la Consagración y el exaltado moría, por supuesto.

—Vamos —me apremió Neveni en la mañana del Día de la Consagración—. Es para los más grandes de la grandilocuencia, pero podré entrar si vos me lleváis.

El encubrimiento de mi delito contra los Domitrian y el interrogatorio que habíamos soportado había creado un vínculo entre nosotras. Pasábamos los días la una en compañía de la otra.

Neveni no era como Donia, tímida, dulce y con inquietudes intelectuales. Ella

era nerviosa, impaciente y con inquietudes de exploradora, y, al contrario que a ella, a mí no se me podía negar el

acceso a prácticamente cualquier lugar del Crisantemo. Yo le abría las puertas, y ella dirigía nuestros movimientos.

Neveni tenía también una asombrosa capacidad para recabar informaciones o habladorías allá donde fuésemos. La matriarca dijo una vez que la información era una moneda de cambio, y Neveni me la proporcionaba en grandes cantidades. Me contó sus últimas nuevas mientras íbamos camino de la heliosfera para la ceremonia de la Consagración.

—Tyrus Domitrian ya ha estropeado la festividad entera. El emperador está furioso.

—¿Lo está? —dije, distraída por la sensación de llevar el pelo levantado por todas partes.

Ambas nos habíamos arreglado igual que el resto de asistentes; llevábamos el cabello en forma de aureola alrededor de la cabeza con esencia de oro trenzada. Lucíamos vestidos de oro resplandeciente, como requería la ocasión. Todos aquellos que veíamos con fallecidos por los que dolerse lucían un estarcido de lágrimas en la piel del rostro para representar el dolor que los años les habían traído.

Neveni asintió enérgica, y se le movió el peinado. No llevaba tutores en el cabello, como yo.

—Hace un año, la familia Pasmus obsequió al emperador un exaltado que se llamaba Unity. De crianza artesanal, así que sin crecimiento acelerado. Se trataba de un exaltado, masculino, que realmente había crecido a lo largo del periodo normal de una vida humana.

Arqueé las cejas.

—Eso ha debido de ser caro.

Incluso a los diabólicos se nos sometía a un crecimiento acelerado en nuestros primeros años de vida. Económicamente hablando, no tenía sentido

alimentar y cuidar a un humanoide antes de que fuese útil.

—El senador Von Patus se lo puede permitir —dijo Neveni—. Y el emperador sabía que necesitaba

un exaltado de máxima calidad, dado que tantos miembros de la familia imperial mueren jóvenes.

Todo el mundo dice que el sol los desdeña —puso los ojos en blanco un instante mientras lo decía, porque todo el mundo sabía que el emperador no podía tener superstición alguna al respecto de aquellas muertes. Conocía perfectamente su causa.

»Este año —dijo Neveni— estaba emocionado con Unity. Estaba seguro de ganarse el favor del Cosmos Vivo. Pero Tyrus lo ha echado todo a perder. Lo ha despojado.

—¿Que ha mantenido *relaciones* con él?

Yo ni siquiera era creyente, y la blasfemia del *successor primus* me había dejado boquiabierto.

Neveni asintió enérgica.

—No lo reconoció hasta ayer, cuando estaban preparando a Unity con los aceites ceremoniales.

Ahora no lo pueden sacrificar, porque es impuro, y el emperador está furioso.

—No me extraña.

Tyrus Domitrian era un verdadero demente. La paradoja era que su lascivia había salvado a aquel humanoide de su horroroso sino.

Neveni y yo entramos en la Gran Heliosfera para contemplar las repercusiones. Los servidores se paseaban con suntuosas bandejas de bebidas, picoteos y narcóticos. Había bolsitas de polvo, ampollas de inhalables, cuentagotas con diversos estupefacientes para añadirlos a la bebida, y algunos ungüentos para aplicarlos directamente sobre la piel. Sutura nu Impyrean nos

había enseñado a consumirlos todos y nos hizo practicarlo. Me aseguré de que se me viese tomar un unguento y frotarme la piel, porque sabía que no me iba a afectar, y tal vez despertase alguna sospecha si despreciaba la diversión química en una de las mayores festividades del imperio.

El emperador había dado la orden de encadenar a Tyrus al ventanal con más luz, e hizo que

retirasen temporalmente el filtro ultravioleta para que el *successor primus* soportase un día entero de intensas quemaduras solares. También tenía prohibido participar de cualquiera de los placeres de la festividad.

La piel de Tyrus ya había adquirido un color rojo vivo cuando nosotras lo contemplamos, aunque

él no parecía en absoluto avergonzado por su escarnio público. Es más, a decir de la sonrisa en su rostro, supuse que estaba disfrutando con las caras escandalizadas de los que pasaban por delante.

—... no lo puedo evitar, abuela —estaba diciendo Tyrus, arrastrando las palabras, cuando nos acercamos a él.

Mis oídos captaron la conversación. Observé a Neveni, pero estaba ocupada tirando de manera subrepticia el contenido narcótico de su ampolla mientras fingía que se lo restregaba en la piel.

Después de su experiencia con los Domitrian, era de lo más natural que aborreciese cualquier cosa que alterara su capacidad de controlarse a sí misma.

Volví a centrarme en la conversación.

—Es que no sabes el efecto que causa en mí la combinación de la falta de vello y la inocencia —

dijo Tyrus—. Pedirme que me contenga es como enseñarle lo más delicioso a un hambriento y exigirle que se abstenga de probarlo. Es inhumano esperar tal autocontrol.

—¡Eres una vergüenza para este imperio! —le reprendió la matriarca de la familia Domitrian, la

noble Cygna—. Ni siquiera te has estarcido —ella, por el contrario, iba adornada con un elegante despliegue de lágrimas.

—Esas tintas me irritan la piel de un modo terrible.

Tyrus lucía una sonrisa con los párpados caídos. Sus ojos azules eran claros y casi huidizos bajo aquel cabello cobrizo y rapado. Tenía la nariz larga, y un hoyuelo en la barbilla que no se estilaba nada y jamás se había arreglado. Neveni me había contado que nunca modificaba sus rasgos, ni en las ocasiones especiales. Igual que para tantos otros locos, se diría que su aspecto externo no era una de sus prioridades. Debía de haber provocado la ira de su tío y haberse visto sometido a aquella cura del ventanal en diversas ocasiones, a juzgar por todas aquellas pecas. El misterio era el hecho de que nunca hubiese ordenado que se las quitasen.

—¿Es que no sientes respeto ninguno por tu desaparecida madre? —le espetó Cygna—. ¿Por tus hermanos? ¡El Día de la Consagración se celebra en honor de todos nuestros muertos!

El tono de Tyrus cambió sutilmente, perdió algo de ligereza.

—Vaya, abuela, yo me inclino a considerar que la muerte de mis padres es una tragedia tal que no hay conmemoración que esté a la altura... tal y como estoy bien seguro de que mi tío y tú coincidiréis.

Todo el mundo sabía que la madre del emperador había tenido parte en el asesinato de los rivales pretendientes al trono, incluidos aquellos de sus hijos que gozaban de un menor favor. El emperador Randevald correspondió a su madre nombrando *successor primus* al demente de su sobrino tan solo para asegurarse de que ella jamás se volvería contra él.

Y ahora, aquel sobrino demente acababa de lanzar una peligrosa acusación, cualquiera diría que sin darse cuenta. No pude resistir la tentación de volver a mirarlos para evaluar las reacciones de Cygna.

La matriarca de la familia Domitrian se puso roja de ira ante aquellas palabras. Sus ojos se entornaron al mirar a Tyrus.

—¿Estás insinuando algo, querido nieto? Porque estás hablando de mi propia carne y mi propia sangre.

—No insinúo nada. Lo único que estoy diciendo es que no me has contado por qué debería

consagrarlos una vez más. Mira con qué profusión te has estarcido el dolor que sientes: sospecho que tú ya te lamentas lo bastante en nombre de los dos —y entonces volvió a cambiar su tono de voz y adoptó de nuevo aquella alegre forma de arrastrar las palabras que había utilizado antes—. Además,

¿qué son las muertes de unos cuantos miembros de la familia? Mis padres se habrían sentido honrados al saber que habían engendrado a un dios vivo como yo.

Se relajó la expresión entrecerrada y de sospecha que había en sus ojos, y la sustituyó la irritación.

—Que Helios me asista, no eres más que un necio loco, ¡y una maldición que ha caído sobre esta

familia! Pobre de este imperio si llegas a ascender al trono. Al Cosmos pongo por testigo de que, llegado ese día desdeñado por el sol, ¡me lanzaré a una estrella! —Cygna se dio media vuelta, se alejó de él y lo dejó encadenado al ventanal.

Los ojos de Tyrus se cruzaron con los míos, y desvié enseguida la mirada. No era posible que supiese que había oído aquello. Nadie salvo un diabólico podía haber distinguido la conversación desde tan lejos.

Liberada de su estupefaciente, Neveni me dio un toque para que nos moviésemos, y me pareció una gran idea, pero ya era demasiado tarde.

—¡Vos! —resonó la voz de Tyrus—. ¡La chica de los Impyrean! Venid a darme conversación. Os lo

ordeno.

Neveni y yo cruzamos una mirada; acto seguido nos desplazamos hacia Tyrus Domitrian, y ambas

fuimos a arrodillarnos.

—No, no —dijo con impaciencia mientras su inquieta mirada iba veloz de la una a la otra—. Nada

de eso mientras me encuentre en semejante estado. No lo convirtamos en una farsa mayor de lo que es. Ya nos hemos visto en numerosas ocasiones, mi noble señorita. Pero vos —se dirigió a Neveni—,

¿qué suerte de persona sois? No os conozco.

—No pertenezco a la grandilocuencia —Neveni se irguió en toda su estatura—. Soy la hija del virrey de Lúmina, vuestra eminencia.

—Territorio Pasmus —cerró los ojos un momento dilatado—. Ah, por supuesto. Esa mujer que deseaba construir bibliotecas y enseñar ciencias.

Neveni se puso en tensión.

—Sí, eminencia.

Observé a la chica de soslayo, preguntándome cómo se comportaría ante un Domitrian.

—¿Y qué opinión os merecen los actos de vuestra madre? Sed honesta —dijo Tyrus.

Era una exigencia risible. Fuera un loco o no lo fuese, la honestidad con el heredero del emperador te podía suponer un coste altísimo. Neveni le miró de un modo tal que parecía estar diciéndole justo eso, pero respondió con cautela.

—Vuestra eminencia no puede esperar que me pronuncie contra mi propia madre.

—Por supuesto que no.

—En ese caso —se envalentonó ella—, mi madre está entregada al bienestar de Lúmina. No pretende faltarle al respeto a vuestro... a nuestro Cosmos divino ni a la familia Pasus. Tan solo deseaba mejorar la calidad de vida en Lúmina.

—La vida planetaria es de lo más espantoso —dijo Tyrus con aire comprensivo.

—Oh, no, no lo es —dijo Neveni.

—¿No lo es? ¿Acaso no hay huracanes, terremotos y enfermedades?

—El clima es muy variable, pero también lo son las formas de vida. Hay todo tipo de animales y

vergeles que crecen por sí solos, y Lúmina cuenta con dos lunas que alteran las mareas. Todo es muy impredecible, eminencia, pero lo convierte en algo mucho más interesante que la vida en el espacio.

—Habláis como una partisana perdidamente enamorada de su planeta.

Neveni palideció, y yo también me puse en tensión. Tyrus hablaba con una distante curiosidad, pero acababa de realizar una acusación muy seria, y parecía ajeno a ella mientras Neveni no sabía dónde meterse.

Estaba muy ocupado mirándose las uñas.

—Pero, por supuesto, es obvio que vos no sois una partisana. Eso sería una locura, en especial aquí, en el Crisantemo. Podría ser una terrible tergiversación de vuestras palabras.

De no haber sabido que aquello no era posible, habría sospechado que le estaba aconsejando de forma velada que tuviese más cuidado al hablar.

—Es obvio que eso sería una terrible tergiversación, eminencia —se apresuró a decir Neveni—.

Por supuesto que no soy una partisana.

Tyrus se repantigó contra la ventana y alzó los brazos tanto como le permitían las cadenas para poder entrelazar los dedos de ambas manos detrás de la cabeza.

—Las estrellas me hablan, y vuestra voz tapa su sonido. Callaos un momento para que pueda escucharlas, las dos. En especial vos, noble Impyrean. Qué rumor generáis.

Aquello me dejó perpleja. Apenas había hablado. Neveni y yo guardamos silencio.

—Las estrellas dicen... Me dicen que hoy estoy particularmente guapo — anunció Tyrus—. Qué amabilidad la suya. ¿Me consideráis guapo, noble Impyrean?

Aquella pregunta era ridícula. En una corte poblada por gente que modificaba su apariencia hasta la absoluta perfección, él sobresalía por ser imperfecto como un vulgar excedente. Durante unos largos segundos, no supe cómo responder sin ofenderle.

—Las estrellas no os mentirían, eminencia.

—Creo que tenéis razón —dijo Tyrus—. En cuanto me libere de estas cadenas, prometo solemnemente que exhibiré mi bella apariencia para admiración de propios y extraños...

Y así, con esa facilidad, se desvaneció la lucidez del heredero del emperador. Empezó a adoptar extrañas poses para mayor exhibición de sus músculos y de su aspecto mientras aceptaba con gentileza los cumplidos de un público fantasma. Neveni y yo retrocedimos y lo dejamos departiendo ante nadie, soltando una perorata sobre sus propias virtudes. La luz de los seis soles resplandecía a través de la ventana, y su piel continuaba quemándose.

En aquel instante se produjo un revuelo en la muchedumbre, cuando el emperador entró flotando

en su silla antigraavedad, y comenzó el verdadero espectáculo, destellaron las

luces del techo y las paredes de la Gran Heliosfera cambiaron para mostrar un decorado en lugar del vacío del espacio: imágenes de miembros de la realeza desaparecidos mucho tiempo atrás, o breves vídeos de las batallas importantes del pasado imperial. Otras eran imágenes de naves perdidas en el espacio maligno, los muertos más venerados del imperio.

Localicé al trío de diabólicos del emperador. Hazard y Anguish de pie, uno a cada lado del emperador, y Enmity...

Estaba apartada, en un lado, observándome.

Aparté la mirada de inmediato.

—Qué raro ha sido eso —dijo Neveni distraída mientras nos desplazábamos hacia la mesa del banquete—. Los rumores no exageran. Está loco de remate.

No había sacrificio que celebrar gracias a Tyrus, pero la comida estaba toda servida, ya que la habían preparado con antelación.

Mientras veía cómo Neveni tanteaba una fuente de auténtico pato asado, las palabras de orgullo que había pronunciado sobre su planeta —Lúmina— me resonaban en la cabeza.

Tuve que preguntárselo.

—¿Sois una partisana?

A mí no me importaba si Neveni quería que su planeta se liberase del imperio. Quería saber si era lo bastante lista como para guardar en secreto sus sentimientos. Si reconocía ser una partisana, entonces habría de morir rápido. No podía confiar en una insensata que poseía la peligrosa información de lo que le había hecho a Sálivar y Devineé.

Sin embargo, Neveni me miró de soslayo con cara de cautela y me contestó con una pregunta.

—¿Qué le pasó a los Domitrian?

Me dio un vuelco el corazón y miré a nuestro alrededor. ¿Había alguien lo

bastante cerca como para haber escuchado aquello? No, Neveni no era tan tonta como para hablar de manera tan franca cuando alguien pudiese oírla.

—No nos hagamos la una a la otra preguntas que no deseamos responder — me sugirió en tono despreocupado.

Pero yo ya no le prestaba atención. No, no había nadie lo bastante cerca para escucharnos, pero vi a Enmity a través de un hueco que se había hecho entre la gente. Aún me estaba mirando, pero ahora desde más cerca, lo bastante para haber oído a Neveni en caso de haberle estado prestando atención.

Se encontraba... tan cerca como lo había estado yo de Tyrus cuando escuché su discusión con Cygna. Empezó a aproximarse hacia mí, y entonces supe que había escuchado todas y cada una de las peligrosas sílabas que habían salido de los labios de Neveni.

Y no tenía ninguna mentira aseada que me sirviera de excusa. Esta vez no.

14

Me excusé ante Neveni y me dirigí hacia la puerta en busca de unos minutos de silencio para poder valorar bien mis opciones. Ahora, Enmity sabía que la historia que me había inventado con Neveni era una mentira. La diabólica del emperador exigiría otra explicación. Con toda probabilidad, habría concluido ya que yo, y solo yo, era la responsable del destino de los Domitrian.

¿Alguien la creería?

Los divertimentos químicos habían empezado a causar efecto en todo el mundo. Vi grandílocuos

de todas las edades tirados por los suelos, carcajeándose doblados sobre el brazo de una butaca, apoyados contra las ventanas, conversando a veces, y en otras estudiándose las manos como si estuvieran fascinados con ellas. Los médicos con el apelativo «nu» o «nan» Domitrian recorrían la multitud atendiendo las sobredosis y las reacciones adversas a los narcóticos.

A pesar de lo que nos había dicho Sutura nu Impyrean, vi a mucha gente con aspecto descuidado. Y

vi a muchos más con pinta de maníacos. Incluso Credenza Fordyce estaba tirada en el suelo con las piernas abiertas de par en par, mirando con una sonrisa torcida a todo aquel que pasaba por delante.

Elantra estaba de pie encima de ella, riéndose en una actitud propia de la embriaguez e instándola a que se levantara.

Pasé de largo sin hablar con ellas, y sentí un alivio que me invadió en el instante en que desapareció la multitud y me recibió el frío abrazo del pasillo. Sonaron entonces unos pasos a mi espalda, y supe que no había logrado escapar.

—¿Tan pronto os marcháis, noble Impyrean?

Me volví despacio para encontrarme delante de Enmity. Me rodeó de aquella manera tan animal, permanecí muy quieta, y se me pasaron veloces por la cabeza todas las posibles ideas al respecto de cómo comportarse como una persona de verdad.

Mi gemela. Mi sombra. Era lógico que fuese ella quien me calase.

El depredador que tenía ante mí era lo único en lo que me podía concentrar.

—¿Qué menester se te ofrece? —me sonó la voz demasiado dura, demasiado amenazadora...

demasiado parecida a *mi* voz.

Enmity no respondió, se limitó a observarme.

—Estoy muy cansada —dije, hice que se ocultasen mis verdaderos sentimientos y fingí una sonrisa mientras trataba de sonar sincera—. Una celebración deliciosa. Qué lástima lo del exaltado.

Eché a andar para dejarla atrás, pero, de pronto, la diabólica se hallaba de nuevo ante mí. Qué velocidad, y tan silenciosa, qué pies tan ligeros. Yo habría podido moverme así antes de mi reducción muscular y haber estado a su altura paso a paso. Podía haber estado al nivel de aquella criatura y haberle

plantado cara en serio.

Pero no ahora. No podía con una diabólica en plenas condiciones, y aun así, si había descubierto lo que yo era, tendría que matarla antes de que se lo contase a nadie. No era capaz de imaginarme cómo me las iba a arreglar. Enmity se me acercó mucho, con sus ojos pálidos e insondables, estudiándome.

Era muy grande comparada conmigo.

—¿Qué quieres? —me atreví a preguntarle tras un dilatado silencio.

—Sé que estáis mintiendo acerca de los Domitrian, noble Impyrean.

Negar lo. Eso era lo mejor que podía hacer.

—Ya te he dicho que...

—Esa chica de los Sagnau lo ha dicho. Y yo lo he oído. Vuestra historia era una mentira.

—¿Mi historia? Yo no tengo una historia. ¡Ya te lo he dicho, no recuerdo nada de lo sucedido! —

esperaba haber sonado histérica, asustada. En realidad, estaba tratando de averiguar si era lo bastante fuerte para matarla con mi complexión reducida. Me haría falta el factor sorpresa.

Algo animal y extraño cambió en su semblante, y ladeó la cabeza.

—Hay algo muy diferente en vos. No acierto a definir lo que es. Aún no.

Así que no había averiguado que yo era como ella. Había seguido su instinto y había ido tras de mí hasta allí fuera, pero incluso ahora, mirándome tan de cerca, no era capaz de ver con certeza que yo no era una persona. Es más, debía de estar dudando siquiera si había oído lo que creía haber oído, o de lo contrario me estaría retorciendo ahora mismo los ligamentos en un intento de obligarme a confesar. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a dejar lisiados a los dos Domitrian la heredera de los Impyrean en su primer día en la corte?

Ser consciente de aquello me envalentonó.

—No dispongo de tiempo para este dislate, artefacto inhumano, así que hazte a un lado y déjame

pasar.

Ni se inmutó.

—¡He dicho que te apartes! —repetí con el acicate de la adrenalina en las venas. Quería apartarla yo misma. Quería saltar. Tuve que contener todos y cada uno de los impulsos agresivos que rugían en mi interior.

Y entonces...

Entonces se oyó una voz.

—¿Va todo bien por aquí?

Aquellas palabras, naturales y muy humanas, consiguieron por fin interrumpir nuestra extraña conversación. Vi a Gladdic Aton, el joven aristócrata al que había visto con Elantra y Credenza en aquel primer día.

Enmity bajó la cabeza.

—Sí, mi noble Aton.

—Sí —dije mientras me apartaba de Enmity.

La prudente mirada de los luminosos ojos verdes de Gladdic se cruzó con la mía, con una cierta

emotividad en sus profundidades que no me atrevía a definir.

—¿Me permitís que os acompañe de regreso a vuestra villa, noble Impyrean?

Asentí y esperé a que se situara a mi lado con paso decidido y me colocase el brazo sobre el suyo.

—Sacadme de aquí.

No volví la cabeza para mirar a Enmity una vez más. Sentí su mirada, que me abrasaba la espalda a cada paso que me distanciaba de su letal atención. Por ahora.

Gladdic tardó un rato en hacer acopio de los arrestos necesarios para hablar.

—Me temo que os he contrariado —me dijo.

Me quedé mirándole.

—¿A qué os referís?

—Cuando os dije en aquel foro de sociedad que debíamos guardar las distancias el uno del otro,

sabéis que no era por... por vuestra causa, ¿verdad?

¿De qué iba aquello?

—Mi padre es un aliado muy cercano del senador Von Pasus —dijo Gladdic—. A mí no me importa lo que crea vuestro padre, pero el mío es bien vehemente en esta materia. No dispongo de autorización para relacionarme libremente con vos, no tanto como yo desearía. Lamento haberos causado una ofensa.

—¿Por qué creéis que estoy ofendida? —dije despacio.

—Porque —parpadeó, cándido como un niño—. Porque no hemos hablado siquiera. Ni en privado.

Creí que os resultaría más placentero conocerme en persona —bajó la mirada al suelo con un leve sonrojo en las mejillas—. Habéis tenido una conducta muy fría hacia mí. Me la merezco, lo sé, pero me causa un gran dolor.

Me quedé mirándole boquiabierto, y acto seguido me recompuse y suavicé mi asombro. Así que,

cuando se relacionaban en los foros galácticos, Donia debía de comportarse con él de un modo muy distinto al que había seguido yo desde mi llegada.

—No estoy enfadada con vos. Ni tampoco me habéis causado ofensa alguna. Yo... —busqué una explicación que ofrecerle—. No deseo crearos mayores dificultades a vos, ni creármelas yo, nada más —eso sí que era cierto.

Tragó saliva a ojos vistas cuando nos adentramos en la inmensa bóveda celeste donde aguardaban

nuestras villas.

—He estado meditándolo, y no creo que vaya a causar ningún daño si quizá, solo de vez en cuando, tenemos trato en... los eventos públicos. ¿Os parece?

Llegamos a mi villa, y me volví para corresponder a la mirada ferviente de aquellos ojos clavados en mí con una solicitud desesperada.

Entonces lo comprendí: Gladdic estaba prendado de Donia. Y era obvio que ella no había hecho nada para desanimarlo.

Retiré la mano de su brazo, consciente de que aquí pasaba algo sobre lo que Donia no me había puesto al día.

—Sí, no creo que sea en absoluto dañino que nos veamos con más frecuencia.

Donia tenía que explicarme alguna cosa que otra.

—¿Has visto a Gladdic?

Donia no lo dijo con demasiada entonación ni demasiado entusiasmo. Podría deberse a que estaba

utilizando el avatar de su madre para hablar conmigo en los foros galácticos, y a cualquiera que tuviese la fría y cínica voz de la matriarca le costaría expresar entusiasmo al respecto de nada.

No obstante, al mirarla fijamente —utilizando yo el avatar habitual de Donia para hablar con ella

—, percibía que allí había algo más.

—¿Te desagrada?

—No —se apresuró a decir Donia. Se cruzó de brazos.

La había estado poniendo al tanto de todo cuanto podía contarle acerca del Crisantemo. Teníamos que andarnos con mucho cuidado al hablar, ya que podía haber alguien escuchando. Lo hacíamos bajo la apariencia de una madre y una hija que charlaban en un foro virtual privado.

—Parecía bastante afectuoso... conmigo —le dije a Donia—. Y yo no sabía nada al respecto de ello —eso era lo que más me desconcertaba, porque Donia nunca había tenido secretos conmigo.

—Porque la verdad es que no hay nada que contar —se encogió de hombros—. Siempre he sabido

que me... que algún día *tú* te tendrías que casar y formar una alianza con otra de las grandes familias.

—Sí.

—Gladdic Aton es una persona agradable, intelectual y paciente —suspiró—. Tan bueno como cualquiera.

—Pero es indiferente *para mí* — saqué la conclusión—, así que no tenía por qué mostrarme gentil.

—¡No! Sé amable.

—Entonces ¿él me importa?

—No, Ném... Sidonia. Me agrada como posible esposo... para ti... más que cualquier otro, pero

eso no significa que me agrada como esposo. Nadie me agrada como esposo, en serio, pero Gladdic me agrada más que el resto. ¿Lo entiendes?

—No —le dije con franqueza.

—Tú solo recuerda que tengo... que *tú* te tienes que casar con alguien, así que bien podría ser con Gladdic —cerró los ojos durante un momento prolongado—. Sus padres son unos helionistas fervientes. Su familia está fuera de toda sospecha. Si tuviese... si *tuvieses* trato con él, estarías mucho más segura. Así que está en tu mano —me miró fijamente— mantener su interés en casarse contigo

—bajó la voz—. Hazlo, por favor. Por mí.

La miré con el ceño fruncido. De modo que Donia no amaba a aquel chico, pero pensaba casarse

con él y, obviamente, había provocado su interés por casarse con ella. Deseaba que mantuviese vivo aquel interés pese a no sentir ningún apego emocional hacia él.

—¿Hasta dónde debo llevar esta «amabilidad»? —le pregunté.

—Solo tienes que charlar con él. Sé cariñosa si puedes.

—¿Mantengo relaciones sexuales con él?

—¡No! —saltó—. No hagas eso.

—¿Estás segura? En lo que a mí respecta, es indiferente si...

—¡He dicho que *NO*, Némesis! ¡No quiero que te toque!

Sus palabras fueron tan vehementes que me sorprendieron con la guardia baja. Ambas guardamos

silencio durante un rato largo, mirando a nuestro alrededor como si nos preocupase que alguien nos escuchara. Había utilizado mi nombre en su arrebatado de ira, pero no había rastro de que nadie nos estuviera pinchando la conversación, y, además, ya era demasiado tarde para enmendar el error.

—No lo haré —le dije en tono tranquilizador—. No haré nada.

Tomó aire y lo soltó temblorosa. Luego dijo:

—Solo... le gusta hablar. Solo tienes que saber escuchar. Eso es todo cuanto necesita realmente. Sé tan amable como puedas. Pero nada más. *Nada* más. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Después de desconectar, me quedé mirando mi reflejo en la superficie de la consola. Todavía con aquel pelo castaño oscuro que Donia prefería, conservando aún mi nariz. Había reaccionado de forma muy negativa a la simple sugerencia de una relación física con Gladdic. En ese preciso momento se me ocurrió: Donia estaba celosa. Terriblemente celosa. Gladdic le importaba mucho más de lo que ella daba a entender.

Me seguía dejando perpleja que no me hubiese hablado de él, aunque yo era capaz de leer entre líneas. Si deseaba casarse con él, entonces haría todo lo posible por evaluar a Gladdic y ver si era apropiado para Donia o no. Si era lo bastante bueno para ella, tan realmente bueno como ella creía, haría cuanto estuviese en mi mano con tal de mejorar las relaciones entre las familias Aton e Impyrean. Si eso ayudaba a quitarle a Donia de encima las sospechas de inclinaciones heréticas, todavía mejor. Eso sí que podía hacerlo por ella.

15

Enmity comenzó a seguirme. Era obvio que el emperador solo necesitaba a dos diabólicos a su lado en todo momento, lo cual le proporcionaba a ella todo tipo de oportunidades para seguirme la pista por el Crisantemo y controlarme en pos de cualquier actividad sospechosa.

Lo hacía de manera inteligente, permaneciendo a la suficiente distancia como para que una persona normal no reparase en ella. Se comportaba como un diabólico en una patrulla estándar por el Crisantemo, no como un cazador que va tras su presa. Solo la mente más paranoica nos podía haber relacionado a las dos. El hecho de que siempre estuviese relativamente cerca de mí parecería una mera coincidencia.

Pero jamás para mí.

Me volví plenamente consciente de todos y cada uno de mis movimientos, de cada vez que respiraba, y me preguntaba qué cantidad de mi verdadero yo le habría dejado ver ya sin darme cuenta.

Lo único en lo que era capaz de pensar era en interpretar a la mejor noble posible: dedicarme a las frivolidades y albergar la esperanza de que perdiese el interés en mí.

Por mucha formación que hubiese recibido de Sutura nu Impyrean y de la matriarca, yo carecía de un verdadero instinto de sociedad. No sentía impulso ninguno que me empujase a buscar diversiones o nuevas amistades, pero había de comportarme de un cierto modo para encajar con naturalidad, tenía que comportarme como si deseara participar en las actividades de la corte. Cuanto más lo hiciese, antes se vería Enmity obligada a aceptar que sus sospechas eran infundadas.

Ahí fue donde Neveni resultó ser de mayor utilidad.

Ansiaba todo tipo de experiencias. Hasta ahora nos habíamos paseado por todos los jardines de la *Valor Novus* y habíamos pasado un largo día recorriendo a pie, ida y vuelta, los cinco kilómetros del paseo de Berneval. Era el pilar más largo que salía del Crisantemo, donde había poca gente y un gran número de máquinas automatizadas dedicándose a sus tareas. No es que fuera un paseo con mucho glamour, pero Neveni insistió en que teníamos de hacerlo, ya que terminaba de golpe en una pared en la que garabateaban sus nombres quienes se aventuraban tan lejos.

Allí vi los nombres y emblemas de la mayoría de los jóvenes grandílocuos, y supe que se trataba de una especie de rito de paso en la corte. Estaba el cuásar de la familia Aton, la supernova de los Pasus, el eclipse solar de los Fordyce, los seis soles de la rama imperial de los Domitrian e incluso el emblema del agujero negro de la rama no imperial de aquella familia, por la parte de la noble Cygna.

Añadimos nuestros nombres a la pared, y tallé el sol naciente tras un planeta de los Impyrean.

Neveni, un tanto desafiante, se quitó el collar y utilizó la hoja para grabar las

lunas gemelas de Lúmina.

—Si a la grandilocuencia no le gusta —dijo—, que no me hubieran traído hasta aquí.

Otra tarde, nos unimos a Gladdic para apostar en las peleas de bestias. Todo tipo de nobles señores y señoras agotaban su efectivo encargando criaturas generadas por ingeniería genética que luego echaban a la arena de los fosos de la *Tigris*, y, en la mayoría de las ocasiones, aquellos animales caían muertos en el primer enfrentamiento. Los demás perdían su dinero apostando por los perdedores y,

de paso, disfrutaban encantados del derramamiento de sangre.

Aquel era uno de esos eventos públicos que Gladdic había mencionado durante los cuales era inofensivo que pasáramos tiempo juntos y sin censura ninguna. Se tiró gran parte de la tarde —

incluso durante la pelea de su propia bestia— llamando mi atención y enviándome discretas sonrisas.

Yo obligaba a mis labios a curvarse y corresponderlas sin estar segura de poder llegar a captar la dulzura y amabilidad de Sidonia.

La criatura de Gladdic venció su pelea, y él se excusó para bajar corriendo a comprobar el estado de salud de su animal. Neveni aprovechó la ocasión para decirme:

—De verdad, me encantaría participar en esto alguna vez —su voz sonaba ronca después de tanto

animar al híbrido de tigre y oso por el que había apostado dos peleas antes—. Deberíamos encargarnos nuestra propia bestia.

Le lancé una mirada escéptica.

—Y tenéis la esperanza de que sea yo quien lo pague.

—Vamos, Sidonia, ¿no queréis probarlo solo una vez?

Por alguna razón, aquella idea hacía que el estómago se me revolviere de un modo muy desagradable, aunque no sabía decir por qué. No se trataba de que me perturbara contemplar una brutalidad tan salvaje. Comprar una criatura tenía pinta de ser algo muy típico de la grandilocuencia, y mi objetivo era parecer tan normal como fuese posible. Le di el dinero y dejé en sus manos el encargo de la bestia.

El animal de Neveni estuvo listo en una semana, hecho a la medida del código genético que ella había encargado, y lo habían criado con un acelerante hasta que alcanzó todo su tamaño. En cuanto estuvo listo para su primer enfrentamiento en la arena, Neveni me invitó a bajar con ella a los corrales para verlo. Yo invité a Gladdic.

Neveni nos condujo hasta una zona en las entrañas del ruedo con un ambiente cargado de un hedor mareante.

Gladdic murmuró algo y se sacó de la manga un tarro de aceite esencial. Se frotó una gota debajo de cada orificio nasal y nos ofreció el tarro. Neveni también utilizó un poco.

Yo negué con la cabeza. El perfume empalagoso me molestaba mucho más que el hedor de los animales.

Conforme nos aproximábamos a los corrales, Neveni charlaba sobre su nueva criatura y Gladdic

le hacía preguntas a partir de su propia experiencia con la adaptación de las bestias de pelea. Bloqueé sus sonidos y escuché con atención hasta que distinguí los suaves y conocidos pasos de Enmity, siguiéndome a mi espalda. Me pregunté si ya se estaría aburriendo.

Continuaba con la mente puesta en ella cuando entramos en los corrales, pero mis ojos captaron

entonces la escena completa que se desarrollaba ante mí, y me sorprendí al detenerme en seco y sentir que algo se había sacudido de horror muy dentro de mí.

No pude moverme durante un buen rato. Mi mirada deambulaba a mi alrededor y seguía el trazado

de los anillos de luz fluorescente y descarnada que indicaban la presencia de los muros invisibles. El aire trajo hasta mí los sonidos y ruidos de las criaturas, que se combinaron dentro de mi cabeza con un repentino zumbido. Se apoderó de mí la extraña sensación de que había regresado de golpe a otra época.

Extendí la mano hacia el anillo fluorescente más cercano y rocé con los dedos el cosquilleo del campo de fuerza que me separaba de un híbrido de tigre. Podía ver a la criatura, pero él solo podía verme si yo decidía convertir en transparente el campo de fuerza. Eso lo supe sin necesidad de preguntar.

Yo fui una vez la criatura que se encontraba al otro lado de aquellos campos de fuerza.

La garra de memoria me mantuvo clavada en el sitio. Los corrales estaban contruidos del mismo

modo que aquellos en los que viví mis primeros años. Me acordé de la gente que pasaba y me miraba así, boquiabierto. Y aquí estaba ahora, en el otro lado.

No me percaté de que me había detenido frente a uno de los rediles, muy cerca y con la mirada perdida en el interior, hasta que sentí el roce en el brazo.

Mi mano se elevó por instinto como un resorte, directa a la garganta de Gladdic, pero no apreté.

Recobré el sentido justo a tiempo. Le miré a los ojos, jadeando, y bajé la mano al costado.

—Me habéis dado un susto.

La confusión se apoderó de su rostro. Yo sabía que acababa de hacer algo inequívocamente inhumano.

—¿Dónde está la criatura? —dije para distraerlo yforcé una sonrisa.

—La señorita Sagnau ha dicho que está justo aquí abajo.

Seguí a Gladdic con la sensación de moverme por aguas pantanosas, como si Némesis dan Impyrean se hallase allí de pie y completamente visible en una piel que no le valía, donde cualquiera podría ver en cualquier momento que era una impostora.

Llegamos al redil donde aguardaba el animal de Neveni. A nuestro alrededor, todos los demás animales se paseaban inquietos en su reducido espacio, agitados o rugiendo. La criatura de Neveni estaba sentada como un perro con una pata delantera levantada y la cabeza gacha dándose lametones.

—Oh, venga ya —dijo Neveni mirando desesperada a su alrededor.

Gladdic sofocó una risita.

—Creo que lo está disfrutando.

—¡Eh, tú, para ya! —voceó Neveni al animal y golpeó el campo de fuerza con la palma de la mano.

Soltó un grito de dolor cuando la mano rebotó con una descarga—. No, por favor, ¿y si se pone a hacer eso en la arena? Va a ser un desastre.

—Al menos disfrutará los últimos minutos de su vida —bromeó Gladdic.

Advertí que no dejaba de mirar a mi espalda por encima del hombro, a la musculosa mujer que acababa de entrar en los corrales: la diabólica que me estaba siguiendo. También Enmity estaba mirando a su alrededor con cara de reconocer aquello.

Sentí un curioso dolor en el pecho.

Por primera vez, miré a Enmity y no vi una complicación, a un enemigo, a alguien que me podría

matar o a quien yo podría tener que matar no muy tarde.

Vi a una persona... no, a una *criatura* que era exactamente igual que yo. El mismo pasado, las mismas experiencias, alguien que, en diferentes circunstancias, podía haber entendido ese lado mío que resultaba incomprensible incluso para Sidonia. Sabía de sobra lo que ella debía de estar sintiendo y pensando, porque yo estaba sintiendo y pensando lo mismo.

En ese instante, su mirada se clavó en la mía, y yo aparté los ojos a toda velocidad.

Enmity y yo éramos dos tallos que habían brotado del mismo suelo, y ella no podría saberlo nunca.

Jamás. Porque me mataría por eso.

Neveni se mostraba tensa mientras aguardaba junto a la arena a que le tocara pelear a su criatura.

Antes de verlo, ya le había puesto el nombre de *Mortífero*, un nombre que sin duda se convertiría en una broma si la bestia salía ahí fuera y continuaba limpiándose en lugar de pelear.

—Esto es horrible —se lamentó Neveni mientras estábamos allí sentados los tres—. Mezclé un

león y un oso. ¿Habéis visto algún rastro de león o de oso, o es que me han dado un perro entero?

—Es más grande que la mayoría de los perros —dijo Gladdic—. Tiene un poco de pelo en el cuello.

Observamos cómo metían al animal de Neveni en el redil contiguo al ruedo, preparado para pelear en la siguiente lid.

—Vamos a ser el hazmerreír —me dijo Neveni.

—Yo os he financiado —le dije—. No lo encargué. *Yo* no seré el hazmerreír.

La consternación de su rostro me decía que no había acertado con aquello.

En voz más baja, le dije:

—Si de verdad teméis que pierda de la manera más terrible, aprovechad ahora y retirad a esa criatura.

—Pero bueno, Sidonia, eso sería una reacción terriblemente exagerada.

Elantra Pasmus entró majestuosa y se sentó al otro lado de Gladdic. Venía seguida de su comitiva de empleados y siervos, y entre ellos se encontraba Unity, el exaltado al que había despojado Tyrus Domitrian.

Neveni y yo nos pusimos en tensión. La oscura piel de Gladdic se había quedado un tono más pálida.

—Elantra.

—Gladdic —le saludó ella con una mirada inquisitiva... y entonces recordé que Gladdic no deseaba contrariar a la familia Pasmus. Parecía haber una advertencia callada en los ojos de Elantra, lo habría jurado, pero se dirigió a Neveni—. Prácticamente todos se avergüenzan la primera vez que su bestia sale a la arena.

—¿Sí? —Neveni tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con fuerza. Con un Pasmus tan cerca, ella tenía tantos motivos como yo para inquietarse. Si estaba aquí, era solo porque su madre había provocado las iras del senador Von Pasmus.

—Por supuesto —dijo Elantra—. Te bastará con indagar un poco más la próxima vez y cerciorarte

de acudir a un criador de calidad. Los más baratos rebajan demasiado sus razas de animales, les añaden mucho perro. Permíteme que lo adivine: ni siquiera te dieron un animal para el calentamiento,

¿verdad?

—¿Un animal para el calentamiento? —dijo Neveni desconfiada.

—Carnada —dije en voz baja. La carnada servía para que una bestia

aprendiese a matar.

O para que lo hiciese una diabólica.

Elantra se echó a reír.

—Qué boba esta niña. No puedes echar al animal al ruedo y esperar que sepa qué hacer. Un criador de calidad te lo habría dicho. Se supone que han de proporcionar otro animal más débil. Tu bestia lo mata, saborea la sangre en las fauces y ya está lista para una pelea de verdad. A ese perrito tuyo lo van a destrozar si no lo preparas antes —ladeó la cabeza de cabellos rizados, con una tímida sonrisa—.

Yo te podría facilitar uno sin mayores dificultades. Da la casualidad de que hoy tengo de sobra.

Neveni continuaba en tensión, pero se obligó a forzar una sonrisa.

—Supongo que eso sería mejor que enviar al animal ahí fuera a perder.

—Voy a encontrarme con el *successor primus* en su palco, así que, ¿por qué no te vas hacia allá con mi gente? Yo me uniré enseguida —le dijo Elantra a Neveni, y se volvió hacia Gladdic—. Y vos pensabais sentaros conmigo, ¿no es así?

Gladdic se movía inquieto.

—Sí, sí, por supuesto.

Lo miré, sorprendida por la facilidad con la que se acobardaba. Afirmaba sentir afecto por Sidonia, pero no se atrevía a contrariar a Elantra rechazándola. Mi opinión sobre él se vino abajo.

La sonrisa de Elantra no hizo sino aumentar ante su inmediata disposición.

—Id con ella, entonces —le dijo con una voz melosa. No se trataba de una sugerencia, sino de una orden implícita.

Gladdic no me miró. Se dio la vuelta para acompañar a Neveni.

Los dos se marcharon con los siervos de Elantra y su exaltado despojado. Me percaté de que se trataba de una estrategia. Ahora, daba la impresión de que Neveni formaba parte de la comitiva de Elantra. Gladdic, quien parecía que iba a ser mi acompañante en aquella pelea, me había abandonado sin más por orden de Elantra. Una Pasmus que venía a por todas y reclamaba su territorio ante una Impyrean.

Aún sentía la tentación de saltar sobre ella, pero eso no habría sido apropiado, de manera que decidí que la mejor reacción era fingir indiferencia.

—Pero qué gentil sois, Elantra —le dije y sonreí—. Sin duda que la criatura de Neveni le sacará un buen partido a esto.

—Oh, es que me siento terriblemente responsable de los excedentes de nuestro territorio —dijo Elantra y soltó una carcajada de agrado en forma de trino—. Aunque, por supuesto, Sidonia, no tengo nada en contra de que vos valoréis a esa excedente como... vuestra amiga —aquella última palabra la dijo con voz de asco—. La enviaré de vuelta para acá.

—Sois un dechado de amabilidad —me limité a decirle mientras aguardaba a que me revelase por

qué se había quedado allí conmigo.

—Habéis intimado mucho con ella —dejó caer Elantra conforme su mirada iba y venía del palco

del *successor primus*, donde Neveni, Gladdic y los demás se arrodillaban para dar la bienvenida a Tyrus Domitrian—. En el Crisantemo no es habitual ver tan rápido y en tal confianza a dos desconocidos, tal y como os sucede a vos desde... ah, desde aquel desafortunado incidente con Sálivar y Devineé, creo recordar, ¿no?

—Fue muy amable al ayudarme —dije sin inflexión alguna—. Aquella noche continúa siendo un misterio para mí.

—Ah, sí —se le asomó un malévolos brillo a los ojos—, pero, con un poco de suerte, es un misterio que podríamos resolver muy pronto... para vuestra

tranquilidad. Al fin y al cabo, Sálivar y Devineé se han despertado.

Me dio un desagradable vuelco el corazón.

—¿Han despertado?

—Sí. Y será muy interesante escuchar lo que tengan que decir, ¿no es así?

Y así, sin darme un instante para considerar la amenaza que suponía aquello, Elantra se levantó y se alejó con elegancia de mi sección del graderío. Reapareció en el palco del *successor primus*, donde la esperaban Gladdic y Neveni. Vi cómo Elantra se llevaba los nudillos de Tyrus a las mejillas. Al parecer, estaba decidida a mostrar su gentileza hacia Tyrus aun después de que él hubiera echado a perder el regalo de su familia para el emperador.

Así que Sálivar y Devineé estaban conscientes. Eso no significaba que me tuviese que preocupar.

Neveni recordaba muy poco de la agresión que ella sufrió con una dosis mucho menor de aliento de escorpión. Con algo de suerte, yo les había hecho tragar a la fuerza lo bastante como para aniquilar varios meses de su memoria.

Al pensar aquello se me calmó el pulso.

Un gran rugido irrumpió a mi alrededor. Abajo, en la arena, habían soltado a Mortífero. Salió

trotando al centro del ruedo, meneando el rabo, con las orejas gachas y un temblor en los orificios nasales al olisquear el aire. Me sentí presa de una tensión incalificable y me levanté para ver mejor; vi entonces a Elantra, que le hacía un gesto con la mano a alguien que tenía cerca, a un costado.

Sus empleados levantaron en vilo al exaltado y lanzaron al desconcertado joven a la arena con la criatura de Neveni. La multitud soltó al unísono un grito de asombro, e incluso Tyrus Domitrian —el mismo que había despojado a la inocente criatura— se lanzó hacia delante como si quisiera agarrar al chico, pero no lo consiguió. El exaltado cayó a plomo sobre el suelo pedregoso, con el brillo de la luz que se le reflejaba en la calva. Unity se

quedó allí agazapado y aturdido durante unos instantes.

Acto seguido se puso en pie y miró a su alrededor con ojos de absoluta inocencia.

De modo que el exaltado era la carnada que Elantra pensaba echarle a Mortífero.

Me sorprendí al verme con los puños cerrados y sudorosos, y lo entendí todo. Al exaltado lo habían criado para no defenderse, para no pensar mal jamás, para no comprender la maldad. No tendría el instinto de echar a correr ni de defenderse antes de que lo hicieran trizas. Sin embargo, al contrario que en el caso de los siervos, sí tenía la capacidad cognitiva para entender la muerte cuando esta llegase. Tenía que hacerlo, porque al exaltado se le suponía que había de valorar su destino cuando lo sacrificaban.

Mis ojos regresaron sobre Elantra, con aquella sonrisa al deshacerse de la inocente criatura que tantos inconvenientes le había causado. Neveni tenía las manos juntas sobre los labios; y Gladdic, la cabeza baja para evitar ver la masacre. Junto a Elantra, vi al *successor primus*, el que había despojado a Unity.

Tyrus, horrorizado, miraba fijamente al chico.

Me vi estudiándolo durante un largo rato y se me vino a la cabeza una extraña idea: él no quería que matasen al exaltado. Qué curioso que aquello le importara.

Mis ojos se volvieron a sentir atraídos por el ruedo, donde Mortífero rondaba al indefenso exaltado, pero no le atacaba. La bestia olisqueó el aire y se dio media vuelta sin mostrar interés.

Vi que Elantra señalaba a uno de los miembros de su comitiva, que estaba junto a la arena. También le susurró algo a Neveni.

El empleado levantó un arma y disparó a la bestia. Unos arcos eléctricos envolvieron a Mortífero durante unos segundos y le hicieron aullar y gemir mientras corría en unos frenéticos círculos.

Y, de pronto, no pude respirar. No podía.

Lanzaron otra descarga sobre la bestia. Y otra más.

No podía ver la arena, lo único que veía era a aquella niña indefensa que me echaron en el redil, allá en los corrales. Aquella niña pequeña que estaba temblando en un rincón y se mostró después tan desesperada como para ir a buscar mi comida. La eché y le grité en la cara, y ella se quedó aturdida entre lágrimas de terror. Pero no la ataqué. No la toqué. Me quedé mirándola durante un lapso prolongado, mientras trataba de averiguar qué era aquella criatura minúscula e indefensa. Y ahora no podía ni respirar al pensar en ella mientras veía cómo torturaban a la bestia allí abajo.

En la arena, el animal volvió a aullar con otra descarga eléctrica, y ahora ladraba furioso, rugiendo ante unos torturadores inalcanzables para él, echando espuma por la boca con una ira cada vez mayor que no tardaría en expresarse contra algo, contra *alguien*, y se me hizo un nudo en el estómago cuando lo único en lo que fui capaz de pensar fueron aquellas descargas eléctricas que yo recibí, las que no cesaron hasta que se me nubló la vista, hasta que no me pude contener, hasta que no pude hacer nada excepto saltar, atacar, rasgar, herir y matar, y entonces estaba muerta, muerta la niña a mis pies, el primer ser humano al que maté...

En ese momento Mortífero corría hacia el exaltado, y ya no parecía un perro, sino un asesino letal,

de potente musculatura, nacido y criado para matar. Unity soltó un gemido y se cubrió la cara con las manos, exactamente igual que había hecho la niña cuando por fin me lancé a por ella, cuando se dio cuenta de que la iba a matar, de que yo era algo monstruoso y horrible, sin compasión, raciocinio ni piedad. Y, sin saber qué era lo que se había apoderado de mí ahora que recordaba aquel día, me lancé por encima del muro y caí al ruedo.

Aterricé entre las piedras, consciente del silencio que se había apoderado de todos los presentes, consciente de los gimoteos de confusión que soltaba el joven exaltado y también de los aterradores rugidos de ansia que daba Mortífero. Tanto el exaltado como la bestia se quedaron mirándome, la recién llegada que interfería el orden natural de las cosas, y recuperé la cordura en

un repentino estallido de horror.

Acababa de hacer algo que Sidonia jamás haría. Algo a lo que ella nunca se atrevería. Me había lanzado al ruedo de las peleas de bestias delante de toda aquella gente. Aquello era una locura.

Demencial.

Furiosa, la criatura me rodeó a mí, su nueva amenaza, y me vino a la cabeza otro pensamiento terrible.

Si peleaba con aquella bestia, quedaría al descubierto ante todas aquellas personas; ante Enmity, que estaba entre el gentío, en alguna parte, y reconocería de un vistazo la fuerza y los movimientos de un diabólico.

Sin embargo, si no me enfrentaba a Mortífero, la bestia me mataría.

16

Cogí aire y alcé la mirada hacia la multitud, con todos aquellos ojos puestos en mí, preparados para delatarme. Podía lograrlo. Sí que podía. No me excedería lo más mínimo de las capacidades de Donia, y aun así vencería a aquella criatura. No me movería como una diabólica, no lucharía como una diabólica. Y aun así ganaría.

La gente me estaba tendiendo las manos, la muchedumbre ansiosa por ganarse el favor de la heredera de los Impyrean al rescatarla. Vi a Gladdic e incluso a Tyrus ofreciéndome la mano. Elantra estaba echada hacia atrás, observándome con el interés más cruel.

Neveni se arrancó el collar.

—¡Sidonia! —lo lanzó al ruedo, donde cayó con el ligero sonido de un golpe metálico.

Aun sumidos en el horror colectivo ante mi complicada situación, los presentes murmuraron escandalizados. Neveni acababa de romper un tabú al mostrar abiertamente que su collar era un arma.

Fui a recogerlo, segura de que me sería de ayuda.

Sin embargo, Mortífero se interpuso en mi camino con el temblor de su hocico y un ominoso rugido cada vez más grave. A pesar del amable gesto de Neveni, no obtendría ayuda por su parte.

Retrocedí despacio ante el merodeo de la bestia. Fijé su atención en mí, lo más peligroso y de mayor tamaño que había allí con él. El animal irradiaba odio y hostilidad. Me agaché y me arranqué con furia unas tiras del vestido. Si aquel animal de verdad era en su mayor parte un perro, entonces atacaría enganchándose a la primera extremidad a su alcance. Mantuve los ojos clavados en él mientras me envolvía el brazo con la tela a modo de protección. Acto seguido me agaché y recogí una de las piedras sueltas que había por allí.

—Ven a por mí, animal —le susurré.

Los rugidos de Mortífero sonaban más a oso a cada segundo que pasaba. Tenía que acabar con aquello. Di un paso brusco hacia un lado.

Con un rugido atronador, el animal saltó hacia delante, una masa de musculatura y el brillo de los dientes afilados. Acortó la distancia más rápido de lo que podría soñar cualquier canino de pura raza, saqué de inmediato el brazo izquierdo y me preparé para el instante en que aquellos dientes se me hundirían en la piel. Sus enormes fauces se cerraron en torno a mi brazo; entonces arrastré al animal hacia mí, ajena al dolor, mientras sus mandíbulas apretaban. Con la mano que me quedaba libre, le estampé la piedra en el cráneo.

Me habría resultado sencillo reventarle la cabeza de haber utilizado toda mi fuerza, pero ahora era Sidonia, así que fueron tres golpes leves los que recibí de mis manos. El animal se desplomó y quedó inerte en el suelo. Retrocedí de un salto y me deslié la tela del brazo. Los dientes habían rasgado el tejido, pero no tenía más que unos leves arañazos sanguinolentos en la piel.

Recobré el aliento y tiré la piedra a un lado. En el ruedo se hizo un silencio sepulcral. Cuando levanté la vista, vi cientos de miradas de asombro clavadas en mí. Se me quedó la mente en blanco.

Iba a tener que explicar por qué había hecho aquello. ¿Y cómo me iba a poder explicar yo? ¿Cómo iba a expresar en palabras el impulso que me había llevado a intervenir, a detener aquello, cuando ni

yo misma lo comprendía? Donia jamás lo hubiera hecho.

Un segundo.

Se me aclaró el pensamiento.

No, Donia *sí* habría hecho esto. Ella no habría saltado al ruedo como yo, sino que habría intervenido antes, lo habría hecho en el instante en que Elantra lanzó al exaltado a la arena, o quizá, incluso, cuando Neveni le hubiese pedido que pagase el encargo de su propio animal.

—¿Es que no tenéis vergüenza? —grité a aquellas expresiones petrificadas. Crucé el ruedo hasta Unity, asustado y acurrucado, y tomé al joven entre mis brazos protectores. Me encargué de que se me viera acariciarle aquella espalda tan temblorosa, tal y como lo habría hecho Donia—. ¿Se puede saber qué os pasa a todos? ¿Qué placer se puede obtener de presenciar cómo descuartizan a esta criatura indefensa? ¿Acaso somos salvajes?

El ambiente se llenó de susurros y murmullos.

Mis ojos se encontraron con los de Elantra, que me miraban cargados de odio. La expresión de su rostro era de un crudo desprecio, y supe que ya estaba interpretando mis actos como jugadas en su contra, en contra de la familia Patus.

Y en ese momento, para mi profunda turbación, Tyrus Domitrian levantó la mano para pedir silencio. Se desvaneció el barullo de la muchedumbre, y el *successor primus* me miró desde donde se hallaba, con una mirada que por una vez era limpia y lúcida.

—Noble Impyrean, nos habéis divertido a todos con un inesperado espectáculo. ¿No estamos todos

de acuerdo? —miró a su alrededor, y una oleada de risas recorrió el gentío. Tyrus me miró a los ojos—. Considero que, como recompensa por vuestro

valor, os podemos entregar a ese exaltado para que lo toméis bajo vuestra protección.

Solté rápidamente al chico. Yo no quería eso.

—No.

—¿No? —Tyrus arqueó las cejas.

—La criatura, vuestra eminencia. La bestia. Quiero la bestia. La he pagado yo. Quiero recuperarla.

No peleará más en vuestros... en vuestros salvajes divertimentos.

Hasta aquel preciso momento no me había terminado de comprender a mí misma, de comprender

lo que me había impulsado a lanzarme entre el cazador y la presa. A pesar de mis mentiras facilonas ante la multitud mientras interpretaba el papel de Sidonia, no era el exaltado lo que me conmovía. No, era la criatura que estaba a punto de matar al exaltado, aquella bestia moldeada igual que yo para matar de manera implacable y a la que habían obligado a hacerlo aun cuando ella se resistía.

No permitiría que eso volviese a suceder. Otra vez no.

En lugar de eso, sería mía.

Me temblaba el cuerpo con el exceso de adrenalina cuando por fin me elevaron para sacarme del ruedo y me acompañaron a los rediles a aguardar el regreso de Mortífero. Imaginaba que Neveni volvería corriendo a mi lado, pero el que apareció fue Gladdic. Llevaba el cabello oscuro descolocado en sus envoltorios de oro, y esperaba que se mostrase inquieto, preocupado.

En cambio, me dijo:

—¿Por qué habéis hecho algo así?

—¿Perdonadme?

Dio un paso brusco hacia mí y no se acercó más.

—¡Sidonia, eso ha sido un escándalo! Flaco favor le estáis haciendo a los Impyrean con un

comportamiento tan irracional. ¡Mi padre jamás me permitirá tener trato con vos después de esto!

Noté la ira crecer en mi interior. Me remangué para dejar al descubierto las heridas superficiales del brazo para los robots médicos que se encontraban cerca, y me vi de repente pensando en la dócil obediencia de Gladdic ante Elantra y en cómo se había escabullido para unirse a ella.

La verdad era que, aquel primer día en el Crisantemo, Elantra había hecho alusión a los baños de sal, y Gladdic había empezado a hablar, pero se detuvo. Iba a advertirme de lo que pasaría, ahora me daba cuenta, pero en ese momento lo silenció Elantra. Y él le *permitted* hacerlo.

—Así que, con el fin de evitar el escándalo y preservar mi reputación —le dije con frialdad—,

¿debería haberme limitado a permitir que torturasen a la bestia y que descuartizaran al exaltado?

—Tampoco es que sea una persona —dijo Gladdic.

Lo observé con una mirada clínica, viéndolo bajo un nuevo prisma. No solo era un joven de apariencia externa delicada y frágil, sino que también lo era por dentro.

Aquel pelele tan patético no era digno de Sidonia.

—Dejadme, Gladdic.

—Sidonia...

Deseaba pegarle, pero en cambio le di la espalda.

—Os he dicho que os marchéis. No tengo nada más que deciros.

Cobarde como era, Gladdic no discutió, no puso ninguna objeción. Escuché el sonido de sus pasos alejándose de mí. Me percaté de que estaba temblando entera de ira. Cuando oí algún movimiento a mi espalda, se me ocurrió que habría regresado para decir una última palabra. Me volví airada, lista para enseñarle los dientes, pero se me heló el corazón.

Era Enmity.

La diabólica me estudió al resplandor de la luz fluorescente de los campos de fuerza. Los robots médicos aún me atendían el brazo magullado. Los aparté y me preparé para el instante en que llegara y me matase.

Me había visto en la arena. Lo había visto todo.

Hice cuanto pude por moverme como Donia en el ruedo, por ocultar mi fuerza, mi velocidad. No

obstante, a juzgar por la manera en que me miraba —como si no pudiese ver otra cosa—, sospeché

con una gran sensación de temor que no lo había conseguido.

Enmity no hizo ningún ademán de venir a por mí, sin embargo. Se quedó estudiándome como si

fuera una curiosidad extraña.

—¿De verdad creéis lo que le habéis dicho?

—Creer... ¿qué? —dije con cautela.

—Lo que le acabáis de decir a ese joven, ahora mismo. ¿Creéis que salvar a esa criatura era lo correcto?

La pregunta me sorprendió con la guardia baja.

—No podía permitir que eso sucediese —fue cuanto conseguí decirle—. Lo que iba a ocurrir en la

arena era... —no me veía capaz de explicar la extraña compulsión que me había hecho intervenir.

Solo pude decir—: Estaba mal.

Enmity miró a nuestro alrededor, se fijó en los rediles, aquel lugar que tanto se parecía a los corrales en que ambas habíamos crecido, donde ambas habíamos sido la criatura del otro lado del campo de fuerza.

—Quizá os haya juzgado mal, noble Impyrean. Teniendo en cuenta lo que soy, la compasión es algo que me resulta muy extraño —se topó conmigo la fría mirada de sus ojos—. Pero su valor no

me es ajeno. Me parecisteis una rareza desde el primer momento en que me crucé con vos, y ahora

sospecho que ese es el motivo. Simplemente, no comprendía a alguien tan... amable.

Con aquellas palabras, pareció dar por resuelto el misterio que para ella suponía Sidonia Impyrean, y se retiró satisfecha. Yo permanecí allí mientras los robots médicos regresaban volando a sanarme el brazo, e intentaba entender que me la había ganado con lo que le había dicho a Gladdic. Al intervenir por un humanoide insignificante, una criatura como Enmity, como yo, había hecho algo tan propio de Donia que supuso una explicación convincente al respecto de sus sospechas sobre mí.

Y, desde aquel día, Enmity no me siguió más.

Mis actos provocaron susurros escandalizados por todo el Crisantemo. La grandilocuencia más sensible que detestaba en privado las peleas de animales encontró el modo de aproximarse a mí sin hacer mucho ruido y susurrar:

—Creo que habéis sido muy valiente, noble Impyrean.

Otros me marginaban. Cuando me acercaba a ellos, me daban la espalda de manera ostensible y bajaban la voz con la esperanza de ocultar sus conversaciones. Al fin y al cabo, yo había hecho una condena pública de un espectáculo de entretenimiento muy popular.

No le di la menor importancia hasta una tarde, después de celebrar los ritos en la Gran Heliosfera, cuando la grandilocuencia se congregó en el salón del trono para tomar los vapores. Sentía en la nuca el peso de una mirada, y me di la vuelta justo a tiempo de ver que el emperador tenía los ojos fijos en mí, y que la noble Cygna se inclinaba para susurrarle algo al oído.

En ese instante me atreví a mirar a mi alrededor, a los grandílocuos que tenía cerca, los que habían expresado sus simpatías hacia mi actuación en la arena. Me fijé entonces en los que me habían estado evitando, entre las nubes de los vapores que exhalaban por la boca, cuyos ojos evaluaban mi grupo de forma ocasional. Me estremecí.

Se encontraban estratificados a lo largo de la misma fisura exacta que la rivalidad de los senadores Von Pasmus y Von Impyrean en la cámara. Los que sentían la inclinación de abrazar mis actos y se congregaban a mi alrededor eran los Amador, Rothesay y Wallstrom, todos ellos defensores de la restauración de las actividades de carácter científico.

Los partidarios de la opinión contraria, los que aborrecían mi gesto y habían comenzado a alardear de forma abierta y ruidosa —especialmente ante mis oídos— sobre las nuevas bestias que habían encargado, como si quisieran dejar constancia, eran los Fordyce, Aton, Locklaite y demás aliados de los Pasmus. Los helionistas más fervientes.

No podía ser una coincidencia. Aquellas familias que no se atrevían a expresar de forma abierta su descontento con el emperador lo hacían de manera indirecta, alineándose contra sus enemigos en las peleas de animales. Y estaban empezando a acudir a ofrecerme apoyo a mí, a la heredera de la familia Impyrean, el núcleo de su descontento.

Me excusé de inmediato y abandoné la multitud, porque aquello era justo lo contrario de lo que se suponía que debía hacer aquí, en la corte. Se suponía que debía pasar inadvertida, ¡no llamar la atención!

Sin embargo, al llegar justo a la puerta, volví la vista atrás, hacia el emperador. Estaba sentado y aferrado a los brazos de su asiento, estudiando a la facción pro Impyrean desde la altura de su posición privilegiada, con un

gélido semblante.

Era un hombre despiadado, y allí tenía ahora a sus enemigos, uniéndose a plena vista de todo el mundo.

17

Empecé a retirarme a mi villa con mayor frecuencia, con la esperanza de que se olvidasen de mí.

Cuando intentaban hacerme una visita aquellos que habían expresado de manera reciente sus simpatías hacia mis actos en el ruedo, ordenaba a mis siervos que les negasen la entrada. Me hacía la enferma con todos excepto con Neveni.

Por suerte, contaba con Mortífero para ocupar gran parte de mi tiempo.

En un primer momento se había mostrado hostil, dispuesto a atacarme cada vez que me aproximaba. Prohibí a mis siervos el contacto con él, y lo puse en una habitación para él solo en mi villa. Después, cuando tuve la seguridad de que no había ningún sistema de vigilancia en el cuarto, utilicé sin rubor mi superior fuerza para enseñarle a obedecer. Cuando venía a por mí, lo sujetaba contra el suelo y le obligaba a mostrarme la panza. Cuando me lanzaba alguna dentellada, lo agarraba por el cogote hasta que desistía.

Al principio no estaba muy segura de que se pudiera domar a un monstruo criado para matar en un ruedo. Mortífero era tal mezcla de animales que tratarlo como si fuera un perro de pura raza suponía olvidarse del león, del oso. Poco a poco, sin embargo, Mortífero aprendió a obedecerme. Me mostró, incluso, su lado más frívolo. Cuando regresaba a mi alcoba por la noche, correteaba entusiasmado a mi alrededor hasta que lo acariciaba y se quedaba a gusto. Acto seguido, me tiraba del vestido a la altura de las piernas para provocarme y hacer que jugase con él. Me di cuenta de que, si movía los dedos como si la mano reptase por el suelo como un animal pequeño, él los perseguía y los mordisqueaba.

El único problema que teníamos con su educación era toda la energía que debía consumir, igual que yo, y el espacio tan limitado del que disponía para

moverse. El pilar más largo que se proyectaba al espacio constituía uno de los paseos más enérgicos que podíamos emprender lejos de miradas indiscretas.

Neveni se unió a mí y a la bestia en una de nuestras caminatas por el paseo de Berneval. Daba un respingo de terror cada vez que Mortífero se acercaba demasiado a nosotras.

—¿Estáis segura de que queréis quedároslo?

—Ya se está volviendo más fácil de controlar. Aprende rápido. Ah, tengo algo para vos —rebusqué en mi bolsillo y saqué su collar—. Gracias por ofrecerlo. Soy consciente de que os expusisteis a la vergüenza al mostrarlo en público. No olvidaré vuestro gesto.

Neveni acariciaba el collar con precaución.

—Me da igual lo que piensen de mí todos los demás. Todos llevan armas. Son unos hipócritas al

actuar como si yo fuese aquí la mala por tener esto, en especial después de... —se le entrecortó la voz—. Después de lo que me hicieron Sálivar y Devineé.

No dije nada, porque no sabía cómo consolarla, así que me pareció mejor no intentarlo siquiera.

—¿Dónde llevas la tuya? —me preguntó Neveni con una sonrisa ladina—. Habéis de tener un arma.

Sé que la tenéis. No se lo diré a nadie.

No me molestaba por ir armada. *Yo* era el arma. Pero sentí la necesidad de ofrecerle una respuesta,

así que me inventé una.

—En el zapato. Hay una cuchilla oculta en la suela.

—¿Y por qué no la utilizasteis contra Mortífero?

—Es que... no tengo vuestro valor ante la censura pública.

Neveni se rio y me dio un golpecito en el brazo.

—Dijo la joven que saltó a un ruedo para salvar a un exaltado —se detuvo—. No puedo dar ni un

paso más con estos tacones. Continúad sin mí, Sidonia.

Me despedí de Neveni con una sensación de indulgencia tras su reciente gesto. Había algo en ella que apreciaba, en lo que casi confiaba, hasta donde yo podía confiar en alguien distinto de Sidonia.

Cuando Mortífero y yo continuamos con nuestro paseo, eché de menos su compañía.

Al menos, sin Neveni podría moverme con más rapidez, y, ahora que Enmity había dejado de perseguirme, me podía permitir ese placer. Aceleré el ritmo. Mortífero levantó las orejas, deseoso de echar a correr también. No éramos criaturas hechas para movernos a rastras y tomarnos nuestro tiempo.

Me lancé a un esprint a toda velocidad, más rápido que cualquier carrera que hubiese dado desde mi reducción muscular, y, para mi inmenso placer, Mortífero no perdió el paso, tan rebotante de energía como lo estaba yo. Alcanzamos el final demasiado pronto, sentía el aire en los pulmones con una agradable aspereza, mi musculatura se sacudía el terrible agarrotamiento de la falta de uso.

Me pasó factura mantener aquella debilidad física. La bestia canina me rodeaba los pies llena de entusiasmo, olisqueando aquí y allá. Dejé que descansara mientras estudiaba el muro de nombres y emblemas. Se habían sumado nuevos nombres desde mi última visita. De familias procedentes de todo el imperio.

Recorría los emblemas con una mirada distraída... que entonces se concentró. Empecé a estudiarlos con atención.

Los Bellwether. Los Wallstrom. Los Amador. Los Rothesay. Los mismos apellidos que últimamente

se congregaban a mi alrededor. Su llegada a la corte no había generado ni mucho menos el mismo

revuelo que la mía, la heredera del gran hereje, así que no le presté demasiada atención a su venida.

No me había percatado de la cantidad de ellos que acababan de llegar al Crisantemo.

Los habían convocado allí igual que a Sidonia.

Saltaron todos mis instintos de supervivencia mientras observaba en el muro los últimos nombres grabados. Eran tantas las caras en la *Valor Novus*, que no había prestado demasiada atención a los recién llegados, pero aquel muro de emblemas me ilustró la situación con una claridad meridiana.

La familia de Sidonia no era un caso raro y excepcional en el que hubiesen convocado a la hija en lugar de a sus padres. Sidonia era la primera de muchos hijos de grandes familias a los que habían congregado. El emperador estaba reuniendo a los herederos en su fortaleza.

Pero ¿por qué? ¿Con qué fin?

Me había detenido allí durante tanto tiempo que Mortífero comenzaba a inquietarse a mi lado.

Empezó a hacer unos ruidos extraños, así que me volví hacia él. Se me echó encima, pero no para mordirme. Se puso a lamerme la mejilla.

El sonido de un borboteo se me escapó de entre los labios ante mi sorpresa. Tardé un instante en sentir mi sonrisa, en percatarme de qué era aquel sonido.

Me había reído. Me reí.

Me aparté del perro, recogí su correa y tiré de él a mi paso, conmocionada por dentro. Me pasaba los dedos por los labios, el lugar del que había surgido aquella risa imprevista, sin querer.

¿Qué me estaba ocurriendo?

—Mi mad... Mmm, estoy preocupada.

Sidonia estaba utilizando de nuevo el avatar de la matriarca, y hacía que su voz aguda y sus titubeos pareciesen completamente fuera de lugar.

—¿Preocupada por mí? —repetí yo.

La mirada de Donia tenía un aire vacilante.

—Más o menos.

Por supuesto que la matriarca no estaba preocupada por mí. Debía de tener sus fuentes en la corte.

Tuvo que haberse enterado de mi intervención en la arena y del escándalo que había levantado.

—Todo va bien. Cuéntale eso a todo el mundo en la fortaleza. Cometí una imprudencia que no se

volverá a repetir. Y asegúrale, eh, que cuenta con la seguridad de que estoy manteniendo un perfil muy bajo por ahora. Los focos de atención son muy breves aquí. No tardarán en olvidarme.

Aunque...

—¿Aunque qué?

—No creo que Gladdic y yo vayamos a tener ningún trato después de esto. Lo siento —él no era

digno de ella. Ya se lo explicaría algún día.

Para mi sorpresa, Donia apartó aquello como si fuese intrascendente.

—Pero hágame sobre ti. *Estoy* preocupada.

Y, esta vez, supe que se refería a sí misma.

«Estoy bien». Quise decírselo para tranquilizarla de inmediato, pero aquella manera suya de mirarme —aun desde los ojos de la matriarca— me provocó un dolor en el pecho.

Si había alguien que fuese capaz de darme una respuesta, sería ella.

—Estoy perfectamente. Es solo que... —mis pensamientos se desplazaron hacia Mortífero a toda

velocidad, a aquella manera de ponerse a darme lametones en la cara, a lo que yo había hecho a continuación—. No me he encontrado del todo bien. No estoy acostumbrada a verme en esta situación. *Me he reído* con algo.

—¿Que has hecho qué? —se asombró Donia.

—El perro híbrido se me tiró encima. Pensé que me quería morder, pero estaba siendo cariñoso.

Me lamió, necesitaba atención. Y sucedió. Me reí. Y no pretendía hacerlo.

—Ném... Sidonia, no es algo a lo que haya que tenerle miedo.

Sus palabras me pusieron a la defensiva.

—No tengo miedo.

Una leve sonrisa le tembló en los labios.

—Lo sé. Tú no te asustas con nada. No estaba insinuando eso. Tan solo quería decir que la risa no es algo por lo que inquietarse.

—No lo entiendes. No me pega nada. Podría ser un signo de que me sucede algo malo.

—¿No recuerdas...? —suspiró, obviamente, al darse cuenta de lo delicado que era decir casi todo

mientras siguiésemos en una conexión que tal vez no fuese segura—. ¿No recuerdas el día que recibiste a tu diabólica, Némesis, y el modo en que le aumentaron diversas partes del cerebro? Lo hicieron para que pudiese quererte —le temblaba la voz—. Pero no solo construyes una parte del cerebro de alguien. Una vez que está ahí, ahí se queda. Estoy segura de que Némesis podría haber querido a otras cosas de haber tenido la oportunidad. Y seguro que podría haber aprendido a reírse con ciertas cosas, también.

—Eso es absurdo. Estamos hablando de una *diabólica*.

—O podríamos estar hablando de una chica —dijo Donia con delicadeza—. Una chica que creció tratada como un monstruo, de forma que eso es lo que ella se considera: una persona que jamás se ha permitido sentir nada porque cree que no debería...

—Bobadas. No seas ridícula.

Sin embargo, en contra de lo que esperaba, empecé a pensar en Enmity, cuyos instintos de diabólica le dictaban que me persiguiera, me acosara, desenterrase mis secretos. Enmity, quien se había guardado sus recelos ante el simple indicio de que yo pudiera poseer la inusual capacidad de ver como personas a las criaturas como ella. Era como si ella misma anhelase aquello, o incluso como si lo necesitase.

¿Podríamos ser más de lo que yo había comprendido nunca?

Al parecer, Donia creía que sí.

—¿No entiendes por qué Némesis no se reía nunca? Jamás se lo permitieron, nunca le dieron un

motivo para reírse. No sé cómo eran aquellos corrales, pero tuvieron que ser aterradores, traumáticos. Y yo tampoco me porté mejor con ella.

Esta vez, ese «yo» se refería a su madre, por supuesto.

—Después, cuando te tuvo a ti para cuidarte, Némesis se entregó con tal devoción a su tarea que no se permitió algo parecido a la risa. De haber tenido la oportunidad de separarse de todo aquello y ser ella misma, de

aprender a sentir por sí sola, no habría sido algo de lo que tener miedo. Es algo bello, algo maravilloso.

La irritación comenzó a crecer dentro de mí.

—Si todo cuanto dices es cierto, si... si Némesis hubiera sido capaz de sentir eso, entonces, entre un diabólico y una persona no habría más diferencia que la fuerza física.

—Tal vez no la haya. No tanta como cabría pensar —Donia endureció los labios—. Es lo que yo

siempre he pensado. Es lo que he dicho siempre.

Cerré los ojos. Mis pensamientos habían regresado a aquella niña en mi redil, conmigo; a la cándida expresión de Sutera justo antes de que yo la prendiese. Mis pensamientos regresaron sobre todas aquellas vidas que había arrebatado con el paso de los años.

Haberlo hecho me convertía en una buena diabólica.

Ser una buena diabólica significaba ser una persona horrible.

Y si era una persona, entonces, todo lo que yo era, todo aquello en lo que me había convertido era impío, retorcido y perverso. O bien era una diabólica perfectamente aceptable o bien era una abominación de ser humano.

—Esta conversación es una idiotez. No puedo seguir hablando contigo. Me tengo que ir —le dije.

—Pero...

—¡Se acabó esta conversación! —corté la conexión con Sidonia y me acomodé, conmocionada, en

mi villa.

Eché un vistazo a Mortífero, que dormitaba en un rincón, y decidí echarlo al ruedo al día siguiente y librarme de él. En ese instante, mientras lo estudiaba,

el perro levantó la cabeza y se me quedó mirando con las orejas gachas. Una sensación demoledora se me formó en el pecho, y supe que no sería capaz de hacerlo.

¿Qué era lo que me pasaba? Donia era lo único por lo que alguna vez había sentido algo. Ella era lo único que importaba, y, ahora, aquel híbrido creado por ingeniería genética estaba consiguiendo que me comportase como una idiota irracional.

Incluso se me había olvidado contarle a Donia que estaban congregando en la corte a los herederos imperiales, que era el motivo por el que me había puesto en contacto con ella.

Tampoco suponía un desastre esperar a la próxima vez.

18

El Santuario Mayor estaba situado en la *Valor Novus*, justo debajo de la Gran Heliosfera. Rara vez se utilizaba. Estaba ahí para las contadas ocasiones en que los senadores y otros representantes gubernamentales llegaban de todas partes del imperio para un sínodo. Los sínodos eran grandes eventos que solían celebrarse cuando se investía a un nuevo emperador. Había generaciones que podían entrar en el senado y salir sin haber asistido a un sínodo formal. Los convocados no eran solo los senadores, sino todos los miembros menores de las clases dominantes de imperio: virreyes, gobernadores y títulos nobiliarios hereditarios procedentes de familias muy importantes tradicionalmente como para carecer de un puesto pero demasiado pobres como para conservar un verdadero territorio.

Ese fue el motivo de mi sorpresa cuando recibí un mensaje que decía que se iba a celebrar un sínodo en el plazo de un día. Se me ordenaba asistir en calidad de representante con poderes del senador Von Impyrean.

Volví a escuchar el mensaje y traté de comprenderlo. Fue entonces cuando sonó el

intercomunicador de mi villa.

—Neveni Sagnau para ver a Sidonia Impyrean.

Me volví hacia Neveni cuando entró. Tenía el pelo hecho un desastre, como si se acabase de caer de la cama y hubiera venido directamente a verme, tan desconcertada como lo estaba yo.

—¿Habéis oído hablar de la convocatoria del sínodo, o es que alguien me está gastando una broma?

—¿Vos también estáis convocada?

—Como apoderada de mi madre —tenía los ojos muy abiertos, presa del pánico—. Yo no sé nada

sobre cómo hacer el trabajo de mi madre. ¿Qué quieren decir con que tengo que ser su apoderada?

—Vamos a ir en lugar de ellos —no había terminado de decirlo y la sola idea ya me confundía. El senador Von Impyrean podía asistir al sínodo por medio de los foros galácticos. No hacía ninguna falta que yo fuese en su lugar. Allí estaba pasando algo extraño.

—Ahí va a haber miles de personas —dijo Neveni, casi para sus adentros—. Seguro que no tenemos que hacer nada más que escuchar.

—Cierto.

—Pero... ¿escuchar qué?

Tan perdida como ella, hice un gesto negativo con la cabeza.

—He intentado ponerme en contacto con mi madre, y no lo he conseguido —se dejó caer en un asiento—. Sidonia, esto es realmente extraño. No pueden avisarnos con un solo día de antelación.

¿Cómo espera el emperador que todo el mundo llegue a tiempo?

Una sensación fría me recorrió el cuerpo. Mis pensamientos regresaron al muro de los emblemas

que había visto al final del paseo de Berneval, prueba de todos los grandílocuos recién llegados.

El emperador, me percaté, ya había reunido por anticipado a todos los que eran necesarios para la celebración del sínodo. Debió de tenerlo planeado desde antes de haber convocado a Sidonia.

Pero ¿con qué fin?

Igual que Neveni, yo también envié un mensaje a mi familia. Traté de ponerme en contacto con la fortaleza de los Impyrean con la esperanza de recibir instrucciones, orientación. Lo que fuese.

Sin embargo, tampoco recibí respuesta.

Un sínodo requería algo más que un vestido ceremonial. Era obligatorio lucir un atuendo con pantalla reflectora, de manera que, una vez reunidos todos los representantes del imperio en el Santuario Mayor —donde la fuerza de la gravedad se controlaba de manera específica para permitir que la gente ocupase asientos en cada centímetro cuadrado de suelo, paredes y techo—, nuestra propia ropa amplificase la imagen del emperador en su trono flotante, en el mismo centro.

La mayor parte de los grandílocuos menores tenía que pedir un préstamo para conseguir aquel atuendo especializado. Yo le compré a Neveni el suyo. A la matriarca no le agradaría mucho aquel gasto una vez me pusiera en contacto con ella.

Había en total sesenta grandes familias de la grandilocuentia, los más poderosos del senado y los mayores terratenientes del imperio. Como representante de la familia Impyrean, mi sitio se encontraba en el círculo interior, en un ascenso por plataformas un tanto inestables que rodeaban el sitio del emperador. Cuando encontré mi lugar, la escalera se contrajo en el suelo a mi espalda.

Aproveché para mirar a mi alrededor.

Las dimensiones del sínodo me dejaron sin aliento. Por todo aquel espacio

esférico había gente moviéndose, cambiando de sitio, y su atuendo especial parpadeaba con el color que correspondía a la sección que supuestamente habían de ocupar. Por allí estaba Neveni, en alguna parte. Más cerca de mí, con un asiento entre el suyo y el mío, se encontraba el senador Von Pasus. Era la primera vez que veía en persona al gran contrincante de los Impyrean.

Lo estudié, la precisión de mi vista me permitía distinguir sus rasgos a pesar de la distancia que nos separaba. Tenía el pelo largo y gris; las marcas de la edad en el rostro. Estaba claro que no se excedía con los tratamientos de falsa juventud. Quizá fuera un intento de parecer más digno. Reparé en que, al contrario que a muchos de los demás senadores, a Von Pasus le habían avisado con el tiempo suficiente para trasladarse en persona desde su sistema estelar.

Mis ojos fueron pasando por el resto de los representantes de las grandes familias. Los senadores Von Fordyce y Von Aton estaban ambos presentes, pero había unas cuantas familias desperdigadas cuyos herederos las representaban por poderes. Nuestro atuendo para el sínodo estaba programado para mostrar los emblemas familiares, de modo que distinguí con facilidad a los herederos de los Amador y los Chomderley. Qué jóvenes, qué aspecto tan nervioso e inquieto.

De repente caí en la cuenta de que había una clara distinción. Todos los senadores de la facción helionista estaban allí. Sin embargo, no había nadie de la facción del senador Von Impyrean: en su lugar estaban los herederos, actuando por poderes.

Apreté los puños y los volví a abrir, consciente de que algo iba muy mal. Lo único que podía hacer era esperar.

Cortó entonces el aire el estallido de las fanfarrias imperiales, y salió la gran procesión de familiares del emperador. Ocuparon su lugar en el círculo interior siguiente al nuestro.

Por fin salió el emperador con sus tres diabólicos.

Junto con una riada de miles de robots de seguridad.

Contuve la respiración y miré en derredor mientras aquellas pequeñas máquinas metálicas tomaban posiciones por todo el salón. No disparaban, tan solo se situaban como una amenaza silenciosa,

delante de cada sección de la sala. Un robot de seguridad se colocó frente a cada asiento de las grandes familias. Me encontré mirando directamente a la mirilla del objetivo de un aparato pequeño y redondo suspendido en el aire a unos metros de mi asiento. Pude distinguir el minúsculo puntero láser que sobresalía del robot, listo para partirme en dos.

No obstante, cuando miré al senador Von Patus, descubrí que las familias que gozaban del favor

del emperador no tenían ningún robot apuntándolos. De nuevo, la facción helionista se había librado.

Se me puso la carne de gallina en la espalda. Me veía capaz de saltar desde la silla y aplastar de un manotazo el robot que tenía delante, pero sabía que cualquiera de los demás robots podría girarse sin problemas y matarme un instante después. Tenía que quedarme sentada y ser obediente, pasara lo que pasase. Estaba atrapada.

El emperador abrió los brazos, y, de inmediato, cambiaron las imágenes de los trajes más alejados y comenzaron a formar los píxeles de una imagen más grande: el rostro del emperador Von Domitrian, que hoy lucía un tono de melocotón en la piel, llevaba el pelo rubio trenzado con oro y dispuesto en forma de aureola alrededor de la cabeza, y tenía un orgulloso brillo en la mirada al contemplar a sus súbditos. Cuando alzó la barbilla, todos nos llevamos la mano al corazón en señal de saludo. La ondulación del movimiento de los brazos, tantos cuerpos al unísono, me dejó maravillada por un instante.

Y entonces habló el emperador.

—Amados súbditos, os agradezco que hayáis acudido como representantes o apoderados desde todos los territorios de nuestro gran imperio. Nos hemos reunido hoy para celebrar las victorias sobre nuestros enemigos, presentes y pasados. Aquellas batallas constituyen los cimientos de la actual grandeza de

la humanidad y el dominio galáctico...

Miré a ambos lados, con el orgulloso semblante del emperador que me sonreía desde todos los ángulos, y me encontré con que había otros —los apoderados, como yo— que también miraban a su

alrededor en un intento de averiguar lo que estaba pasando. Sin duda, el emperador no se habría tomado la molestia de convocar un sínodo sin una razón de peso.

Pronto supimos por qué estábamos allí.

—Lástima que, a pesar de que este imperio disfrute de prosperidad y fortaleza bajo el gobierno de la familia Domitrian ya desde hace muchos siglos, nos encontremos ante una peligrosa encrucijada.

Una malévola ideología crece entre nosotros como un cáncer. Hablo, por supuesto, de aquellos que desean recuperar unas ciencias que más nos vale olvidar.

Contuve el aliento. *Ese* era el motivo de la convocatoria.

—Quienes creen en esta nueva y peligrosa ideología no son unos simples histéricos convencidos

de que el espacio maligno es una gran amenaza que sin duda engullirá a este imperio algún día, o unos partisanos surgidos de entre los excedentes que se creen más poderosos sin nuestra benéfica mano que los guíe. Hay traidores y blasfemos en los más altos escalafones de este santificado imperio.

Mis ojos seguían clavados en él, en aquella pequeña figura en su trono en el centro de esta gran asamblea, y no en aquel rostro de dimensiones exageradas que lucía en la ropa electrónica. Lo único en lo que podía pensar era en la división de opiniones a raíz de mis actos en la arena, el modo que parecía haberse polarizado el Crisantemo. Los Impyrean se hallaban en el centro de todo aquello.

Ellos eran los líderes extraoficiales de aquella facción «cancerígena» que aborrecía el emperador.

—A ciertos senadores y virreyes se les ha metido en la cabeza que son ellos, y no yo, quien debería tomar las decisiones por el bien del imperio. Han extendido al excedente esas herejías que no les hacía ninguna falta conocer. Han violado los sagrados misterios del Cosmos Vivo, aun contra mis

órdenes expresas. Muchos de vosotros sabéis quiénes son esos traidores. Muchos de vosotros sois vástagos de esos traidores.

Los puños se me cerraron, el corazón me latía con fuerza. Miré fijamente a la máquina que flotaba ante mí, lista para disparar, y me pregunté si estaba a punto de morir.

El emperador dejó que el silencio se quedase allí suspendido, cada vez más denso. A cada instante que transcurría, se hacía más difícil imaginar que alguien lo fuese a romper, y tal vez fuera eso lo que pretendía el emperador. Su sonrisa se hizo aún mayor en aquel rostro de falsa juventud.

—Por eso os he llamado aquí hoy, a un sínodo muy especial. Como sabéis, la descarriada minoría

que extiende esas blasfemias... esos no han sido invitados. En señal de respeto a la santidad de las grandes familias, he buscado minuciosamente en la grandilocuencia a los herederos más apropiados, a aquellos que representan al mismo tiempo a la antigüedad de la sangre y a la obediencia a sus legítimos líderes... y los he convocado a todos aquí.

No le quitaba los ojos de encima, llena de aprensión.

—Hoy nos hemos congregado aquí con un único propósito: algunos de vosotros os habéis mostrado dignos de ostentar el poder de vuestra familia, pero, ay, vuestros familiares... ellos no. A partir de hoy, vosotros ostentaréis sus títulos, tendréis sus obligaciones. Los que estáis aquí en calidad de apoderados quedáis ascendidos al liderazgo de vuestras familias.

Me quedé boquiabierta. No era posible que acabase de decir que el senador Von Impyrean ya no era senador, que en su lugar lo era Sidonia. No funcionaba así. Ni siquiera el emperador podía sustituir a la gente de aquella

forma tan arbitraria.

Y de no ser por los robots de seguridad preparados para masacrarnos a todos, alguien lo habría

hecho constar ya.

—Y para asegurar la ausencia de conflictos en la transmisión de los títulos — prosiguió el emperador con una gélida sonrisa—, he eliminado a los demás pretendientes que pudieran poner en cuestión vuestro derecho.

Todo en mí se quedó de piedra.

No lo entendía. No lo podía entender.

A mi alrededor, a mi espalda, las voces se desplegaron en abanico conforme la gente iba tomando conciencia de aquellas palabras. Lo único que me vi capaz de hacer fue quedarme allí sentada y pensar con total incredulidad que no era así, que lo había oído mal.

—Y así he convocado hoy este sínodo, para que os podáis conocer los unos a los otros —dijo el

emperador—, los nuevos y los antiguos herederos de este gran imperio. Y, por supuesto, para rendir homenaje a esos pobres insensatos que ya no están aquí para corromper a esta augusta asamblea —

hizo un elegante barrido con la mano en el aire.

A partir de ese momento, las imágenes comenzaron a sucederse en las prendas luminosas de la grandilocuencia menor, en el anillo más externo. Una imponente estación espacial envuelta en un repentino estallido de llamaradas. Una flota de naves engullida por un campo de minas automatizado.

Un planeta borrado del mapa con una explosión.

Seguí sin entender lo que estaba viendo hasta que apareció en el visor la fortaleza de los Impyrean con el código temporal del día anterior.

No.

Acto seguido estalló.

Me levanté de golpe y casi me caigo de la plataforma al ver aquello.

—¡No!

No, no, no. El eco de aquella palabra me retumbó en la cabeza, y es que no era real, no estaba

ocurriendo.

Pero las imágenes se sucedían ante mis ojos, vívidas y crueles, la fortaleza convertida en un amasijo que despedía restos en espiral sobre aquel gigante gaseoso tan familiar para mí, que había contemplado todos los días de mi vida con Sidonia.

Estaba viendo mi hogar destruido... el hogar *de Sidonia*.

—No —dije con la voz ronca y pensé en que la matriarca no me había respondido cuando intenté

ponerme en contacto con ella.

Pensé en la ausencia de respuesta de los Impyrean.

Más imágenes de más destrucción, familias ancestrales y familias nuevas, todas poderosas, cortadas de raíz por un ataque subrepticio, y el orgulloso rostro del emperador no tardó en reemplazar a aquellas imágenes, su intensa mirada que parecía llegarme hasta el alma. Llantos y gritos siguieron a las imágenes. En la distancia, había gente doblada de dolor. Otros se sacudían entre sollozos. Otros permanecían con el rostro paralizado en el asiento. Algunos, como el senador Von Patus, miraban a su alrededor con aire de suficiencia, libres de la masacre gracias al favor imperial.

Todo cuanto podía pensar era: «Esto no es real. Esto no puede estar pasando...».

—Algunos habéis perdido a toda la familia —anunció el emperador cuando se desvanecieron las

últimas imágenes—, y os aseguro que ellos mismos se labraron su propio destino. Los que llegasteis aquí como apoderados de vuestros familiares os marcháis como figuras poderosas dentro del imperio. Y recordaréis para siempre las torpes blasfemias que trajeron a vuestras familias hasta este punto. Confío en que tendréis en agradecida consideración al emperador que os eligió para tan alto escalafón. Y si no lo hacéis, bueno, siempre estamos a tiempo de disfrutar de otra demostración como esta, con otros individuos presentes, quizá, y con vosotros en las pantallas.

Sentí que el mundo se iba a desvanecer a mi alrededor, porque aquello no era real, tenía que ser una pesadilla de la que podría despertarme.

El emperador concluyó su discurso con una charla sobre una gala: una fiesta para *celebrar* el repentino ascenso de categoría de tantos jóvenes grandilocuos. Yo apenas era capaz de entender sus palabras, y no me despertaba de aquel sueño.

Si no me espabilaba pronto y me lo quitaba de encima, tendría que creer que el emperador había

asesinado a los Impyrean.

Tendría que creer que lo había hecho.

Que los había matado a todos.

Incluida Sidonia.

19

Imposible. Era imposible. Me quedé sentada en mi villa, enviando una transmisión detrás de otra que no recibían respuesta. Hice caso omiso a mis siervos y me limité a tratar de despertar de aquella horrible pesadilla.

Estaba enviando otra transmisión cuando entró Gladdic. No había oído el intercomunicador.

—Sidonia, cuánto lo siento —había lágrimas en su rostro.

Me quedé mirándolo, a aquel desconocido al que me parecía no haber visto en la vida. Envié otra transmisión. Esta vez me responderían.

—No tenía ni idea de que pasaría esto. Mis padres sí lo sabían de antemano, pero no me dijeron nada —prosiguió Gladdic—. Os habría avisado. Os lo juro. Por favor, creedme. Estoy aquí para lo que necesitéis.

—Callaos. Esto es una especie de juego. No es verdad —le gruñí—. Me estáis interrumpiendo —

transmisión sin respuesta. Envié otra.

—Escuchadme. Soy un heredero senatorial —dijo Gladdic acercándose a mí con una mirada apremiante e inquisitiva—. Algún día podré tomar mis propias decisiones, y cuando eso suceda, tendréis un aliado en la familia Aton. No estáis sola...

—Me da igual la familia Aton. No decís más que disparates. El senador Von Impyrean me basta como aliado.

—Vuestro padre está muerto. Vos sois ahora la senadora Von Impyrean. Lo siento.

—¡He dicho que os *calléis!*

Me estaba irritando, porque de verdad estaba ahí de pie sugiriendo que era real lo que había visto y que el emperador en verdad había aniquilado a la familia Impyrean mientras yo estaba lejos. Que Sidonia había muerto y que aquí estaba yo, que había venido con el fin de protegerla, de sacrificarme por ella, y que había sido para nada. Yo no podía estar viva si Sidonia estaba muerta. Las cosas no funcionaban así. Lo sabría, de algún modo. Lo presentiría, si ella hubiese muerto. Lo sabría. El universo no podría seguir teniendo un aspecto normal, transmitiendo una sensación de normalidad, si su razón de existir había desaparecido.

—Por favor, estáis afligida —tenía la mano de Gladdic sobre mi brazo, tratando de apartarme del panel—. Deberíais descansar. Podemos hablar de...

—Soltadme.

Aquella palabra salió de mis labios con dureza, y de repente miré a aquella criatura sin el menor atisbo de paciencia ni de interés por su opinión.

De ser cierto, si Sidonia estaba muerta —apenas soportaba pensar en ello, pero, si era cierto—, él no me resultaba de utilidad ninguna. No tenía ningún motivo para obligarme a ser agradable con él.

De no ser cierto, ¿cómo se atrevía a decir que lo era, cómo se atrevía a tratar de apartarme del panel?

—Sidonia... —me tiró del brazo.

Estallé.

Me abalancé sobre él y le hundí el puño en la cara. El crujido de su nariz al reventar bajo mi golpe

me llenó de una satisfacción tal que seguí detrás de él cuando se puso a gritar, lo enganché del pelo con la mano y tiré de él hacia la puerta.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué estáis haciendo? ¡Basta! ¡Basta! —chillaba Gladdic forcejeando contra mi sujeción.

Lo lancé al exterior.

Se llevó las manos a la cara ensangrentada, mirándome horrorizado.

—Si volvéis por aquí, os mataré —con aquellas palabras, cerré la puerta a su espalda.

Acto seguido, envié otra transmisión a la fortaleza de los Impyrean.

Sin respuesta.

Sin respuesta.

No había dormido en cinco días, y la verdad estaba empezando a abrirse paso poco a poco en mi interior, me roía nociva las entrañas, me estrangulaba la garganta. Los siervos iban y venían como los autómatas que eran y se dedicaban a las simples tareas de la casa como mantener mi ropa limpia para la próxima vez que me la pusiera y conservar las apariencias. Me acordé de darles la orden de sacar a pasear a Mortífero. Pese a todo el entrenamiento y la disciplina que le había inculcado a la bestia, fueron necesarios varios siervos para sacarlo a rastras y para traerlo de vuelta.

Aparte de eso, mis pensamientos estaban desorganizados, eran caóticos.

Me sorprendí de pie en el centro de la habitación, con la mirada perdida a mi alrededor. La sangre de Gladdic había dejado unas manchas oscuras en la alfombra. Me quedé mirándolas fijamente.

Todo tenía un aire de surrealismo, fuera de sitio. Diferente.

Salí de la villa, a la gran bóveda celeste, y cuatro de los soles emitían su luz desde lo alto. Levanté la vista hacia ellos hasta que me escocieron los ojos. No sabía adónde ir ni qué hacer.

—Sidonia.

Estaba preparada para matar a aquella persona, fuera quien fuese, pero en ese momento la imagen de Neveni irrumpió en mi estado demencial. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Ahora soy la virreina de Lúmina, Sidonia —me susurró.

Me limité a mirarla.

Le tembló el labio inferior.

—He llamado a casa. Está muerta. El emperador envió tropas, y mataron a mi madre, así, por las

buenas. Me ha nombrado virreina en su lugar, pero tengo prohibido regresar a Lúmina. Se lo pedí porque... porque no sabía qué hacer. Pero tengo que quedarme aquí. ¿Cuándo se ha visto que un virrey supervise un planeta desde

la distancia? Un virrey no es un senador, su trabajo está allí donde gobierna. Y... y ¿cómo le voy a explicar a los excedentes que eligieron a mi madre que soy yo quien va a ocupar su lugar? Tengo diecisiete años. Es de chiste. Si el cargo ni siquiera es hereditario —

pestañeó mientras me miraba—. Y vos sois la senadora Von Impyrean — soltó una risa histérica, y yo la miraba con ojos vidriosos—. ¡La senadora Sidonia von Impyrean!

Fue entonces cuando lo supe con absoluta certeza: aquello no era una pesadilla, no era una alucinación. El emperador lo había hecho. Había matado a Sidonia. Había matado a la matriarca y al senador, y pretendía sustituirlos con la chica que tenía en su poder. Yo. Quería que yo fuera la próxima senadora.

—¿Qué hacemos? —susurró Neveni—. Cielo santo, ¿qué hacemos?

Cerré los ojos. El calor de los soles me quemaba la piel. Ahora era una diabólica sin un amo. Sin razón de existir. Era una gran broma cósmica que yo hubiese venido aquí para salvar a Sidonia y que,

en cambio, la hubiese condenado. Ella había de ser la apoderada del senador. Ella tenía que haber vivido. Pero en lugar de ella, había sobrevivido yo.

No por mucho tiempo, empero.

Se acabó. No más sonrisas falsas, no más falsas cortesías, se acabó lo de fingir que era algo débil y delicado. Me desharía de tantas apariencias y me vengaría tanto, provocaría tanta destrucción como pudiese antes de que el emperador me matase.

—Voy a matar al emperador.

No me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Neveni soltó un grito ahogado. Se me abrieron los ojos de golpe, y la vi mirando a nuestro alrededor, horrorizada.

—No podéis decir eso en voz alta. ¡Es traición! ¡Os van a liquidar!

La agarré y la atraje hacia mí.

—Si le repetís a alguien mis palabras —le susurré y le apreté tanto con las manos en los hombros que supe que le tuvo que doler—, os machacaré el cráneo. ¿Lo entendéis?

Neveni se quedó boquiabierta. Se apresuró a asentir.

—No lo haré. No lo contaré.

Se me ocurrió que debía matarla del mismo modo que a Sutura nu Impyrean. Qué fácil sería, un

giro del cuello. Si no lo hacía, podría avisar a alguien.

Algo contuvo mi mano.

Empujé a Neveni, la aparté de mí y me marché airada, con un vacío en el corazón que sabía que

seguiría ahí hasta mi último aliento.

En cuanto decidí que iba a matar al emperador, la aterradora sensación de aturdimiento se desvaneció y dejó ante mí una senda recta y bien marcada.

Mataría al emperador. Y lo haría hoy. Inmediatamente después, sus diabólicos se volverían contra mí, y yo moriría. Lo que me quedaba de vida era cuestión de unas simples horas, ni siquiera días, y lo aceptaba.

Tan pronto como formulé mi plan, supe cómo lo ejecutaría. Podía matar al emperador porque contaba con el factor sorpresa y conocía lo suficiente sobre la distribución geográfica de la corte como para llevar a cabo mi cruda misión.

Había observado ya lo suficiente para darme cuenta de las rutinas del emperador. Después del encuentro con sus consejeros, le gustaba relajarse durante varias horas. Siempre recorría un pasillo estrecho hacia su sala de descanso. Era allí donde me acercaría a él. Justo a las puertas de la sala de descanso. Pondría cara compungida, como si estuviese llorando. Caería de

rodillas como una niña aterrada y sacudiría los hombros como si no pudiera sobreponerme a los sollozos. Le suplicaría como la nueva e indefensa heredera de los Impyrean —como la dócil y tímida Sidonia— y le rogaría que escuchase las palabras que apenas me veía capaz de susurrar entre los sollozos.

El emperador, seguro de haber derrotado a los Impyrean, seguro de tener en sus manos a una cría débil y maleable, haría un gesto para que se apartasen sus diabólicos y daría un paso al frente para oír mis palabras, listo para deleitarse con todas y cada una de las trémulas sílabas de mis labios mientras suplicaba... ¿el qué? ¿Qué le gustaría oír? Una señal de que lo temía, o quizá ¿una señal de lo desesperada que estaba por obtener su favor?

Daba igual. Solo era capaz de pensar en aquel día en la corte, cuando hizo que Leather se despellejase viva y en la avidez con la que observaba mi rostro. Era un hombre que se recreaba en el sufrimiento y el pánico de los demás, o quizá de las chicas jóvenes en particular. De una forma o de

otra, le pondría delante la promesa de justo aquello con lo que más disfrutaba.

Y entonces lo tendría. Le clavaría una daga. Si estaba lo bastante cerca, y sus diabólicos lo bastante lejos, buscaría un punto letal que le supusiera una agonía de varios minutos antes de su inevitable muerte. Si no disponía de tal lujo, con la aorta valdría.

La cámara del consejo privado estaba reunida cuando me deslicé sigilosa por el pasillo. Siempre me había imaginado que las últimas horas de mi vida a la espera de la muerte pasarían volando mientras agotaba hasta el último minuto de mi existencia, y sin embargo, el tiempo parecía alargarse ahora hasta la eternidad.

Me pregunté si Sidonia habría obtenido alguna de las respuestas a las preguntas que tenía sobre el sentido de la vida y la razón de la existencia, si no en la otra vida, entonces en alguna forma de estallido químico en el cerebro momentos antes de morir. Me contó que la gente a veces veía una luz antes de la muerte, una luz que al parecer ofrecía todas las respuestas a todos los misterios del cosmos. Esperaba que ella la hubiera visto. Me pregunté si habría tenido miedo. Me pregunté...

Aquel pensamiento me comprimía tanto como un puño de hierro.

Me pregunté si había pensado en mí, si había dispuesto de un instante para preguntarse por qué no había estado allí para protegerla.

Entonces se deslizó la puerta y se abrió, y Enmity salió de ronda a vigilar el pasillo. En la media luz, se movía como un tigre.

Sus ojos me localizaron.

—Senadora Von Impyrean, ¿qué estáis haciendo aquí?

Nos miramos la una a la otra, y no tenía excusa.

Ella siempre había sospechado de mí. Ahora estaba a punto de demostrar que sus sospechas eran

acertadas. Era su enemiga. Y, en unos instantes, acabaría con ella o ella acabaría conmigo.

20

—Debo esperar —le dije, y le ofrecí una oportunidad—. Tengo que hablar con tu amo.

Enmity entornó los ojos.

—No. Abandonaréis este lugar. De inmediato.

Podía matarla, y todo seguiría yendo conforme a lo planeado. El emperador saldría de la sala si Enmity no regresaba a dar la voz de alarma. Yo estaría aterrorizada, histérica, y él querría saber dónde estaba Enmity. Tartamudearía una excusa... y lo mataría a él también.

—¿Me habéis oído? He dicho que os retiréis de aquí, senadora Von Impyrean
—Enmity se desplazó

hacia mí en un ondular de músculo, con el gélido e insondable azul de sus ojos—. Marchaos ahora mismo de aquí u os sacaré yo.

Iba a matar a su amo. Al acabar aquel mismo día, aun después de haberme destrozado el cráneo, de haberme arrancado la piel de los huesos y haber pulverizado lo que quedara de mí, su amo aún seguiría muerto. Exactamente igual que seguiría estándolo Sidonia. Aquel enorme y horrible vacío que yo sentía dentro de mí también la consumiría a ella.

La muerte no era siempre una crueldad. Yo habría muerto un millar de veces antes que sobrevivir a Sidonia. Así que tendría un detalle con Enmity y la mataría ahora.

Agaché la cabeza,forcé una sacudida en los hombros, emití con la garganta el ruido de unos sollozos, me tapé la cara con una mano. La otra la tenía aferrada a la daga que llevaba oculta en los pliegues de mi vestido.

—¡He dicho que os marchéis! —Enmity alargó el brazo hacia mí.

Entonces le hundí la daga en el costado.

Fui una fracción de segundo más lenta de lo necesario para atravesarle la aorta. Se movió en el último momento, una diabólica con toda su fuerza y la masa muscular que yo ya no tenía. Cualquier rastro de calma desapareció de su semblante de manera instantánea, y me lanzó por los aires con una fuerza irresistible; la pared del pasillo se me vino encima a toda velocidad, en la cara.

Me crujió la cabeza con un estallido de estrellas contra la pared, pero el dolor no hizo mella en mí.

Rodé y me puse en pie en un movimiento perfecto, me di la vuelta para enfrentarme a Enmity y me la encontré echándose un vistazo a la sangre que le manaba del torso.

Cerró con fuerza el puño izquierdo, se golpeó en el costado y se clavó los nudillos en la herida para detener la hemorragia. Alzó la mirada hacia mí.

—Tenía razón, entonces. Había algo más en vos.

—Sí —le dije—. Tenías razón.

Arrancó hacia mí. La esquivé y le volví a hacer un tajo con el cuchillo.

Le hizo un corte irregular en la mejilla, pero ella me atrapó el brazo y me lo forzó en la espalda, me retorció los ligamentos. Solté un grito reflejo, y el cosquilleo en los dedos me hizo soltar la daga; lancé entonces el talón hacia atrás y se lo clavé en el empeine. Me di la vuelta y le estampé el puño en la cara, le clavé un puñetazo detrás de otro y acabé apartándola de mí con una patada.

Se tambaleó con una mano aún aferrada al costado sangrante.

—Sois demasiado rápida —dijo sin aliento—. ¡No sois humana!

—Tú sabes perfectamente lo que soy.

Salió disparada contra mí, y dirigí el puño hacia su costado, pero ella lo vio venir, se giró en el último instante y me lanzó el codo a la cara. La nariz me estalló de dolor y me abandonó el sentido del equilibrio. El mundo se me puso en vertical según me inclinaba hacia atrás. Moví las piernas con la suficiente fuerza para recuperar la postura erguida, pero ya tenía a Enmity encima, una masa de músculo y una lluvia de puños. Los nudillos me golpeaban los pómulos, astillaban el dolor por todo el cráneo. La sangre me nubló la vista, me escocía en los ojos, pero recordaba la posición de sus piernas, le incrusté las botas en las rodillas y sentí cómo se le dislocaba la rótula con un crujido muy feo.

Enmity cargó la inercia de su caída contra mí, con el codo por delante.

Me destrozó las costillas al impactar con toda la fuerza de su peso, y fue ahí donde mi pérdida muscular se empezó a hacer notar.

Enmity pesaba mucho, más de lo que yo estaba preparada para soportar, y su peso me aplastó contra el suelo cuando sus puños comenzaron a impactar desaforados contra mí y a causarme un nauseabundo dolor en las costillas. El mundo se convirtió en un borrón cegador que daba vueltas y se tambaleaba, y cuando me vi boca abajo y traté de levantarme, no pude hacerlo. Me cedieron los brazos.

Entonces vi unas botas que se arrastraron delante de mí, Enmity, que cojeaba sobre la pierna de la rodilla sana y arrastraba los pies. Me agarró por el cuello del vestido y me levantó, pero las piernas no me sostenían.

—Qué fascinante —dijo mirándome a los ojos con sus insondables pupilas azules—. Eres una diabólica que se ha sometido a una modificación corporal de lo más eficiente. ¿De quién eres tú?

Le mordí en el brazo y traté de clavarle los dedos en los ojos, pero mis manos no alcanzaron el lugar pretendido, y ella me sacudió mientras me gritaba:

—¿Quién es tu amo?

—¡Sidonia Impyrean! —le contesté a voces—. Ella lo... era.

Las palabras retumbaron en el aire que nos separaba, y sentí que me derrumbaba, me desmoronaba, y una especie de emoción surcó el ensangrentado rostro de la otra diabólica. No podía ser lástima. No estábamos hechas para eso. Pero era algo.

—Entiendo.

Me soltó hecha un guiñapo en el suelo, y allí permanecí tirada mientras ella se agachaba a recoger mi daga. La idea de que no había matado al emperador se me asentó en la cabeza, pero, entre el dolor cegador y la desesperación, no era capaz de sentir ira al respecto.

No era venganza lo que yo quería, me daba cuenta ahora.

Era poner fin a ese enorme vacío que suponía una existencia sin Donia.

Enmity también lo sabía.

Se me acercó a trompicones, envuelta en una neblina borrosa, y levantó el cuchillo sobre mí. La luz centelleaba en la hoja. Estaría muerta en unos instantes, y estaba preparada, agradecida.

—¡Enmity!

La voz retumbó en aquel pasillo tan estrecho, y se oyeron unos pasos que se apresuraban a acercarse.

—Enmity, ¿qué le estás haciendo a la senadora Von Impyrean?

—Esta no es Sidonia Impyrean, eminencia —dijo Enmity sin moverse—. Es una diabólica que pretendía atacar al emperador.

—¿Tienes la absoluta certeza?

—La tengo, eminencia. Ha de morir —se produjo un instante de silencio y de repente se oyó a Enmity—: ¿Qué es eso...?

Las palabras de Enmity no terminaron de abandonar sus labios antes de recibir el impacto del arma de energía.

El resplandor me cegó de manera momentánea, y no estaba segura de haber visto lo que creía.

Enmity no era como Leather, que había recibido un simple disparo en el pecho y había muerto. Se tambaleó hacia atrás por el impacto del rayo, y aun con la herida abierta en el costado y los daños que yo le había infligido, recuperó al instante el equilibrio y rugió de ira.

Cargó contra su atacante, y él volvió a disparar, un rayo continuo que empezó a horadar en Enmity una vía incandescente mientras ella lo combatía y obligaba a las piernas a seguir avanzando. Se vaporizó entonces un cráter de sangre y carne que dejó al descubierto su esqueleto, sus órganos, y Enmity cayó al suelo.

Se hizo un denso silencio, y unas manos tiraron de mí para levantarme.

—Vamos.

El rostro de Tyrus Domitrian entró flotando en mi campo visual.

Mis pensamientos se volcaron en una dirección. Palpé a tientas con los dedos entumecidos, le arrebaté el arma y me arrastré a gatas.

Tyrus me miró boquiabierto.

—¿Qué estás haciendo?

Enmity estaba muerta. Yo seguía viva. Aún me podía mover, así que terminaría lo que había empezado. No me podía levantar, de modo que repté hacia las puertas. No tenía tiempo para esperar a que el emperador viniese a mí. Con toda probabilidad me desangraría antes. Yo iría a él. Una gran neblina oscura entraba por los ángulos de mi campo visual, se cernía sobre mí.

—Ni siquiera te tienes de pie. No puedes pensar en serio que vas a matar a mi tío en este estado.

—Apartad... de mí... os haré daño —era como si las palabras se me escurriesen. La oscuridad crecía rápidamente, y el suelo se me vino encima a toda velocidad.

21

Me encontraba de nuevo en los baños de sal, mecida por el agua, que me hacía flotar y flotar de aquí para allá. Sin embargo, me dolía todo, todo me latía de dolor, y era a Donia a quien le dolía, lloriqueando como aquella vez en que sufrió una descarga inesperada con la consola del ordenador, y no pude hacer nada al respecto. Éramos unas crías las dos, pequeñas.

—¡Donia, Donia!

—¿Es tu ama?

Me sobrevoló la pregunta, me rodeó, me hizo levantar la vista para ver un rostro conocido cerca del mío. Por un instante, sentí los brazos que me sostenían, el pecho contra mi mejilla. Pude verle las pecas sobre el puente nasal, los ojos azules de claras pestañas que flotaban en una neblina sobre mí.

Y entonces Donia me estaba mirando con los ojos muy abiertos desde el recinto de los animales, se estaba acercando mucho a los tigres. Yo ya sabía que los tenían educados, atemperados por ingeniería genética, pero esos instintos humanos primitivos que poseen incluso los diabólicos me decían

que aquellos animales eran fuertes y musculosos y que la podían matar de un solo golpe.

—No te acerques a ellos —le dije—. Son peligrosos.

—Estás delirando —me comunicó la voz, y era Tyrus Domitrian, arrodillado delante de mí en el

lugar donde me había tumbado en una cama, donde me había puesto un paño húmedo en la cabeza. No me podía tener en pie. Se me clavaban las costillas. Me invadían unas oleadas de frío y de calor—.

Estás muy malherida. Podrías morir. Pero eso es lo que deseabas, ¿no es cierto? —me estudió muy serio durante un instante.

Lo siguiente que supe fue que tenía encima un enjambre de robots médicos que zumbaban, y el leve calor de sus generadores de alimentación me irritaba la piel. Me castañeteaban los dientes, y mis pensamientos iban y venían con Donia, las lágrimas en sus ojos cuando me negué a que me llamase cualquier cosa que no fuese Némesis dan Impyrean. Ella siempre había querido de mí algo más que yo no era capaz de comprender y, ahora, jamás llegaría a entenderlo.

Se me escapaban las sutilezas de la manera de pensar, actuar y sentir que tenía la gente, la de verdad. Quizá fuera cosa de los corrales, de haber crecido así, como un monstruo de la peor especie.

Tal vez aquello me retorciera aunque mi naturaleza no fuese...

Estaba vomitando, con arcadas vacías, salpicando sangre en el suelo junto a mi cama. Seguía teniendo encima un enjambre de robots médicos. Tyrus Domitrian estaba en la puerta, de pie con los brazos cruzados, observándome con una expresión inteligente y de fría calma en el rostro muy distinta de aquellas otras veces en que se carcajeaba y mascullaba para sí, y no era capaz de conciliar ambas imágenes.

—¿Sidonia Impyrean era tu ama? —me preguntó.

Me di cuenta de que habían pasado las horas. De nuevo me estaba aplicando

un paño en la cabeza.

Tenía la sensación de que tenía las sábanas enredadas, que me apretaban. Hice un esfuerzo por entenderlo, por comprender dónde me encontraba.

—Hicieron un buen trabajo al disfrazarte —dijo Tyrus—. Sospechaba que había algo en ti que no

encajaba, pero nunca me imaginé que... —puso una sonrisa irónica—. El senador Von Impyrean era un hombre con perspectiva, y los Impyrean una familia inteligente. Son una auténtica pérdida para el imperio.

Aquello me lo recordó, como un golpe que me dejó sin aliento. Me recordó dónde estaba, qué era

aquello, que Sidonia había muerto y que se había llevado consigo cualquier sentido que tuviera mi existencia, y que no había logrado matar a su asesino. En cambio, allí estaba yo, viva, y de haber podido habría llorado. Pero ningún diabólico tiene la capacidad de derramar una lágrima, y no había forma de aliviar la presión de aquel vacío y aquel dolor tan horribles, así que gritaba.

Me arrancaban unos chillidos terribles, espantosos, unos gritos animales.

Fue más adelante cuando reparé en el ardor que me abrasaba la garganta, las oleadas de frío y calor se vieron reemplazadas por un vago bienestar físico. Tyrus había regresado a la habitación.

—¿Te has cansado de gritar? —dijo con un cierto aire distante—. Si no es así, tampoco pasa nada.

Que la gente oiga unos gritos procedentes de mi alcoba no hará sino reafirmar mi lamentable reputación.

Le miré entre los párpados reseco, con el dolor que aún me azotaba la consciencia, pero, cuando me incorporé por una fracción de segundo, dos, descubrí que no sentía el martirio de aquel desgarro incandescente.

Los robots médicos me habían sanado las peores lesiones.

Tyrus permaneció muy quieto cuando me incorporé un poco más y vi las magulladuras que tenía

en los brazos, allá donde me habían atado... pero ya no lo estaba.

—No te vas a morir —me dijo—. Has estado cerca. Estoy seguro de que Enmity... ¿Qué estás haciendo?

Me puse en pie tambaleante y lo aparté de un empujón con todas mis fuerzas. No tenía tantas como debería en una situación normal, así que Tyrus no perdió el equilibrio. Sentía los músculos como si me estuvieran chillando de agotamiento, vacíos de toda vitalidad.

Cuando puse el pie en la habitación contigua, sellada la puerta que tenía delante, varios siervos inexpresivos dieron un paso al frente para impedirme avanzar. En mi estado actual, incluso lo podrían haber conseguido.

—¿Adónde pretendes ir? ¿Otra vez a intentar matar a mi tío? —me dijo Tyrus, a mi espalda—.

Aunque consigas superar a Anguish por obra de alguna clase de milagro, no irás más allá de Hazard.

E incluso aunque lograras, machacada como estás, superar a esos dos diabólicos de la manera en que no lograste superar a uno solo, el emperador cuenta con todo un séquito de grandílocuos a su alrededor, por no mencionar los robots de seguridad y...

—¿Qué queréis? —rugí conforme me daba la vuelta hacia él.

—Te llamas Némesis, ¿verdad?

Entorné los ojos.

—Lo he buscado en el registro de decesos de la gran purga de diabólicos. Había una Némesis registrada a nombre de Sidonia Impyrean. Esa eres tú, doy por sentado.

—¿Qué importa ya?

—Que odio el desperdicio —Tyrus se acomodó en su silla y me miró con una frialdad, una calmada parsimonia que no cuadraba en absoluto con sus facciones, las mismas que con tanta frecuencia había visto encendidas con una vivacidad demencial—. Nunca he tenido mis propios diabólicos. Mi tío se cercioró de que no los tuviese ninguno de los demás miembros de la familia imperial. Los diabólicos tienen la mala costumbre de interponerse cuando quieres matar a alguien, y mi tío se prodiga bastante en lo de matar familiares.

No dije nada. No tenía el menor interés en lo que él quisiera decirme, a menos que me revelase por qué me había salvado y cuándo podría marcharme.

—Siento mucho lo de tu ama —dijo mientras me observaba con detenimiento —, pero puedes ver

esto como una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —farfullé.

—Los dos queremos lo mismo, Némesis. Tú quieres a mi tío muerto, y yo quiero ser emperador...

Lo cual exigiré, por supuesto, la muerte de mi tío, además de una buena cantidad de estratagemas. Tú no puedes conseguirlo sola, y yo tampoco. ¿Por qué no nos ayudamos?

—Me importan un bledo vuestro tío y la política. No tiene para mí la menor importancia que algún día os convirtáis o no en emperador. Él asesinó a Donia, y ahora lo mataré yo a él o moriré en el intento. Dejadme salir.

—Me temo que no.

Di un paso hacia él, amenazadora.

—¡No os lo estoy pidiendo!

Tyrus movió un dedo.

Unos zarcillos ardientes y vibrantes me reptaron hasta el cuello y las sienes, y me vi en el suelo, jadeando.

—De verdad lo siento —dijo con un tono de voz distante y sin atisbo de disculpa—, pero ahora mismo preferiría que no me rompiesen el cuello. Los activaré solo si te vuelves contra mí.

Me llevé la mano al cuello, el lugar del que procedía aquella extraña sensación.

—Son electrodos subcutáneos. Es prácticamente la única manera que hay de controlar a un diabólico. Quiero que me escuches.

Alcé la mirada hacia él, furiosa.

—¡Os arrancaré el corazón del pecho!

—Algún día, quizá. Pero no ahora —dio un paso hacia la puerta e hizo un gesto con la mano sobre el marco—. No podrás traspasar este umbral. Quiero que tengas tiempo para pensar en lo que pido antes de tomar una decisión.

—¡Ya me he decidido! —le grité, pero ya estaba cruzando la puerta, dejándome allí, y sus siervos le seguían.

Eché a correr, mas la cegadora descarga eléctrica me volvió a lanzar al suelo a cuatro patas, jadeando en busca de aire, con el corazón que se me salía del pecho.

No me quedaba nada en el universo, y solo deseaba detener aquel dolor y aquel vacío. No iba a cambiar de opinión por mucho tiempo que Tyrus me tuviese allí prisionera.

22

Pasaron las horas. Vinieron los siervos para ofrecerme un refrigerio en silencio, comida. Me daban ganas de tirarles todo a la cara. Lo único que me contenía era el hecho de ser consciente de que no se inmutarían ni reaccionarían en absoluto. No había placer alguno en abusar de unas criaturas autómatas e indefensas.

Comencé a observar la puerta de nuevo tratando de calcular el impulso que debería tomar para lanzarme y atravesarla antes de que la descarga eléctrica me dejara inútil.

En ese instante regresó Tyrus Domitrian.

—¿Inquieta?

Me quedé mirándolo, simplemente, imaginándome la satisfacción que obtendría al machacarle el cráneo.

—Quería que dispusieras de tiempo para meditar. Ven a caminar conmigo.

—¿Adónde?

Se desplazó para que pudiera pasar ante él al atravesar la puerta.

—Esta es mi nave.

La *Alexandria*, exactamente igual que la *Tigris* de Sálivar y Devineé, surgía directamente de la sección central del Crisantemo, la *Valor Novus*. La única diferencia era que nadie se dejaba caer por los dominios del loco a hacerle una visita. Toda la nave estaba prácticamente desierta a excepción de las máquinas y los siervos que la manejaban para el *successor primus*.

Al acercarme, se diría que se pensó mejor lo de dejarme pasar por delante de él y echó a andar, de manera que permanecí varios pasos por detrás de él. Nunca me dio por completo la espalda.

—Deberías saber que me he tomado muchas molestias para eliminar tus restos de ADN de la escena de la muerte de Enmity, pero no he podido ocultar el asesinato. Ahora mismo se está llevando a cabo un intenso escrutinio de la grandilocuentia, en especial de aquellos cuyas familias fueron ejecutadas. Han confiscado las armas escondidas de todo el mundo. Los más respetables han sufrido una humillación pública, cacheados por los diabólicos de mi tío. Hazard y Anguish han encontrado pendientes que servían como dardos venenosos, cordones hechos con alambre de cuchillas, neurotoxinas ocultas en todo tipo de artículos de tocador... Resulta que los grandílocuos somos una clase mucho más salvaje de lo que aparentamos.

Nada de aquello me importaba. No tenía ninguna intención de permanecer en la corte. En cuanto saliese de allí, proseguiría exactamente con lo que tenía planeado. Me pregunté qué pasaría si acortase la distancia que me separaba de Tyrus y le rompiese el cuello antes de que lograra activar la electricidad.

—Podrías matarme —me dijo Tyrus como si fuera consciente de las vueltas que daban mis pensamientos—, pero los electrodos liberarían una descarga en tu corazón y lo pararían. Doy por sentado que no merece la pena morir solo para matarme a mí. ¿Qué diría Sidonia?

La sola mención de su nombre en los labios de Tyrus me enfurecía. No tenía ningún derecho a pronunciarlo.

—Discúlpame por mantenerte aquí confinada como un animal, pero quería discutir esto racionalmente. Se crea a los diabólicos con la capacidad de pensar y razonar. Quiero una oportunidad de apelar a dicha razón, pero no pretendo tenderme yo solito una trampa mortal. Descubrirás que rara vez subestimo a mis enemigos.

—¿Y qué me decís de vuestros amigos? La gente debe de saber que estoy aquí. Cómo vais a explicar el hecho de haber tenido a Sidonia Impyrean en la *Alexandria* durante... ¿cuánto tiempo ha transcurrido?

—Cinco días. Y es bastante sencillo, Némesis. Asumirán que el loco imperial te ha raptado. Más adelante, tú y yo juntos podremos idear otra explicación... Pero nadie interferirá en los asuntos del *successor primus*, haga lo que haga en su demencia.

Entrecerré los ojos.

—Vos no sois un loco. Eso ya lo veo.

La mirada de Tyrus titubeó.

—No —se apartó de mí, y cruzamos con paso decidido ante unos ventanales que daban al fondo

del paseo de Berneval—. La mayor parte de mi familia muere joven, por lo

general a manos de otros miembros de la familia. De niño me percaté de que mi única esperanza de supervivencia residía en proyectar debilidad, así que empecé a fingir la demencia.

—Y la gente siempre se lo ha creído.

—Una mentira edulcorada siempre se traga con mayor facilidad. La dinastía Domitrian no es muy

querida. Es un secreto a voces que mi tío ha dilapidado las arcas del imperio con los excesos de sus propios placeres, y ahora pretende gravar al excedente con un impuesto para compensar el déficit que él ha causado. Se oculta detrás de su fe para justificar la represión del excedente, igual que hizo mi abuelo, y su madre, y el padre de esta antes que ella. Los Domitrian hemos sido una toxina que ha envenenado el imperio durante siglos.

A mi pesar, me venció la curiosidad.

—¿De verdad habéis fingido la locura durante la mitad de vuestra vida?

—Un crío asustado es capaz de cualquier proeza con tal de preservar su existencia. De no haberlo hecho, no me cabe la menor duda de que ahora estaría muerto también, en lugar de ser el heredero del imperio. Al principio exigí un esfuerzo mayor, en especial cuando los robots médicos no pudieron «curar» mi problema, pero ahora me basta con tener en público algún gesto que sea estafalario, de vez en cuando, y la gente se lo cree. Así es como explicaría los cinco días de rapto de Sidonia Impyrean.

Mi mente hizo un recorrido de lo demás que había visto de él. Su falta de respeto durante los ritos en la Gran Heliosfera.

—Leather —recordé.

—Una sierva que de todas formas iba a morir, de un modo horrible. Consideré que matarla era un

acto de piedad con ella. Si además reforzaba mi reputación, era útil para ambos.

—¿Y el exaltado?

Se le pasó por el rostro un gesto de asco.

—No soy un violador. Los sacrificios del Día de la Consagración son una barbarie, así que dije una mentira que la gente estaba encantada de creerse. Por supuesto, esa chica de los Pasos casi echa a perder mi gesto antes de que tú intervinieses en la arena. Hablando de lo cual... —se volvió hacia mí

—. ¿Qué pasó con mi prima y su marido?

No tenía sentido mentir.

—Les obligué a tragarse su propio vino.

El temblor de una sonrisa le asomó a los labios.

—Muy apropiado.

Entramos en una habitación con un suelo transparente de cristal, y debajo de nosotros había una gran bóveda celeste. Se apoderó de mí una sensación de desorientación al mirar hacia abajo y ver un cielo azul sobre el que parecía encontrarme de pie. La sala que había debajo consistía en paredes de estanterías que se perdían en el azul de la atmósfera, con el brillo del sol entre ellas.

—¿Sabes lo que son? —me preguntó Tyrus mirando hacia abajo—. ¿Lo que hay en las estanterías,

en campos estáticos?

—No.

—Son unos objetos muy valiosos llamados «libros». Son unos repositorios ancestrales de conocimiento dentro de un formato portátil.

—¿Son alguna clase de... textos científicos? —le pregunté pensando en los materiales prohibidos

del senador Von Impyrean.

—Algunos de ellos —me contestó con una media sonrisa—. Las bases de datos que se perdieron en

la supernova eran electrónicas. Las que no arrasó la supernova, las borraron con un par de simples tecleos. Estos libros, sin embargo, contienen el conocimiento en formato físico. Muchos de ellos los sacaron de la Tierra cuando se fundaron las primeras colonias, y, con el paso del tiempo, todos estos libros cayeron en el más absoluto desuso. Nadie se molestó en destruirlos, así que yo los colecciono.

Es una de mis... excentricidades. Nadie arquea una sola ceja cuando un loco muestra interés por tales cosas.

Pensé en la matriarca y en sus cosas viejas «de valor incalculable», todas probablemente destruidas ahora junto con ella. Resultaba extraño que, aun sin estar vinculada a ella, sintiese una punzada en mi interior al pensar que estaba muerta.

—¿Sabes algo sobre la historia humana, Némesis?

—¿Por qué habría de saberlo?

—También es tu historia. Cada una de las hebras de ADN de tu cuerpo se originó en la Tierra.

Nunca lo había pensado de ese modo, pero, aun así, no veía el motivo por el cual debía interesarme. Me quedé mirándole, inexpresiva, a la espera.

La mayoría de la gente se sentía incómoda con aquella mirada tan fija. «La mirada de un depredador», me dijo en una ocasión la matriarca. Demasiado directa, demasiado fija y sin pestañear para un ser humano. Me había obligado a acostumbrarme a no mirar tan fijamente, pero ya no tenía ninguna necesidad de ocultar lo que era.

Tyrus, por su parte, me estudiaba, no de un modo calculador, sino pensativo. Un joven que había fingido la locura y se las había apañado para llegar al segundo puesto más poderoso del imperio ante la constante amenaza de la

muerte.

De pronto sospeché que él jamás me temería.

—La historia humana —dijo Tyrus— consiste en una serie de patrones repetidos. Imperios que surgen y después caen en la decadencia y se descomponen. Una y otra vez. Siglos atrás, el ser humano avanzaba tecnológicamente a un ritmo exponencial. Nos expandimos al espacio, abandonamos la Tierra y recorrimos la galaxia. Y entonces sucedió lo mismo que sucede siempre: nos acomodamos.

Disponíamos de una tecnología cuyo uso dejamos de aprender. Permitimos que las máquinas pensaran por nosotros, que actuaran por nosotros. La supernova y el auge del helionismo se limitaron a empeorar un problema que ya existía. Nuestros antepasados buscaron el conocimiento, pero nosotros, sus descendientes, exaltamos la ignorancia. Si peinásemos este imperio, no encontraríamos una sola persona capaz de reparar la tecnología que nuestros ancestros construyeron

para nosotros.

—¿Y por qué es necesario que la gente posea esa capacidad? —le pregunté. Las máquinas ya lo manejaban todo.

—Porque esto no puede durar eternamente —dijo Tyrus—. Nuestra tecnología envejece. Es cada vez mayor la cantidad que se para todos los años y no somos capaces de volver a poner en uso.

Cuando fallan nuestras viejas naves, rasgan el propio espacio. Necesitamos un restablecimiento científico, pero no lo tenemos porque la grandilocuencia, porque mi familia, sabe que cualquier revolución intelectual conduce de manera inevitable a una revolución política.

Las palabras de Tyrus eran el eco exacto de lo que creía el senador Von Impyrean. Aquellas creencias eran la razón de que el propio senador y su familia estuviesen ahora... de que estuvieran muertos.

Me sacudió el dolor tan solo de pensarlo.

No podía soportar seguir oyendo aquello.

—Esto no es de mi interés, eminencia —dije con dureza—. Los diabólicos no somos eruditos.

—Solamente quiero que entiendas mi objetivo: deseo convertirme en emperador, pero no por mí,

sino por el futuro. Quiero que el ser humano se convierta en una criatura que piense, planifique y se esfuerce por conseguir más, y no lo que somos ahora, esta especie indolente y perezosa que deja que se marchiten lentamente las innovaciones de nuestros ancestros mientras hace caso omiso de los peligros que se van acumulando a nuestro alrededor. Pero no puedo llegar a ser emperador si no cuento contigo.

—¿Y cómo iba yo a poder ayudaros en esto?

Se apartó de mí con la cabeza baja, mirando al cielo que teníamos a nuestros pies y a las estanterías que se perdían en aquellas azules profundidades.

—He sobrevivido todo este tiempo fingiendo la locura. El emperador me ha colocado como *successor primus* porque confía en que sus enemigos querrán evitar mi sucesión a toda costa. Tengo que empezar a mostrar fortaleza para convencer a la gente de que sería un sucesor apropiado, pero en el instante en que reúna cualquier apoyo, me convertiré en una amenaza para mi tío, y mis días estarán contados —dio un paso hacia mí—. Si mi tío decide librarse de mí, yo no puedo impedirlo.

Maquinará alguna situación en la que yo no pueda ir armado. Tratará de cazarme desprevenido o indefenso —me tomó la mano y la apretó con fuerza—. Y ahí es donde entras tú. Eres una diabólica que se oculta a simple vista, eso te convierte en la defensa más poderosa que hay. Tú te puedes asegurar de que yo viva. Sé mi diabólica, Némesis.

—No es así como funciona. A mí me vincularon a Sidonia.

—Entonces escógeme tú a mí. Sidonia Impyrean nos dejó. Eres libre de decidir por ti misma.

Negué con la cabeza.

—¿Y cómo podría yo estar a vuestro lado en todas esas ocasiones que sugerís? Si todo lo que decís es cierto, el emperador jamás os permitirá tener un guardaespaldas, así que, ¿cómo ibais a explicar el tenerme siempre con vos?

—Porque serás mi esposa.

23

Creo que, de haber sido yo cualquier otra persona, me habría echado a reír. Siendo las cosas como eran, me limité a mirar incrédula a aquel rostro duro y decidido.

—Quizá sí seáis un loco, al fin y al cabo.

La mano de Tyrus apretó con más fuerza cuando traté de apartar la mía.

—¿Qué otra cosa pretendes hacer? ¿Perecer en vano en otro intento de asesinato? Conmigo, puedes cambiar el curso de la historia de la humanidad.

—No tengo ningún interés en cambiar el curso de la historia de la humanidad —le interrumpí—.

Mi existencia se ha debido a un solo propósito. Para mí, ahora, no hay nada más en este universo.

—Sí —dijo Tyrus—. Era más fácil para ti cuando estabas vinculada a Sidonia Impyrean, ¿verdad?

—¿Más fácil? —repetí.

—Sí, más fácil. Ya conocías tu propósito en la vida. Y ahora no. Ahora tienes que lidiar con las mismas preguntas a las que nos enfrentamos los demás. ¿Hacia dónde voy ahora? ¿Qué haré a continuación? Es aterrador darte cuenta de que son tus propias decisiones las que darán forma a tu destino.

No decía más que insensateces. Aquellas decisiones no le correspondían a

una diabólica.

—Soltadme, eminencia.

—Debe de haber alguna manera de convencerte —sus ojos me recorrían el rostro—. Yo no puedo

traer de vuelta a los muertos, pero, cuando sea emperador, podré concederte lo que desees.

—Soltadme, os he dicho —mis palabras fueron por cortesía. En un instante le habría roto el brazo.

Me soltó.

—No puedo obligarte a hacer esto —me dijo—. No lo intentaré. Todo lo que pido es que, antes de

autodestruirte, Némesis, pienses largo y tendido sobre el sentido que desees para tu existencia. No creo que un diabólico pase por esta vida como un simple accesorio de una persona de verdad. Todos estamos destinados a regresar a la misma desintegración, y tú puedes decidir qué sucede entre el momento presente y aquella hora definitiva. Nadie más puede hacerlo. Ni siquiera yo.

No dije nada. Se dirigió a la puerta con paso firme.

—Encontrarás instrucciones sobre cómo abandonar la *Alexandria* y regresar a la *Valor Novus*.

—¿Y los electrodos?

—Eran temporales. Némesis, quiero que a partir de ahora nos basemos en la confianza. Los electrodos se disolverán cuando te encuentres a una distancia prudencial de mí. Estoy convencido de que comprendes lo necesaria que era la medida de seguridad.

—¿Son... temporales?

—Por completo —Tyrus se detuvo en la puerta, y un velo de vulnerabilidad le cubrió el rostro por un solo instante—. Hazme saber si cambias de opinión. La gala es dentro de tres días, y me gustaría anunciarte como mi acompañante.

—Una gala. Deseáis que una diabólica os acompañe a la gala que celebra la muerte de su ama.

Forzó una sonrisa.

—O la gala que celebrará el primer paso que ella dé para vengarse de un asesino. Moldear un futuro distinto del que desea el emperador: esa es la venganza más verdadera que hay. Piénsalo.

Me toqué el cuello y lo vi marchar.

El paseo desde la *Alexandria* fue breve y, al poner el pie en el atestado pabellón de la *Valor Novus*, me convertí en el blanco de toda una batería de miradas de asombro. Sabía que se estaban preguntando qué habría hecho Sidonia Impyrean en la nave de Tyrus Domitrian.

Les hice caso omiso y me dirigí de regreso a mi villa. Qué estéril e insoportable me parecía el mundo. Ya no me veía presa de un impulso asesino, pero tampoco contaba ya con el propósito de proteger a Sidonia para que guiase mis pasos.

Mis ojos se detenían en los aristócratas que iba esquivando y dejando atrás, sus cabellos peinados con tutores muy complejos, luciendo vestidos elegantes, haciendo alarde de su nuevo color de piel o su nuevo rasgo facial, matando el tiempo en un imperio en decadencia. Se me ocurrió una extraña idea: toda aquella gente susurraba sobre el escandaloso Tyrus Domitrian, pero yo era la única que conocía la verdad de su mente calculadora y meticulosa. Él era el más inteligente de todos ellos.

Quizá eso lo convirtiese en el más digno de gobernarlos a todos.

Pero ¿quién era yo para determinar aquello de una manera o de otra?

Me había pedido que me casara con él. Me sorprendió lo absurdo de aquella

idea. Una diabólica *casándose*.

Era una locura.

No podía hacer mía su causa. Las filosofías y los ideales eran para la gente como el senador Von Impyrean, para gente como Tyrus, no para unas criaturas como los diabólicos. Elegir mi propio destino era algo inconcebible para mí. Mi senda había quedado determinada mucho antes de mi crecimiento en el laboratorio.

Procedería tal y como había planeado en su momento. Mataría al emperador y dejaría que las consecuencias se produjesen en cascada, tal y como tuviera que ser. El destino de Tyrus Domitrian no era de mi incumbencia.

Atravesé la bóveda celeste bañada por el sol y entré en mi villa, donde los siervos se presentaron con atención, listos para recibir órdenes.

—¿Dónde está Mortífero? —quise saber al acordarme de la criatura de repente.

Sentí de inmediato una oleada de algo — *culpa*— porque había olvidado dejar dispuesto lo referente al perro antes de marcharme en mi misión de asesina. Ni siquiera había pensado en él. Los siervos no habían recibido la orden de darle de comer, de cuidarlo, y no sabrían por iniciativa propia que debían hacerlo.

Sin embargo, uno de los siervos me entregó una nota discreta, y me vi leyendo un mensaje.

Sidonia:

He oído rumores de que estáis en la nave de Tyrus Domitrian. En vuestro nombre, he dejado a Mortífero en los recintos para los animales. ¡Rezo por que os encontréis bien y espero veros pronto!

Vuestra amiga, Neveni

Leí y releí el mensaje hundida en uno de los lujosos sofás. Traté de darle vueltas y más vueltas al hecho de que aquella chica a la que había amenazado

de muerte se estuviera desviviendo por mí.

Vuestra amiga, Neveni.

Imagínate.

Arrugué la nota hasta que se disolvió en polvo, pensando en lo extraño que podía llegar a ser el universo.

Me alegraba de no haberla matado.

Tenía que volver a ir contra el emperador, pero antes necesitaba dormir, más horas de las que jamás había necesitado nunca. Sidonia era una constante presencia en mis sueños.

Seis horas más tarde, aún me dolía el cuerpo en ciertos sitios, pero mi determinación era firme.

Aquel enorme vacío abierto todavía me envenenaba por dentro, y sabía que así iba a seguir hasta mi muerte.

Esta vez no me cegó el dolor. La muerte de Enmity había alertado sin duda al emperador al respecto de la amenaza sobre su vida. Eso significaba que esta vez debía moverme con más tiento.

Lo mataría de una forma o de otra, y acto seguido moriría yo.

Fui caminando hasta los rediles de los animales con la mente puesta en Mortífero. Por su bien, lo iba a sacrificar. Ya fuese mañana o a la semana siguiente, yo no tardaría en morir, y no habría nadie que se encargara de él. Lo más probable era que acabase de nuevo en la arena, y lo masacrarían al instante. Mejor sería que lo hiciese yo.

Me recibió un cuidador de animales con la calva tatuada con el emblema de los Domitrian.

—Senadora Von Impyrean, confío en que venís a por vuestra bestia, ¿no es así?

—Mi perro. Es un perro.

—Por supuesto. Es por aquí —se dio la vuelta y me condujo por el pasillo que discurría entre las hileras de rediles.

Mientras iba tras él, la mirada se me desviaba hacia los otros animales, cada uno en su redil, unos con las orejas desgarradas, otros con heridas abiertas después de sus últimas peleas y cuyos dueños eran demasiado tacaños para pagar unos robots médicos. Otros eran criaturas impolutas con más fortuna en lo que a sus dueños se refería. Entonces pasé ante la criatura más impresionante de todas, la bestia del mismísimo emperador, que se había gastado una fortuna diseñándola. Al parecer, había pedido aquella misma configuración genética una y otra vez, con pequeños ajustes cada vez, hasta que consiguió el campeón que deseaba. Él decía que era una mantícora, pero en realidad se trataba de una mezcla de toro, tigre, oso y varias especies de reptiles. Se me pasó vagamente por la cabeza la idea de matarlo para causarle un daño al emperador, pero entonces vi que estaba jugueteando con un hueso.

Me detuve y seguí mirándolo.

El cuidador cayó en la cuenta de que no le seguía, y regresó a mi lado.

—Senadora Von Impyrean, es por aquí.

Sin embargo, no podía quitarle los ojos de encima a la mantícora, que clavaba las zarpas y los dientes en aquel... fémur. Era un fémur humano. El hueso de una pierna. Un hueso grande y contundente, y ya había visto las suficientes fracturas abiertas como para percatarme de que aquel no era tan frágil como un hueso humano corriente.

—Senadora Von Impyrean...

—¿Quién es? —le pregunté en apenas un susurro.

El sonido de los mordiscos y gruñidos de la mantícora llenaban el ambiente, el siseo de la cola.

—¿A quién está devorando? —le exigí al cuidador que me respondiera y me volví hacia él, lista

para descuartizarlo, porque lo sabía, lo sabía.

El cuidador pestañeó y me miró con unos ojos grandes y confundidos.

—Oh, no es una persona, no os preocupéis.

Comencé a temblar de ira y de horror. Se me retorcía el estómago. Lo sabía. Yo lo sabía.

—Al emperador le gusta que su mantícora coma carne fresca siempre que sea posible...

—Que. Quién. Es.

—Era su diabólica, según creo —y, por la cara que le puse, añadió enseguida —: Ya estaba muerta.

—Desaparece de mi vista.

—Pero...

—¡Desaparece de mi vista o te descuartizo! —le grité, y retrocedió corriendo.

Me apoyé contra el campo de fuerza, empapándome del horror de cuanto estaba viendo. La mantícora reparó en mi atenta observación y me miró con unos ojos amenazadores. Me daban ganas

de atravesar el campo de fuerza y reducirla a un montón de carne hecha trizas, pero sabía que aquella temible criatura me podría matar con facilidad. Se me nubló la vista, con la neblina cerniéndose sobre mí mientras veía a Enmity en sus últimos momentos, la batalla que presentó, aquella magnífica carga final que emprendió cuando el arma de Tyrus la destrozó. Enmity, quien valoraba la compasión. Quien procedía de los corrales exactamente igual que yo.

Había muerto por Randevald von Domitrian. Se había pasado toda su vida, hasta el último aliento, hasta el último estertor de sus fibras musculares, defendiendo a su amo contra sus enemigos y peleando en su nombre, y, como

recompensa, él le había echado su cuerpo de comer a su mantícora.

Carne fresca.

Quería gritar. Me ascendía por la garganta el grito cegador de la ira contra un destino que decía que yo valía muy poco, que todo cuanto era y sentía no era más que un apéndice de un ser humano real. Porque yo era más que eso. Ella era más que eso. Éramos más que eso.

Durante mucho tiempo había aceptado que yo no era una auténtica persona, y jamás lo habría puesto en tela de juicio de no ser por el dolor que ahora sentía. Cómo una criatura que no fuese real podría experimentar la profundidad de la angustia que yo había vivido desde que Sidonia... desde que Sidonia... desde que ella...

Me derrumbé al suelo con unos sollozos ahogados y secos que surgían de mis labios, tan próximos a las lágrimas como nunca sería capaz, porque quien fuera que le dijese a la primera máquina que creara un diabólico, también le había dicho que no nos diese lacrimales. Decidieron fabricarme menos humana que ellos, hasta ese punto, y aun así no me privaron de la capacidad de sentir dolor, solo me quitaron la posibilidad de expresarlo.

Sentía en los dedos el cosquilleo del campo de fuerza. Al ver cómo la mantícora despedazaba los restos de Enmity, tuve la sensación de que era capaz de abrirme paso a través del campo de fuerza y matar a la bestia, porque eso no me iba a suceder a mí. Yo no desaparecería en un vacío como si jamás hubiera existido. No aceptaría ser menos que aquella gente solo porque ellos me hubieran diseñado de esa manera.

Yo sentía, me enfurecía y me afligía, y ellos no podrían arrebatármelo. Sidonia estaba muerta, y jamás lo superaría, pero eso no supondría mi fin, no, no. No, me pondría en pie una vez más y existiría como Némesis la diabólica, y me labraría mi propio destino a pesar de ellos.

Sería una diabólica que forjó un nuevo futuro, no solo para mí, sino también para toda la gente *de verdad*. Y, de esa forma, disfrutaría de la venganza más verdadera de todas: haría que mi vida tuviera un sentido.

Cuando regresé a la *Alexandria*, Tyrus volvió a encontrarse conmigo sobre su biblioteca, con el cielo azul bajo sus pies y los soles que resplandecían hacia arriba, hacia él, y proyectaban unas largas sombras en el techo, por encima. Mi sombra se unió entonces a la suya y, en el ángulo en el que nos hallábamos, la mía llegaba más alta, más larga, hasta que fuimos un solo borrón, una sola fuerza sobre este universo.

—¿Has cambiado de opinión? —me dijo al tomarme las manos.

No me arrodillé ni me llevé sus nudillos a las mejillas. Violé todos los protocolos existentes y le miré fijamente a los ojos.

—No seré tu diabólica. Pero sí seré tu emperatriz.

24

Mi primera sesión del senado se celebraba en la mañana de la gala. No había recibido ninguna formación en toda mi vida para aquella tarea, no como Sidonia, así que la única persona a la que podía consultar al respecto era Tyrus Domitrian. Le envié a un siervo con una nota en la que le preguntaba qué se esperaba que hiciese.

Su respuesta no tardó en llegar:

- *Siéntate donde quieras en el segundo anillo de delante.*

- *Déjate ver durante más de quince minutos, menos de treinta.*

- *No es necesario aventurarse a opinar.*

- *Piensa en lo que mi tío desearía que votases y haz lo que a él le gustaría que hicieses. Esto es vital en este punto.*

- *No hay nada que temer.*

Arrugué su nota hasta que se deshizo, ligeramente insultada por aquel último comentario tranquilizador.

La sala del Foro Menor no tenía nada de espectacular. Eran pocos los

senadores que asistían en persona, que principalmente designaban consejeros para supervisar las evoluciones en los foros galácticos. Cuando tenían que dar algún discurso, aparecían por medio de su avatar. Sin embargo, aquellos a los que el emperador nos tenía prisioneros en el Crisantemo no teníamos una excusa para no asistir.

De manera que allí me senté en completo silencio mientras se sucedían los oradores en el Foro Menor, fundamentalmente acerca de temas en los que no tenía el menor interés: agricultura, el precio de las mercaderías, contratos de transporte galáctico...

Y entonces se planteó la verdadera cuestión: una resolución que imponía la destitución de los virreyes de cualquier colonia de excedentes que se hubieran embarcado en una reforma educativa sin el consentimiento del emperador.

Esto iba dirigido a lugares como Lúmina, el planeta de procedencia de Neveni, y contra gente como la difunta madre de Neveni.

Sabía bien lo que emperador deseaba que votase. Y voté a favor de la resolución, igual que el resto de senadores. Al parecer, todos éramos ahora unos helionistas fervientes. Ninguno de los nuevos senadores se atrevía a jugarse un destino como el de sus predecesores. La votación fue unánime.

Cuando los senadores salieron en riada a la antecámara, donde los esperaban hombres y mujeres

notables del imperio —adinerados pero sin un cargo—, me llamó la atención la entrada de un visitante inesperado que causó revuelo en el extremo opuesto.

Era Tyrus.

Surgieron los murmullos y susurros a mi alrededor ante la sorpresiva presencia imperial. Sentí flotar en el ambiente las miradas que se fijaban en Tyrus y en mí, porque se había corrido

rápidamente la voz acerca de cierto asunto de peculiar naturaleza entre el heredero del imperio y la nueva senadora Von Impyrean.

Ahora íbamos a dejar claro de qué asunto se trataba. Se aproximó a mí y me tomó las manos.

—Amor mío, ¿me permitiréis que os envíe unos asistentes para que os ayuden a vestiros para esta noche?

Me percaté de que todas las miradas estaban puestas en nosotros.

—Sería todo un honor, eminencia.

Tyrus se llevó mis nudillos a las mejillas, sin apartar los ojos de los míos, y presionó los fríos labios en el anverso de mi muñeca.

—Contaré los minutos.

Dicho esto se retiró, y de repente me encontré allí de pie, en el centro de aquella sala abarrotada, objetivo de innumerables miradas especulativas.

Me di la vuelta y me abrí paso para salir de la estancia. Me dirigí a las habitaciones de los excedentes invitados, con el deseo de hablar con Neveni en persona antes de que oyese los rumores.

Cuando aparecí ante su puerta, Neveni se me quedó mirando un instante; acto seguido me agarró

en un tremendo abrazo.

Aquel gesto me sorprendió con la guardia baja, y tardé un rato en recordar que debía corresponderlo.

—¡Habéis vuelto! ¿Estáis bien? ¿Recibisteis mi nota?

—La recibí —dije con rigidez mientras me separaba de ella—. Quería daros las gracias por encargarnos de Mortífero en mi nombre. ¿Necesitaréis que os consiga una invitación para la gala de esta noche?

Neveni retrocedió a trompicones, mirándome fijamente, boquiabierta. Se me ocurrió que le debía

de pasar algo, y entonces se le sonrojaron las mejillas.

—¿Cómo? ¿Eso es todo?

Fruncí el ceño.

—¿Nada más? —los ojos se le pusieron brillantes, vidriosos—. Sidonia, ¿dónde habéis estado la

última semana? ¿Qué os ha pasado? La gente decía que Tyrus Domitrian os había raptado y... ¡y todo tipo de cosas horribles! Y, tal y como os estabais comportando antes de marcharos, pensé que habríais cometido una temeridad.

—No lo he hecho.

Tyrus y yo habíamos comentado nuestro plan. Nos íbamos a confirmar de manera oficial como pareja en la gala, pero yo quería decírselo antes a Neveni.

—Es más —le dije—, Tyrus Domitrian y yo tenemos ahora una relación.

—¿Una... una relación?

—Sí.

—¿Sentimental?

—Sí —él me había dado una descripción para que la recitase, y eso hice, con la esperanza de parecer sincera—. He pasado con él cinco días de un maravilloso cortejo en la *Alexandria*...

—¿Con Tyrus? ¿Con el loco de Tyrus Domitrian?

—Sí, y vamos a asistir a la gala esta noche. Si deseáis venir...

—¡Su tío mató a vuestra familia! —me gritó—. ¡Temía que os hubieran matado a vos también!

¿Qué estáis haciendo, Sidonia? ¿Os habéis vuelto loca? ¿De verdad creéis que deseo ir a una gala y pasarme toda la noche bailando con esa gente?

Rompió a llorar.

Me quedé allí completamente descolocada ante su torrente de emotividad, su ira, su temor y su dolor. Hasta ahora siempre se había mostrado entusiasmada de pegarse a mí por todas las oportunidades que yo le ofrecía en la corte. Ni siquiera se me había ocurrido que hoy podría reaccionar de otro modo, aunque ahora resultaba obvio que, en efecto, podía.

No se me había ocurrido ponerme en su situación.

No tenía la suficiente empatía para hacerlo, así de sencillo.

—Lo siento, Neveni.

—Me da igual que lo sintáis. ¡No os comprendo! Vuestra familia está *muerta*. ¿Es que no sentís nada?

—Por supuesto que sí.

Podría contarle cómo me dolía, cómo ansiaba cualquier alivio del dolor de perder a Sidonia.

Podría hablarle de mi pelea mortal con Enmity cuando lo que buscaba era la sangre del emperador, hablarle de la auténtica naturaleza de mi acuerdo con Tyrus. Podría contarle todas aquellas cosas y, tal vez, ella lo comprendería, pero todos aquellos secretos no me pertenecían ya solo a mí. También le pertenecían a Tyrus, y yo no tenía derecho a asumir tal riesgo por los dos.

Así que probé con otra táctica.

—Venid conmigo a la gala —le insté—. Quizá os quite de la cabeza la muerte de vuestra madre.

Sin embargo, mis palabras, mi intento de mostrar empatía, tan solo la enfadó más.

—Dejadme en paz. No deseo ir a ninguna maldita gala. ¿Acaso no os dais cuenta de lo que se celebra? ¡¡Se celebra el asesinato de nuestros seres amados!!

Era cierto. Aquel era el propósito de la gala. Bajé la mirada, incapaz de ver su expresión de angustia.

—Cielo santo —sollozó Neveni—. Ni siquiera deseo continuar aquí. ¡Mi madre está muerta, y es

evidente que a mí no me queda aquí ningún amigo! Volved a vuestro asunto amoroso con Tyrus Domitrian. Espero que él os haga verdaderamente feliz, Sidonia. ¡Menuda lealtad le tenéis a vuestros padres!

Se apartó de mí de golpe y se retiró a su alcoba.

Retrocedí al pasillo y parpadeé bajo las intensas luces que me deslumbraban desde el techo a las puertas de las habitaciones de los excedentes invitados. Por fin me había reconocido a mí misma como algo más de lo que siempre me había considerado, más que una diabólica, pero había un enorme abismo de comprensión que debía salvar antes de poder meterme de verdad en el papel de una persona real.

Al unirme a Tyrus, acababa de perder a Neveni como aliada para siempre. Había perdido lo más

parecido a una amiga que tenía.

25

Mientras esperaba a los asistentes de Tyrus Domitrian, hice unas flexiones en mi villa y disfruté de la quemazón en los músculos al volver a utilizarlos. Sabía que el ejercicio suponía arriesgarme a deshacer la dura labor que la matriarca había dedicado a disfrazarme, pero lo único en que me veía capaz de pensar era en mi debilidad en la pelea con Enmity. No quería volver a sentirme jamás tan inútil. La actividad física me proporcionaba un maravilloso alivio de mis pensamientos, que daban vueltas en un torbellino de aprensión al respecto de lo que tenía por delante. Cuando no estaba

pensando en la peligrosa empresa que estaba a punto de acometer con Tyrus, mis pensamientos giraban por una senda más tenebrosa, hacia Sidonia.

Donia sonriéndome aquel primer día en el laboratorio, la sensación de los latidos de su corazón contra la palma de mi mano, el primer instante en que algo se agrietó dentro de mí y la capacidad de amar entró a borbotones...

El simple hecho de pensar en ella me hacía desear la muerte, así que trataba de no pensar en ella. El ejercicio resultaba de ayuda.

Así que me irrité sobremanera cuando el intercomunicador resonó por mi villa.

—Empleados de Tyrus Domitrian para ver a Sidonia von Impyrean.

Me levanté de un solo empujón de las manos contra el suelo y me dirigí con paso decidido hacia la entrada. Allí, vi que mis siervos ya habían abierto las puertas, tal y como debían hacer automáticamente cuando algún representante de la familia real visitaba a alguien de menor rango.

Entró una riada de hombres y mujeres que lucían un complejo trenzado en el pelo alrededor del

emblema de los seis soles de la familia Domitrian tatuado en la cabeza. Al frente venía un hombre que, saltaba a la vista, no era un empleado, sino un miembro del excedente asimilado por la casa Domitrian por su lealtad. Aún conservaba el pelo, y se había teñido la piel en franjas como algún tipo de animal extraño. Al verme soltó una carcajada similar a un trino.

—Saludos, senadora Von Impyrean. Soy Shaezar nan Domitrian —se arrodilló de manera

ostentosa y se acarició las mejillas con mis nudillos. Sentí deseos de apartarme de inmediato de aquel tacto suyo tan suavón y perfumado—. Nos envía el *successor primus* para que os asistamos de cara a la gala.

—Eso tengo entendido. ¿En qué tipo de preparativos has pensado? Porque ya sé bailar.

Por mucho que me hubiese costado aprender en ciertos momentos con Sutera nu Impyrean, eso se

había debido por entero al hecho de estar sometiéndome a la reducción muscular al mismo tiempo.

Ahora tenía plena confianza en que no perdería el paso una sola vez.

—No es esa la preocupación de su eminencia —Shaezar me miraba con expresión delicada—.

Desea que vayáis tan arreglada y enjoyada como corresponde a la acompañante del *successor primus*.

—Ya tengo joyas.

Arqueó las cejas perfiladas con tatuaje dorado.

—Su eminencia parece considerar que podríais requerir cierta ayuda a la hora de elegir lo más apropiado para la ocasión.

Porque Tyrus ya sabía lo que yo era. Suspiré.

—Muy bien. Acabemos con esto.

Pensé que aquello llevaría una hora, como mucho, pero los asistentes siguieron yendo y viniendo a mi alrededor hasta bien entrada la tarde, atareados con mi peinado hasta el último mechón, arreglándome todas y cada una de las puntas abiertas, trezándome diversos tonos de dorado, castaño claro y el escarlata más oscuro entre los bucles de color castaño; acto seguido, me dispusieron todo el pelo en un peinado de trenzas pequeñas para que fluyese de forma óptima durante el baile. No quitaba ojo a los asistentes, perpleja al ver la exagerada cantidad de tiempo que se podía dedicar a algo tan intrascendente. Como diabólica, prestaba atención a los pequeños detalles, y, sin embargo, de ningún modo me habría percatado de si otra persona tenía las puntas abiertas.

Quizá la grandilocuencia se fijase en detalles como ese, en los que yo no reparaba. Los asistentes fueron descubriendo una bandeja tras otra de

complejas piezas de joyería: tocados, broches y collares que habrían sido demasiado pesados para el cuello de Sidonia.

A pesar de todos los esfuerzos del emperador por confiscar las armas ocultas, algunos de aquellos artículos u otros semejantes se podían blandir con bastante facilidad ante un oponente. Estudié los collares y me imaginé el efecto que tendrían si se balanceaban y se estampaban contra el cráneo de alguien.

Por supuesto, el peso no era un problema. La gala tendría lugar en una bóveda de baile, un entorno de gravedad cero, que permitía a la grandilocuencia engalanarse todavía más de lo normal sin la necesidad siquiera de un exotraje. Estos mismos asistentes escogerían ahora las joyas y me las pondrían diez minutos antes del comienzo de la gala.

Murmuraban y susurraban entre sí sin prestar la menor atención a mis preferencias, en especial cuando se dieron cuenta de que estaba señalando piezas al azar, deseosa de terminar con aquello. No era un intento de mostrarme beligerante: todo lo que me enseñaban se parecía mucho. Sin embargo, cuando probé a señalar la pieza más grande y más resplandeciente —al imaginarme que esas eran las galas correctas para la acompañante del *successor primus*—, Shaezar se echó a reír.

—¡Demasiado estridente para vos, senadora Von Impyrean! Esos son para nobles de menor rango

que estén tratando de demostrar algo.

Al parecer, yo tenía mal gusto. Mis otras sugerencias fueron recibidas con las mismas risas. Dos asistentes me desnudaron para poder encargarse de mi piel, me inyectaron brillo justo bajo los ojos y por encima de la mandíbula, y me añadieron un pigmento adicional en la piel por debajo de los pómulos. Me pusieron incluso unos reflejos y unas sombras en la nariz de tal manera que, cuando me contemplé en el espejo, daba la impresión de estar recta, y el bulto apenas era visible.

Bajo sus cuidados, me frotaron la piel con aceites esenciales mientras los robots de belleza eliminaban con láser hasta la última de las imperfecciones.

Eligieron un delicado vestido de seda de un deslumbrante color blanco optimizado para ofrecer un máximo flujo y rizado en un entorno de gravedad cero. Dado que los zapatos estaban diseñados únicamente para ese entorno de gravedad cero, y no para caminar, tenían a modo de cola unas complejas cintas con una borla de piedras preciosas. Examiné aquel accesorio tan poco práctico y recordé las instrucciones de Sutura nu Impyrean al respecto: el truco era no balancearlos con tanta fuerza como para herir a alguien, o hacerme daño yo, incluso.

A menos que *deseara* hacer daño a alguien.

Los últimos detalles fueron una serie de espirales de joyas para los brazos y las piernas, los aros de navegación, magnéticos y muy elegantes, que servían para moverse por la bóveda de baile. Al inclinarlos en diferentes posiciones los unos respecto de los otros, se lograba el efecto de propulsar

el cuerpo por el aire.

—¿Deseará la noble señorita un masaje para relajarse antes del evento? —me preguntó Shaezar nan Domitrian muy solícito mientras los asistentes recogían para trasladar mis joyas hasta un lugar más cercano a la bóveda de baile.

—Me relajaré lo necesario si me dejáis todos en paz durante una hora. Entiendo que hemos terminado, ¿no? —ante su gesto de asentimiento, le pregunté—: ¿Cuánto te debo pagar?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es un obsequio de Tyrus Domitrian. Jamás he visto al *successor primus* enamorado. De nadie en absoluto, pero cualquiera diría que os habéis ganado el corazón de su eminencia.

—Sí, está... estamos muy cautivados el uno con el otro —entoné con la esperanza de sonar convincente. Acto seguido liberé encantada la mano de la perfumada sujeción de Shaezar.

Su comportamiento parecía extraño, tan adulator. Jamás me habían tratado de aquel modo, ni siquiera como el personaje importante de Sidonia

Impyrean.

Aun así, Shaezar nan Domitrian tan solo era el primero en reaccionar a mi ascenso de posición en calidad de pretendida por el *successor primus* del imperio. Y no sería el último.

26

La bóveda de baile estaba acoplada al abrazo del Saliente de Langerhorn, uno de los pilares largos y curvos. La cúpula recordaba a la Gran Heliosfera, con una gran cantidad de ventanales que se asomaban al espacio y salas privadas para la grandilocuencia que partían del área de mayor tamaño en forma de ramificaciones. De alguna manera, el material cristalino era más decorativo, centelleaba a la luz y proyectaba relucientes prismas a nuestro alrededor.

Mis siervos y los asistentes de Tyrus cargaban el atuendo que yo iba a lucir. Me vistieron en la sala privada de espera adyacente al salón de baile en el momento en que la bóveda se desprendió de la estructura de mayor tamaño de la *Valor Novus*.

La bóveda de baile se propulsó para alejarse del Crisantemo entre las leves sacudidas de las fuerzas gravitacionales mientras se desplazaba a un punto más pintoresco del sistema de estrellas sextillizas para que los bailarines lo disfrutaran conforme daban vueltas. La bóveda no tardó en situarse en la órbita del más pequeño de los seis soles, justo al lado del vendaval de color violáceo y rosa eléctrico del polvo de una nebulosa, con el paisaje de un gigante gaseoso y sus ocho lunas, todo ello de una belleza absoluta que proporcionaba una interminable escenografía contra la vasta oscuridad del espacio.

Los acordes iniciales de la música invadieron el ambiente para indicar a los primeros bailarines que ocuparan sus puestos. Como es natural, estos serían el emperador y la última de sus cortesanas, una prima del senador Von Canternella. Me coloqué en mi posición ante la gran ventana unidireccional de mi estancia y me agarré a las ornamentadas barandillas que estaban preparadas para mí.

Y entonces desactivaron la gravedad.

De la cabeza a los pies, noté la sacudida del desconcierto ante la sensación de levedad, como si ascendiesen flotando todas las células de mi cuerpo. Mi peinado de trenzas se me desperdigó alrededor de la cabeza, a la deriva en un mar de finos zarcillos, y la tela ondulante de mi vestido era como una planta submarina que se meciese en los vaivenes de los lagos del jardín.

Dos siluetas entraron deslizándose desde distintas direcciones hasta el centro de la gran bóveda. El emperador y la noble Canternella. La malicia creció hirviente y venenosa en mis venas mientras observaba a aquel hombre, el que había matado a Sidonia. Extendieron las manos el uno hacia el otro y se agarraron con una entrenada facilidad mientras una melodía lenta y cautivadora invadía el ambiente.

Con tal de dejar de verme mentalmente saltando ahí fuera y destrozándole la caja torácica, me obligué a estudiar la técnica de ambos como bailarines. El emperador y la noble giraron en círculos el uno alrededor del otro y sacudieron los brazos para propulsarse y retroceder casi al unísono.

Ambos vestían unos atuendos vaporosos que les daban la apariencia de los pétalos de unas flores que se abriesen al sol, y una corriente continua de manchas globulares de luz efervescente comenzó a desplazarse hacia ellos en el vaivén del aire ingrávito.

Según me había advertido Sutura nu Impyrean, uno de los trucos de la gravedad cero consistía en

evitar tocar el decorado. Jirones de luz a la deriva, incluso charcos de vino que flotaban, daban un agradable toque decorativo pero podían echar fácilmente a perder unos trajes tan caros y provocar la vergüenza si un bailarín descuidado se los llevaba por delante.

No obstante, quien hubiera liberado las burbujas de fuego lo había hecho con cuidado, y, cuando aumentó el ritmo del baile del emperador y su pareja, ambos se encontraban ya a una distancia segura de las esferas de fuego.

En ese instante comenzó a ascender el cristal que tenía ante mí. Estaban llamando a la pista al segundo nivel de bailarines: el *successor primus* y su pareja.

Yo.

Me sentí inquieta, porque Tyrus y yo no habíamos practicado los movimientos de baile alguno en

gravedad cero. Se trataba de un momento de gran importancia, cuando me revelaría como su pareja y confirmaría cualquier rumor sobre nosotros que hubiese comenzado a circular, y no deseaba ponerme en ridículo yo sola.

Sin embargo, no había tiempo para calcular mi trayecto por anticipado. Tyrus me miró a los ojos desde el lugar donde se había abierto también su separador de cristal, y su cabello corto y cobrizo le flotaba alrededor de la cabeza. El atuendo blanco se le enredaba como unas lianas en torno al cuerpo musculoso. Y entonces salimos ambos en picado. Tyrus, en una elegante caída; yo, en una voltereta en el aire. Las paredes de aquella bóveda de baile, cristalina, me daban vueltas y más vueltas en el campo visual mientras giraba y hacía mortales.

Él llevaba toda la vida practicando aquello, y yo tan solo lo había visto en unos vídeos, pero las actividades de carácter físico nunca me habían costado el menor esfuerzo, y controlar mi zambullida en gravedad cero no fue distinto. En el momento de aproximarme al centro de la gran bóveda, Tyrus estiró los brazos y me agarró por las muñecas, y juntos descendimos flotando en un mar picado de tejido blanco y joyas fulgurante, sus ojos clavados en los míos mientras el universo giraba a nuestro alrededor.

No podía ver nada que no fuera él, y aun así sentía miles de miradas puestas en nosotros, atentas, inquisidoras, sorprendidas al ver juntos a la heredera de los Impyrean y al heredero imperial. Acto seguido, Tyrus y yo agitamos los brazos para activar los aros magnéticos de navegación, y él me soltó uno de los brazos para hacerme girar contra él y darnos la vuelta. Arriba era abajo y abajo era arriba, el pelo se me arremolinaba en la cara, y el vestido me ondulaba como un fuego blanco. La piel de Tyrus brillaba a la luz de una burbuja flotante de auténtico fuego que nos pasó tan cerca que una bocanada cálida me acarició el cuello.

Llamaron entonces a la pista al siguiente nivel de bailarines, y Tyrus y yo nos desplazamos flotando hacia el emperador y la noble Canternella.

El emperador tenía hoy la piel de un blanco pálido, sin una sola peca, y su cabello rubio le daba el aire de un espectro en contraste con el traje escarlata que lucían tanto él como su pareja. Ambos se dejaron llevar hacia nosotros, y la mano de Tyrus me agarró con más fuerza cuando nos encontramos en un círculo en el centro de la vasta bóveda con prismas de luz de las estrellas del exterior que danzaban a nuestro alrededor con los pegotes de fuego. Un gigante gaseoso se arremolinaba por debajo de nosotros, y una nebulosa de un llamativo color violeta formaba el cielo por encima.

—Noble Impyrean —habló el emperador mientras la noble Canternella nos lanzaba una mirada inquisitiva—. Tenéis un aspecto arrebatador esta noche.

Sentí que me atragantaba con un repentino impulso de agresividad. Agarré a Tyrus con tal fuerza que hizo un evidente gesto de dolor y, acto seguido, me apretó una vez la mano a modo de

advertencia.

—¿Verdad que sí? —dijo Tyrus con displicencia—. Ella quería encerrarse en su alcoba en señal de duelo, pero le he dicho que tal belleza no se podía desperdiciar enclaustrada.

El emperador sonrió con indulgencia.

—Ya era hora de que asistieras a una gala imperial, Tyrus. Me ha sorprendido la pareja que has elegido para la ocasión...

Aquellas palabras permanecieron suspendidas en el aire por un incómodo instante, y encajé la mandíbula. En efecto, le sorprendía que Tyrus hubiera llevado a una Impyrean a una gala que celebraba la destrucción de los propios Impyrean, entre otros.

—Pero ahora veo que has elegido a una acompañante que baila magníficamente —concluyó el emperador.

Mientras él hablaba, lo único en lo que yo podía pensar era en lo cerca que lo tenía, con qué facilidad me podría propulsar hasta él, abandonar esta farsa, y destrozarle el cráneo. No veía a Hazard. No veía a Anguish. Allí, yo era la

única de los miembros de la grandilocuencia que habían sido desacreditados de forma reciente. A los demás solo se les permitiría bailar cuando el emperador se hubiese retirado para pasar la noche. No era tan necio como para ponerse al alcance de la mano de aquellos a cuyas familias había asesinado tan poco tiempo atrás.

Como acompañante de Tyrus, yo era la única excepción. Un error por su parte.

Podría matarlo ahora mismo.

Podría matarlo *ahora mismo*.

Fue como si Tyrus notase mis sensaciones, o quizá pudiera percibir la tensión en mi cuerpo, porque de pronto tenía la cabeza hundida en mi cuello, su aliento dulce contra mi piel, sus brazos firmes y fuertes que me rodeaban. Sabía que se los podía romper en cualquier momento, y cuando él mismo nos propulsó a los dos para alejarnos del emperador con una desenfadada despedida, me lo

planteé en serio.

—Ni se te ocurra —me dijo.

—Lo tengo aquí mismo —le dije al oído con aspereza—. ¡Aquí mismo!

—¿Y después qué? —sus pálidos ojos ascendieron de golpe hasta los míos—. Tú morirás, y su visión de la humanidad continuará floreciendo, en especial después de que estalle una guerra civil cuando la grandilocuencia se levante en contra de que el imperio caiga en las manos de un loco.

Tyrus me puso la mano en la mejilla y la desplazó después hasta la nuca, apremiante. Sentía áspero su tacto contra la piel, sus manos callosas a causa de cualquiera que fuese el ejercicio físico que hubiese modelado su musculatura.

—Este es el primer paso de una serie —me dijo en voz muy baja—. Acabarás consiguiendo exactamente lo que deseas si eres paciente, y será para bien de todos nosotros. *Por favor*, confía en mí.

Pensé en el cuerpo de Enmity en aquel redil, y en las palabras que desde entonces me retumbaban en la cabeza. *Soy más que esto. Yo soy más.*

Asentí con rigidez y le permití que me alejase más aún del emperador. Girábamos, y la mirada de sus ojos en los míos era intensa.

—Se hará justicia —me susurró—. Por Sidonia... y por el resto, también. Por todo el imperio.

Me descubrí mirándole fijamente, sorprendida por la forma en que brillaban sus ojos claros a la luz de los fuegos flotantes. Qué extraño individuo era, qué dispuesto a asumir la obligación y hacerse responsable de billones de personas... no solo de aquellos que se nos unían —una cantidad cada vez mayor de bailarines que se lanzaban al aire en gravedad cero—, sino de aquellos desconocidos, sin

rostro, por toda la galaxia, multitudes que jamás llegarían siquiera a pronunciar su nombre. Es más, la mayor parte de los que sí lo pronunciaban lo hacían para insultarle y llamarle loco. Y, aun así, él quería mejorarles la vida.

Me invadió una sensación extraña. Deseé aquella convicción con todo mi ser. Era la misma convicción —ahora caía en la cuenta— que sentía el senador Von Impyrean al respecto de difundir las ciencias. *Hay cosas más importantes que el hecho de que una persona viva o muera.*

Aquellas remotas palabras del senador volvieron a mí en el instante en que Tyrus me acarició la mejilla con el pulgar. Era un gesto de cara a la galería, por supuesto, dirigido a todos aquellos que nos estaban mirando y no tenían la menor posibilidad de imaginarse la verdadera naturaleza de nuestra relación, el verdadero contenido de nuestra charla.

Tyrus creía en una causa, y apostaba su vida por ella. Y ahora me invitaba a mí a que hiciera lo mismo, aun sabiendo que era una diabólica. Me costaba entender lo que suponía tener una causa, creer en algo. Pero quería saberlo.

Comencé a captar miradas sobre nosotros, y pasaron bailando a mi lado

Elantra Pasmus y Gladdic

Aton. Ella me lanzó una mirada penetrante y sonrió cuando alcé los ojos y me crucé con los suyos, pero había un deje de inquietud en su rostro al verme con el *successor primus*. Y tenía buenos motivos para ponerse nerviosa.

—Esto también es una venganza para vos, ¿no es así? —le dije de repente.

Pensé en su familia, muerta a manos de su tío, de su abuela. Dos helionistas, firmes creyentes en el sistema actual. Sin embargo, Tyrus pretendía ascender al trono y deshacer todo cuanto ellos habían luchado por proteger.

—En cierto sentido —se curvaron sus labios—. No puedo negar que lo he considerado un beneficio colateral.

Cuando arrancaron los primeros compases de «La rana y el escorpión», recordé que había aprendido el baile con Sidonia. Sentí un arrebato de dolor, y Tyrus me lo debió de ver en los ojos.

—¿Estás bien?

Me lo tragué.

—Conozco esta danza.

—Tienes una increíble capacidad para el baile.

—Por supuesto.

Se echó a reír.

—Tu modestia me parece de lo más encantador.

Su tono de voz era bromista, pero yo no veía la utilidad de fingir modestia. Era físicamente superior a todas las personas de aquella estancia, y las maniobras en gravedad cero consistían en equilibrio, coordinación y elegancia, cosas que me resultaban de una suma facilidad.

Guardamos silencio mientras él bailaba la rana ante mi escorpión,

lanzándome, propulsándose hasta donde me encontraba, mientras yo descendía deslizándome por su cuerpo y daba vueltas a su alrededor y los faldones de nuestros atuendos blancos se enredaban entre sí como si fueran anémonas.

—¿Conoces la fábula, entonces? —me dijo sin aliento al volver a juntarnos
—. Es un cuento muy

antiguo, el de la rana y el escorpión.

Llegó el momento del ritmo discordante, altisonante, en el tema musical, y me lancé hacia él. Tyrus retrocedió, me agarró del brazo y nos hizo girar a los dos. Los demás bailarines rotaban en mi campo visual como cientos de radios en una rueda enorme. Cuando nos volvimos a unir, mi espalda contra el pecho de Tyrus sin dejar de trazar círculos, me contó la historia.

—Un escorpión tiene que cruzar un río. Le pide a una rana que lo lleve al otro lado sobre la espalda. La rana le pregunta: «¿Cómo sé que no me vas a picar?». El escorpión le asegura que, si lo hace, se hundirán los dos en el agua y morirán. Son palabras lo bastante tranquilizadoras para la rana, que accede a trasladar al escorpión. Llegan a la mitad del río, y entonces el escorpión pica a la rana.

Se tambaleó ante otro de mis movimientos en forma de latigazo y, como parte de la danza, cada sacudida generaba giros de menor intensidad, los acordes de la música se iban debilitando y se extinguían. El escorpión estaba picando a la rana hasta matarla, condenando a ambos a la muerte.

Tyrus y yo volvimos a quedar el uno frente al otro, listos para ahogarnos juntos bajo las aguas del río.

—La rana le pregunta al escorpión por qué le ha picado —concluyó Tyrus—. Y el escorpión responde: «Es mi naturaleza».

Nos quedamos en silencio y nos hundimos, ahogándonos juntos mientras la música se apagaba.

Más tarde, nos quitaron los atuendos externos más pesados y nos tomamos un respiro en una de las salas de descanso, disfrutando del retorno de la gravedad. Los robots de servicio nos trajeron unas bebidas. Ante nosotros, la bóveda aún bullía de bailarines en contraste con las ventanas cristalinas y la vasta extensión del espacio ahora que habían permitido unirse a la pista a muchos miembros de la grandilocuencia menor.

Tyrus pasó la yema de un dedo por el borde de su copa, con los ojos entrecerrados mientras observaba a los bailarines.

—Esta noche ha supuesto el primer paso —dijo entonces—. Que nos vean juntos. Te he contado la

fábula de la rana y el escorpión por un motivo.

Me quedé mirándolo. Tyrus tenía aspecto de hacer muy pocas cosas sin un motivo.

—La naturaleza no cambia sin más —le daba unos golpecitos al borde de la copa—. A un león no

le salen rayas, ni cuernos a un guepardo. El escorpión no deja de picar. Si yo voy a cambiar mi imagen ante toda la galaxia, tiene que haber una explicación de tal cambio que a la gente le parezca lógica. Tienes que ser tú, Némesis.

—¿Yo?

— *Tú* serás la influencia que me modere en público. Nos hace falta una inmediata explicación del cambio en mi forma de ser, y ese motivo será que tú me dulcificarás el carácter. Como senadora Von Impyrean, ya eres un foco de atención ideológica. Esto no hará sino llevarlo un paso más allá. Lo que necesito es una oportunidad de hacer algo relevante para demostrar que estoy cambiando... un momento que sirva para ofrecerle a la gente un atisbo de cómo podría ser el imperio bajo mi mando cuando estoy sometido a *tu* influencia.

No dije nada. Aquella no era mi forma de hacer planes, mi forma de pensar. Él era la persona reflexiva con la cabeza llena de planes de gran trascendencia. Yo sabía actuar en el instante.

—¿Qué pretendéis hacer?

—Tengo que pensar en algo significativo que demuestre nuestra nueva dinámica. Algo que corra

como la pólvora, que la gente lo debata y repita en todas partes —se bebió de golpe lo que quedaba en su copa de vino, se levantó y se ajustó el blanco de la túnica sobre el brazo musculoso. Me ofreció una mano—. Deberíamos regresar al baile.

Dejé a un lado mi copa, le tomé la mano y sentí la fuerza de su sujeción cuando tiró de mí para levantarme.

Tyrus estudió mi semblante con detenimiento, un joven líder frío y distante, tan extraño para mí en su calma y sus movimientos medidos como yo lo era

para él en mis instintos y mi connatural agresividad.

—La próxima vez que estemos juntos en público tendré que besarte. He pensado que debería decírtelo con antelación para que no te sorprendas. No me gustaría acabar con el cuello roto.

La idea sí que me sorprendió. Por un instante, casi protesté, pero mi propia incomodidad me desconcertaba. Lo que él decía era lógico. ¿Por qué me iba a importar una muestra de teatralidad tan insignificante?

Aun así, pensé en advertirle.

—No me resultan naturales los gestos afectuosos que tan instintivos son para la mayoría de los seres humanos. No estoy segura de saber hacerlo.

—Némesis, si eres capaz de bailar así de bien, sabes besar —los labios de Tyrus temblaron en el esbozo de una sonrisa mientras sus ojos seguían el contorno de mis labios—. Un beso consiste solo en ajustarse al movimiento, al ritmo de otra persona. Sospecho que eso te resultará más natural de lo que jamás habrás soñado.

Por alguna razón, de repente me sentí incapaz de sostenerle la mirada. Fuera, en la bóveda, unas largas hileras de bailarines se entrelazaban como enredaderas centelleantes, y la belleza del baile fue la excusa perfecta para darme la vuelta.

27

Los siguientes días fueron un apabullante torbellino de actividad. Me bastó aparecer en la gala con el *successor primus* para alcanzar un nuevo estatus en el Crisantemo. Y empezó en cuanto el reloj marcó una hora decente a la mañana posterior. De pronto, mi intercomunicador comenzó a anunciar a toda una batería de visitas, tanto de la grandilocuencia mayor como de la menor.

—Credenza Fordyce para ver a Sidonia Impyrean.

—Ivigny von Wallstrom para ver a Sidonia Impyrean.

—Epheny Locklaite para ver a Sidonia Impyrean.

Y el anuncio iba siempre seguido de algún notable personaje junto con su séquito, que se aposentaban en las butacas de mi villa y me miraban fijamente con todo el descaro, a mí, a mis siervos, mis posesiones, mientras parloteaban en una charla intrascendente. El parloteo no me resultaba sencillo, de forma que me centraba principalmente en no devolverles aquellas miradas fijas de un modo que las incomodase. Cualquiera diría que estaban demasiado concentradas en promocionarse como para reparar en cualquier conducta por mi parte.

—¿Recordáis aquel foro de sociedad hace tres años, verdad que sí, mi noble señorita, cuando os

hice un comentario sobre vuestro avatar tan elegante? —dijo la noble Von Fleivert.

—Qué grupo de siervos tan apuesto y fornido —dijo Credenza Fordyce. Había insistido en desairarme hasta ahora, y parecía muy rígida en su nuevo papel de satélite—. Sinceramente, *debéis* decirme qué les dais de comer.

—Comida —respondí—. Comen comida.

—Comida. ¡Qué interesante! —dijo con voz de trino.

La miré. Ella me miró. Se espesó el silencio.

—Tengo que darles mucha más comida a los míos —dijo Credenza con una sonrisa crispada.

Aquellas visitas, sin embargo, no resultaron tan incómodas como cuando vino a verme el senador

Von Pusus, seguido de cerca por Elantra, que traía una sonrisa límpida y venenosa en los labios.

—... placer conocer a vuestro padre, mmm, hace veinte años. ¿O hace veintidós? —dijo el senador

Von Patus con su voz estentórea que retumbaba por toda la habitación.

—Veintidós, padre —dijo Elantra—. Eso me has contado.

—Sí, hace veintidós años. Los dos accedimos al liderazgo de nuestras familias al mismo tiempo —

el rostro del senador se relajó en una sonrisa—. Lo lamenté mucho al enterarme de lo que le había sucedido. Lo creáis o no, disfrutaba mucho de nuestros encontronazos en el senado. Y lamento profundamente que nos opusiéramos el uno al otro en las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo. Podríamos haber hecho grandes cosas juntos en diferentes circunstancias —carraspeó mientras se acariciaba la barba, corta y bien arreglada—. Lo que quiero decir, querida mía, es que sé cuándo dejar que las viejas disputas se olviden. Y puede resultar difícil formarse un juicio sin la orientación de un padre.

La sonrisa de Elantra era como de plástico.

—Mi padre y yo estaremos encantados de ser de ayuda.

—Sin duda —añadió el padre—. Aún sois muy joven, querida. No podéis haber tenido tiempo de aprender las sutilezas de detentar un cargo —hizo una pausa—. Por mencionar una, el trato con los excedentes en vuestro territorio. Solemos dar por sentado que aprenderán de nuestro ejemplo y verán las cosas a nuestra manera, pero con frecuencia pueden resultar difíciles. Vaya, hay casos incluso en que a algún granuja entre ellos le da por incitar a los suyos a que desafíen a los que están por encima de ellos, los convence de su derecho a tener más voz en los asuntos...

—¿Cómo la virreina Sagnau? —dije con tono agradable.

Tartamudeó y se calló. Los ojos de Elantra se dispararon cargados de despecho hacia su padre, como si ella le hubiera avisado ya con antelación de que aquello sucedería y él le hubiese hecho caso omiso.

Me daba igual si había roto algún tabú al llamar la atención de un senador y su heredera sobre la virreina que los había desafiado en su propio territorio...

la mujer que había acabado asesinada entre los enemigos grandílocuos del emperador.

Aquello solo podía haber sido obra del senador Von Pasmus. El emperador no tenía motivos para golpear a una simple virreina, fueran cuales fuesen sus opiniones. La madre de Neveni no podía haber supuesto ninguna amenaza a no ser que el senador Von Pasmus hubiese pedido de manera específica que fuera incluida en la gran purga.

El senador se irguió y recobró la dignidad.

—Esa provincia, Lámanos...

—Lúmina —le sopló su hija con mucha dulzura.

—Lúmina. Siempre tan problemática. Un planeta rocoso con una inusual capacidad para

autoabastecerse, de manera que a sus líderes les entran los delirios de grandeza. Esa tal Sagnau era una demagoga que engañaba a su pueblo. A la mayor parte de los excedentes los ciega la propaganda o son unos simples ignorantes que no ven lo mucho que necesitan al imperio y cómo se benefician del auspicio de la grandilocuentia —se inclinó más hacia mí con una mirada fría y penetrante en la iluminación de mi atrio—. Pero han recibido una seria lección. No hay planeta lo bastante seguro ni agujero lo bastante oculto como para escapar del alcance de la grandilocuentia. La fuerza es lo único que los excedentes respetan, y se acobardarán después de esto, escuchad bien lo que os digo.

Días después recibí una invitación para mi primera cena privada con la familia Domitrian.

Tyrus retiró una silla para mí ante la mesa en el salón del trono. El emperador aún tenía que unirse a nosotros. Su asiento continuaba vacío presidiendo la mesa.

Al acomodarme al lado de Tyrus sentí la nítida carga de la mirada de arpía de su abuela Cygna, que me evaluaba. Ella había nacido en otra rama de la

familia Domitrian en una época en que estos eran más numerosos y tenían una menor tendencia a morir jóvenes. Era la rama equivocada de los Domitrian. Lucían el emblema del agujero negro en lugar de los seis soles de la rama imperial de la familia.

Al no disponer de oportunidad ninguna de acceder al trono por sí sola, Cygna tuvo que recurrir a casarse con el heredero. Cuando su matrimonio con el emperador Lotharias se volvió turbulento, ella optó por gobernar a través de su hijo favorito, el actual emperador. Fue ella también quien planeó y organizó la purga de los rivales de Randevald von Domitrian al trono del imperio.

Para mi disgusto, Cygna estaba hoy acompañada por Sálivar y Devineé, ambos recuperados pero

ni mucho menos en su mejor forma. Lucían una sonrisa de cortesía, pero su rostro tenía un aspecto pálido y decaído, como si se les hubieran nublado los ojos y no viesen realmente la habitación que se

abría ante ellos. A Sálivar se le caía la baba por la comisura de los labios. Un siervo se acercó a limpiársela con un pañuelo de seda.

Tyrus se inclinó hacia mí y se encargó de que le vieran jugar con la joya que me pendía del lóbulo de la oreja. Sentí el calor de su aliento cuando me susurró:

—No recuerdan nada. Devineé no es capaz de hablar con claridad. A Sálivar todavía se le olvida su propio nombre.

—¿Tan serio es?

—El aliento de escorpión se ha de utilizar con mucha moderación. Con cualquier sobredosis se convierte en una potente neurotoxina.

Sentí una oleada de cruel satisfacción al volver a mirar a la sobrina del emperador y a su marido, al recordar lo que tenían pensado para Sidonia, lo que le habían hecho a Neveni. Trasteaban torpes con los cubiertos, se peleaban con la comida y les costaba un mundo rascarla del plato.

Tyrus le dio un golpecito a mi pendiente.

—Intenta no disfrutar con ello de una manera tan ostensible. A la abuela no se le escapa nada.

Cierto, cuando miré a la noble Cygna, me encontré con sus ojos clavados en mí. Y no se le había escapado mi satisfacción.

—¿Acaso os divierte ver las condiciones en que se hallan mi nieta y su marido, senadora Von Impyrean?

Me apresuré a responder.

—Jamás, eminencia. Si he sonreído, se ha debido únicamente a que he recordado lo amables que

ambos fueron conmigo antes de...

—Antes de su desgracia y de vuestra *total* pérdida de memoria.

Esta mujer había matado a aquellos de sus propios hijos que gozaban de su menor favor. No me

cabía la menor duda de que me mataría si alguna vez sospechase lo que le había hecho a Sálivar y a Devineé.

—Sí, eminencia —murmuré—. Qué noche tan trágica.

Un tic de impaciencia tiró de los labios de la noble Cygna.

—¿Y cómo es que os habéis relacionado con mi nieto, entonces?

Tyrus me cubrió la mano con la suya. Había una sutil tensión en cada parte de su cuerpo.

—Esa historia ya te la he contado yo, abuela...

—Desearía escuchar el cautivador relato de labios de la joven dama aquí presente.

Se me quedó la mente en blanco por un instante. Entonces recordé las burdas excusas que Tyrus me había dado al respecto de nuestra nueva relación.

—Me encontraba consternada tras los sucesos acaecidos últimamente, como sin duda

comprenderéis —tomé un sorbito de vino con el fin de darme tiempo para recordar la historia de Tyrus. Su mano permanecía sobre la mía, el pulgar me acariciaba la palma arriba y abajo, pequeños gestos teatrales para escenificar su supuesto afecto. Aquello me distraía, pero combatí el impulso de retirar la mano en el regazo, ya que eso tampoco se le escaparía a Cygna—. Su eminencia me encontró en mi desasosiego y me condujo a la *Alexandria*. Me distrajo con esas bellas antigüedades llamadas «libros», y una cosa llevó a la otra.

Se me ocurrió entonces sazonar la anécdota con una sonrisa hacia Tyrus con la esperanza de que

nadie reparase en la frialdad, la vacuidad de mis ojos. Él me sonrió a su vez.

—Ah, por supuesto —comentó Cygna—. Os conquistó la biblioteca. Sabe el Cosmos por qué Tyrus conservará esas cosas tan a mano, pero está claro que vos compartís el amor de vuestro padre por el conocimiento, entonces.

Unas palabras que entrañaban peligro. Estaba tratando de cazarme en un error.

—No, el conocimiento no es mi pasión, eminencia —dije enseguida—. Esos libros eran... muy hermosos.

—Ah, pero lo que contienen en el interior puede resultar de lo más peligroso —tomó un sorbo de

vino—. Todo ese deseo de aprender... no lo comprendo. Aprender es una manera absurda de emplear

el tiempo, si queréis que os diga lo que pienso, en especial cuando uno no tiene más que consultar a una computadora. Deberíais ser muy cuidadosa, senadora Von Impyrean. No desearéis acabar cayendo en las mismas díscolas

filosofías que vuestro padre.

Apreté el puño bajo la mesa.

—No, eminencia, no lo desearía.

—Lo que me sorprende —prosiguió Cygna— es que mi nieto se haya prendado de una Impyrean.

No tenía la menor idea de que sintiese tales inclinaciones. Estaba convencida de que coleccionaba esos libros como una excentricidad, y no debido a que valorase la curiosidad intelectual.

Era un interrogatorio peligroso, y Tyrus lo manejó bien. Se carcajeó y se echó hacia atrás para elevar la mirada al techo.

—Bueno, abuela, la verdad es que no tengo deseo ninguno de *leer* esos libros. Simplemente, creí que podrían contener las respuestas al respecto de por qué me hallo tan por encima del resto de los mortales. Son tantas las preguntas que me hago. ¿Por qué todo el mundo me mira sin quedar cegado por la luz resplandeciente de mi traslúcida naturaleza? ¿Por qué tengo yo acceso a la divina sabiduría del Cosmos, mientras los demás no son capaces de oír las mismas voces que yo? ¿Qué es lo que tiene mi humilde forma que me convierte en alguien tan por encima de la media? —se llevó mi mano a los labios sin apartar la mirada de su abuela. Sentí sus labios extraordinariamente cálidos en mi piel—.

Aquí, sin embargo, Sidonia von Impyrean bien que me ha proporcionado las respuestas.

Una leve ceja se arqueó en el rostro de falsa juventud de Cygna.

—Ah, ¿sí?

—Desde luego. Ella afirma que en realidad no soy el Cosmos Vivo que expresa su voluntad a través de mi humilde forma humana, sino que más bien soy el resultado de una creación cósmica como cualquier otra persona.

—Eso te lo he dicho yo en numerosas ocasiones —le soltó la noble Cygna.

—Pero, abuela, resulta mucho más convincente en la dulzura de su voz — alargó la mano y me pasó el pulgar por el labio inferior—. ¿No os lo he dicho ya, mi querida?

¿Acaso hacía falta que siguiese toqueteándome de esa manera? No obstante, cuando crucé una mirada con los ojos de Tyrus, entendí que se estaba limitando a llevar a cabo su plan: me estaba proyectando como una influencia que moderaba su locura. La noble Cygna se le quedó mirando boquiabierta por un instante, con la copa a medio camino de los labios.

—Bueno —dijo, recobrándose, y bebió con delicadeza—. Bueno, Tyrus, puedes contar con mi absoluta perplejidad.

Entonces supe que ella le creía.

Por supuesto que sí. Ella misma había dado crédito a aquella farsa del loco durante todos aquellos años. ¿Por qué no se iba a creer aquella nueva vuelta de tuerca?

Cambiaron las luces sobre nosotros y adoptaron una tonalidad dorada que transformó las finas tallas estarcidas de la pared en un deslumbrante tapiz de encaje. Hazard entró con paso firme. Al instante apareció el emperador, flanqueado por robots de seguridad y seguido por su otro diabólico, Anguish.

El emperador, me fijé, lucía una armadura de cuerpo entero.

—Hijo mío. Bésame —Cygna elevó su afilada barbilla.

El emperador mostraba una sonrisa rígida, granítica. Estaba claro que le sacaba de quicio el hecho de tener un poder supremo y continuar recibiendo órdenes de su madre. No obstante, respetuoso del decoro, se agachó para plantarle un beso en la tersa mejilla.

—Cuánto me complace ver que nos hallamos todos aquí reunidos —anunció al incorporarse. Al pasar por mí el recorrido de su mirada, sus labios adoptaron una sonrisita—. He de alabarte el gusto, sobrino querido. La senadora Von Impyrean es todo belleza. Me había estado pensando el volver a mi tono natural de piel, en especial desde que vi el cadáver de Enmity en

aquel redil de la mantícora.

Había una parte de mí, reivindicativa, rencorosa, que tenía ganas de restregarle por las narices al emperador mi parecido con la diabólica de la que él se había deshecho con tanta facilidad mientras yo tramaba su destrucción.

Sin embargo, no lo había hecho al temer que sus diabólicos estimarían excesivo la semejanza para deberse a algo distinto de una plantilla de ADN en común. En lugar de ello, había optado por un cabello de color rojo oscuro y la piel completamente blanca, lo mejor a juego con el tono rojizo natural del cabello de Tyrus. Ahora teníamos el aspecto de una pareja bien conjuntada.

Cuando los robots de servicio trajeron la cena, los drones de seguridad comenzaron a zumbear alrededor de la mesa en rotaciones circulares. Mientras tanto, como era costumbre, los demás miembros de la familia imperial se turnaron para ir probando la comida del plato del emperador antes de que él lo hiciese.

Prestó poca atención a la cata de Tyrus, me percaté, pero miró fijamente a la noble Cygna cuando esta cortó la más fina rodaja del succulento jamón. El emperador hizo un gesto negativo con la cabeza cuando sus asistentes fueron a darle su porción a Sálivar y Devineé.

—Casi resultaría piadoso que ingirieran un veneno a estas alturas, ¿no os parece? —satisfecho con que no hubiera nada en su comida que estuviese a punto de matarlo, la atacó con ganas.

—Un comentario vulgar. Todos deberíamos rogar por su recuperación. Tiene que haber algún robot médico mejor en alguna parte, ¿no crees? —la noble Cygna comía a base de minúsculos bocados y sin dejar de mirar a los robots de seguridad con desagrado—. Hijo mío, este ruido es intolerable. ¿Tienen que pasarse toda la cena dando vueltas a nuestro alrededor?

La sonrisa del emperador era gélida.

—Pero bueno, madre, no me puedes tachar de exagerado en las precauciones. Hace una semana tenía tres diabólicos, y ahora solo me quedan dos.

La imagen de Enmity devorada por la mantícora me invadió la mente. Tensé el puño en torno al

tenedor y combatí la tentación de saltar por encima de la mesa y clavárselo al emperador en el ojo.

Un tumulto cerca de la puerta me salvó de tal impulso. Los robots de seguridad del emperador zumbaron hacia la entrada, y Anguish se dio la vuelta con su fuerte musculatura en tensión.

El senador Von Patus entró dando largas zancadas, con el sonrojo en las mejillas y el pelo cano desordenado como por efecto de los tirones de unas manos frenéticas, y se arrodilló con cautela.

—Mis disculpas, vuestra reverencia suprema, por interrumpiros en la mesa, pero tengo noticias urgentes.

El emperador suspiró y se levantó para recibir al senador. Extendió las manos y le permitió presionarse la cara con sus nudillos. A continuación, intercambiaron unas palabras que ni yo pude distinguir entre el zumbido de los drones de seguridad.

Fueran las que fuesen, hicieron palidecer al emperador.

—Encontrad a esa chica. Traedla aquí. Esto no puede continuar —soltó, y regresó a la mesa con

paso decidido.

A mi lado, Tyrus se examinaba las uñas de manera ostensible, pero allí donde nuestros hombros se tocaban podía sentir el estado de alerta que le había invadido. Sálivar y Devineé continuaban babeando con la mirada perdida en los platos.

El emperador soltó una carcajada ponzoñosa.

—Esto es una delicia. Sinceramente, un ameno giro de los acontecimientos —se volvió hacia Cygna—. Lúmina ha declarado su independencia. Han expulsado de su sistema a todos los funcionarios imperiales.

A Cygna se le quedaron cenicientas las mejillas.

—No pueden hacer eso.

—Y sin embargo lo han hecho. Exigen, y digo bien, *exigen* el regreso de la hija de la virreina.

Neveni Sagnau.

Neveni. Lancé a Tyrus una mirada de apremio. Él continuaba mostrando un total desinterés, y no la captó.

—Les enviaré de vuelta a la chica —prometió el emperador—. Oh, sí, desde luego... Les mandaré

la cabeza en una caja.

28

Sentí un enorme nudo de ansiedad que se me aferraba a los pulmones. Iban a traer aquí a Neveni, con toda probabilidad, para su ejecución. La iban a matar justo delante de nosotros, y entonces... después, sin duda, continuarían con la cena con toda la calma del mundo.

Le clavé los dedos a Tyrus en el voluminoso bíceps. Me miró con expresión interrogante y las claras cejas arqueadas. Podía notar el calor ardiente de la mirada de Hazard en la nuca, pero los demás estaban distraídos: Anguish vigilaba la puerta con mirada depredadora mientras el emperador y su madre se habían retirado a un rincón a susurrarse con agresividad el uno al otro. De existir alguna posibilidad de salvar a Neveni, *debía* hablar con Tyrus: ahora, en privado. Tenía que conseguir que nos apartásemos de los diabólicos de algún modo. Su capacidad auditiva convertía en imposible la tarea de hablar con Tyrus allí sin que nos escuchasen.

Había otro modo.

Me incliné hacia Tyrus.

—Shh —le dije y le pasé la mano por la nuca, de un hombro al otro, tan

sorprendentemente musculados.

Frunció el ceño. Me observaba ahora muy de cerca, se me aceleró el pulso, el corazón comenzó a

latirme más deprisa. No estaba muy segura de cómo hacer aquello. Tenía que conseguir que fuera convincente.

Presioné los labios contra los suyos.

Durante un instante muy breve, se quedó muy quieto. Casi me desesperé. Apreté con más fuerza la boca contra la suya. «Entiéndeme. Entiéndelo ya».

Despacio, me acarició la cara con un leve roce de las yemas de los dedos, callosas, casi inquisitivas sobre mi mejilla. Y entonces, de pronto, pareció entenderlo. Tomó el control, sus labios se movieron contra los míos para suavizar mi beso, para hacerlo convincente. Sus labios acariciaron los míos y se desviaron por la mejilla hasta que me acarició la oreja con la nariz.

—¿Estás bien? —me murmuró.

Volví la cara hacia su pelo. Se había puesto alguna especia intensa.

—No —le susurré.

Acto seguido se apartó y puso una sonrisita de suficiencia. Me tomó de la mano y se levantó.

—La noble Von Impyrean y yo debemos... hablar entre nosotros un instante —dijo a las personas

que había en la mesa y no le escuchaban. A Hazard, cuya acerada expresión ni se inmutó, le lanzó un guiño lascivo.

Me llevó con él fuera del salón, a una antecámara cortinada e iluminada por una lumbre. Aquella sala estaba dispuesta para el esparcimiento posterior a la cena, surtida de bandejas de polvos de colores y ampollas de inhalables.

Tyrus me puso la mano en la mejilla y se inclinó más hacia mí, con una voz

apenas audible.

—Ya sé que esa tal Sagnau es amiga tuya, pero yo no puedo intervenir en esto.

—Tiene que haber alguna manera de salvarla —cerré el puño contra su túnica —. Si vos no podéis

hacer nada por ella, entonces nadie puede.

Tyrus me apartó de los ojos un mechón de pelo suelto y se fijó en cómo su propio dedo me iba

siguiendo el contorno del pómulos, presumiblemente para las cámaras de seguridad.

—Esto es importante para ti.

— *Sí*. Y si vos no intervenís, algo haré yo... ¡cueste lo que cueste!

Pareció meditar por un segundo antes de que una sonrisa surgiese en sus labios.

—Eres la inspiración personificada, Némesis. Vuelve ahora conmigo.

Me condujo de regreso al salón del trono, y yo fui tras él sin saber en absoluto lo que pretendía hacer, pero con la esperanza de que lo arreglase, de que consiguiese que funcionara. No me sentía cómoda confiando en que otra persona tuviese una participación activa en la resolución de algo que yo no podía solucionar.

Tyrus me acompañó hasta la mesa con una floritura y el pecho henchido de ese modo tan prepotente que adoptaba solo en momentos de locura fingida, con aquella sonrisa demencial de nuevo en los labios.

—¡Querido tío, he tenido una idea de lo más brillante!

Cygna soltó un bufido.

—Tyrus, no es momento para...

—Para ti, abuela, soy «vuestra eminencia», ya que soy el *successor primus* — Tyrus no apartó la atención de su tío.

La mano de Cygna apretó la copa, y los labios del emperador temblaron un segundo. Disfrutaba al ver cómo su heredero le faltaba al respeto a su madre... tal y como Tyrus, sin duda, habría previsto.

—Mi nuevo amor jamás ha puesto el pie en un planeta —prosiguió Tyrus— y, por supuesto, a mí

también me inquietan ciertos placeres de tipo planetario. Entrégame a mí a esa chica, la tal Sagnau, y yo resolveré la situación.

La noble Cygna soltó una carcajada.

—¿Lo harás? ¿Piensas resolver una rebelión inminente?

—Así es —Tyrus interpretó un grandioso saludo a su tío—. En el peor de los casos, el intento me proporcionará cierta distracción. Si la chica de los Sagnau no se muestra cooperadora, la decapitaré más adelante.

—Oh, sí, envíalo —brillaban como puñales los ojos de Cygna—. Esto nos resultará de lo más *distráido*, sin duda. ¡El loco, aplastando al excedente!

El emperador se echó hacia atrás en su silla con una sonrisa de indulgencia.

—Tyrus, Tyrus... Qué poco sabes acerca del poder y de cómo ejercerlo. ¿Qué podrás hacer yendo

hasta allí? El excedente respeta la fuerza. Nos están desafiando, así que la única respuesta es machacarlos.

—Lodo tío —Tyrus se arrodilló sin dejar de lucir esa enloquecida sonrisa tan opuesta con lo que estaba tratando de conseguir realmente—. Debes comprender que esta tal Sagnau es una joven muy

preciada por mi Sidonia, igual que Sidonia lo es para la chica. Creo que, con

la ayuda de Sidonia, se podrá convencer a la joven para que sofoque esta rebelión con el mínimo gasto para el tesoro. Si me equivoco, yo mismo cargaré con las consecuencias.

—¡Sí, claro! —la noble Cygna se incorporó en su asiento—. ¿Que tú aceptarás personalmente la responsabilidad? —miró a su hijo—. Envíalo. Tú lo elegiste como tu *successor primus*. Dale esta oportunidad de... —tenía la sonrisa propia de un gato hambriento, como si la perspectiva de que Tyrus se pusiera él solo en ridículo fuese demasiado deliciosa como para ocultarlo— de mostrarse como el hombre que en verdad es.

El emperador se pasaba un dedo por la barbilla, pensativo.

—Supongo que ahorraría ciertos gastos si Tyrus consiguiera persuadir a los luminarios de que se reúnan con él en persona. Es más, podría —le brillaron los ojos— hacerles *entrar en razón*. Querido Tyrus, te diré justo lo que deseo que les digas —el emperador me miró—. ¿Qué decís vos, senadora Von Impyrean? ¿Os consideráis capaz de utilizar a esa muchacha humilde para suavizar este repentino inconveniente nuestro?

No podía entender aún el plan de Tyrus, pero me reafirmé y pensé en lo mucho que Sidonia habría deseado evitar unas muertes innecesarias en una situación como aquella.

—Sí, vuestra reverencia suprema. Tengo la certeza de que podremos arreglar la situación.

Aparecieron los siervos y un enjambre de robots de seguridad con una Neveni Sagnau muy nerviosa entre ellos. Venía despeinada, con el rostro demacrado por el reciente duelo. Ella no contaba con el consuelo que yo obtenía de mis planes de acabar con el emperador. Ella solo contaba consigo misma.

Pero claro, quizá Tyrus también tuviese planes para ella.

—Señorita Sagnau —dijo el emperador—, vuestro pueblo se encuentra sumido en el caos.

Acompañaréis a mi sobrino y a la senadora Von Impyrean a vuestro planeta, Lúmina.

La esperanza prendió en su mirada. En ese momento reparé en la manera tan desesperada en que

debía de añorar su tierra.

—Sofocaréis a vuestro insurrecto populacho —dijo el emperador—, o seréis responsable de la muerte de todos ellos.

Aquello le borró de un plumazo la alegría del rostro. Y caí en la cuenta del peso de la tarea que Tyrus, Neveni y yo acabábamos de aceptar. Sería cosa nuestra salvar innumerables vidas.

29

Era el primer día de nuestro trayecto de dos semanas hasta Lúmina. Tyrus se encontraba de pie en mi habitación. Observando el vacío de luz estelar en el exterior de la *Alexandria*, que se había desacoplado del Crisantemo y había dejado un hueco aparentemente enorme en un costado de la *Valor Novus*. Mortífero estaba encerrado en la habitación contigua, y ladraba a través de la puerta cada cierto tiempo.

—¿En qué estáis pensando? —le pregunté.

Se le frunció la frente mientras cavilaba sobre sus planes al respecto de lo que se nos venía encima y giraban los engranajes de aquella mente tan ocupada. No perdió el equilibrio cuando la nave se sacudió al entrar en el hiperespacio y las estrellas se desvanecieron en el exterior. Entonces se dio la vuelta hacia mí.

—Soy famoso por mis blasfemias. Eso podría serme de ayuda en Lúmina. El excedente, como habrás oído, cree en buena parte en las religiones antiguas. Solo celebran los ritos helionistas cuando la grandilocuencia se lo exige. Sin embargo, si exagero mis simpatías por sus... blasfemias... serán otros los problemas con los que me toparé más adelante.

—Perderíais el futuro apoyo de la grandilocuencia.

—Exacto —se me quedó mirando entonces, en el momento en que estiré ambas piernas paralelas

con el suelo, como si se hubiera dado cuenta de algo—. Espera, ¿llevas todo este rato en equilibrio sobre las manos?

Ya que estábamos en mi habitación privada, había decidido que a Tyrus no le quedaría más remedio que aguantar mis ejercicios. Me había colocado en el suelo y había alzado las piernas en paralelo, guardando el equilibrio sobre los nudillos. En lugar de responder, recogí las piernas, las balanceé hacia atrás y me impulsé hasta hacer el pino.

—Qué fuerza tienes —murmuró Tyrus. Me rodeó con lentitud hasta que sus piernas volvieron a aparecer ante mi vista—. ¿Y esto no requiere esfuerzo por tu parte?

—Mínimo —me hacía sentir bien—. En realidad, he estado evitando el ejercicio físico desde que

ocupé el lugar de Sidonia. Gano musculatura con demasiada facilidad.

—Yo dedico dos horas todos los días a mantener mi fortaleza.

Así que esa era la explicación de sus brazos tan musculados.

—Cuánta dedicación por vuestra vanidad.

—Si se tratase del aspecto físico, habría hecho que un robot de belleza me los aumentase de tamaño. Hago ejercicio porque no deseo sentirme débil jamás.

Sorprendida, le lancé una mirada de soslayo. Comprendía esa inquietud demasiado bien, pero no

me esperaba que el heredero del emperador fuese a sentir lo mismo.

—Disponemos de muchas horas muertas por delante en este viaje —dijo Tyrus—. Me interesaría

mucho un combate de entrenamiento contigo en algún momento.

—Perderíais.

—Podemos establecer una ventaja. Atarte una mano a la espalda.

—Atadme las dos, que seguiríais perdiendo, vuestra eminencia. No deseo haceros daño, y os prometo que lo haría.

—Me arriesgaré.

—Si de lo que se trata es de poneros a prueba delante de un diabólico, deberíais saber que no soy una buena medida de la fuerza habitual de uno. Me han quitado mucha masa muscular.

Sonrió lentamente.

—Perfecto, entonces. Ahí tenemos ya nuestra ventaja.

—No es suficiente —le dije, y después titubeé—. Sigo siendo una diabólica.

Los robots me habían limado los huesos hasta darme la apariencia de una chica humana... pero jamás lo sería de verdad. Qué extraño que él diese la impresión de haberlo olvidado.

Más extraño aún, la idea me agradaba.

—¿Te niegas entonces a pelear conmigo? —me dijo.

Incómoda ahora, me impulsé en una voltereta y aterricé sobre los pies. Se le quedaron los ojos como platos.

—Qué bueno —me dijo como si hubiera llevado a cabo una gran hazaña.

—Muy bien —respondí. No era capaz de decir por qué me sentía tan enfadada de repente—. Si lo

que deseáis es probar el sabor de la derrota ante mí, no os lo negaré —sería para él una magnífica lección al respecto de lo que había en mis genes—.

¿Queréis que os dé una paliza ahora mismo?

Tyrus se echó a reír.

—No hasta después de los ritos. Será mejor que no parezca que Sidonia Impyrean me ha hecho respetar al Cosmos Vivo a base de golpes.

Sus palabras me dieron una idea.

—Eminencia —le dije al percatarme—. Donia es... —me detuve en seco al sentir un dolor en el pecho. Me tragué la emoción y me obligué a continuar —: Sidonia *era* muy devota. Cierto es que compartía el interés de su padre en las ciencias, pero también era muy fiel al respecto de la asistencia a los ritos.

Arqueó las cejas.

—Sí, eso he oído de ella.

—Entonces, ¿por qué no lo utilizamos? Habéis sugerido que yo interprete en público el papel de la influencia positiva sobre vos, así que, ¿por qué no hacerlo así? Podréis satisfacer a los luminarios con vuestra falta de fe, pero también satisfacer los caprichos de la grandilocuentia al asistir a los ritos ante *mi* insistencia. La grandilocuentia aceptará que seáis un blasfemo siempre que parezcáis dispuesto a convertirlos en un ferviente helionista cuando se os insta a ello.

—Muy inteligente —me dijo Tyrus con una amplia sonrisa—. Te verán convencerme para que asista a los ritos pese a mi falta de interés. Se correrá la voz entre los empleados de los Domitrian a bordo de esta nave y llegará a los oídos de la gente del Crisantemo... Más sobre la positiva influencia que Sidonia von Impyrean ejerce sobre el loco.

Así que eso fue lo que hicimos.

En una nave escasamente poblada, los ritos en la heliosfera eran un tanto extraños. El personaje de más alto rango siempre se situaba en el centro, el más cercano al vicario, y los de menor rango se distribuían en abanico. Esto situaba a Tyrus en el centro, solo, a mí sola en el siguiente anillo, y después a Neveni. En los anillos exteriores había, desperdigados, personal de servicio,

empleados y después los siervos.

En varias ocasiones durante el ritual, Tyrus se mostró inquieto e hizo ademán de marcharse. Cada vez, tal y como le correspondía a mi papel, rompía el protocolo, daba un paso al frente para ponerle

una mano en el hombro y «recordarle» de manera ostensible mi deseo de que se quedara.

A cada una de mis reprimendas, él respondía volviendo la cara por encima del hombro y sonriéndome con el fin de mostrarle a todo el mundo lo indulgente que era con su nuevo amor. Yo notaba las miradas de los empleados, fijas en nosotros y redactando ya en silencio los informes para quien fuera que los tuviese sobornados en el Crisantemo. Serían muchos los dispuestos a pagar por cualquier información recogida durante el viaje con el heredero de los Domitrian.

Neveni, por su parte, tenía la mirada perdida en el oscuro vacío, con los ojos vidriosos, callada e inmóvil.

Me acerqué a ella tras el ritual. Cuando salió al pasillo para dirigirse a su habitación, le pregunté si tomaría algo conmigo. Llevábamos sin hablar desde que le revelé mi relación con Tyrus, y eso me importaba más de lo que deseaba admitir.

Neveni no terminó de darse la vuelta por completo, y no me miró a los ojos.

—No tengo hambre.

Busqué algo que decir.

—¿Os complace, al menos, volver a vuestro hogar?

—¿Fuisteis vos quien intercedió por mí, Sidonia?

—Le dije a Tyrus que vos podíais ayudar en esta situación. Que podríais calmar el malestar.

Neveni soltó una carcajada de desesperación.

—Así que es cosa mía. ¿Y cómo voy a lograrlo? Mi pueblo sabe que el imperio y los helionistas se interponen en el camino del progreso. El imperio se lleva de Lúmina en impuestos más de lo que Lúmina obtiene del imperio. En realidad, ¿qué es lo que de verdad hace el imperio por nosotros?

¿Proporcionar seguridad? ¿Contra qué? ¡Nuestra mayor amenaza estratégica es el propio imperio!

¡El imperio con su decadente grandilocuencia y sus naves antediluvianas que van esparciendo el espacio maligno por doquier!

Miré a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie estaba escuchando aquella peligrosa charla.

—Y, encima de todo y por si fuera poco, el emperador va y asesina a mi madre, la mujer a quien

los luminarios eligieron como líder —a Neveni le temblaba la voz—. Es lógico que haya malestar. A mi pueblo se le ha privado del derecho de escoger su representación, se le ha arrebatado toda posibilidad de elegir. ¿Y se supone que yo he de decirles que no importa ninguna de sus quejas?

—No sé qué es lo que deberíais decirles —hablé muy despacio—. Pero sí sé que sois la única que

tiene una posibilidad de arreglarlo. El emperador no tiene piedad, Neveni. Arrasará el planeta antes de permitir que abandone el imperio.

—Lo *intentará* —un extraño brillo se apoderó de sus ojos—. Aunque ayude al emperador, nada le impide mandarme llamar de nuevo al Crisantemo y matarme igualmente. Nada le impedirá arrasarlo un tiempo después, cuando no estemos ya en estado de alerta. Ahora mismo, contamos con una posición de fuerza. Si abandonamos el imperio, otros planetas lo abandonarán también, lucharán con nosotros. No son muchos los incentivos que tengo para ayudar a vuestro amado Tyrus. Es más, voy a deciros algo muy personal —se inclinó hacia mí con una expresión desafiante en la cara—. No creo en la fe del helionismo. Creo que no tiene ningún sentido.

Sorprendida, miré a nuestra espalda, hacia la heliosfera, para asegurarme de que no había por allí ningún empleado de los Domitrian que nos pudiese escuchar.

—No creo que el Cosmos sea un ente vivo y divino que nos creó de manera intencionada —gruñó

Neveni—. Creo que el espacio es un vacío, que el Cosmos es materia y que *Dios* nos creó a nosotros.

Dios creó el Cosmos, también. Eso es lo que mi madre me inculcó —se le arrugó la cara—. No la

escuchaba con demasiada frecuencia, y si pudiera cambiar eso...

Se le quebró la voz, y tomó aliento temblorosa para recomponerse.

—Sidonia, fuera lo que fuese lo que hicimos juntas en el Crisantemo, por muchos eventos a los que asistiésemos, muchos atuendos preciosos que nos pusiéramos, o mucho dinero que vos me dierais, yo no soy una noble. Yo no soy como vos. Yo no nací ni crecí en el espacio, ni gocé del favor del imperio. Yo soy una de ellos. Pertenezco al *excedente* —escupió aquella palabra.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que la palabra —aquel término que tantas veces había

oído y repetido sin pensar— era una injuria. *Excedente*. Implicaba que la amplia mayoría de los seres humanos eran insignificantes e inservibles.

—Sé que jamás lo creeréis —le dije en voz baja—, pero no me importa que seáis una hereje. Nada

de eso me importa.

No obstante, estaba claro que esa no era la respuesta que ella buscaba.

—Hace dos semanas —me dijo con una sonrisa amarga—, me habría hecho muy feliz escucharlo.

Me habría sentido aceptada por la grandilocuencia. Como si aquel fuera mi sitio. Y eso era algo que yo antes deseaba. Cuánto me enfadaba con mi madre por... —se interrumpió con la boca torcida. Y

continuó—. Solía preguntarme por qué habría tenido ella que desafiar al senador Von Patus. Pero ahora lo sé. Ahora la veo tal y como ella era, Sidonia: una heroína. Voy a ser la hija que debería haber sido cuando ella estaba viva.

Me dejó allí sin mediar una palabra más.

La vi marchar y sentí el peso de una desazón en el pecho. En ningún momento se me había pasado

por la cabeza que se fuera a negar a ayudarnos. Ya no estaba segura de poder confiar en ella. Estaba demasiado furiosa, demasiado dolida, como para ser una jugadora predecible en esta complicada partida.

30

Al aproximarnos a Lúmina, redujimos la velocidad para dejar atrás con precisión la zona de espacio maligno que la implosión de una nave estelar había dejado allí varios años atrás. Tyrus se acercó a la ventana más grande de la *Alexandria* para poder observarlo con sus propios ojos.

Me uní a él con cierta curiosidad ante un fenómeno que parecía provocar tanto pavor en la gente.

La vista me sorprendió. El espacio maligno tenía el aspecto de una franja de luz en contraste con la inmensidad del paisaje estelar. Por mucho que tratase de convencerme de que estaba mirando a algo peligroso, me parecía una simple banda de energía resplandeciente, como una enorme llamarada solar. Eso le dije a Tyrus.

—Su apariencia es engañosa —señaló él—. ¿Esa luz? No procede del espacio maligno. Son los gases de hidrógeno de las estrellas que ha hecho trizas. La luz se ve atraída hacia las roturas...

devorada, podría decirse. Estamos viendo la muerte de sistemas solares

enteros, Némesis. *Esto* es lo que atemoriza a los luminarios. Se encuentran a tres años luz de aquí. Llevamos miles de años utilizando los mismos motores una y otra vez, y ahora nos hemos obligado a olvidar cómo funcionan siquiera. Eso de ahí es el resultado final de nuestra ignorancia: un problema que somos incapaces de resolver.

Volví a mirar a aquellas estrellas muertas que formaban de hecho una herida abierta en el espacio, luz en estado puro con unos bordes de un violeta pálido. Ahora, me parecía, sí podía ver algo terrible en ello. Era consciente de estar observando la mismísima aniquilación.

—Y pensar en todo el tiempo y el esfuerzo que hemos dedicado al perfeccionamiento de los placeres químicos y al culto a las estrellas —dijo Tyrus—. Y, aun así, esto sucede cada vez con mayor frecuencia, y nosotros nos limitamos a mirar para otro lado. Muchos de los grandilocuos harían caso omiso de esto hasta que no quedara ya un lugar donde huir, ningún espacio libre de esta malignidad.

Un deje de amargura se apoderó de su voz.

—Nosotros, en cierto modo, nos lo merecemos... pero todos los demás que van a sufrir a causa de

nuestros actos, ellos no. Si puedo detenerlo, debo hacerlo.

Se apartó de la ventana con una vena palpitándole en la frente.

—Ya he visto suficiente. No puedo seguir contemplándolo. ¿Te gustaría que volviésemos a entrenar?

Su resistencia me asombraba.

—¿Ya os habéis recuperado de la última vez?

—Agradecería una distracción.

La primera vez que Tyrus y yo combatimos, mantuve las manos juntas en la espalda. De inmediato se hizo evidente que habría sido mejor para él que me hubiese atado las piernas.

Se movía con velocidad para un humano normal. Me quedé impresionada con la fuerza que llevaban sus puñetazos, y de no haber sido lo bastante veloz para esquivarlos todos, estaba segura de

que podría haberme hecho perder el equilibrio.

Luego le propiné una patada circular en el pecho y oí el crujido de los huesos.

Tyrus salió volando por la habitación e impactó contra la pared con un feo golpe seco. Permaneció tumbado varios segundos, boqueando en busca de aire mientras se agarraba las costillas, antes de que los robots médicos respondieran a sus constantes vitales y se arremolinaran sobre él.

En cuanto a mí, el impacto me había dejado clavada en el sitio. Salí del trance en cuanto vi a los robots médicos.

—¿Eminencia?

Corrí hacia él y observé entre el enjambre de robots.

Sabía que esto sucedería. ¡Lo sabía! ¿Por qué había accedido a tamaña idiotez?

Una vez terminaron de inflarle el pulmón hundido y le cosieron las costillas lo suficiente como para que pudiese hablar, Tyrus se inclinó para toser sangre, se incorporó sin dejar de mirarme y se limpió la boca con el brazo.

—Eres extraordinaria.

—¿Qué? —aquella palabra se me escapó en un susurro de asombro. Me había quedado esperando,

horrorizada, pero en su voz no había sino admiración.

Escupió más sangre.

—Comprendo lo de la fuerza bruta, la velocidad, pero ¿dónde aprendiste la técnica?

Parpadeé. Por lo general me disgustaba cualquier pregunta sobre mi formación en los corrales, pero, ya que había estado a punto de matarlo, sentí que le debía una respuesta.

—Me proporcionaban ayudas visuales durante mi desarrollo.

—¿Qué significa eso? —hizo un esfuerzo para levantarse con un gesto de dolor mientras los robots seguían reptando sobre él a modo de grandes insectos, ocupándose de otras lesiones causadas por su vuelo por la habitación.

—Proyectaban holografías en los rediles —titubeé, ya que me costaba expresar en palabras unos

recuerdos como aquellos, que más valía olvidar—. Eran imágenes de personas llevando a cabo maniobras de combate. Yo las observaba. No había nada más que hacer. Me di cuenta de que, cuando las imitaba, me recompensaban.

—Recompensarte... ¿cómo? —Tyrus se quedó en cuclillas, dejó que los robots médicos

continuasen trabajando con él, y me miró con un ávido interés. El heredero reconocido del emperador, a quien había estado a punto de matar... esperando para escucharme hablar sobre *mí*.

—Una comida mejor —le dije con desconcierto. ¿Por qué le importaba mi historia?—. Una reducción del ruido.

—¿Ruido?

Asentí.

—Un zumbido muy desagradable. El volumen descendía por un tiempo si yo hacía algo que complaciese al patrón de los corrales.

—Eso es espantoso.

Sí. Lo había sido.

—Funcionaba —dije en voz baja.

Tyrus tenía el ceño fruncido.

—Por lo que sé, los diabólicos poseen una capacidad neuronal superior para reproducir los movimientos que han visto, pero no tenía la menor idea de que tal entrenamiento se desarrollase bajo coacción.

—Funcionaba —dije de nuevo y le ofrecí una mano. Tyrus la agarró e hizo un esfuerzo para

ponerse de pie.

—¿Repetimos? —me preguntó.

Me quedé boquiabierta, mirándole.

—¿Ahora? ¿Después de que casi os...?

—Me encuentro bastante mejor —dijo—. Ahora sé lo que puedes hacer, y estoy preparado. Vamos,

otra vez.

¿Acaso no había aprendido nada después de librarse por los pelos? Quizá estuviese loco de verdad.

Por fortuna, yo no lo estaba.

—No.

—Némesis, insisto.

Aquella mirada tan testaruda estaba empezando a resultarme muy familiar.

—No, a menos que os pongáis protecciones de seguridad —ya las había rechazado antes.

—Muy bien.

—Y no os daré patadas —añadí.

—No, eso no lo aceptaré. Tengo que aprender a encajar los golpes —se pasó la mano por la sangre seca que tenía en la frente, por su caída—. He aprendido solo la mayor parte del combate.

Nunca he tenido un compañero de entrenamiento dispuesto a arriesgarse a hacerme daño. Acepto encantado lo peor que puedas hacer.

Loco.

—Será mejor que no hagáis eso, eminencia, o acabaréis muerto.

Sin embargo, la insistencia y la convicción de Tyrus no se podían resistir durante mucho tiempo.

Al final accedí a pasar por un segundo asalto. En esta ocasión, y a pesar de sus exhortaciones, no di ninguna patada y permití que me alcanzaran varios de sus golpes tan solo para calibrar su fuerza. Era considerable. Uno de sus ataques me dejó incluso sin aire antes de que reaccionara, contraatacase de manera instintiva y le rompiese el brazo.

El rostro de Tyrus se quedó de piedra al tratar de ocultar el dolor mientras los robots médicos volvían a invadirlo: a ocuparse del brazo roto, el hombro dislocado, la costilla astillada, la nariz rota, los labios hinchados. Yo lo miraba apretando los dientes por la irritación.

—¿Ya estáis contento? —le pregunté.

A su risa le faltaba el aire.

—¿He conseguido hacer algún daño por pequeño que sea?

—Me duelen los nudillos de golpearos.

Sonrió, increíblemente feliz con todo aquello. Por fin se retiraron los robots médicos, y Tyrus puso a prueba el brazo restaurado.

—Y bien —dijo con un gesto de dolor—. ¿Una ronda más?

—¡No! —pensé con rapidez—. Estoy... cansada.

Le brillaron aquellos ojos llenos de entusiasmo.

—Por supuesto que estás cansada. Desde luego que no estás protegiendo mi ego porque me ves al

límite de mis fuerzas. No es necesario, Némesis, aunque te agradezco el gesto.

Me acomodé de rodillas a observar a aquel joven tan extraño. ¿Cómo era posible que yo fuese la

única que lo veía tal y como era? Inteligente, con una visión muy clara, resistente en extremo, dispuesto a encajar un golpe tras otro con la esperanza de que eso lo fortaleciera aunque nadie fuese jamás testigo de su valía.

La curiosidad era una extraña sensación. No tenía costumbre de experimentarla. Me carcomía por

dentro, hasta que acabé teniendo que preguntarle, por fin.

—¿Por qué, eminencia? ¿Por qué aprender a pelear conmigo? Tienen que preocuparos mucho más, sin duda, los venenos o los cuchillos por la espalda. La fuerza y el músculo no os protegen contra ellos.

Tyrus inclinó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared, meditando su respuesta. La pátina de pecas que le surcaba el rostro captaba la pálida luz que descendía sobre él. Su aspecto se rejuveneció mucho en ese instante, parecía mucho más joven incluso que sus diecinueve años.

—Los ataques pueden llegar de cualquier manera, y si muero, quiero que sea después de haberme

esforzado hasta el límite, después de haberme defendido con todo mi ser, y no después de encogerme por verme desvalido —sus labios adoptaron un gesto serio, su mirada se volvió a su interior—. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Seguro que ya conoces la historia.

—No —le dije. Era Sidonia la que estudiaba historia, no yo.

Levantó la mirada hacia mí. La desolación en su gesto me hizo lamentar mi ignorancia, me hizo

pensar que ojalá hubiera podido ahorrarle el volver a contarla.

—No fueron el sigilo ni el veneno los que acabaron con ella —me dijo—. Mi madre era muy prudente, muy precavida, muy cuidadosa. Estábamos haciendo una visita a un virrey, pero la abuela lo había sobornado en secreto. Una marea de gente asaltó nuestra villa. Mercenarios. No pude hacer nada.

El gesto amargo de sus labios me intrigaba.

—Por supuesto que no pudisteis —le dije—. Teníais ocho años.

—Por supuesto —dijo sin más. Después, pasado un segundo, se encogió de hombros—. En cualquier caso, hicieron con ella una carnicería, y yo me escondí —bajó la mirada al puño que tenía cerrado—. Me he estado escondiendo desde entonces, solo que de un modo distinto —una pausa—.

Debes de considerarme un cobarde.

—No —le dije sorprendida, pero él no alzó los ojos.

Alargué la mano con la intención de tocarle, pero aquel impulso me confundió, así que me contuve.

—Para mí resulta obvio —le dije lentamente— que hicisteis justo lo que era necesario para poder seguir vivo. Lo que no comprendo es por qué vuestra familia es tan...

—¿Asesina?

—Tan numerosa. ¿Por qué tuvo tantos hijos vuestra abuela, si pretendía después hacerles la guerra a todos salvo a un heredero? La matriarca Impyrean siempre decía que las familias imperiales modernas limitaban su descendencia para evitar este problema.

Tyrus suspiró.

—Eso fue cosa de mi abuelo. Tuvo una vida breve, solo tenía noventa y tres años cuando falleció, pero insistió en tener tantos hijos como fuera posible. Algún tipo retorcido de orgullo masculino, creo yo. Mi abuela solo consintió engendrar un hijo, y ese fue Randevald, así que el abuelo le hizo extraer los óvulos y creó más hijos sin su consentimiento. La única limitación era que él insistía en que naciesen de manera natural utilizando vientres humanos en lugar de incubadoras, por fortuna, porque de lo contrario habríamos tenido que tratar con un centenar más de miembros de la familia Domitrian. En cuanto la edad comenzó a debilitarlo, la abuela inició una purga de toda aquella descendencia que podía competir con las aspiraciones de Randevald al trono.

—Pero el emperador desconfía de ella. Yo misma lo he visto. Ella lo situó en el poder, y él la teme.

Tyrus esbozó una sonrisa mientras el último robot médico le terminaba de sanar un gran corte en el pecho.

—Después de ver a un escorpión matar a decenas de personas a base de picaduras letales, resulta

difícil considerar a ese escorpión un aliado. No puedes evitar pensar que a continuación se volverá contra ti. Esa es una de las razones por las que Randevald nunca se ha casado, nunca ha engendrado sus propios hijos. Teme que gozasen de un mayor favor que él ante la abuela, lo cual le situaría a él en la misma senda que siguieron los demás miembros de nuestra familia.

—Y por eso el emperador os otorga a vos su favor.

Tyrus asintió.

—La abuela me desprecia. Sobreviví lo suficiente para ganarme la confianza de mi tío, y, gracias a mi demencia, he conservado esa confianza y su protección. Ella no se atreve a atacarme, no ahora mismo. No, a menos que cometa un error y me postule de una u otra forma como una amenaza contra mi tío. En ese caso, él podría permitirle acabar conmigo. Tal y como están las

cosas, él me apreciaba porque soy su baluarte contra ella.

Lo estudié, asombrada. Era evidente la bendición que había supuesto para mí el carecer de la carga de una familia. Para mí, lo más cercano a un pariente de ADN eran mis colegas diabólicos.

—Así que entiendes por qué quiero pelear contigo, Némesis —dijo Tyrus—. Si tú eres una amenaza terrible en el combate, entonces acepto encantado cualquier desafío que proceda de ti.

Aprender de los más peligrosos no puede sino acabar haciéndome más fuerte.

Sus palabras prendieron una extraña llama en mi pecho. Nadie aparte de Donia había apreciado lo que yo tenía que mostrar y enseñar, en lugar de cómo podría servir.

—Haré cuanto esté en mi mano —le prometí.

Y, durante el resto del viaje por el hiperespacio, mis días se convirtieron en una rutina. Rituales en la heliosfera, alguna comida que otra con Neveni cuando se encontraba con ánimo para tener compañía, que no era lo habitual. Un poco de ejercicio con Mortífero, corriendo por la nave para quemar el exceso de energía que tenía el perro. Después, quedar con Tyrus y pasar la tarde peleando.

Siempre le daba ventaja. En ocasiones utilizaba bandas elásticas para limitar mi rango de movimiento. Insistía en que Tyrus se cubriese el cuerpo con protecciones. A veces le daba un arma, y me enfrentaba a él con las manos desnudas. Con el paso de los días, Tyrus iba necesitando cada vez menos ventajas.

No se trataba de que su fuerza se situase a la altura de la mía. Lejos de eso, era que había empezado a descifrar cómo me movía yo, cómo afrontaba el combate. Me veía venir. Un día en que nos pusimos unos exotrajés de manera experimental con la idea de aumentar nuestra fuerza mucho más

allá de la capacidad de los humanos normales —tanto más allá que la diferencia entre mi fuerza y la de Tyrus se volvió irrelevante—, me derrotó.

Acabé sujeta contra el suelo, con el metal que le revestía el brazo aplastándome el mío, sus piernas recubiertas de metal atrapaban las mías, con Tyrus encima pero demasiado lejos para alcanzar a propinarle un cabezazo.

Valoré con detenimiento mi situación y tuve que admitirlo.

—Me rindo.

—¿Rendirte? ¿En serio? —me miraba atentamente, con el jadeo de su respiración sonando ronco

en aquella sala.

—Me habéis derrotado, vuestra eminencia.

—Vaya. Bueno... Quién se lo iba a imaginar —me liberó y se levantó. Esta vez fue su mano la que

se extendió y agarró la mía para levantarme—. Némesis, en privado llámame Tyrus.

—Tyrus —repetí, y el nombre me resbalaba torpe en la lengua.

—Eso es —no dejaba de sonreír allí de pie, más alto que yo, mirándome con un placer que aún le

iluminaba el rostro—. Sin el exotraje, por supuesto, jamás habría vencido.

—Por supuesto que no.

—Némesis —dijo de todo corazón—, muchas gracias.

Ahora me tocaba a mí sonreír. Durante nuestro viaje, Tyrus había practicado a solas sus habilidades en el combate tanto como lo había hecho conmigo. No estaba segura de haberle enseñado tanto como él suponía. Aun así, aquel respeto tan transparente me reconfortó de igual modo. Qué placer tan peculiar era sentirse importante, con talento. Era gratificante que te necesitaran.

Me sentí absolutamente cortés al bajar la cabeza de manera solemne y

decirle:

—De nada... Tyrus.

Esa noche, después de regresar a mi alcoba e inspeccionar las magulladuras que me salpicaban la piel, se me pasó por la cabeza que no había pensado en Donia durante varias horas, que durante días no había sentido aquella necesidad de gritar y de venirme abajo.

Y no era solo porque tuviese el consuelo de la venganza.

No, era algo más que eso. Cerré los ojos, la imagen de aquella llamarada pálida de luz me ardía bajo los párpados. El espacio maligno. Ahora veía la verdadera amenaza que Tyrus deseaba conjurar.

La aniquilación aguardaba en el curso actual que llevaba la humanidad, estaba lista para consumir, para destruirlo todo.

Yo podría tener mi propio papel a la hora de detener aquello.

Sí podría. Una diabólica. Un ser hecho para vivir y morir por una sola persona, y aun así mi vida podría influir en el destino de billones.

Doblé las rodillas desnudas, hundí la cabeza en ellas y susurré unas palabras que jamás serían oídas.

—Gracias, Tyrus.

Aún amaba a Sidonia, pero aquellos primeros años de mi vida con ella los había escogido para mí otra persona.

A partir de aquí, decidiría por mí misma. Deseaba ayudar a Tyrus en sus aspiraciones al trono... y enfrentarme a una amenaza muy real. Aquel era mi nuevo propósito, mi nuevo sentido, y eso hizo que vivir me volviese a merecer la pena.

31

La sacudida al salir del hiperespacio me despertó de golpe de un descanso

llo de sueños inquietantes con la matriarca regañándome por haberme olvidado de Sidonia. Las turbulencias hicieron que Mortífero comenzara a ladrar nervioso. Me levanté de la cama para tranquilizarlo, levanté la vista hacia la ventana y sentí que me daba un vuelco el estómago.

El planeta Lúmina era grande, mucho más grande que cualquier otro cuerpo que yo hubiese visto

en el espacio. Nos sumergimos de manera intencionada en su campo gravitatorio. Había continentes, océanos violáceos y remolinos nubosos en blanco y gris. La nave se sacudía a mi alrededor conforme nos aproximábamos más y más, y el intenso violeta de la atmósfera no tardó en rodearnos.

No me había dado cuenta de la fuerza con que mis dedos agarraban la piel de Mortífero, hasta que me mordisqueó la mano. Lo solté, con el frenético y fuerte latido del corazón en el pecho, y me obligué a alzar de nuevo la mirada hacia la ventana, donde el violeta de la atmósfera se hacía cada vez más intenso.

En la distancia, surgieron ante mi vista los grandes picos nevados de las montañas, y la gravedad a mi alrededor cambió cuando la nave anuló su sujeción gravitacional para depender únicamente del anclaje que nos proporcionaba la atracción de la masa planetaria. Una desconcertante sensación de ligereza se apoderó de mí. Surgieron a la vista los edificios, y la nave se abrió paso hasta el suelo.

Un silencio sepulcral me envolvió cuando se detuvieron los motores.

Nos encontrábamos en la superficie de Lúmina.

Jamás había estado en un planeta. Permanecí sentada junto a Mortífero, recorriéndole las matas de pelo con los dedos, con una sensación de náuseas. Todo cuanto podía ver era el espacio vacío sobre aquel planeta, con sus rayos cósmicos y sus mortales asteroides, sin muros de naves estelares ni campos de fuerza que nos protegiesen de tales peligros, tan solo una diminuta capa atmosférica y un campo magnético.

¿Cómo podía soportar la gente vivir en los planetas con unas defensas tan míseras? Cada día que se pasaba en un planeta suponía una exposición a las radiaciones, a la dañina luz de las estrellas, a unos microorganismos letales. El impacto de un asteroide con el tamaño suficiente mataría a todos los habitantes de este planeta... y, aun así, el excedente lo soportaba encantado. Lo disfrutaba, incluso.

Mi puerta se deslizó y se abrió. Entró Tyrus.

—He hablado con los representantes de los rebeldes. Han accedido a emprender negociaciones.

Nos alojaremos en la capital.

—¿No nos vamos a quedar aquí? —le dije con brusquedad y me levanté de un salto.

—No. Nos quedaremos en el complejo de dignatarios. Es un gesto de confianza, Némesis. Pero dejamos a los siervos. Ya conoces los sentimientos que despiertan en los excedentes.

Me sentí anclada al suelo por un segundo, pero Tyrus ya se marchaba tranquilo por el pasillo, así que me obligué a ponerle la correa a Mortífero y le seguí.

Descendimos por la pasarela de la nave y bajé la mirada a mi sombra, horriblemente consciente del vasto, infinito espacio que se abría sobre mí. La atmósfera era aquí más ligera de lo normal, de

modo que tuve que pisar con mayor levedad para evitar dar saltos. En cuanto inhalé el aire de la superficie, creí quedarme sin aliento. Había tantos aromas, olores extraños, y el aire era cálido y húmedo como una gran boca abierta. Por la piel me reptaba la mugrienta sensación de estar expuesta a incontables bacterias, y aun así Neveni casi se puso a bailar al salir corriendo de la nave.

Había dignatarios esperándonos, y Neveni se lanzó entusiasmada en los brazos de alguien.

—¡Papá!

El hombre la abrazó con afecto, y yo me detuve justo detrás de Tyrus. Por un instante, fue como si el mundo se sumiese en la oscuridad a nuestro alrededor, y cuando alcé la mirada, vi que una masa grisácea de vapor de agua impedía el paso de los rayos del sol.

—Deberíamos entrar antes de que se ponga a llover —dijo uno de los dignatarios, que lanzó una

fría mirada a Tyrus.

Me puse en alerta. Mis ojos deambulaban de un rostro al siguiente percibiendo unos niveles similares de desagrado, desconfianza e incluso odio en los gestos de los dignatarios. A Tyrus le supondría una difícil tarea convencer a aquella gente para que confiase en él.

El padre de Neveni, ahora en posesión de su hija, fue quien le lanzó la mirada más maliciosa a Tyrus, el vástago de la familia que había asesinado a su mujer.

Tyrus era demasiado listo como para pasarla por alto, pero sonrió con una expresión de insulsa amabilidad, siempre actuando.

—Estoy de acuerdo. La vida planetaria es una novedad para la senadora Von Impyrean. Me da la sensación de que el mal tiempo sería pedirle demasiado en su primer día.

La sangre se me subió a las mejillas al darme cuenta de lo transparente que había sido mi incomodidad, pero cuando Tyrus me ofreció una mano sin mirarme, advertí que quizá no fuese más

que su excusa para salir de aquel momento tan desagradable.

Agarré su mano y dejé que tirase de mí.

—Cielo, te enviaré a casa —le dijo el padre de Neveni a su hija.

—Considero que sería mejor que la virreina interina Sagnau se quedase —intervino Tyrus.

Los dignatarios que nos rodeaban se quedaron mirándolo con diferentes niveles de desprecio.

—No es titular de un cargo electo —dijo uno—. Tal vez los aristócratas sitúen a niños en puestos de autoridad, pero aquí tenemos leyes.

—Sin embargo, ella es la única representante de vuestro sistema cuya autoridad goza en estos instantes del reconocimiento de mi tío —dijo Tyrus—. Mi tío no reconocerá la validez de ninguna negociación en la que no esté presente la señorita Sagnau.

Un murmullo airado acogió aquella declaración. Neveni dio un paso al frente.

—Asistiré.

—Neveni... —empezó a decir su padre.

—Me he pasado meses en el Crisantemo entre la grandilocuencia —le respondió ella con dignidad

—. No hay razón por la que no deba escuchar mientras se decide el destino de mi planeta. Papá, por favor, deja que me quede.

Tomó la palabra uno de los dignatarios.

—En ese caso, comenzaremos de inmediato, eminencia. ¿Nos permitís acompañar a vuestra amada

a sus aposentos?

Lancé una mirada muy atenta a Tyrus. ¿Era inteligente permitir que me separasen de él? ¿No me

había traído con él para que le protegiese?

Lo valoró un instante, y pareció tomar una decisión al respecto de algo. Me miró a los ojos y me hizo un leve gesto negativo con la cabeza para indicarme que debería hacer tal y como ellos

deseaban.

—Querida mía, descansad.

El recelo rugía en mi interior. Me parecía un error. Aun así, me di la vuelta para seguir los pasos de mi escolta. En el último instante, Neveni se acercó a mí y me abrazó.

—Gracias por traerme a casa, Sidonia —me susurró al oído—, espero que sepáis que, pase lo que

pase, aprecio vuestra amistad.

Más tarde, a solas en mi alcoba, la expresión que más me preocupó fue la de «pase lo que pase».

Tyrus no regresó en toda la tarde, y yo me recorrí entera el ala residencial del complejo de dignatarios tratando de no pararme a pensar en el cielo abierto al otro lado de la ventana. Allí dentro me sentía un poco menos incómoda, y aun así tenía una nítida consciencia de lo contaminada que estaba la vida planetaria y de cuánta radiación cósmica estaba absorbiendo mi cuerpo cada segundo que pasaba allí.

Resultaba extraño pensar que los humanos primitivos tuvieron su origen en un lugar semejante. Y

sobrevivieron.

Mortífero captó mi inquietud y se agitó. Allí dentro no había ningún sitio donde pudiese llevarlo a evacuar los intestinos, así que, siguiendo las instrucciones de uno de mis asistentes —un luminario con la cabeza entera cubierta de pelo que me miraba con desconfianza y respondía con monosílabos

— lo volví a sacar al exterior de mala gana.

El cielo estaba negro ahora, sin estrellas visibles, las únicas luces procedían de los edificios distantes y de las lunas que de vez en cuando se asomaban desde detrás de la densa cobertura de nubes. Unas luces doradas iluminaban

un sendero que atravesaba un jardín espeso, diferente a cualquier otro que yo hubiese visto. El musgo ascendía por los árboles, y se diría que devoraba las ramas, y las hojas muertas crujían bajo mis pies. Era como si las ramas y las hojas de las plantas estuvieran enredadas y enzarzadas en un combate cuerpo a cuerpo.

Había numerosos jardines en el Crisantemo y en la fortaleza de los Impyrean, pero todos ellos eran artificiales, elementos cuidadosamente diseñados. Estos habían crecido por sí solos, con esporádicos arreglos florales artificiales como únicos toques de intencionalidad, salpicados aquí y allá. Todas las plantas parecían en guerra las unas con las otras, luchando por el espacio, la luz del sol. Era un caos. Entre aquello y la humedad del aire, no podía entender que la gente viviese con tal impredecibilidad.

Y entonces me cayó una gota en la piel.

Mortífero agachó las orejas y gruñó. Me quedé petrificada. Más gotas me cayeron en la piel y supe que su origen debían de ser aquellas nubes vaporosas que había sobre nosotros. Lluvia. Había oído hablar de aquel fenómeno. Los jardines de la fortaleza de los Impyrean contaban con unos aspersores diseñados para simular la lluvia. Y entonces fue como si alguien hubiese abierto un grifo. El agua comenzó a caer a mares a nuestro alrededor, como de un millón de fuentes minúsculas. La inesperada ducha me cazó por sorpresa, y mientras tiraba de Mortífero de regreso a la villa, el viento empezó a soplar y a meterme el agua en los ojos.

Espantosa existencia, espantosa. Sutura nu Impyrean tenía razón, aquello era...

Una luz cegadora partió en dos un árbol, y se produjo un estruendo ensordecedor.

Una explosión. ¡Nos estaban atacando! Me tiré al barro, y se me cayó de la mano la correa de Mortífero. Levanté los ojos entornados contra la fuerte lluvia, vi otro resplandor que prácticamente iluminó la noche entera y sonaron más rugidos de aquellos que hacían temblar el suelo. Mortífero

echó a correr aullando de terror.

El corazón se me salía del pecho, porque jamás había visto tal caos. Podía derrotar a cualquier atacante individual, pero aquellas armas eran demasiado poderosas para plantarles cara. Por un momento no supe qué hacer. Las preguntas se me sucedían en la cabeza. ¿Quién nos atacaba?

¿Procedía del espacio? ¿Vendría de alguna otra parte? ¿Qué suerte de armamento era aquel? ¿Quién era el objetivo del ataque?

Tyrus.

Por supuesto. ¡Tyrus!

Pensar en él me produjo una corriente de pánico. ¡Tenía que ir a buscarle! Me puse en pie de un salto. Era como si el viento me diese latigazos en la cara, los árboles que me rodeaban se retorciesen de dolor y el agua me acribillase la piel, y aun así, lo único en lo que podía pensar era en que había permitido que nos separasen y que aquellos luminarios le podrían estar haciendo lo que quisieran en medio de aquel ataque.

De alguna manera lo protegería. Encontraría un lugar para ponerlo a cubierto.

Di con él nada más entrar en la cámara del consejo diplomático. Me lanzó una mirada de asombro, vio mi vestido embarrado y mi expresión frenética, se abalanzó y me rodeó en sus brazos.

—Amor mío, ¿qué os sucede?

—Tyrus, ¿os han alcanzado?

Retrocedió.

—¿Qué os ha pasado a vos?

—Se está produciendo un ataque —le recorrí el cuerpo en busca de heridas. Se le tensaron los músculos bajo mi tacto—. ¡Tenemos que buscar un refugio ahora mismo!

—¿Qué tipo de ataque?

—Armamento, desde arriba. No sé de qué tipo. Resplandece brillante en el cielo. ¡Escuchad! ¡Ahora se oye! —di un respingo cuando el rugido lo invadió todo.

Por un instante, Tyrus se me quedó mirando sin más. Acto seguido se echó a reír.

¿Qué había de divertido en todo aquello?

—Mis disculpas, mmm, Sidonia —me tomó la cara entre las manos—. Se me olvida que no tenéis

experiencia en la vida planetaria —bajó la voz cuando alargó la mano para apartarme de la cara los rizos húmedos—. Y que no habéis tenido la formación necesaria para entender lo que habéis visto. Os ha debido de aterrorizar —echó un vistazo sobre el hombro para dirigirse a los dignatarios con quienes había estado negociando—. ¿Podemos hacer una pausa? Hay algo que debo enseñarle a mi amada.

Se miraron tan confundidos como yo lo estaba. Tyrus, sin embargo, se mantuvo tranquilo, imperturbable, y cuando accedieron a hacer una pausa, me tomó la mano debajo del brazo y la cubrió con la suya como si yo fuese algo frágil que necesitara que la orientasen. Era un gesto tan extraño que no supe cómo me debía sentir al respecto. Me acompañó de vuelta al exterior.

Me acerqué más a él, porque Tyrus podría estar relajado al respecto de aquellos peligros, pero yo no. Estaba lista para tirarlo al suelo y protegerlo a la primera señal de que su confianza fuera un error. Los disparos de aquel armamento continuaban iluminando el cielo, pero cuando se los señalé, Tyrus hizo un gesto negativo con la cabeza y se resistió a mis esfuerzos por llevarlo de nuevo dentro.

—Eso no son armas. ¿Confías en mí?

Lo valoré. Confiaba en él en la medida en que era capaz de confiar en alguien. Asentí.

Tiró de mí y nos adentramos en la lluvia. Allí de pie, juntos, entre los

resplandores y los rugidos, señaló al cielo.

—¡Son fenómenos meteorológicos! —me dijo a gritos por encima del estruendo—. Estamos en plena tormenta. Esos relámpagos no son disparos, sino descargas eléctricas naturales que se llaman

«rayos». Esto forma parte de la vida planetaria.

—¿Estos rayos son normales? —me quedé boquiabierta ante aquellas cegadoras ramificaciones de

fuego. Había oído hablar de la lluvia, pero ¿de relámpagos eléctricos?—. ¿Y la gente vive con esto?

Pero... ¡si he visto un árbol partido por la mitad! ¡Es peligroso!

Un fuerte viento se levantó sobre nosotros y le alborotó el pelo mientras se reía.

—Sí, los rayos tienen su peligro. No lo niego. Pero también hay belleza en ellos, ¿no?

Me di cuenta de que le estaba apretando la mano con más fuerza, tratando de ver aquellos fogonazos como él los veía. Sí, quizá hubiera en ellos una cierta majestuosidad. Iluminaban la bóveda celeste y revelaban los oscuros bancos de nubes.

—Sí —dije por fin con un cosquilleo que me recorría la piel. Era bello. Qué extraordinario, qué extraño.

Miré a Tyrus y me sobresalté. Me estaba mirando a mí, no al cielo. Tenía el pelo empapado, pegado a la cabeza. Le corría el agua por la marcada mandíbula y se despeñaba por el hoyuelo de la barbilla.

Se me ocurrió algo raro: ahora que había aprendido a ver la belleza, quizá pudiese distinguirla en cualquier otro sitio, incluso, tal vez, en el rostro de otra persona.

Tragué saliva y miré para otro lado. La lluvia seguía cayendo sobre nosotros,

pero habían remitido ya mis peores miedos, y percibí otras sensaciones: el vestido pegado a las extremidades, mojado y pesado; la piel de Tyrus, tan cálida y húmeda contra la mía. Con el rabillo del ojo capté el temblor de sus labios, una sonrisa que contuvo de inmediato.

¿Se estaba burlando en silencio de mi ignorancia?

—¿Qué pasa? —le pregunté con cautela.

Levantó la mano y me la pasó por el pelo mojado para quitármelo de los ojos.

—No se me había ocurrido que algo pudiera preocuparte. Creí que los diabólicos... no sentían miedo.

—Así es —le dije, pero en cuanto pronuncié aquellas palabras, reconocí su falsedad. Me habían entrenado para aparentar que no sentía miedo, pero yo jamás había llegado a superar realmente esa sensación.

Me acarició el brazo con la mano.

—De todos modos, siento mucho no haber estado aquí antes para explicártelo.

Su expresión me resultaba rara. Al momento advertí que era ternura lo que veía en sus ojos, una mirada verdaderamente desprotegida que procedía de un joven que siempre estaba alerta a cualquier peligro. Seguía acariciándome el brazo, y caí en que estaba tratando de reconfortarme. *A mí.*

Él ya sabía lo que yo era. Y, aun así, trataba de reconfortarme igualmente.

Miré a nuestra espalda, pero no vi a nadie observándonos. Aquello no era una muestra de afecto de cara a la galería. Estaba intentando reconfortar a una diabólica, sin más.

Es más, él sabía que había mentido al respecto de no sentir miedo, pero no me juzgaba por ello.

Un extraño nudo se me formó en la garganta. Me froté el cuello, pero la sensación no se me pasaba.

Dejó de llover, y los relámpagos cesaron.

—Tengo que encontrar a Mortífero —murmuré.

Caminamos sincronizados en un cordial silencio. Las lunas salieron por fin de detrás de la espesa cobertura de nubes y proyectaron unos jirones de luz plateada por todas partes, centelleando en las gotas que aún se aferraban a las exuberantes y verdes enredaderas. «La belleza», volví a pensar.

Salvaje y descontrolada, como los relámpagos. No sabía si la admiraba o si desconfiaba de ella.

El rostro cansado de Tyrus captó entonces la luz, y pensé en esos tensos dignatarios a los que había dejado.

—Puedo encontrarlo sola —le dije—. No hace falta que me acompañes.

—Estaba deseando un descanso. Además, preferiría que esa criatura no hiciese daño a ningún habitante de este planeta. No beneficiaría a las negociaciones.

—¿Cómo están yendo las cosas?

Sus labios sonrieron, pero no lo hizo el resto de su semblante.

—Se muestran escépticos. Algo natural, por supuesto. Con ese espacio maligno tan cerca, les preocupa quedarse sin planeta de aquí a unas décadas. La grandilocuencia no hace caso de sus inquietudes. La sugerencia más útil del senador Von Pasus fue que considerasen la posibilidad de evacuar el planeta... Los luminarios están furiosos con el tema. Me enfrento a varios muy reticentes, pero tengo la esperanza de que podamos alcanzar un acuerdo. Tu amiga Neveni continuará siendo virreina, pero solo de nombre. Ellos se retractarán de su declaración de independencia por ahora, hasta mi ascenso al trono. Y entonces, una vez sea yo el emperador, revisaré las políticas sobre la educación científica, y ellos tendrán acceso a todo aquello que podamos recuperar que pudiera ser de ayuda para contener el problema.

—¿Y aceptarán el trato?

Tyrus apartó la mirada con alguna preocupación frunciéndole el ceño.

—Espero que sí. De lo contrario, nos he puesto a ambos en manos hostiles.

¿Hostiles? Le miré fijamente, con el deseo de que me mirara a los ojos y hablase con sinceridad.

¿Hasta qué punto eran hostiles?

—Ahí está tu perro. Rápido —dijo Tyrus, que arrancó al tiempo que daba una palmada.

Henchida de alivio, eché a correr detrás de Mortífero, y la cuestión de las negociaciones de Tyrus retrocedió por un instante a un segundo plano en mi cabeza.

32

Los rayos y los truenos regresaron en varias ocasiones a lo largo de la noche, alterándome el sueño.

Cada vez que se reiniciaba el estruendo, me incorporaba de golpe y con el pulso alterado, durante unos instantes convencida de que estábamos sufriendo un ataque. Acto seguido, la consciencia me recordaba las palabras de Tyrus. Rayos, solo son rayos.

Después de un sueño tan errático, no me desperté de inmediato cuando alguien entró en la alcoba incluso después de que Mortífero hubiera empezado a ladrar desde su redil. Los asistentes que tenía asignados habían estado entrando y saliendo durante mi estancia, aunque me habían empezado a evitar cuando abordé a uno de ellos el día anterior, mientras trataba de localizar a Tyrus.

El colchón se hundió bajo un peso nuevo. Una mano me tocó el brazo.

—Sidonia.

Me incorporé tan rápido que Neveni se sobresaltó.

—Ah, sois vos —dijo sin aliento.

Neveni, con cara seria, no correspondió a mi sonrisa.

—No pretendo comprender vuestros repentinos sentimientos hacia Tyrus Domitrian —me dijo—.

Solo puedo suponer que se debe a una reacción ante vuestro dolor.

—¿Dolor? —me froté los ojos en un intento por retirarme de la mente las telarañas del sueño.

—Habéis perdido a toda vuestra familia. Ahora estáis sola en el universo, y no soy capaz siquiera de imaginar lo doloroso que es eso —me apretó el brazo—. Por eso os he defendido ante los demás.

Ellos saben quién era vuestro padre y lo que trató de hacer... el modo en que intentó facilitar información al excedente. Solo por esa razón, han accedido a que no seáis juzgada, por mucho que seáis una senadora imperial.

Me levanté tan rápido que ni siquiera fui consciente de que había decidido ponerme de pie.

—¿Qué queréis decir, Neveni?

Dio un respingo ante la manera en que me incliné sobre ella, pero se levantó con toda la dignidad que fue capaz de reunir y un brillo de determinación en sus ojos oscuros.

—Lúmina ha abandonado el imperio. Nadie nos va a convencer de lo contrario. Para nosotros se

ha terminado la dominación imperial. Tal vez no tengamos a mano al emperador para castigarlo por sus crímenes contra nuestro pueblo, pero el *successor primus* será un sustituto perfecto.

Hablé en un gruñido.

—Oh, no, no lo será.

—Ya está hecho —se encogió de hombros—. Lo han prendido durante la noche. Ya ha sido interrogado, juzgado y no tardarán en sentenciarlo a una ejec...

La golpeé.

Neveni chilló al tambalearse al suelo. Antes de que lograra recuperarse, la agarré del pelo y la levanté.

—¿Adónde?

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro!

Se abrieron las puertas y entraron en tromba unos guardias que, obviamente, estaban listos para la ocasión. Mis ojos les dieron un repaso. Cuatro. Sin proyectiles, solo cachiporras. Estaba claro que creían innecesarias las armas para reducir a Sidonia von Impyrean. Un error por su parte.

—¡Ayudadme! —gritó Neveni.

La tiré a un lado y salté hacia delante por los aires. El primero extendió los brazos como si fuera a atraparme. Se le borró la condescendiente sonrisa de los labios cuando mi patada circular le impactó en la cara. Salió volando de espaldas contra la pared. Tenía agarrado al siguiente antes de que me viese venir siquiera. Lo lancé con tanta fuerza por la habitación, que hizo añicos una mesa de cristal.

Los otros dos vinieron juntos a por mí. Esquivé sus brazos extendidos y me giré a toda velocidad para agarrar a ambos por las túnicas. Le estampé al uno la cabeza contra el otro.

Cuando me volví sobre Neveni, retrocedió tambaleándose, pálida y con los ojos como platos. Miró a su alrededor, aquella masacre, boquiabierta.

—Tú... tú no eres humana.

—No —le dije. Aquí estaba, entonces: el peligro del que anoche me apresuraba a proteger a Tyrus había llegado hoy—. ¿Adónde han llevado a Tyrus?

Protestó, por supuesto, pero nuestra negociación fue breve. Le dejé claro que, si trataba de escapar de mí, le rompería el cuello. Derrotada, Neveni me condujo por los pasillos mientras me lanzaba miradas llorosas: se sentía traicionada.

—No lo entiendo. ¿Qué eres?

No tenía sentido mentir.

—Era la diabólica de Sidonia Impyrean.

—¿Una... una diabólica? ¿Como Enmity? —me miraba con los ojos muy abiertos—. Eso es

imposible.

—Resulta obvio que no lo es. Os he engañado.

—¿Cómo es posible que estés viva?

—Sidonia Impyrean me salvó de la gran purga. Fui al Crisantemo en su lugar —mi voz adquirió

un tono de amargura—. Para protegerla.

—¿No lo comprendo! ¿Por qué estás ayudando a Tyrus Domitrian? ¡Si es cierto lo que dices, tú tienes más razones que nadie para desear la muerte de los Domitrian!

—La deseo. Pero *no* la de Tyrus —pues él era también un amigo que había confiado en mí. Y ahora temía por su seguridad como nunca lo había temido. No pude evitar la muerte de Sidonia, pero el destino de Tyrus estaba ahora en mis manos.

Salimos de golpe a la calle del exterior del complejo.

—Es demasiado tarde —jadeó Neveni—. Han dictado sentencia aquí mismo. Ya se lo deben de haber llevado para su ejecución.

—¿Adónde?

—Al Anexo de la Plaza Central.

Levanté el brazo.

—¿Dónde está eso?

—¿Vas a volver a pegarme?

—Si tengo que hacerlo...

Neveni escupió sangre. La última vez que le había pegado tan solo me había contenido un poco.

—A sesenta manzanas por ahí —hizo un gesto con la cabeza para indicar calle abajo.

—¿Manzanas? —repetí mientras trataba de descifrar a qué se refería.

—Secciones de acera entre un cruce de una calle y el siguiente.

—Si me estáis mintiendo...

—¿Para qué molestarte? Jamás llegarás a tiempo.

—Neveni —la miré fijamente, pensando con rapidez—. Yo también he valorado vuestra amistad.

Lo siento —acto seguido, le pegué con tal rapidez que ni siquiera tuvo ocasión de sentir dolor.

Saqué de la calle su cuerpo inconsciente. Me di la vuelta y me lancé rumbo a la plaza, corriendo tan rápido como pude, consciente de que no era lo bastante veloz, consciente de que, en el momento en que Neveni recobrase el sentido, enviaría a su gente detrás de mí.

«Tenía que haberla matado. Hubiera sido mejor matarla».

Los vehículos aerodeslizadores pasaban zumbando a mi lado. Se me ocurrió una idea la tercera vez que casi me atropellan. Me subí a la rampa de incendios de un edificio, me lancé a un vehículo que pasaba veloz y clavé los dedos en las ranuras de la carrocería cuando un fuerte vendaval casi me arranca. Desde el interior me miraban unos rostros embobados de ojos desorbitados. Encogí las piernas y solté una coz tan fuerte como pude. La primera patada rebotó en el cristal. La segunda lo agrietó. Con la tercera, me llené de arañazos al colarme en el interior entre los afilados añicos de cristal.

Los ocupantes soltaron un grito y se apresuraron a apartarse de mí. Debía de tener la apariencia de un espectro horrible: salpicada de sangre con un camisón desaliñado.

—Llévame a la Plaza Central —dije—. *Ya.*

El acceso a la Plaza Central estaba restringido, y tan solo era peatonal. Una gran masa de luminarios patriotas ya se había congregado a las puertas del Anexo —una única y solitaria torre de paladio en espiral— por la emoción de ver cómo le quitaban la vida a Tyrus Domitrian, el *successor primus* del arrogante imperio que se atrevía a gobernarlos. Unas pantallas gigantescas se alzaban sobre la muchedumbre, listas para retransmitir la ejecución. La cantidad de gente que había en aquella plaza me resultaba mareante, más de la que jamás hubiese visto en un solo lugar.

Una vez hube observado cómo funcionaban los controles del aerodeslizador, me hice con ellos y

dirigí el vehículo directo hacia la multitud mientras hacía sonar la sirena de advertencia. La gente se quitaba de en medio. No fui capaz de averiguar cómo se detenía el vehículo. Cogí aliento con fuerza, lo dirigí hacia la pared del Anexo y me preparé.

El aerodeslizador se detuvo al empotrarse. Entre la tremenda caída de escombros metálicos, sentí que me envolvía la suavidad de un cono sedoso. Me liberé de la red de seguridad a base de zarpazos y me abrí a patadas una salida por el parabrisas, reptando como una grotesca criatura recién nacida de su caparazón roto.

La colisión había tenido una doble utilidad: había abierto un boquete en el edificio. Me lancé a través de aquel orificio y me abrí paso como pude para entrar en aquella torre donde estaban reunidas las élites de Lúmina, listas para presenciar la ejecución en directo, en un escenario que había en la otra punta de la sala.

El primer guardia reparó en mi presencia. Dio a voces la alarma a los demás, y los guardias me

apuntaron con sus armas. Los disparos de energía centellearon hacia mí procedentes de todas las direcciones. Retrocedí dando volteretas en el aire, no tanto esquivando como empujando y saltando entre los espectadores más cercanos de un modo en que solo podría hacerlo un diabólico, con la esperanza de que mis movimientos tan impredecibles me salvaran.

La élite de los luminarios que había allí desperdigada gritaba de pánico y se chocaban los unos contra los otros en sus prisas por apartarse de mí. Salté sobre los hombros de un hombre, y utilicé la

altura para propulsarme hasta el escenario, en la parte frontal de la sala donde retenían a Tyrus. Allí había más guardias apostados, apuntando sus armas hacia mí, pero me agaché, derribé al más cercano, le arrebaté el arma y la apunté hacia sus colegas. Cayeron en una rápida sucesión.

Me di la vuelta sobre los dignatarios que rodeaban a Tyrus. Lo tenían de rodillas a la fuerza, listo para su muerte.

Los mataría a todos o moriría yo.

Un disparo al padre de Neveni, pero el suyo que no fuera mortal, ya que ella era amiga mía. Y en cuanto a los demás...

—¡Espera! —gritó Tyrus—. No los mates.

No era el momento de apiadarse de nadie. Le lancé una mirada impaciente.

—¿Por qué no?

En un rápido movimiento, giré mi arma hacia él y le partí las esposas de un

disparo.

Tyrus dio un respingo de sorpresa cuando se le soltaron las manos, y se puso en pie. Yo di la vuelta por detrás de los dignatarios para que los guardias de abajo no me pudiesen apuntar.

—Es mejor matarlos —dije—. Dejaremos vivo al padre de Neveni como rehén, para ayudarnos en

nuestra huida...

—No —la mirada de Tyrus recorrió a los funcionarios—. A cambio de perdonaros la vida, ¿me

escucharéis una última vez?

Pero ¿qué estaba haciendo Tyrus? Observé a lo que quedaba de las élites de los luminarios que no habían huido, a los guardias que no dejaban de aproximarse desde debajo del escenario con las armas apuntando hacia arriba. ¿Qué podría decir Tyrus que no hubiese dicho ya? Aquella gente había resultado ser traicionera y taimada. Se habían colado a escondidas durante la noche para prenderlo y matarlo. No se merecían más oportunidades.

Sin embargo, Tyrus ya se había apartado de mí y se dirigía a los dignatarios que lo rodeaban unos minutos antes y que ahora estaban de pie con las manos en alto, indefensos.

—Una última llamada a vuestra razón. Sé que no solicitasteis mi presencia. Vine de improviso, y si los luminarios desean administrar justicia sobre mi familia a través de mi persona después de que haya hablado una vez más, lo permitiré. Encantado.

Los dignatarios se movieron inquietos. Me di cuenta de que una cierta cantidad de gente estaba entrando por el boquete que yo había abierto en la pared. La propia Neveni entró como pudo, seguida de sus guardias. Agarrándose la cabeza, estudió la sala. Cuando se cruzaron nuestras miradas, pude ver la ira y la traición que le crispaban el rostro.

El padre de Neveni consultó con otro hombre.

—Muy bien —dijo entonces—. Escucharemos un último argumento con la condición de que os sometáis a cualquier justicia que os impartamos.

Tyrus asintió.

—En ese caso, dejaremos en el suelo las armas y lo discutiremos.

¿Dejar las armas en el suelo? Me mordí el carrillo para contener la ira. Se refería a que *yo* dejase mi arma en el suelo, y no iba a hacerlo ni loca. Habían estado a punto de ejecutarle poco antes. ¿Qué estaba haciendo? ¡Lo iban a matar!

Tyrus me miró en una petición silenciosa, y en sus ojos había una intensidad que me suplicaba que confiase en él. Que confiase en su juicio. ¿Podía confiar en él al respecto de esto? ¿Podía dejar que esto sucediese?

Me temblaron las manos, pero me obligué a hacerlo. Dejé mi arma en el suelo.

Ahora estábamos los dos a merced de los luminarios.

33

Un tanto aturdida, seguí a Tyrus y a un grupo de dignatarios que se retiraron juntos a una estancia con más privacidad. Permanecí tan cerca de Tyrus como pude, y los demás se preocuparon de guardar las distancias. Llevaba sangre en el camisón, hecho jirones, y supe que había revelado delante de las élites de Lúmina que no era posible que fuese una auténtica persona.

Tyrus se enfrentaba a una muerte inminente, y aun así tomó una bebida y se acomodó con mucha

calma ante aquellos dignatarios de Lúmina como si él los dirigiese, como si hubiera asistido a un encuentro reposado, y no a un breve tribunal antes de su condena.

—He enfocado esto de un modo incorrecto —les dijo. La pálida luz dorada lo bañaba en un tono

meloso y proyectaba oscuras sombras en la abultada musculatura de sus brazos, sobre la calma dignidad de su rostro. No había ni rastro de inquietud en sus facciones, y, tan joven como era, tenía el imperial semblante de un emperador. Me parecía increíble que alguien hubiese podido creer que estaba loco—. Vine hasta aquí para aseguraros que no me parezco en nada a mi tío, cuando no tenéis ninguna razón para confiar en mí. Y aún seguís sin tenerla.

A nuestro alrededor se oyeron encendidas voces que decían estar de acuerdo, y vi el destello de la hostilidad en las miradas.

—Esperaba que lo aceptaseis a ciegas cuando os asegurara que os concedería la independencia.

Pero ¿por qué iba a mantener mi palabra una vez que fuese emperador, una vez que me encontrase a salvo? Pues bien, permitidme argumentar mi defensa.

Metió la mano bajo la túnica y sacó una fina ampolla de metal. La colocó sobre la mesa, delante de él, con toda la calma del mundo.

—Me preguntáis en qué difiero yo de mi tío. *Estas* son las formas de mi tío. Las de la familia Domitrian. He llevado esto encima desde el principio, incluso en el momento en que me prendisteis, incluso en el juicio esta mañana cuando ni siquiera se me ha permitido hablar, defenderme. ¿Sabéis qué es?

En la sala se hizo un silencio sepulcral. Por la expresión de los rostros que me rodeaban, advertí que allí nadie lo sabía, tampoco.

—A buen seguro que algunos conocerán la historia imperial. Mi tío la conoce sin duda, y tiene la esperanza de repetirla. Mi bisabuela utilizó una vez un arma biológica como esta para controlar una rebelión en Fortican.

En la sala se armó un revuelo de inquietud, y algunos de los luminarios se incorporaron de golpe como si estuviesen a punto de salir corriendo de la habitación. Fueron muchos los labios que pronunciaron un nombre:

—¡Vapor resolvente! ¡Un resolvente!

—Sí, es un vapor resolvente. Y si hubiera deseado utilizarlo —dijo Tyrus levantando la voz sin llegar a gritar—, ¿acaso no lo habría hecho ya? Me enfrentaba a la muerte a vuestras manos y, aun así, no iba a utilizar esto y arriesgarme a la muerte de miles de personas inocentes. Esa habría sido la forma de mi tío de hacer las cosas. Y sí, también es la manera de hacer las cosas de la familia

imperial de los Domitrian, ¡pero no es *la mía!*

Se hizo el silencio en la estancia. Me acerqué a la ampolla y la examiné sin llegar a tocarla. De pronto recordé la sibilina expresión del rostro del emperador cuando accedió a dejar que Tyrus hablase con los luminarios, cuando dijo que él le contaría exactamente lo que les debía decir.

—¿El emperador os envió aquí para que utilizaseis esto... esta arma biológica? —murmuré—. No

quería que negociarais.

Tyrus puso una leve y amarga sonrisa y tomó la ampolla en sus manos. Sus ojos claros recorrían

los pulidos contornos del metal.

—No, no tenía ningún deseo de resolver esto de manera pacífica. Quería dar ejemplo con los luminarios. Me pidió específicamente que consiguiera entrar a este planeta y, acto seguido, nada más aterrizar, liberase este vapor igual que hizo antaño mi bisabuela con sus enemigos. Esta ampolla contiene las suficientes esporas para arrasarse esta provincia entera. Tú y yo habríamos estado a salvo.

Nos inmunizaron contra esto junto con las demás inoculaciones planetarias estándar antes de partir del Crisantemo. Los luminarios, sin embargo, se habrían enfrentado a un destino de lo más terrible.

—¿Nos estáis amenazando? —dijo el padre de Neveni con la voz temblorosa.

Tyrus le lanzó una mirada firme.

—¿Acaso no tenéis claro aún que no lo estoy haciendo? Me enviaron aquí para utilizar esto, pero yo jamás lo haría. Ni siquiera a expensas de mi propia vida. Ya os lo he demostrado. Teníais intención de matarme, y yo me he quedado esperando la muerte sin hacer uso de esto. ¡No tengo la menor intención de seguir haciendo las cosas a la antigua usanza! He venido aquí a resolver este conflicto por medio de la palabra para salvar a este planeta de los planes que mi tío tenía para él. Me matéis hoy mismo o salga yo por mi propio pie como un hombre libre, esta ampolla continuará sellada, sin utilizar —se inclinó hacia delante—. Pero si accedéis a dejarme vivir, puedo prometeros algo: jamás os volveréis a enfrentar a una amenaza de esta naturaleza. Pretendo regresar al Crisantemo y arrebatarle el poder a mi tío. Luego desmantelaré el control que la grandilocuentia ejerce sobre el imperio y os liberaré de su influencia para siempre.

Contuve el aliento al escuchar cómo Tyrus hablaba de una traición de forma tan abierta. Los luminarios murmuraron, asombrados ante aquellas palabras, pero le dejaron hablar.

—He visto vuestro espacio maligno. Conozco bien la amenaza a la que os enfrentareis en algún momento del futuro próximo —dijo Tyrus—. Sé por qué deseáis separaros. El imperio ha estado suprimiendo la tecnología, el conocimiento que necesitáis para protegeros, y esta supresión se ha llevado a cabo tan solo para preservar el poder de la grandilocuentia. Los que cuestionan esta represión son tildados de blasfemos, de herejes, porque se trata de la fe helionista de la nobleza, una religión que unos hombres insignificantes y mezquinos sin verdadera fe blanden como un garrote. Y

sí, puedo afirmar esto con absoluta certeza. Nací de esta gente, crecí entre ellos. Su religión es una herramienta, nada más.

Neveni emergió de entre el grupo de las élites con un brillo de desconfianza en la mirada.

—¿Y por qué ibais a ser vos en absoluto diferente? Si hacéis como afirmáis que haríais, tan solo minaríais vuestro propio poder.

—¿Y cuál es la alternativa? —dijo Tyrus—. ¿Quedarnos esperando hasta que el espacio maligno esté por doquier? ¿Aguardar hasta que no nos podamos

mover en ninguna dirección sin toparnos con nuestra aniquilación absoluta? El estancamiento supone la muerte, señorita Sagnau. En vez de pasar a la Historia como otro simple cobarde más que se rodea de placeres con las manos sobre los ojos para ocultarse de la realidad que tiene ante sí, quiero ser quien dé el primer paso para cambiarla.

—¿Y cómo haríais que tal cosa sucediera? —se mofó una voz.

—Mi tío ya ha puesto los medios para socavar el poder de la grandilocuentia. Ha despojado de su influencia a muchas de las grandes familias imperiales y la ha acumulado él. Ahora se puede conducir de manera arbitraria en el senado sin que nadie controle su poder. Yo puedo utilizar ese poder que él ha acumulado, la autoridad que él mismo se ha forjado, y actuar contra las objeciones de la grandilocuentia. Y os juro que lo haré.

—¿Y cómo sabemos que habláis de buena fe? —dijo el padre de Neveni—. Podríais ascender al poder y cambiar de opinión.

—Es muy simple —dijo Tyrus—. Habéis oído aquí las palabras de alta traición que yo mismo he

pronunciado. Os estoy reconociendo que tramo la muerte de mi tío, el emperador. Es más, os reconozco, incluso, que estoy ayudando a una diabólica a hacerse pasar por la senadora Von Impyrean y a ocultarla entre la grandilocuentia pese a que el simple hecho de poseer un diabólico constituye una alta traición —hizo un gesto hacia mí.

Fui el centro de varias miradas de sorpresa. Neveni tragó saliva, pero no llegó a mirarme.

—Os he ofrecido —dijo Tyrus—, a todos y cada uno de los presentes, casi una docena de testigos, la munición para destruirme de un plumazo ya sea antes o después de ser nombrado emperador, porque, ¿quién de entre la grandilocuentia toleraría mi autoridad sobre ellos una vez que supiesen lo que les tengo preparado?

Un murmullo recorrió el numeroso grupo.

—Estoy tomando la decisión de confiaros mis secretos más sensibles —dijo Tyrus con un resplandor de convicción en el rostro— porque compartimos una causa. Estamos unidos en esto.

Deseamos lo mismo. Ahora, ¿me permitiréis salir de aquí y proseguir con mis planes, o me daréis muerte aquí mismo? Estoy a vuestra merced.

Abrió los brazos, y yo combatí la tentación de saltar delante de él y protegerlo de ellos.

Y, una por una, vi cómo las manos que me rodeaban iban soltando las armas y abandonaban las cartucheras en las que descansaban aquellas armas a las que estaban aferradas. Acto seguido, Tyrus tomó otra bebida con tranquilidad, y me quedó del todo claro: viviría. Por fin había conseguido ganarse a los luminarios para su causa.

Nos sentamos juntos ante la ventana de la *Alexandria* mientras esta se elevaba de la superficie del planeta, y me quedé mirando hacia abajo, perpleja al pensar que Tyrus Domitrian había solucionado realmente la situación. Al menos en lo que al emperador se refería, el planeta Lúmina se había rebelado, y Tyrus había venido hasta aquí y los había convencido de que siguieran formando parte del imperio. Él no sabía cómo lo había hecho ni lo que Tyrus les había dicho en verdad, qué maquinaciones había llevado a cabo, y jamás lo sabría. Parecería un acto de genialidad política por parte de Tyrus.

Neveni había venido a verme antes de nuestra partida. Se había mantenido a una precavida distancia.

—Debes saber —me había dicho— que la mayor parte de la gente, la mayoría de los excedentes

como yo, no sentimos un gran afecto por los humanos creados por medio de ingeniería genética.

Son... la forma que la grandilocuencia tiene de advertirnos de que no somos necesarios. Se nos puede sustituir.

De modo que ese era el motivo de que los siervos resultaran tan repulsivos

para los excedentes. Y

los diabólicos tenían que ser entonces algo más abominable que eso.

A Neveni le había temblado la voz.

—Némesis, ya sé que las criaturas como tú soléis... soléis matar a la gente, así que debe de significar algo que nunca me hayas hecho verdadero daño. Entre eso y lo que ahora sé que debiste de hacerles a Sálivar y Devineé, es posible que algún día te perdone tus mentiras.

No se me había escapado la manera en que me había llamado «criatura».

—Lamento que fuera necesario hacerlos daño... Pero, Neveni, sigo sin lamentar haberles hecho daño a ellos.

Me había sonreído.

—Bien —había dicho antes de que su sonrisa se esfumase—. Lo único que deseo dejarte es una advertencia. Tal vez Tyrus sea enemigo de tu enemigo, pero sigue siendo un Domitrian. Nunca confíes en ellos. En ninguno. Son una familia de mentirosos y asesinos. Tal vez Tyrus no haya utilizado ese vapor resolvente, pero aun así lo trajo consigo. ¿Qué dice eso de él?

Dicho aquello, Neveni y yo nos despedimos la una de la otra, quizá para siempre.

Ahora, mientras el océano violáceo y los vastos continentes, cordilleras y nubes se hacían cada vez más pequeños debajo de nosotros, miré a Tyrus mientras le daba vueltas en la cabeza al torbellino de aquellos días que habíamos pasado en el planeta. Él contemplaba la ampolla de vapor resolvente, la orden de su tío que él había desafiado. Las viejas costumbres, descartadas.

—Me tienes asombrada —le dije—. Piensas diez pasos por delante de los demás.

Tyrus soltó un suspiro con el aliento inestable y se guardó la ampolla con la mano temblorosa.

—Tal vez logre dar esa impresión. No me imaginé que vendrían a mi alcoba a por mí y que me

fueran a sacar de allí esta mañana para ejecutar me. Cuando pasó, creí que estaba muerto. Pensé que todo había sido para nada. Y entonces has llegado tú.

En ese instante caí en la cuenta de que le temblaba todo el cuerpo con el exceso de adrenalina en sus venas. Él, por su parte, me miró empapándose de cada partícula de mi ser con el asombro y el sobrecogimiento en la cara.

—Némesis, eres absolutamente extraordinaria. Me había preparado para la muerte inminente, y ahí caíste sobre nosotros en un estallido como un ángel vengador... —se le quebró la voz—. Ya me he

acostumbrado a la idea de que los seres humanos mueren o te traicionan, y a pensar en que solo podía confiar en mí mismo, pero eso ya no es así. Puedo confiar en ti. Reconocer algo como esto puede sonar como una pequeñez — se le ensombreció la mirada, la voz ronca—, pero, para mí, es el mayor cumplido que puedo hacer.

Me sonrojé, porque sabía que Tyrus había perdido de niño a todos sus seres queridos. Había atisbado su dolor cuando me habló de la muerte de su madre. Sabía que había alcanzado la madurez bajo la constante amenaza de morir a manos de su propia familia, confiando únicamente en su ingenio para sobrevivir. Sus palabras significaban algo importante, de peso, y no me hacía falta que me explicase por qué.

La forma en que me miraba ahora... nadie me había mirado jamás así. Me sentí incapaz de corresponder a esa mirada, pero al bajar la mía me encontré mirándole los labios, y me ardió la cara, se me secó la boca.

Su dedo pulgar me acarició la mejilla.

—Mírame —me dijo.

Inspiré hondo y aparté de mí aquellas sensaciones tan inquietantes. Cuando alcé la mirada, fue como si me taladrasen aquellos ojos suyos tan inteligentes,

como si estuvieran viendo lo más profundo de mi ser.

—Eres extraordinaria —dijo en voz baja—. ¿Es egoísta por mi parte no poder dejar de pensar en

que te quiero solo para mí?

Me trastabillé con aquellas palabras.

—¿Quererme para... cómo...?

Una extraña sonrisa le curvó los labios.

Y entonces me besó.

34

No había nadie allí para vernos, nadie a quien hacer creer que sentía algo por mí. Sin embargo, sus labios continuaban sobre los míos, suaves y cálidos.

El desconcierto se apoderó de mí y me sujetó absolutamente quieta mientras su mano me recorría

el pelo. Qué sensación tan curiosa. Al frotar sus labios sobre los míos, una extraña sensación de derretimiento me recorrió las extremidades. Sus hábiles dedos también lo advirtieron y persiguieron aquella sensación acariciándome el cuello. Tyrus no era débil. Podía sentir la fuerza de sus manos cuando me rodeaba el cuello con los dedos. Pero no había amenaza alguna en el gesto. Era una sensación más dulce que cualquier tacto que hubiera sentido.

Sus labios se volvieron más apremiantes. No sé cómo, pero mis manos se abrieron paso hasta su

cuerpo y tantearon la densidad de la musculatura de sus brazos. A nuestros pies, el planeta se retiraba, la oscuridad del espacio nos envolvía, mareante. Me incliné hacia él. Era como si cada parte de mi ser se estuviera despertando, cobrando vida con un rumor constante. No me había dado cuenta de que fuera posible sentirse de este modo. En ese instante me había convertido en una desconocida para mí misma, la rutina de la vida cotidiana

no era ya imaginable.

De repente, su cuerpo parecía algo asombroso. Las palmas de mis manos le recorrían aquella piel febril, ardiente, la anchura de su pecho. Se me echó encima y me empujó de espaldas contra la pared.

Sobre su hombro, estudié a hurtadillas la curvatura menguante de Lúmina, las estrellas que se expandían en todas las direcciones.

Sus labios abrieron los míos, y probé el sabor de su lengua.

¡Esto! Esto era vivir. Esto era estar viva, ser humana.

No quería que se acabara nunca.

Sin embargo, Tyrus se retiró al fin y estudió mis ojos con detenimiento. Sentía las piernas flojas.

Tal debilidad me debería haber alarmado, pero ahora me pareció insignificante, una distracción de la revelación que se estaba produciendo allí. Correspondí a su mirada. Nunca lo había visto de verdad hasta ahora... o eso me pareció entonces. Un centenar de detalles se hacían notar por sí solos y exigían mi atención: las motas de verde claro en sus ojos de color azul grisáceo. La intensidad de su mirada, aquella manera que tenía de hacerme sentir como si llegase a ver lo más profundo de mi ser.

¿Cómo es que nunca había percibido el olor de su piel ni había reparado en la fuerza, la habilidad y la seguridad de sus manos? Mis dedos descendían por el bulto que formaban sus bíceps, y era como si saltasen chispas sobre mi propia piel con el contacto.

Ahora, por fin, sabía lo que era estar ebria. Era capaz de entender por qué otra gente se mareaba y se encandilaba, por qué les daba la risa floja. Quizá entendiese mejor, incluso, los rayos: sentía mi consciencia electrificada, expandiéndose para abarcar el universo entero.

Tyrus sonrió, una sonrisa reservada, de medio lado, mientras me alzaba la barbilla y volvía a presionar sus labios contra los míos.

Sí.

Llegamos hasta su lujosa tumbona y nos dejamos caer juntos en ella, sin que se separasen nuestros

cuerpos en ningún instante, encajados como dos imanes. ¿Era inteligente aquello? No sabía decirlo.

Una curiosa aunque maravillosa bruma me nublaba el cerebro. Sentaba *bien*. Eso era todo cuanto importaba. Una sensación de compleción absoluta inundó todo mi ser.

Unos largos minutos después, Tyrus me pasó el dedo por el puente de la nariz, con su bulto.

—¿Cómo te lo hiciste? —murmuró.

—Peleando en los corrales —estudié el hoyuelo de su barbilla, la disposición de sus pecas—. Tú

no te modificas como los demás.

—Una pérdida de tiempo. ¿Por qué? ¿Acaso crees que debería?

Me lo pensé.

—No. Ahora identifico todos y cada uno de tus rasgos como la firma fisonómica que yo utilizo para reconocerte. Las pecas, el pelo, la barbilla... Tus ojos.

Qué ojos tan extraordinarios. Jamás titubeaban sobre los míos.

—Me observas —dijo.

—Observo a todo el mundo. Pero sí, a ti en especial.

Le vi luchar contra una sonrisa y perder. Hundió la cabeza contra mi hombro y dejó escapar un largo suspiro que me puso la carne de gallina. Le pasé los dedos por el cabello cobrizo y sentí que aún tenía los músculos cargados de

tensión, la fatiga que estaba tratando de ocultar.

—La gente necesita dormir después de los episodios de estrés —le dije en voz baja—. Hazlo tú.

Tyrus me dio la vuelta de manera que quedé acoplada contra su pecho, y después me bajó para que quedásemos tumbados juntos, con su aliento haciéndome cosquillas en el cuello. Nunca había dormido tan cerca de nadie, pero pasado un instante, me encontré con que no me importaba. Te daba paz que te abrazasen así.

Sus labios siguieron el contorno de mi cuello.

—Buenas noches, Némesis.

Sonreí, aunque él no pudo verlo. Sonreí a la habitación vacía, y al frío e insensible paisaje estelar del otro lado de la ventana, y permanecí tumbada en una perfecta satisfacción, escuchando cómo sus respiraciones se iban volviendo más profundas y estables.

Lo último que yo tenía era sueño. La sensación de su cuerpo contra el mío no me lo permitía.

Notaba una especie de rumor en la piel, como si cada porción de ella sintiese curiosidad por explorar aquel ser que se apretaba contra mí.

Con mucho cuidado para no despertarle, me di la vuelta para estudiar a Tyrus. La luz plateada le sentaba bien, relucía en el afilado perfil de sus pómulos, en la orgullosa silueta cuadrada de su maxilar. Le acaricié el brazo con las yemas de los dedos.

Se me pasó por la cabeza lo extraño de aquel movimiento. Los diabólicos no estábamos diseñados

para el deseo, pero yo no era capaz de encontrar ningún otro nombre para aquella electrificada y anhelante consciencia de él.

Una curiosa presión se me extendió por el pecho. No me habían vinculado a Tyrus. No había ninguna causa genética para lo que sentía, aquello que estaba

experimentando.

Solo podía ser humanidad. Pura e innata humanidad.

Donia tenía razón. La había llevado dentro de mí todo el tiempo.

Tragué saliva con fuerza para contener una sensación que me ascendía del estómago. Quería despertar a Tyrus para darle las gracias igual que él me las había dado a mí por salvarle la vida, porque, en muchos sentidos, él también me la había salvado.

Con mucha delicadeza, le acaricié la cara. Él necesitaba dormir más que yo, y su aspecto tenía una cierta palidez inusual. Haber estado tan cerca de la ejecución le había pasado mayor factura de la que

él reconocía, pensé.

Así que le dejé dormir al fin y al cabo.

Cuando nos adentramos en el hiperespacio, la luz blanquecina del exterior se desvaneció en un negror absoluto. Me levanté sin hacer ruido y le eché una última mirada a hurtadillas antes de salir del cuarto.

Todo me parecía distinto ahora: la belleza me asaltaba a cada rutinario paso. La pulcritud de las consolas a lo largo del corredor; el elegante bamboleo de mi vestido a la altura de los tobillos. Me sentí como si me desplazase por un sueño maravilloso. Mi oscurecido reflejo se asomó a una consola a mi lado, y por un instante me detuve a estudiarlo. Me pregunté por aquella criatura sonriente. No se parecía en nada a aquella cosa de mirada plana y vacía que veía en los espejos de la fortaleza de los Impyrean.

Esta estaba *viva*.

En mi alcoba, di una palmada a la espera de que Mortífero se despertase para poder hacer con él eso que tanto le gustaba, cuando paseaba los dedos por el suelo como si mis manos fuesen un par de animalillos, y él les ladraba. Mis ojos localizaron la negra oscuridad del otro lado de la ventana, y me maravilló que incluso el vacío pudiera resultar hermoso en su propia vacuidad. Entonces llegó mi criatura arrastrando las patas con languidez.

Me quedé mirándolo una décima de segundo más, lo bastante para percibir la pátina satinada que

había en sus ojos, el modo en que parecía ir a rastras en lugar de dar saltos con la facilidad de sus fuerzas. Dio un solo golpe con el rabo, sin muchos ánimos, y le cedieron las patas.

—¡Mortífero!

Me dejé caer a su lado, y fue entonces cuando sentí su temblor, sus sacudidas, su cuerpo al mismo tiempo rígido y demasiado laxo en ciertos lugares, y supe que algo no iba nada bien.

Saqué el maletín de los robots médicos que Tyrus y yo utilizábamos en nuestros combates de entrenamiento, y abrí la tapa. Salieron en un enjambre y sobrevolaron a Mortífero con las luces de alarma encendidas... pero enseguida se retiraron sin tratarlo. Fuera lo que fuese lo que le pasaba, se escapaba a su capacidad de sanarlo.

Pesaba mucho, pero cargué con él en brazos y lo saqué al pasillo. Tardé un instante en recordar dónde estaba el médico de Tyrus, pero conseguí despertar al doctor Nan Domitrian cuando llamé a su puerta.

Me lanzó una mirada torva por haberle despertado para esto, pero examinó a Mortífero mientras

yo lo sujetaba para que permaneciese quieto.

—¿Ha ingerido algo en el planeta?

Le miré desconcertada. No había estado con él en todo momento, no cuando nos separamos durante la tormenta.

—Puede.

—Si los robots médicos no son capaces de ayudarlo, no sé qué esperáis que haga yo. Este es el peligro de traer vuestra mascota a un planeta extraño. En un entorno silvestre hay gran cantidad de patógenos y microorganismos que

no encontraréis en el espacio. No lo hicieron para ser invulnerable.

Me invadió la preocupación.

—Pero se recuperará, ¿no?

—Senadora Von Impyrean, estas bestias están hechas para pelear. Nadie las diseña pensando en la longevidad.

—¡Tiene que haber alguna forma de curarlo! No se puede poner así de malo sin más.

En ese instante algo zumbó en el cinturón del doctor. Bajó la mirada al dispositivo y se dirigió a la puerta.

—Tengo que atender otro asunto. Siento mucho que no haya nada que yo pueda hacer.

Me quedé mirando cómo se marchaba. Mortífero comenzó a temblar con más fuerza, a retorcerse,

y lo atraje hacia mí.

—Tranquilo. Estoy aquí para protegerte. Tranquilo —no sé de dónde surgieron esas palabras, pero traspasaron mis labios como si de un cántico se tratase. Me lo llevé a nuestra habitación, un lugar conocido para él, al menos.

Los ojos se le ponían en blanco una y otra vez y adoptaron un tono amarillo enfermizo. Solo se

centraban en mí de cuando en cuando, y en esos casos me miraba indefenso, como si se preguntara cómo era posible que no estuviera consiguiendo que se sintiese mejor. Todo lo que pude hacer fue quedarme mirándolo en un horrorizado silencio mientras él se sacudía y se retorcía en mis brazos y emitía un extraño sonido ahogado que surgía de su hocico mientras la espuma se le formaba en la boca.

Qué descuidada había sido. Pensé que disfrutaría estando en un planeta, con tantas cosas nuevas por oler, tantos lugares nuevos que explorar. Esto era

culpa mía. Mejor hubiera sido dejarle morir peleando en la arena que permitir que esto sucediera.

Yo no podía llorar. Lo único que podía hacer era acariciarle detrás de las orejas y albergar la esperanza de que supiese que no lo había abandonado, pero sus ataques no tardaron en volverse continuos, y sus sonidos atragantados, interminables, con la lengua encajada entre los dientes.

Entonces fui consciente de la realidad: no podía consentir que aquello continuase.

Le rodeé el cuello con el brazo y fui apretando hasta que las temblorosas patas se quedaron quietas.

—Cuánto lo siento —le susurré, aún aferrada a él con fuerza.

No lo solté. Su cuerpo se quedó rígido y frío en mis brazos. Aún no sabía si había comido algo en el planeta o si habría cogido alguna enfermedad, y sentí un vacío en el estómago al pensar que aquello podía suceder sin más, que te podían arrebatarse la vida de aquella manera tan simple.

Y, mientras él había estado sufriendo en mi alcoba, yo me lo había perdido. Yo estaba con Tyrus.

Tyrus.

Tenía que verle. Tenía que abrazarle otra vez y verme de nuevo llevada a aquel lugar de satisfacción donde la muerte no significaba nada. Con delicadeza, envolví a Mortífero en una manta y salí disparada por el pasillo.

Cuando crucé la puerta de su cuarto, llegaron a mí unas voces. La de Tyrus y la del doctor Nan Domitrian.

—Así, despacio, eminencia.

El sonido de unas arcadas.

Me invadió un frío glacial. Recordé que habían hecho salir al doctor, alguien lo había llamado. Oh.

Oh. Oh, no.

Mortífero no era el único enfermo en esta nave.

35

Avergonzado, Tyrus se enderezó al verme en la puerta. Tenía un aspecto pálido y sudoroso.

—Sidonia, será mejor que no os acerquéis. No quiero que caigáis enferma.

Me invadió el horror. Pensé en Tyrus muriéndose igual que Mortífero. Miré al médico, horrorizada.

—¿Qué le pasa? Nos pusieron unas inoculaciones antes de partir hacia el planeta. ¿Cómo es que está enfermo?

—No es más que una fiebre planetaria —respondió Tyrus por él.

—¿Qué es eso? —exclamé.

—Un término genérico —dijo el doctor con un gesto negativo—. Ya os dije que hay gran cantidad

de microorganismos en los entornos naturales, y que los habitantes del espacio tienen una mínima exposición a ellos. Esas inoculaciones que os hice antes de marcharos no podían abarcarlo todo. Su eminencia nunca toma precauciones cuando se encuentra en un planeta, así que siempre coge enfermedades locales.

Tyrus hizo una mueca.

—Y créeme, doctor, siempre prometo escucharte la próxima vez.

Lo único que podía hacer era quedarme mirando a Tyrus, tan alicaído ya, apenas unas horas después de haberlo dejado. Ahora que lo pensaba, el tacto de su piel me había resultado cálido, febril.

¿Por qué no se me había ocurrido preguntarme si estaría enfermo?

Tyrus vio la expresión de mi rostro.

—La verdad es que no hay motivo de preocupación —dijo en tono amable—. Se me pasará.

—Bebeos esto. En breve volveré a ver cómo os encontráis —le dijo el médico a Tyrus mientras le

daba un brebaje humeante.

Yo seguía clavada en el sitio, a los pies de su cama, aturdida y estúpida. ¿Por qué no me había percatado nunca de la fragilidad de los seres vivos?

—No te estarás encontrando mal, ¿verdad? —Tyrus daba pequeños sorbos a su bebida con un aspecto céreo en el rostro a causa del sudor—. Me ha brotado mientras estaba dormido, pero antes he sentido ciertos dolores y molestias.

—Rara vez caigo enferma —mi voz sonaba monótona, distante. Me sentía realmente rara, como si

me hubiera desvinculado de mí misma.

¿No me había dicho antes a mí misma que estaba viendo por fin a Tyrus con claridad? Lo único

que podía ver ahora era su fragilidad: aquellos huesos que se rompían tan fácilmente, esa piel que resultaba tan sencillo desgarrar. Mortífero estaba diseñado para ser fuerte, para pelear y sobrevivir, pero eso tampoco lo había salvado.

Qué arrogancia el olvidar, aun por un solo instante, mi diferencia con Tyrus. Yo era la criatura más letal jamás diseñada, y él era un frágil ser humano. Yo viviría y saldría adelante mientras que otros caían y se desarmaban.

—El doctor me ha dicho que tu perro está enfermo. ¿Se encuentra bien? —la voz de Tyrus sonaba

ronca.

Fijé la mirada en algún punto por encima de su cabeza.

—No era un perro —ahora sonaba dura, insensible, tal y como sonaría la voz de una diabólica—.

Era una bestia de pelea diseñada para matar. Eso es todo —se me nubló la vista, y pestañeeé con fuerza para aclararla—. Mi... La bestia ha muerto.

—Oh —dijo en voz baja—. Némesis, cuánto lo siento.

—No era más que una criatura.

Frunció el ceño.

—Pero tú le tenías cariño —extendió una mano—. Ven aquí.

Retrocedí.

—No. Descansa.

Se le crisparon los labios. Trató de incorporarse, de acercarse a mí... pero no lo consiguió y se derrumbó sobre las almohadas.

Escondí el puño cerrado en la falda. Combatí con todo lo que tenía a mi alcance el impulso de ir a él, de ayudarlo.

—Descansa —volví a decirle conforme me retiraba.

Esta vez no protestó.

—Iré a verte cuando me haya recuperado —dijo con ronquera.

Al regresar caminando a mi alcoba me sentí extrañamente agotada. Desaparecido, muerto, aquel vuelo de la imaginación que me había impulsado por este mismo pasillo hacía tan poco tiempo. Ya había recobrado mis sentidos y había regresado a la dura y brutal realidad en la que yo era una diabólica y Tyrus tan solo un ser vulnerable y frágil, igual que lo había sido Sidonia.

Sidonia. Me llevé la mano a la boca y contuve el ronco sonido que trataba de surgir. En efecto, yo tenía la fuerza de cuatro hombres, pero no la suficiente para soportar otra pérdida como aquella.

Tener un corazón que ardía de emociones significaba tener una llama que podía extinguirse en un instante a causa de una serie de fuerzas que no podía combatir, peligros que no podías ver. Tener sentimientos era quedarse indefensa de la peor manera posible.

Al entrar en mi alcoba me hice una promesa: jamás volvería a experimentar esa debilidad.

La fiebre planetaria de Tyrus se alargaba ya una semana. Sabía que no podía estar muriéndose, porque el doctor Nan Domitrian se pasaba comiendo tanto tiempo como siempre, en lugar de estar

enclaustrado en la alcoba del *successor primus*.

No volví a visitar a Tyrus, pero nunca me dejó realmente. Se colaba en mis pensamientos, las imágenes de él se filtraban en mi visión interior. Cuando dormía, cuando hacía ejercicio, con el lento transcurso de cada minuto durante el día, me encontraba imaginándome a Tyrus, anhelando su presencia. Era como si hubiese probado algún tipo de narcótico y me hubiese vuelto adicta al instante.

No era capaz de evacuar de mi cuerpo aquel deseo.

Cuando Tyrus por fin se levantó de la cama, percibí con gran precisión los cambios en él por mucho que tratase de concentrarme en cualquier otro sitio. Estaba visiblemente más delgado, pero con buen ánimo. El entusiasmo le brillaba en los ojos al verme. Se me ocurrían razones para apartar la mirada de aquellos ojos, para evitarlo aun cuando no dejaba de asediar mis pensamientos.

Un día, mientras hacía dominadas, lo descubrí observándome desde la puerta.

—No puedes seguir evitándome para siempre —me dijo.

Centré mi atención en un punto entre sus ojos con el deseo de desenfocar mi

vista.

—No sé a qué os referís.

—¿Qué es lo que pasa? Sé que algo va mal.

Me dejé caer al suelo para hacer flexiones y fingí no ignorarle. Me sentía como si le diese la espalda a una supernova. Tyrus resplandecía en mi consciencia. Sentía que su presencia me calaba hasta los huesos.

—Es porque te besé, ¿no es eso? —se acercó con paso decidido y se quedó ante mí—. Sientes ansiedad.

—No siento ansiedad —forcé aquellas palabras con aire despectivo mientras me ponía en pie con

una pátina de sudor humedeciéndome la piel. Tyrus estaba lo bastante cerca para sentir el calor que irradiaba su cuerpo—. Estoy irritada.

Arqueó las cejas de golpe.

—Ah.

—No soy como vos. No puedo sentir lo mismo que vos, eminencia.

Una leve sonrisa le curvó los labios.

—Me atrevería a disentir. Estabas completamente llena de sentimiento cuando salimos de Lúmina.

—¿Eso pensabais? —me complacía el tono de indiferencia que había en mi voz—. Entonces debo

disculparme por induciros a tal error, vuestra eminencia.

Me agarró del brazo. Su tacto me achicharraba.

—«Tyrus», maldita sea. Ya te he dicho que me tutees.

—Eso no sería correcto.

—¡Al infierno con la corrección, Némesis! Lo nuestro nunca se ha basado en eso.

—¡Lo nuestro nunca se ha basado en nada! —me solté de un tirón y me aparté de él—. Yo no soy

una persona, *Tyrus* —escupí el nombre contra la pared—. No puedo sentir amor. No puedo ser una amada, una amante ni una compañera. Eso no es lo que soy, no es de lo que soy capaz —me di la vuelta—. Esperas que sea algo más de lo que soy. Me estás pidiendo un imposible.

No dijo nada, pero su rostro había palidecido. Había pasado tan poco tiempo de su recuperación

que me alarmó... y alarmada no era como yo deseaba sentirme. No deseaba sentir *nada*, tal y como correspondería a una diabólica.

Acortó la distancia entre nosotros y me atrajo hacia él con brusquedad. Sus labios encontraron los míos. Era un beso forzado, exigente. Me rodearon sus brazos, tensos y fuertes al tirar de mí hacia su cuerpo esbelto.

Por un estúpido e imperdonable momento, me venció de nuevo. La sensación de él después de tantos días anhelándolo... Igual que despertarse en un sueño, tenía la sensación de que me estaba elevando fuera de mí. Esto era lo que había querido. Esto era todo lo que había querido...

Y se podía perder en un segundo.

Aquel oscuro temor asfixiante me sacó de mi sopor. Le empujé.

— *¡Basta!* Me pides demasiado. ¿Le pedirías a un perro que creara una obra de arte? ¿Le exigirías a un siervo que compusiera poesía? Yo no puedo *hacer* esto. Soy incapaz de tener verdaderos sentimientos por ti. Jamás seré lo que tú quieres. Olvídalo y detén esto ya.

Se enfrió la expresión de Tyrus, y aquella máscara de precaución se volvió a deslizar sobre su rostro. Me estudió por un instante de aquella manera

calmada tan desconcertante que parecía atravesar todas mis defensas.

Después asintió.

—Muy bien —dijo en voz baja—. No impondré mis afectos allí donde no son deseados. A partir de

ahora, te dejaré en paz.

—Eso es todo cuanto pido —le di la espalda y continué con mi ejercicio. Fui dolorosamente consciente de su presencia hasta que se marchó por fin.

No volvimos a practicar los combates, ni hablamos más allá de insulsas cortesías durante el resto del viaje. Tyrus se volvió tan distante y de una educación tan gélida que me habría resultado más sencillo que se hubiese mostrado airado conmigo. Cada vez que estábamos juntos en una habitación y esa frialdad glacial congelaba el aire a nuestro alrededor, yo trataba de decirme que eso era lo que yo deseaba, que no tenía ningún interés ni tampoco me correspondía sentir un vacío tan doloroso y perturbador.

Y aun así no era capaz de deshacerme de él.

Tal vez Tyrus y Mortífero no fueran las únicas víctimas de Lúmina. Aquella inquietante necesidad que había refulgido y cobrado una vida tan exuberante al marcharnos de aquel planeta me parecía una enfermedad letal.

Pero yo sí me recuperaría de ella. Al fin y al cabo, era una diabólica, y los diabólicos no tenían alma. Todo el mundo lo sabía. Jamás volvería a ser tan necia como para ponerlo en duda.

36

Cuando Tyrus y yo regresamos al Crisantemo, nos encontramos con una celebración en su honor. El emperador en persona avanzó con paso decidido para saludarnos mientras la *Valor Novus* vibraba de gente que lo celebraba con unos deslumbrantes atuendos ceremoniales.

—¡El hombre del momento! —rio el emperador efusivamente y atrajo a Tyrus al más cálido de los

abrazos—. Tendrás que obsequiarnos con el relato de cómo sofocaste la rebelión. ¿Liberaste el vapor resolvente?

—Ah, ¿esto? —Tyrus sostuvo en alto la ampolla, muy tranquilo. La multitud soltó un grito ahogado y retrocedió—. Ya sé que me ordenaste que lo utilizase, pero después de una conversación con mi queridísima amada... — me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia él—. Bueno, ella

me convenció con una nueva forma de ver a los luminarios. «Querido», me dijo, «son criaturas racionales, así que ¡razona con ellos!» —ofreció una sonrisa de asombro a la multitud que lo observaba—. ¿No te parece increíble? Con su consejo, simplemente... lo hablamos.

El rostro del emperador se había ensombrecido, y no era de extrañar. Delante de una audiencia de grandílocuos, Tyrus acababa de minar las políticas de su tío. El emperador le había dado la orden de matar a los dirigentes de Lúmina. En cambio, Tyrus había decidido perdonarles la vida.

—Has tomado una gran autoridad sobre ti —dijo el emperador con tono suave y un peligroso deje

en la voz.

—Perdóname, tío —Tyrus me soltó y se arrodilló, agarró la mano del emperador y se la llevó a la mejilla. El silencio era absoluto, la multitud a nuestro alrededor contenía el aliento. Acto seguido, Tyrus pronunció las palabras fatídicas—: Solo pensé... Lúmina es una provincia rica, y con las arcas imperiales vaciándose...

Un grito colectivo de sorpresa recorrió el gentío ante aquella manera tan informal de airear un peligroso secreto de Estado. El emperador palideció.

—... me pareció prudente —prosiguió Tyrus— no iniciar un conflicto a gran escala con ellos. No

cuando podía utilizar mi capacidad de persuasión para convencerlos de que depusieran su actitud —

vaciló, fingiendo confusión al alzar la mirada hacia su tío—. Asumo que

vuestra reverencia suprema lo aprobará. ¿Crees que he actuado mal?

El emperador fulminó a Tyrus con la mirada, se le hinchaban las venas del cuello, apenas capaz de contener la ira. Me fijé más allá de él y localicé a la noble Cygna, que no perdía detalle con una sonrisa juguetona y desagradable en los labios. No era tonta. Había captado con precisión hasta qué punto Tyrus acababa de socavar en público la autoridad del emperador. Pero ¿le resultaría posible adivinar que Tyrus lo había hecho adrede? Y, de ser así, ¿utilizaría ella esta ocasión para susurrar veneno en los oídos de su hijo al respecto de Tyrus?

El emperador retiró de golpe la mano de entre las de Tyrus y estudió lentamente la habitación para abarcar a toda la grandilocuencia que acababa de escuchar una conversación abierta al respecto de la penosa situación financiera de la corona... que acababa de ver por primera vez que el emperador clamaba por la sangre mientras el *successor primus* abogaba por la moderación y la razón...

Mis ojos se cruzaron con los de Tyrus e intercambiamos una mirada serena. Con qué inteligencia lo había dispuesto todo: lograr una gran victoria que le asegurara un público significativo a su regreso, y esperar hasta entonces, solo entonces, para dar aquel primer verdadero paso contra su tío.

Hoy tampoco había interpretado al loco ni por un solo instante. Había abandonado aquella treta de manera oficial. Y, cuando mis ojos regresaron veloces sobre la noble Cygna, a decir de la creciente confusión que había en su rostro, vi que ella también se había dado cuenta.

Bajo el peso de tantas miradas, el emperador consiguió al fin mostrar una sonrisa morbosa.

Levantó a Tyrus.

—Me has sorprendido, sobrino mío —a pesar de su tono generoso, su mirada era fría e implacable.

—La senadora Von Impyrean ejerce una calmante influencia sobre mí —respondió Tyrus

encogiéndose de hombros. Volvió a atraerme hacia sí—. Estaría perdido sin ella.

—Ya lo veo.

No había calidez alguna en la voz del emperador, y su rostro me pareció una máscara mortal cuando lo atisé de nuevo. Por la venas me corrió una sensación aprensiva. Aquel instante marcaba un punto de inflexión. Cualquier enfrentamiento con su tío que Tyrus tuviera previsto, cualquier batalla a muerte que fuese a librar con el fin de usurpar el trono imperial, aquel instante marcaba su inicio.

Me sorprendió lo mucho que me aliviaba regresar a mi villa por primera vez en varias semanas. Al caminar hacia allí, disfruté, incluso, de la controlada belleza de la soleada bóveda celeste, ni de lejos tan sobrecogedora después de estar en la superficie de un planeta de verdad y sufrir su aterradora climatología.

Aquí, en el Crisantemo, todo estaba medido. Aquí no zumbaba ningún insecto salvo los designados para el jardín. No había humedad que te encharcase los pulmones. No había plantas que forcejeasen en una especie de disfunción caótica y descontrolada. Los únicos organismos que aquí actuaban sin premeditación eran los seres humanos.

Mis ojos se posaron en el árbol favorito de Mortífero. Una punzada me encogió el pecho.

Aún lo tenía en el pensamiento cuando entré en la villa, así que no reparé de inmediato en los cambios. Sin embargo, los fui advirtiendo conforme se me acostumbraban los ojos a la luz: un siervo cuidando de un jazmín nuevo, otra sierva cosiéndole el dobladillo a un vestido que no me resultaba familiar.

Se me pusieron en tensión todos los músculos del cuerpo. Permanecí muy quieta, escuchando.

Había alguien allí. Oí unas pisadas que nada tenían que ver con el caminar pesado, constante y monótono de mis siervos. Alguien que daba unos pocos pasos, se detenía, se daba la vuelta.

Me fui aproximando a la siguiente habitación, donde acechaba el intruso. Fuera quien fuese, tendría que darme una explicación... o no viviría mucho por aquel allanamiento.

Crucé el umbral.

Y se dio la vuelta Sidonia, con un gesto de alivio en la cara.

—¡Ya estás aquí! Me estaba empezando a preocupar.

La sorpresa desconcertante me hizo pararme en seco. Me quedé boquiabierta ante aquel espejismo.

Era un truco... tenía que serlo. Sidonia estaba muerta. Pero aquella chica...

Se había alterado la coloración, había escogido un tono pálido de piel y de pelo, ojos claros, un intento de subterfugio muy rudimentario. Aun así, su patrón era claramente el de Sidonia.

Yo no creía en espectros ni en fantasmas, pero no era capaz de hallar ninguna otra explicación. Me quedé enmudecida mientras ella venía hacia mí, me rodeaba con sus frágiles brazos y hundía la cabeza en mi hombro.

—¡Oh, Némesis, estás bien!

El olor era el de Sidonia. Su aceite de lavanda preferido. Aquello no era real. Seguro que no era real. ¡Me estaba volviendo loca!

Retrocedí.

—Se me ha ido la cabeza.

—No, no, no es así —los ojos de Donia se llenaron de lágrimas—. Es una larga historia, pero ahora estoy aquí, Némesis. Estoy bien.

Tragué saliva. Alargué la mano para tocarla, y solté un grito ahogado y la retiré cuando mis dedos palparon el tejido vivo y cálido.

—Cuéntamela —susurré.

Cuando ella volvió a extender el brazo hacia mi mano, retrocedí. El dolor se asomó fugaz a su rostro.

—¿No quieres estar más cerca?

—No —qué empequeñecida sonaba mi voz. Tenía miedo de ella, miedo de que resultara ser un sueño.

—La última vez que hablamos —me dijo— estabas nerviosa. Te habías reído, ¿lo recuerdas? Y eso

te preocupaba.

Suspiré. Eso había sido hace un universo entero, un eón atrás. En aquel entonces, Mortífero todavía estaba vivo, y Sidonia se encontraba a una distancia de una transmisión por el subespacio. Y Tyrus solo era otro desconocido más, un loco en la multitud...

—Sabía que te enfadarías conmigo, así que no te dije que iba a venir —soltó una carcajada temblorosa—. Tampoco se lo conté a madre y a padre. Todavía teníamos el chip identificativo de Sutera nu Impyrean, así que lo utilicé para colarme en un transporte de suministros y generé una serie de órdenes que la enviaban aquí como tu supervisora de protocolo. Pensé en venir a verte, en asegurarme de que estabas bien y después marcharme...

Me cedieron las rodillas. Caí al suelo, incapaz de apartar la mirada de ella, incapaz siquiera de respirar.

Ella se arrodilló delante de mí con una expresión cargada de sentimiento.

—Y entonces me enteré de que habían destruido nuestra fortaleza.

—Donia —murmuré la palabra sumida en el asombro. Era ella. Estaba aquí. ¡Estaba viva!

—Así que vine aquí, pero tú te habías ido, Némesis. ¡Estaba tan preocupada por ti!

—¡Donia! —esta vez salió de mí desatada, y me lancé contra ella.

Donia chilló cuando la tiré al suelo y la abracé. Y se reía contra mí, el sonido más maravilloso del universo. «Está viva. Está viva...».

Me di cuenta de que estaba temblando, que me salía de la garganta un ruido similar a los sollozos, y supe que Donia se había alarmado. Trató de separarse, pero no se lo permití, no podía dejarla ir. Y

entonces jadeó:

—Némesis, tienes demasiada fuerza, me estás haciendo daño.

La solté por fin. Me tomó la cara en sus pequeñas manos, y sus ojos brillaron en los míos.

—Ay, Némesis, yo también te he echado de menos. ¿Has estado bien?

Tardé un instante en elaborar la respuesta a esa pregunta tan ridícula.

— *No* —le dije.

Sonrió triste.

—Yo tampoco.

Pero eso iba a cambiar ahora. Para las dos.

Donia estaba aquí. Estaba viva. No podía pedir nada más en la vida, en aquel universo. No podía dudar que había algo superior a mí que era amable, justo y benigno, tal y como afirmaban los vicarios en los ritos en la Gran Heliosfera, porque ahora tenía la prueba conmigo. La luz de las estrellas jamás bendeciría a una diabólica, pero en aquel instante, me podía haber entregado de lleno al culto del Cosmos Vivo por haberme devuelto a Donia.

Jamás permitiría que me la volvieran a arrebatar. No se había terminado de asentar aquella idea en la cabeza y ya sentía crecer un oscuro frente de preocupación en mi interior. Estaba viva, pero no seguiría estándolo una vez descubriesen que estaba aquí. Si la gente se enteraba de que ella era la auténtica Sidonia Impyrean, la ejecutarían por traición al haberme enviado a mí en su nombre, y a mí me ejecutarían por haber ocupado su lugar. Tyrus

también quedaría en tela de juicio. El emperador tomaría medidas enérgicas contra su sobrino, y las familias como los Patus pedirían con entusiasmo que se erradicara hasta el último rastro de influencia de los Impyrean.

Ahora bien, ¿cuál era la alternativa? Sidonia no se podía ocultar como mi supervisora de protocolo mientras aguardaba la muerte del emperador. Era una senadora galáctica por derecho propio, la heredera de su padre.

Le di muchas vueltas a este problema en el transcurso de los siguientes días. No salí de la villa y, de manera mecánica, hice caso omiso de todos los mensajes o convocatorias de Tyrus. Después de un

periodo tan confuso y tumultuoso, parecía que se había disipado toda la extrañeza y la ambigüedad de mi universo, reemplazada por una maravillosa abundancia de corrección: Donia estaba aquí, de nuevo conmigo, y yo era su diabólica, y mi objetivo estaba claro como el agua una vez más. Me había preguntado cómo podía seguir existiendo el universo después de su muerte, cómo podría yo salir adelante sin ella. Había resultado que no tendría que hacerlo.

Donia quería saberlo todo sobre mi vida en el Crisantemo, así que le conté hasta el último detalle de la manera más cuidadosa y desapasionada que pude. Le hablé de que había alejado a Gladdic, y, para mi sorpresa, sonrió y me dijo con ternura: «Oh, Némesis», como si no le importase lo más mínimo. Le produjo una leve sonrisa enterarse de los intentos fallidos de Elantra Patus con tal de conseguir que diese voz a alguna clase de sentimiento herético. Su rostro se retrajo de dolor cuando me oyó hablar del fatídico día en que su familia había sido condenada.

Tuve que dejar de hablar durante un rato, porque las lágrimas le habían empezado a caer por las mejillas, y la cuestión fue entonces guardar silencio y acariciarle los hombros mientras ella volvía a llorar por su pérdida.

Los abrazos nunca se me ocurrían de un modo natural. Allá en la fortaleza de los Impyrean, siempre me habían parecido un extraño paso de baile que nadie me había coreografiado de la manera apropiada. No obstante, había empezado a aprender algo sobre ellos con Tyrus, y esa habilidad me vino de maravilla al rodearla con los brazos.

—Está bien —le susurré y, por lo menos, sus lágrimas disminuyeron.

—Cuéntame qué pasó después de eso —me pidió mientras se enjugaba las lágrimas con el pulpejo

de la mano.

No deseaba recordar esa época. El recuerdo de aquellos días horribles después de su supuesta muerte eran como una hoja de acero que se me clavaba en las entrañas y me destrozaba hasta el

tuétano.

—Estaba consternada —dije con cierta rigidez. Me afané por distanciarme de los recuerdos, como

si fuesen los de un desconocido—. Me revolví contra el emperador.

A Donia se le escapó un grito ahogado.

—Su diabólica, Enmity, se enfrentó a mí. Me habría matado de no ser por... por el *successor primus*. El heredero del emperador.

Los ojos de Donia se abrieron como platos, desorbitados y sorprendidos.

—¿Tyrus Domitrian?

—Sí. Él mató a Enmity —ahora hablaba en susurros, aunque nadie nos podía oír. Tyrus enviaba sus propios robots a hacer barridos en mi alcoba en busca de dispositivos de vigilancia—. Él y yo hemos llegado a un acuerdo, Donia.

Mientras yo la ponía al tanto al respecto de nuestro plan para redimir la reputación de Tyrus, para situarlo en una posición en la que pudiese atacar a su tío y salirse con la suya, Donia apoyó la cabeza en mi hombro.

—Vengaremos a tu familia —le dije.

—Némesis, eso suena muy peligroso. Yo tampoco te puedo perder a ti.

—No lo harás.

Sin embargo, tenía razón. Era peligroso. Eso no me había preocupado antes, pero había que reconsiderarlo todo ahora que ella estaba aquí. Ya no podía seguir presentándome como Sidonia von Impyrean, no cuando eso hubiera significado usurpar el lugar que a ella le correspondía por derecho.

Mi engaño tenía que acabar. Pero si esperaba hasta que Tyrus fuese emperador para hacerlo, le correspondería a él dar ejemplo conmigo.

Respiré hondo. Había aceptado encantada aquel precio. Siempre había sabido que mi deber era morir por ella.

—¿Cómo es Tyrus Domitrian? —me preguntó Sidonia.

La mención de su nombre me hizo sentir que la piel me ardía y se me tensaba. Me sorprendí apartando la mirada de ella, extrañamente temerosa de que mi semblante me delatase.

—Listo —mi tono de voz se mantuvo neutro, al menos—. Extremadamente listo. Mide muchísimo

todos y cada uno de sus actos.

—¿Es... puedes confiar en él?

Sí. Pero aquello me parecía más extraño, sin duda, en su presencia.

—Tanto como puedo confiar en alguien que no seas tú.

—¿Le hablarás de mí?

—No.

Aquella palabra me salió brusca. Sidonia se enderezó y me miró preocupada.

—Tú —le dije, tomando su barbilla entre las manos— te quedarás aquí y no te mostrarás ante nadie hasta que haya ideado un plan. No puedo... —se me secó la boca, se me retorció el corazón—.

No puedo arriesgarme a perderte de nuevo.

—Lo sé.

—Acabaría conmigo.

—Lo sé —me rodeó con los brazos y sentí sus lágrimas contra mi piel—. Yo también te quiero,

Némesis.

Suspiré. Aquellas eran unas palabras que yo nunca podría pronunciar, pero Donia comprendía mi

corazón, porque en lo referente a ella, yo sí tenía uno. Si Tyrus me había estado trasladando hasta ahora hacia la otra orilla del río, en ese momento me estaba convirtiendo en escorpión y recuperando

mi verdadera naturaleza: proteger a Sidonia a toda costa. Ella siempre sería lo primero, aunque eso requiriese que picara a Tyrus.

37

Una vez sembrada en la mente de un tirano, la semilla de la desconfianza germina rápido. Tras nuestro regreso de Lúmina, el emperador no volvió a mirar a Tyrus con tanta indulgencia. Por su parte, Tyrus había acelerado en secreto su campaña para minar la autoridad de su tío. No obstante, era cuidadoso, y siempre actuaba de tal manera que solo la mente más paranoica podría considerar deliberada.

Hacía comentarios de improviso, aquí y allá, sobre los enemigos del emperador asesinados y mencionaba con naturalidad sus nombres en presencia de unos familiares que con toda probabilidad lloraban aún su muerte. Continuaba dejando escapar referencias a la situación de bancarrota de la corona imperial, en especial delante de los cotillas más fervientes del imperio. Celebró también una fiesta para los grandilocuos que detestaban las peleas de animales con ocasión del enfrentamiento entre la mantícora del emperador y el preciado híbrido de tigre y oso del senador Von Fordyce.

—Sidonia me ha enseñado mejores maneras —proclamó Tyrus con grandiosidad ante sus

invitados al tiempo que me cubría la mano que tenía sujeta bajo su brazo—. Es de lo más incivilizado regodearse con los deportes sangrientos —se inclinó más cerca de mí y me acarició el cuello con un dedo con una sonrisa en los labios—. ¿No es así, amor mío?

Aquellos grandilocuos que se oponían a las peleas eran los herederos de una serie de familias que compartían un alineamiento político específico, de modo que aquel gesto de Tyrus se convertía en algo más peligroso aún.

La fiesta de Tyrus contó con una nutrida asistencia. Tuvo que irritar al emperador que fuera tanta la gente que se perdió el triunfo de su mantícora. Aun así, no se trataba de un delito de traición. No era algo por lo que pudiese reprender a Tyrus en público. Nada de lo que Tyrus hacía merecería un castigo formal.

El emperador se mostraba extrañamente callado en la siguiente cena familiar a la que Tyrus me invitó. Estaba repantigado en su silla, con los labios apretados en una tensa línea blanca mientras aguardaba a que su familia probase su plato. Sin embargo, cuando llegó el turno de Tyrus, se inclinó hacia delante y lo observó con una intensidad que antes tan solo reservaba para su madre.

—Prueba otro bocado de la otra parte —le dijo a Tyrus después de que este hubiese cortado una

porción fina de la carne de jabalí.

Tyrus complació al emperador, y estaba a punto de pasar el plato cuando este le dijo:

—Ahora, dale la vuelta y prueba la parte de abajo.

La atenta mirada de Cygna iba del uno al otro.

—No quedará nada para ti, hijo mío.

El emperador miraba a Tyrus.

—Hazlo.

—Por supuesto, vuestra supremacía —Tyrus cortó un trozo más grande de lo normal y exageró el

gesto de estar disfrutándolo—. Exquisito. Siempre te guardan los mejores cortes.

Aquello irritó al emperador.

—Ahora, pásalo —estudió los restos de su jabalí—. ¡Mira, lo has arrasado! Te has zampado la mitad de mi comida.

La conducta de Tyrus era todo inocencia.

—Mis disculpas. ¿No me has dado instrucciones para que pruebe todas y cada una de sus partes, vuestra supremacía?

—De todas formas, esta noche no tengo mucho apetito —gruñó el emperador, que aun así se lanzó

con voracidad sobre su pieza de carne.

Durante la media hora siguiente, el emperador irradió una picajosa hostilidad. Tyrus charlaba con su abuela en una muestra de desenfado ajeno a la situación. Y su buen ánimo parecía ensombrecer aún más el semblante del emperador.

Más tarde, al regresar caminando a mi villa, Tyrus señaló hacia arriba.

—Mira —me dijo—. No hay soles.

Levanté la mirada, sorprendida al encontrarme con el espacio vacío. Ninguna de las seis estrellas se asomaba a la bóveda celeste. Era un panorama inusual.

—Disfrútalo mientras puedas —dijo Tyrus—. Las seis estrellas no tardarán en hallarse muy próximas unas a otras. Será entonces cuando mi tío celebre la

Gran Carrera. La última vez se quedó prácticamente en la bancarrota.

—¿Cómo?

Tyrus se echó a reír.

—Apostó a un solo piloto la suficiente cantidad de dinero como para comprar una flota. Después, durante el primer tramo de la carrera, ese piloto tuvo un accidente: su nave recibió el impacto de otra, y ambos pilotos quedaron fuera de carrera. Randevald lo perdió todo —se le borró la sonrisa—. Se puso furioso. Hizo ejecutar a ambos pilotos, a sus familias y a sus tripulaciones de vuelo.

Se hizo un deprimente silencio entre nosotros. Pensé en el emperador ordenando a Leather que se desollara ella misma y sentí un escalofrío.

—Está empezando a desconfiar de ti —advertí a Tyrus.

Me miró muy tranquilo.

—Sí, lo sé. Le he visto cada vez más en compañía de Sálivar y Devineé, por impedidos que estén

ambos. Pretende inquietarme al mostrar su favor hacia ellos. Sospecho que en breve te necesitaré más que nunca.

—Siempre estoy en guardia, Tyrus —y tenía una mayor motivación de lo que él se imaginaba.

Ahora, él era para mí la garantía de que Sidonia recuperaría su posición después de que él ascendiese al trono, de que ella tendría entonces un amigo en el poder. Y, además...

Deseaba la victoria de Tyrus.

Me hacía sentir incómoda lo mucho que su destino aún pesaba sobre mí. Donia había regresado.

Mis pensamientos se deberían centrar tan solo en ella. Aun así, de

madrugada, cuando ella dormía, era en Tyrus en quien más pensaba.

Me preocupaba su bienestar. Me importaba demasiado.

Estaba estudiando mi rostro con mucha atención.

—Has recobrado mucho el ánimo últimamente.

—No sabía que hubiera estado decaída.

Suspiró y se detuvo, frente a mí.

—Némesis —su voz era estable, baja—. En la nave se produjeron ciertas incomodidades entre nosotros, pero quiero que sepas que... —me tocó el rostro muy levemente, como si yo fuese frágil, rompible—. Jamás tuve la intención de hacerte sentir incómoda. Lo siento.

Se me retorció el estómago. No me apetecía hablar de lo que había sucedido entre nosotros en la nave. Si hubiera podido repudiar aquel recuerdo, lo habría hecho. A mi pesar, me di cuenta de lo cerca que estaba, sus labios tan próximos a los míos. Tan cerca de mí...

¿Por qué no podía volver a adormecer los extraños deseos que él había despertado?

—Lo que pasó en la nave —le dije titubeante—. Eso no significó nada, por supuesto.

Tyrus acababa de salir airoso tras estar a punto de que lo ejecutasen. Estaba agradecido conmigo por haberle salvado. Seguro que habría reevaluado sus sentimientos después de que yo lo hubiese apartado. Los habría visto como la locura que eran.

—Nada —dijo él sin alterarse.

—Bien. ¿Y qué pasa a partir de ahora?

—¿A partir de ahora? —arqueó las cejas—. Continuaré haciendo lo mismo que he hecho. Pequeños

gesto aquí y allá, nada que justifique nunca una represalia, pero la suficiente provocación como para sacar a la luz lo peor de mi tío y exhibir lo mejor de mí. Y, por supuesto, lo mejor significa mi lado más noble, que la noble Von Impyrean saca a relucir —me ofreció una sonrisa irónica que se esfumó rápidamente—. Mi abuela es el mayor obstáculo ahora mismo.

—¿Por qué?

—Ella es la víbora venenosa que susurra al oído de mi tío. Ella podría aconsejarle prudencia, precaución. Podría extender rumores sobre mí entre los demás. Nunca he sabido neutralizar su influencia.

—Se te ocurrirá algo.

Se curvaron sus labios.

—Espero que tu fe en mí no sea injustificada —vaciló al escrutar mi rostro, como si forcejease con el impulso de decirme algo. Un instante después, sin embargo, se encogió de hombros, retrocedió un paso y dijo con una neutral formalidad—: Buenas noches, Némesis.

Cada vez que me alejaba de Sidonia, regresaba con el temor de que se hubiera desvanecido, de que se hubiese esfumado sin más en aire como una sombra, de haberla vuelto a perder, muerta. Mi pesadilla no se había hecho realidad por ahora. Al volver a mi villa y encontrármela esperando me inundaba una sensación de alivio. Seguía viva. Seguía sin ser un fantasma o una alucinación.

Le satisfacía verse en una situación de aislamiento, prácticamente, en parte por temor y en parte por su natural introversión. Le pedía a Tyrus unos libros de la *Alexandria* sobre la antigua Tierra. Sus siervos me habían traído varias estanterías llenas.

—¿Ahora te interesa la historia? —me había preguntado Tyrus.

—A Sidonia le parecen bonitos los libros, y se supone que fueron tu manera de conquistarme...

Así que debo fingir que quiero utilizarlos para decorar mi villa.

Aquellos volúmenes tenían fascinada a Sidonia. Siempre que regresaba me la encontraba estudiándolos, con los ojos muy abiertos, tocando aquellas valiosas y antiguas páginas con el mayor de los cuidados, valiéndose de un robot que le tradujese aquellas lenguas muertas que ella llamaba

«latín», «ruso» e «inglés».

Me hablaba entusiasmada sobre todas las teorías que estaba leyendo.

—Ahí estaba aquella maravillosa explicación sobre por qué el propio tiempo se distorsiona cuanto más se acerca uno a un agujero negro. Hasta ahora, jamás me había detenido a examinar por qué podría suceder tal cosa, pero...

Yo la oía hablar sin prestarle demasiada atención, satisfecha simplemente con notar su entusiasmo.

Entonces sonó el intercomunicador.

—Cygna Domitrian para ver a Sidonia von Impyrean.

Me quedé de piedra. Sidonia me lanzó una mirada frenética que desplazó hacia la puerta. Lo sabía todo acerca de la madre del emperador, por supuesto, pero a ninguna de las dos se nos había pasado por la imaginación que pudiera dejarse caer por aquí a hacerme una visita.

Cygna no había esperado a que la dejaran pasar. Ya había entrado con paso firme, tal y como se permitía hacer a los miembros de la familia imperial.

Me puse en pie de golpe, y Sidonia bajó la cabeza para pasar desapercibida.

Me arrodillé en señal de respeto. Cygna se había renovado recientemente su falsa juventud, y hoy traía el pelo en un entrelazado de mechones rizados castaños, los ojos sin pestañas sobre sus afilados pómulos y el relleno recién puesto en los labios. Su mirada de halcón me pasó de largo y se posó en Sidonia al tiempo que me extendía la mano para que la tomase.

—¿Y quién es esta? —me dijo mientras me llevaba sus nudillos a la mejilla —. No es una sierva,

pero tampoco una empleada.

—Soy... —Donia se interrumpió de golpe. Estaba acostumbrada a ser la persona de mayor rango

en la habitación, a responder por sí misma. Se le sonrojaron las mejillas al recordar que yo era ella, y que ella era una excedente. Bajó la cabeza—. Perdonadme.

—Es Sutura nu Impyrean —dije—. Es una supervisora de protocolo que lleva mucho tiempo en nuestra familia.

—Desde luego. Qué afortunado que haya venido a haceros compañía después de la tragedia de vuestra familia.

—Ella me formó para que me comportase aquí. Siempre estaré en deuda con ella. Ha sido muy amable al venir.

—Ya puede dejarnos —dijo Cygna.

Donia se hizo a su papel y me lanzó una mirada de preocupación antes de dirigirse hacia la puerta.

Temía dejarme en compañía de aquella arpía, pero el mayor alivio para mí fue ver a Sidonia escapar del alcance de la venenosa atención de Cygna.

La madre del emperador se quedó mirando la partida de Donia mientras mis siervos le preparaban

un diván, disponían unos cojines y activaban las placas antigraedad. Después de que se sentara, me acomodé en una silla frente a ella, llena de aprensión al respecto de qué podría estar haciendo aquí.

—Habéis demostrado ser una beneficiosa influencia para mi nieto —dijo Cygna con mucha formalidad—. Esto me mueve a sentir una gran curiosidad acerca de vos, senadora Von Impyrean.

La disposición de aquella mujer se aproximaba mucho más a la de Tyrus que a la del emperador.

Yo ya sabía que aquella cuidadosa y calculadora capacidad reflexiva solo podía proceder de su abuela. Me obligué a recordar todas las pistas que la matriarca me había señalado en mi conducta —

mi ausencia de pestañeo en la mirada, siempre tan directa, mi expresión vacía — y los oculté.

—Siento un gran afecto por el *successor primus* —le dije sin más.

—Lo cual me sorprende en gran medida. Siempre he creído que Tyrus poseía una cierta debilidad

mental —no apartaba de mí los ojos. Con esa mirada tan fija, ella podía haber sido la diabólica.

—He sido testigo de su inestabilidad, eminencia, pero me he encontrado con que la puede abandonar si se razona con él.

—Otra sorpresa. Podéis contar con mi absoluta perplejidad, noble mía, al ver lo mucho que habéis aprendido sobre mi propio nieto, perspectivas que ni yo misma había llegado a aventurar. Decidme,

¿qué es lo que pretende al enojar a mi hijo?

Aquella pregunta, tan directa, me sorprendió con la guardia baja.

—No... no sé qué queréis decir con eso.

Se afiló su sonrisa.

—No... no... —repitió para burlarse de mí—. Ni una sola vez os había oído titubear al hablar, querida niña. Qué divertido ver que sois capaz de ello —se puso en pie mientras yo buscaba algo que decirle—. Tyrus jamás ha gozado de mi favor, nunca lo he ocultado. De haber estado en mi mano, su madre jamás habría nacido. Antes de que Devineé sufriese daños cerebrales, me hubiera gustado que mi hijo la nombrase a ella su heredera. Tampoco tuve voz ni voto en su existencia, pero ella al menos se parece a mí. Ahora me encuentro en la incómoda posición de tener a una imbécil por nieta, así que debo mirar con mejores ojos al loco... Si bien, bajo vuestra influencia, esto se

ha vuelto más sencillo. Debo comprender los motivos que hay detrás de sus últimos actos —pensativa, me observó durante un momento—. Vos y yo podríamos trabar amistad, senadora Von Impyrean. Soy una mujer

de gran influencia en este imperio.

—¿Me estáis pidiendo que os dé información sobre Tyrus? —le pregunté.

—Si es que deseáis expresarlo de un modo tan abrupto, tan crudo, entonces sí. Eso es justo lo que estoy pidiendo. Lo mejor para todos los interesados es que yo esté al tanto de lo que sucede dentro de mi familia.

—Ah, de modo que sentís una denodada preocupación por Tyrus —a mi voz se asomaba el escepticismo. No lo pude ocultar.

Entornó los ojos.

—Siempre he sentido una denodada preocupación por mi familia. Digan lo que digan los rumores

que hayáis oído sobre mí, mi único interés ha sido que el más fuerte de mi linaje tomara las riendas de este imperio. Mi único deseo ha sido apoyar al heredero más apto.

—Entonces, tal vez hayáis apoyado al incorrecto.

Aquellas palabras salieron de mis labios antes de que las pudiese controlar. La mirada de la noble Cygna se volvió más acerada, y me di cuenta de que no podría vencer en aquella conversación.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Solo que amo a Tyrus —era mentira, por supuesto, pero no había terminado de pronunciarla y

ya sentía que me estaba sonrojando. Jamás había dicho esas palabras, ni siquiera actuando. Qué torpes las sentí en mis labios—. Mi lealtad está con él —añadí entre dientes. Dejando a Sidonia aparte, eso era del todo cierto—. No podréis hacer de mí una espía.

—¿Rechazáis mi mano tendida en señal de amistad?

No deseaba ofenderla, pero tampoco veía alternativa.

—En las condiciones en que me la ofrecéis, sí, la rechazo.

—Niña tonta —su tono de voz se volvió glacial—. Nunca me habéis caído bien.

—En ese caso, mi decisión es sin duda acertada.

Mi respuesta no le dio respiro.

—Siempre ha habido algo muy raro en vos —masculló—. No soy capaz de deciros qué, pero ya lo

conseguiré. Y, mientras tanto... —torció el gesto de los labios—. No os consideréis irremplazable.

Os aseguro que soy capaz de encontrar a una chica maleable a quien colocar en vuestro lugar... Y mi nieto también, si yo decido que busque en otro sitio.

Me levanté, imponente sobre ella en toda mi estatura.

—Entonces todo apunta a que no tenemos nada más que decirnos.

Se enderezó, la viva imagen de la dignidad, aquella asesina que había matado a tantos de sus propios hijos. Nos miramos la una a la otra durante un segundo más, tenso y peligroso, y acto seguido se marchó sin mediar palabra.

Acababa de buscarme un enemigo.

38

No me relajé hasta que tuve la seguridad de que la noble Cygna se había marchado, y entonces corrí a la habitación contigua para comprobar cómo se encontraba Sidonia. Al parecer, había estado apoyada contra la puerta, escuchando.

—¿Por qué no le has dicho lo que ella quería oír, sin más? —me preguntó con cara de perplejidad

—. Podías haber aceptado espiar a Tyrus, y después contarle a él que te lo había propuesto. Esa hubiera sido la mejor estrategia.

Hice una pausa, sorprendida y después irritada por su pregunta. La sensación me desconcertó y me dejó en un breve silencio, aturdida: nunca me había sentido irritada con Sidonia, jamás. Ella era la estudiosa, la sabia, la persona de verdad que sabía cosas que yo desconocía. No estaba acostumbrada a tener que explicarle lo obvio.

—Porque —le dije despacio— yo no podría hacerle eso a Tyrus.

—¿Por qué no?

De repente me dolieron los músculos, me ardían con la necesidad de ejercitarlos, de moverlos, de trabajar hasta el agotamiento. Dejé atrás a Sidonia con paso airado y recorrí decidida el perímetro de la habitación, respirando hondo para dominar mis pensamientos.

—Me ha puesto furiosa —le dije— que quisiera utilizarme contra Tyrus —Donia no conocía a Tyrus. No podía comprenderlo—. Es su enemiga, ¿sabes? Su propia abuela. Si se saliera con la suya... —escuché la tensión de la furia en mi voz y me tragué las siguientes palabras.

—Némesis —la suavidad de su voz me hizo darme la vuelta para quedar frente a ella. Se había cruzado de brazos. Veía subir y bajar su pecho con la respiración profunda—. Tú... tú sientes algo por Tyrus, ¿no?

Sentí que me ardía la cara por segunda vez aquel día. De pronto, no era capaz de sostenerle la mirada.

—Yo no he dicho eso.

Unas pisadas acolchadas sobre la alfombra. Después, su fría mano sobre la mía, apretándola.

—Me alegro.

Sus palabras solo me sacaron más de quicio. No había motivo alguno de *alegría* en mis sentimientos por Tyrus. Eran una molestia... y, de haber ido todo como debería, también tendrían que haber sido imposibles. ¡El único ser humano por el que debería sentir algo estaba aquí de pie ante mí, sujetándome la mano! Y, aun así, ahora me sentía muy irritada con ella, y era por él, y me sentía como una idiota.

Respiré hondo por la nariz antes de volver a hablar.

—¿De verdad te alegras? ¿No lo consideras una traición?

—¿Una traición?

—Porque yo... yo siento esto por otra persona.

Se le ensombreció el rostro, su sonrisa era leve y temblorosa.

—Me alegro de que sientas algo. Más importante, de que te *permitas* sentir algo. Es todo cuanto

podía esperar para ti —apartó enseguida la mirada, su frágil clavícula resaltaba contra su piel—. Lo único que siempre he querido es que fueras feliz.

Tragué saliva. No me merecía tal compasión.

—Vivo *por ti*, Donia. No por Tyrus.

—Quizá yo quiera que vivas solo por ti misma —dijo en voz baja.

Donia estaba convencida de que era indudablemente bueno que hubiera llegado a sentir algo por Tyrus. Yo no estaba de acuerdo con ella, sobre todo cuando me presenté en la siguiente cena de los Domitrian. Llegué como invitada de Tyrus, mientras Cygna había invitado a...

Elantra.

—Sentaos al lado de Tyrus, mi queridísima —Cygna hablaba a Elantra con mayor dulzura de la que jamás había empleado con los de su propia sangre.

Elantra resplandecía con tantas atenciones, y tomó asiento con mucha delicadeza al otro lado de Tyrus.

Tyrus no parecía descontento.

—Un placer inesperado veros, noble Pasus —le dijo él.

El único secreto que yo había tenido con Tyrus era la reaparición de Donia. Simplemente estaba aguardando a que llegase el momento propicio para revelárselo. Desde luego, no había tardado un solo segundo, tras la visita de Cygna, en dirigirme a la *Alexandria* e informarle sobre nuestra conversación.

Aquel día se unió a mí en el gran estudio adjunto a la biblioteca, debajo del enorme ventanal que se asomaba a la parte inferior del paseo de Berneval.

—De modo que a mi abuela le gusta el efecto que has causado en mí —me dijo mientras observaba

pensativo el paisaje estelar con las yemas de los dedos de ambas manos juntas bajo la barbilla formando un triángulo—, pero tú no le caes bien.

Con los comentarios de Sidonia recientes en la cabeza, sentí la necesidad de disculparme.

—Debería haber cooperado con ella. Despreciarla tan abiertamente ha sido una necedad por mi parte.

Sus ojos saltaron entonces sobre los míos con una expresión resuelta.

—¿Por qué la has rechazado?

La pregunta llegó mucho más hondo de lo que él se podía haber imaginado. Volví a sentir que se

me hacía un nudo en la garganta: la carga de mi preocupación por él y la imposibilidad de reconocer que en ese instante estaba indignada en su nombre.

—No lo sé.

Tyrus me estudió por un segundo con una mirada penetrante. Acto seguido, una sonrisa le tensó los labios.

—Esto, en realidad, son buenas noticias, ¿sabes?

Yo no sabía nada. Me sentía abatida y dolorida, como si hubiera sometido mi cuerpo a una paliza de horas de ejercicio intenso.

—¿Y cómo es eso?

Se levantó, se apartó de mí y se cruzó de brazos mientras miraba por la ventana a aquel rincón del universo que podía llegar a heredar.

—Si mi abuela desea tener alguna influencia sobre mí, eso significa que ha decidido que soy digno de su influencia. Eso supone que, ante sus ojos, he ascendido lo suficiente para que ella desee invertir en mí un cierto esfuerzo. Eso, o que mi tío ha descendido ante ella.

La alarma me tiñó la voz.

—Aunque su favor sea cambiante, *no puedes* confiar en ella.

Su carcajada sonó ronca.

—Jamás he confiado en nadie que lleve mi sangre, Némesis. Los Domitrian llevan la mentira y la

traición en los genes, pero la abuela es la mujer más poderosa del imperio. Con ella de mi lado, es poco lo que mi tío podría hacerme... abiertamente, al menos —me lanzó una mirada por encima del

hombro, con los párpados caídos—. Si ella desea poner a mi lado a una nueva compañera, es que está tratando de reconciliarse conmigo. Según sus condiciones, claro está.

—Me ha dicho que lo único que ella ha deseado siempre es tener a la persona más poderosa de vuestra familia en el trono —le dije de mala gana. Odiaba la sola idea de empujar a Tyrus a cooperar con Cygna.

—Sí, así es ella. Los retoños que gozan de su favor son los que ya están plenamente formados. No es como un jardinero que pretenda cultivar nada, sino que más bien poda cualquier brote nuevo a diestro y siniestro. De estar aún Devineé en sus cabales, la abuela acabaría conmigo por mis recientes osadías. Sin embargo, no ve más alternativa que otorgarme a mí su favor sobre los demás —se encogió de hombros—. Si pretende despertar mi interés con otra mujer, entonces veré a quién me confía ella y consideraré si acepto el gesto o no. Al fin y al cabo, nuestra relación termina en cuanto yo esté en el poder. Ese era nuestro acuerdo, ¿no es así? De forma que aún necesitaré una emperatriz.

Aparté la mirada de él.

—Así es, te hará falta alguien capaz de entablar una relación contigo —alguien que no fuese yo.

Y ahora sabía quién era ese alguien que tenía en mente su abuela.

Cuando todos nos sentamos en el salón del trono, mi desasosiego aumentó hasta convertirse en un rugido sordo al ver cómo Elantra alargaba la mano para tocarle el brazo a Tyrus como si nada durante la conversación. La atenta mirada de la noble Cygna estaba clavada en ellos, y yo sentí un arrebato de ira acalorada como si de un veneno se tratase, el impulso de machacarles el cráneo, de arrancar a Elantra de su silla y reventarle la cabeza contra la de Cygna.

Clavé la mirada en mi copa de vino en un intento de combatirlo. Sería una diabólica, pero no era un animal.

Aun así, el corazón me latía con fuerza, y sentía las mejillas ardiendo con el hervor de la sangre.

Me encontraba en guerra conmigo misma, furiosa con Tyrus por su evidente comodidad con la situación, y furiosa conmigo misma por verme tentada de mantener únicamente sobre mí su atención.

Me daban ganas de arrancarle de una bofetada aquella sonrisa que le estaba dedicando a Elantra.

De qué modo tan reverencial hablaba la gente sobre los afectos. Para mí, eran como un suplicio.

No podía creer que los demás disfrutase de aquellos sentimientos. ¿Cómo podía deleitarse alguien con aquella espantosa necesidad de asegurarse la prioridad en los afectos de otro ser humano?

Podía sentir la mirada de la noble Cygna sobre mí. Estaba observando para averiguar el efecto de sus maquinaciones. Como si fuera una imagen real, podía verme saltando por encima de la mesa y

rompiéndole el cuello. ¡Qué maravilloso crujido harían aquellos huesos viejos y secos!

Me contenté con enseñarle los dientes en una sonrisa. Luego redirigí mi atención hacia el emperador.

Había alterado la habitual disposición de los asientos para aproximar a Devineé a su lado.

La mujer seguía teniendo la mirada perdida, y, de vez en cuando, un siervo se le acercaba para limpiarle algún trozo de comida de la barbilla o la saliva de los labios, pero nada de esto parecía molestar al emperador. Entabló con ella una conversación unilateral y, de tanto en tanto, la rodeaba con el brazo como si de una raíz parasitaria se tratase. Mis instintos de supervivencia volvieron a

entrar en funcionamiento, comenzaron a centrarse. Al pensar en los últimos días en la corte, me percaté de que el emperador había colocado a Devineé a su lado en los ritos en la Gran Heliosfera.

También la había mencionado con desenfado desde su lugar en el gran trono y había provocado en

ella unas sonrisas ausentes.

Miré a Tyrus, aún entretenido con Elantra. Una serie de sospechas repentinas me bullía en la cabeza. Tyrus había ido socavando la autoridad de su tío con mucha sutileza, y, por tanto, había perdido su favor. También había abandonado su imagen de loco para proyectar ahora una imagen de mayor

fortaleza mental.

En su día, el emperador había nombrado a Tyrus su heredero tan solo porque lo consideraba débil: un pirado y un inútil. Tyrus ya no era débil. El emperador había creído que Tyrus no gozaba del favor del Cygna, pero Tyrus podría haber dejado de ser el enemigo de su abuela. Ahora, el emperador tenía una posible alternativa, una heredera genuinamente débil a raíz de los daños cerebrales que yo le había provocado: Devineé. Podía colocarla a ella en el lugar de Tyrus.

Tyrus era consciente de aquello, pero ¿se daba cuenta de su peligro? Le vi alargar la mano con naturalidad para acariciar la muñeca de Elantra.

Tuve que mirar para otro lado.

Al fin y al cabo, no tenía demasiado sentido proteger a Tyrus del emperador para acabar matándolo yo misma.

39

Donia me encontró en la villa descargando los puños contra una columna de piedra de tallar. La había comprado para ella, porque estaba estructurada para desmenuzarse con facilidad con ciertos utensilios, y me había parecido que tal vez la complaciese dedicarse al arte entre libro y libro. En cambio, la estaba despedazando yo mientras me imaginaba a Tyrus y a Elantra tonteando, con un triste regodeo en mi propio dolor.

—Esto te va a hacer gracia —le dije a Donia con voz monótona—. Creo que Tyrus pretende tomar

a Elantra como su emperatriz.

—¡Elantra Pusus no!

—Sí, la misma. La noble Cygna la ha escogido como su futura esposa, y Tyrus no ha puesto ninguna objeción. Cree que si coopera, su abuela se sentirá inclinada a apoyar su ascenso al trono.

—¿Así te lo ha dicho él?

Me di la vuelta, el corazón me latía en el pecho a toda velocidad, me escocían los nudillos, ensangrentados. Veía mentalmente los fogonazos de las escenas en la sala de los vapores después de aquella velada. No me había hecho efecto la ampolla que había inhalado, y la noble Cygna se había abstenido, pero a Tyrus y a Elantra sí les había afectado, igual que al emperador, que había inhalado tres y después había trepado a una de sus estatuas de platino y había hecho como si la montase a caballo.

Consciente de la vigilante mirada de la noble Cygna, yo también había intentado hacer el ridículo, dando vueltas en el sitio y forzando una falsa carcajada de embriaguez en los labios. Mientras tanto, Tyrus se había dedicado a dar vueltas a Elantra de aquí para allá, bailando al son de una música imaginaria que solo él oía. El espectáculo me había dejado fascinada. Juntos formaban una bonita pareja: él tan apuesto, alto y de anchas espaldas; ella, llena de vida con el cabello oscuro y alborotado. Emperador y emperatriz, sí: la grandilocuencia aprobaría aquel emparejamiento. Elantra y Tyrus parecían diseñados el uno para el otro.

De repente no pude soportarlo más. Me marché por las buenas, con la mirada de Cygna en la espalda mientras abandonaba la estancia.

Ahora, al pensar en ello, la bilis me volvía a trepar por la garganta. Me di la vuelta hacia la piedra, descargué los puños contra ella y obtuve una triste satisfacción al ver cómo se desmoronaba.

—Elantra es la heredera de los Pasmus. Eso significa que supone una amenaza directa para ti... para nosotras —señaló Donia mientras me veía masacrar la piedra—. ¿Estaremos en peligro si se convierte en emperatriz?

—No —la pregunta me sorprendió.

Me volví hacia ella sintiéndome como una tonta por no haber visto aquella posibilidad, tonta y después avergonzada. Era la protectora de Donia. ¿Por qué no había sido eso lo primero en lo que había pensado?

Observé su imagen, completamente sola en aquel universo a excepción de mí. La ira y la consternación se desvanecieron. No tenía derecho alguno a sentirme tan abatida cuando ya se me

había concedido un milagro, el mayor milagro que podría desear cualquier diabólico.

—No, Donia, no habrá peligro. Tyrus es fuerte. Él controlará a los helionistas, no al revés. Yo le ayudaré a sobrevivir hasta ese momento, y esta será la recompensa que le pediré: tu reposición. Tu seguridad... y el perdón, por supuesto, por el engaño.

Se le frunció el ceño, y dio un paso hacia mí.

—¿Y tú? ¿Qué recibirás tú?

—Tu seguridad, como ya te he dicho.

—Némesis, tiene que haber algo que desees para ti.

—No quiero quedarme aquí, en la corte —solté de golpe.

Sí, escapar de aquel lugar era todo lo que pedía. Cuanto antes, mejor... y, desde luego, antes de que Tyrus ascendiese al trono. La perspectiva de ver al emperador Tyrus y a la emperatriz Elantra, gobernando juntos, me quemaba por dentro como el veneno. No lo podía soportar. Me iba a asfixiar.

Estaba *celosa*.

Darme cuenta de aquello fue como una sacudida. *Eso* era aquella sensación tan fea que me estaba atormentando.

La expresión del rostro de Donia se dulcificó.

—Nunca había sido necesario hasta ahora que los senadores viviesen en el Crisantemo, y no me puedo imaginar que tengamos que quedarnos aquí una vez haya caído Randevald von Domitrian —

tomó mis manos entre las suyas e hizo una delicada inspección de mis nudillos sangrantes—. Tú y yo regresaremos y supervisaremos la reconstrucción de la fortaleza de los Impyrean. Será como antes.

Asentí. Me llenó la añoranza de aquellos tiempos en que la vida era más

sencilla, cuando ocupaba los días atendiendo a Donia, ejercitándome y sin soñar con nada que fuese más allá de lo que ya tenía.

—Tú y yo —continuó en voz baja—. ¿Te gustaría eso, Némesis? —elevó la mirada hasta mis ojos

y su rostro reveló una vulnerabilidad que yo no llegaba a comprender. ¿De verdad se podría imaginar que alguna vez la rechazase?

—Sí, eso me gustaría —retrocedí un paso para estudiar los daños que había causado en la piedra

—. Quería darte esto para que lo tallases. Queda mucho aún.

Donia pasó a mi lado para inspeccionar la piedra y alargó la mano para tocar las hendiduras que yo había hecho.

—No quiero —me sonrió—. Me gusta así, tal y como la has marcado.

Me quedé mirando la piedra, fragmentada y mellada por mi ira y mis celos. Así que aquella era la representación visual de los afectos de una diabólica: una piedra fea, partida y salpicada de sangre.

40

Se convocó una reunión del senado en la mañana de la Gran Carrera. Sabía lo que el emperador deseaba que votase. Debía aprobar una resolución que subía los impuestos al excedente de los planetas fronterizos. Según Donia, aquellos excedentes disfrutaban de unos impuestos más bajos como incentivo por vivir en la peligrosa periferia del territorio imperial.

No obstante, tal y como todo el mundo sabía ahora, las arcas del emperador se estaban quedando

tieras. Necesitaba dinero para compensar las riquezas que habían dilapidado varias generaciones de emperadores de la familia Domitrian, un patrimonio que él prácticamente había desangrado. Ahora, incluso aquellos protegidos de sus impuestos se enfrentarían a la carga de mantener a la familia real.

Pero un siervo de Tyrus me había traído una nota con sus propias instrucciones.

Vota en contra de la resolución.

Y yo voté como me pedía Tyrus.

No fui la única senadora que lo hizo. Mientras recorría la cámara con la mirada, me preguntaba cuántos de aquellos habrían votado en contra siguiendo instrucciones de Tyrus. Era un movimiento atrevido tras la reciente purga, de manera que aquellos senadores solo se habrían arriesgado a hacerlo sabiendo que alguien los protegería de las consecuencias de desafiar al emperador.

Sin duda esto supondría un fuerte golpe para Randevald von Domitrian.

No pude evitar preguntarme cuántos golpes podría infligirle Tyrus antes de que el emperador por fin respondiese.

Tras la votación, tomé el tranvía magnetizado que bajaba por el paseo de Cartier, el pilar opuesto al paseo de Berneval. Este se encontraba menos desierto, estaba más diseñado para los que se aventuraban a pasear, con bonitos jardines, riachuelos artificiales y frecuentes bóvedas celestes. En el mismo extremo se hallaba la más grande de aquellas bóvedas, con enormes ventanales que daban a la porción de espacio donde se seguiría de cerca el transcurso de la carrera.

A mi alrededor, los demás senadores que se dirigían a la carrera comentaban con discreción la misma historia que Tyrus me había contado sobre la carrera de cinco años atrás: los pilotos y sus tripulaciones y familias, todos ejecutados después de que el emperador perdiese su apuesta. Nadie envidiaba al piloto favorecido por el emperador este año.

Al parecer, la Gran Carrera se celebraba siempre que las seis estrellas del sistema se acercaban lo suficiente las unas a las otras para que una única nave las alcanzase. Aquellos vehículos competían por rodear cada una de las estrellas a la mayor velocidad posible y aproximarse a ellas tanto como se atreviesen. Los sesenta participantes —la mayoría miembros del excedente,

con unos pocos grandilocuos menores— se pasaban años preparando sus naves y afinando sus habilidades. Llegaban de todas partes del imperio para competir por el gran bote, una compensación económica lo bastante generosa como para comprarse un millar de aquellas naves de carreras.

En los años anteriores, el emperador había patrocinado el evento. Esta vez lo había hecho Tyrus.

Su generosidad debió de haberle parecido mucho más benigna al emperador cuando su sobrino se lo ofreció un año atrás, antes de levantar cualquier sospecha y, más aún, de haber aireado las

dificultades económicas de su tío. Ahora, aquel gesto le debía de parecer al emperador un insulto público y deliberado, ya que sugería que Tyrus contaba con una mayor liquidez que él.

Me senté con Tyrus en la plataforma levitatoria reservada para la familia imperial. Tyrus había unido las yemas de los dedos de ambas manos formando un triángulo, con los codos apoyados en los brazos de la butaca. Elantra había quedado desterrada con su familia a una de las plataformas inferiores para la alta grandilocuencia. Le lanzó a Tyrus varias sonrisas resplandecientes, y él correspondió a una de ellas, pero parecía demasiado preocupado como para prestar atención al constante flirteo de Elantra desde abajo.

La multitud bullía emocionada a nuestro alrededor. Tyrus había invertido un dinero en proporcionar divertimento químico y los médicos necesarios para tratar las sobredosis. Un siervo nos ofreció una bandeja. Hice además de inspeccionarla en busca de algo interesante; se esperaba de mí que participase.

Nada de alcohol. Nada de opiáceos. Nada que tuviera la posibilidad de actuar como sedante, tan solo anfetaminas y euforizantes que aumentasen la sensación de estar despierto.

Lancé con disimulo una mirada a Tyrus preguntándome si habría alguna razón para que hubiese prohibido de forma selectiva ciertas sustancias.

Su sonrisa me recordó a un gato perezoso, se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Quiero que la gente recuerde este día. Nada que nuble la mente.

Tenía algo planeado, entonces.

—¿Has apostado por alguien? —le pregunté.

—Casi una fortuna por Dandras Tyronne —me dijo Tyrus con un tono de voz agradable—. ¿Y tú?

Me sorprendió que Tyrus hubiese gastado tanto dinero aun sabiendo lo mucho que su tío había perdido la última vez que se celebró aquella carrera. No me parecía en absoluto propio de él. Quizá él supiese algo que yo desconocía. Me fijé en la pantalla de las apuestas al pie de nuestros asientos.

—Apostaré también por Dandras.

Tyrus me sujetó por la muñeca antes de que pudiese hacer mi apuesta.

—Sería más inteligente que pusieras tu dinero en cualquier otro.

Le lancé una mirada de confusión. ¿No estaba tan seguro, entonces, de que Dandras fuese a ganar?

Así que aposté una pequeña cantidad por otro piloto, escogido al azar.

Llegó el emperador, con su pareja de diabólicos. Las holografías comenzaron a surgir a nuestro

alrededor cuando los vítores y el rugido del gentío latieron en el ambiente. Escoltaron al emperador hasta su asiento, por encima del nuestro. Ondeó un mar de brazos cuando el público se llevó la mano al corazón en un gesto de saludo. Él miraba en torno a sí con el rostro crispado con arrugas de ira, porque estaba claro que acababa de enterarse de que había perdido la votación del senado. Hizo un irritado gesto con la mano para dar la salida.

Con aquello, las naves amarradas cerca de la estación se propulsaron al negror del vacío, hacia la primera de las seis estrellas, una enana roja que rodearon disparadas para coger impulso.

Bajó una pantalla que se deslizó para mostrarnos las naves una vez desaparecieron de nuestra vista.

La imagen cambiaba con frecuencia de un satélite a otro, dispersos por todo el sistema de estrellas sextillizas.

La carrera duraría cuatro horas, más y más emocionante conforme avanzaba el tiempo, la velocidad aumentaba y los pilotos se acercaban cada vez más a las estrellas para conseguir puntos por proximidad. Algunos fallaban en sus cálculos: la gravedad de los soles los atraía y los destruía.

El sistema séxtuple estaba sumido en un caos de fuerzas gravitacionales, y ya era peligroso atravesarlo en una simple navegación a velocidad estándar. Muchos de aquellos participantes

morirían ese mismo día, pero, mientras no fallasen en los primeros compases del evento como lo hizo el piloto del emperador en la anterior carrera, la desgracia no caería sobre ellos.

Pasaban entre el público bandejas con sustancias, comida y recuerdos. La gente había modificado su aspecto para adoptar los rasgos de la firma fisonómica de sus pilotos favoritos procedentes de sus sistemas estelares, y los jaleaban siempre que las pantallas mostraban las naves de sus campeones.

Tyrus no hablaba mucho, tenía los ojos clavados en la pantalla más cercana, expectante, casi como si estuviese esperándose algo. Aún tenía mi mano sujeta bajo su brazo, y empezó a apretar con más fuerza. Bajé la mirada a su musculoso antebrazo. No era propio de Tyrus revelar su inquietud de manera tan evidente. Seguí su mirada hasta la pantalla. La nave de Dandras Tyronne estaba dando caza a la de un piloto llamado Winton Travanis.

Y entonces sucedió.

Tuvo que haberse producido algún cambio en la fuerza de la gravedad, alguna turbulencia, es difícil de decir, pero la nave de Winton viró bruscamente y golpeó a la de Dandras. De inmediato, ambas naves habían salido despedidas dando vueltas, por los laterales, descalificadas.

Y en el mismísimo inicio de la prueba.

Un grito recorrió la muchedumbre, todo el mundo se puso de pie, y acto seguido la nave de Dandras quedó atrapada en un campo gravitatorio del que no pudo escapar y reventó con una florida llamarada de fuego.

Se hizo el silencio entre los asistentes, y todas las miradas se desplazaron sobre el *successor primus*. Todos habían visto la enorme suma de dinero que había invertido en su apuesta por Dandras.

Estudí su expresión, preguntándome cómo reaccionaría ante aquello.

Tyrus estaba sentado ahora con los brazos cruzados, mirando al frente con una expresión pétrea.

La situación era prácticamente la misma que en la última Gran Carrera. El heredero imperial, igual que su tío, había puesto su dinero en manos de la fortuna de un piloto que poco después quedaría fuera por un error garrafal de otro competidor antes incluso de haber alcanzado la primera estrella.

Todo el mundo sabía lo que vendría a continuación para el piloto que había sobrevivido, el responsable del accidente. La desgracia. Una ejecución.

—Una pena —llegó desde arriba la voz del emperador, y Tyrus alzó la mirada hacia él—. Espero

que eso no te haya desplumado.

—He apostado más de lo que me hubiera gustado haber perdido —respondió Tyrus en voz baja,

pero su rostro conservaba una calma letal, sin rastro de la consternación que me habría esperado yo con tales pérdidas.

—Un error del piloto —la voz del emperador rezumaba malicia. En sus ojos brillaba el deleite al mirar a Tyrus—. Dejaré en tus manos la administración de las consecuencias de esto.

Tyrus se desplomó contra el respaldo del asiento, a mi lado, y me encontré mirándole muy de cerca, su rostro como una máscara cincelada y enigmática que no delataba emoción alguna.

Me había dicho que *no* apostase por Dandras.

Como es natural, Winton, el piloto culpable, sabía lo que les sucedía a

quienes se atrevían a acabar con la fortuna de un Domitrian. Cuando las naves participantes alcanzaron la estrella siguiente, la suya ya había abandonado el sistema estelar. Estaba huyendo con tal de no arriesgarse a recibir un castigo en el Crisantemo.

No llegó muy lejos.

Deseosos de ganarse el favor del *successor primus*, algunos miembros de la grandilocuencia menor habían lanzado sus propias naves detrás de él. La nave dañada de Winton no pudo escapar. Los mercenarios regresaron durante la última hora de la carrera, con el piloto responsable entre ellos.

Pronto se corrió la voz entre la gente. Tyrus se levantó y regresó a la *Valor Novus*, y la mitad del público dejó de ver el último tramo de la carrera. En cualquier caso, la emoción había descendido ahora que la mayoría de los participantes habían sido descalificados o destruidos. El líder sacaba una gran ventaja a sus competidores, y tenía un camino tranquilo hasta la meta.

Para casi todo el mundo, ver cómo la ira del *successor primus* caía sobre un piloto era mucho más entretenido que el inevitable desenlace de la carrera.

Tyrus no me soltó la mano mientras nos aproximábamos al Salón de Justicia de la *Valor Novus*, donde el gentío que nos había seguido ya se afanaba por ganarse un sitio contra las paredes, rodeándonos.

—¿He de insistirte para que actúes con contención? —le pregunté, pensando en mi papel habitual

dentro de nuestras representaciones en público.

—Esta vez no —me dijo Tyrus—. Que todos vean mi respuesta.

Nos aproximamos con paso firme al hombre que estaba de rodillas, un excedente de aspecto aterrorizado, con la imperfecta piel de un habitante planetario. Llevaba el pavor escrito en el rostro, consciente de lo que le había sucedido al último que había contrariado a un Domitrian de aquella misma manera.

Desde arriba, Tyrus se quedó mirándolo un largo rato y, a continuación,

levantó la mano para pedir silencio a todos los asistentes, que habían empezado a murmurar alterados y especulaban con la cantidad de personas que acabarían ejecutadas esta vez.

—Te has visto envuelto en ese doloroso accidente que he presenciado hace un rato. ¿Por qué has

huido? —exigió saber Tyrus. Se alzaba imponente sobre el hombre arrodillado, con todo el aspecto de un emperador temible.

—He tenido miedo, vuestra eminencia. Ha sido un accidente. Ha habido un fallo en mis sistemas de navegación. Por favor —Winton se lanzó al suelo—. Sé que debéis disponer de mi vida, eminencia, pero os ruego que indultéis a mi familia, a mi tripulación de vuelo. Ellos son inocentes.

Tyrus no dijo nada y dejó la súplica suspendida en el aire durante un momento excesivamente largo. Ya podía imaginarme al mismísimo emperador sintonizando estas imágenes en lugar de ver el final de la carrera.

—Levántate, hombre —dijo Tyrus.

Winton alzó la cabeza con los ojos muy abiertos y temerosos.

—Mmm... ¿Eminencia?

—He dicho que te levantes. No tengo intención de ejecutar a un deportista honesto como tú por algo que ha sido un claro accidente. Eso sería una simple brutalidad.

Los susurros y murmullos de incredulidad se sucedieron por la sala.

—Se procederá a investigar el incidente y, si se considera que ha habido una negligencia por parte de alguien, se le prohibirá volver a trabajar en este deporte —dijo Tyrus—. En cuanto a ti, harás una visita a la familia del fallecido y les entregarás en persona una suma que yo donaré para ellos por su pérdida. ¿Podré confiarte este deber?

Winton volvió a caer de rodillas, con las manos juntas aferradas con fuerza.

—¡Sí, sí, vuestra eminencia! ¡Sí que podéis!

Tyrus alargó las manos y permitió al hombre llevarse los nudillos a las mejillas en un gesto reverencial.

—Y, por supuesto, tengo la intención de celebrar un rito en la Gran Heliosfera por todos los que han perdido la vida en este valeroso empeño. Espero que asistas antes de tu partida, ¿lo harás?

—¡Sí, con sumo gusto, encantado, eminencia! —exclamó y, en su euforia, se llevó los nudillos de

Tyrus de una mejilla a la otra—. Sois compasivo, grande y justo...

—Tómame un descanso —Tyrus se apartó de él y se dirigió a los mercenarios que lo habían capturado—. Gracias por localizar a nuestro díscolo amigo antes de que pudiese cometer una temeridad. Se os compensará bien por vuestros servicios.

Cuando Tyrus se dio la vuelta para salir con paso firme del Salón de Justicia, oí cómo aumentaba el volumen de las voces, el asombro de la gente al contemplar la clemencia en un Domitrian. Era tal el marcado contraste con su tío, que ya podía ver cómo se iluminaban las posibilidades en los rostros de la gente, la esperanza al respecto de aquello en lo que se podría convertir nuestro imperio bajo el mando de un gobernante más joven, más justo.

Llegué a su altura con una idea *exacta* de lo que había hecho. Había vuelto a debilitar al emperador con otra de aquellas sutilezas que no se podían atribuir de forma directa a una hostilidad y, aun así, servían para minar su autoridad de igual modo. Él *pretendía* perder aquella fortuna tan solo para exhibir su generosidad en la derrota. Le susurré en voz muy baja.

—Bien hecho.

La mirada de Tyrus titubeó hacia mí, y, por un segundo, vaciló aquel gesto inescrutable tan suyo y reveló algo que yo había visto ya en su rostro cuando Elantra lanzó a Unity al ruedo.

—No merezco alabanzas, Némesis. He hecho algo bastante monstruoso. Se

suponía que la nave quedaría fuera de carrera, no destruida.

No me había detenido a pensar en el hombre que había muerto en el accidente. En mi mentalidad, el fin siempre había justificado los medios, pero Tyrus tenía los ojos empañados.

—No soy bueno de corazón, de ninguna de las maneras. Hace mucho que acepté que me mancharía

las manos de sangre si seguía el camino que me había trazado, pero no esperaba matar hoy a un hombre inocente.

—Tyrus, si *yo* me permitiese quedarme abatida por la sangre inocente que mancha mis manos, no podría ni dar un paso. Al menos, tú puedes compensar lo que has hecho.

—Sí —me dijo—. *Sí*. Su familia recibirá una buena compensación. Me encargaré de ellos lo mejor que pueda —tomó aliento, entrecortado—. No me queda más remedio que vivir con esto, Némesis,

así lo haré. Viviré con ello.

Guardamos un denso silencio mientras Tyrus pensaba en el hombre cuya muerte había provocado

con tanta torpeza, y yo pensaba en la maniobra de Tyrus. Entre aquella muestra y la votación anterior de aquel mismo día, el emperador no podría seguir ignorando mucho más sus sutiles provocaciones.

Randevald von Domitrian se cobraría su venganza por esto. Era solo cuestión de tiempo.

41

Se produjo una ominosa calma en los días que siguieron a la Gran Carrera. El emperador no hizo ningún comentario en público acerca de que Tyrus hubiese convencido a sus espaldas al senado para que votase contra él, ni tampoco se inmutó cuando Tyrus —por iniciativa propia— vendió varias de sus colonias y después hizo por sorpresa una serie de regalos de Adviento a

todos los veteranos de las guerras del imperio.

Los regalos de Adviento eran una tradición imperial que se había abandonado mucho tiempo atrás, una tradición que a los Domitrian llevaba siglos sin preocuparles. Tan seguros se sentían en el poder, que no necesitaban de la lealtad de la grandilocuencia que controlaba las naves estelares y la maquinaria de guerra más poderosa que libraba los conflictos armados en los territorios fronterizos.

Ese había sido el movimiento más descaradamente hostil de Tyrus en contra del emperador, y ahora me llamaba a su lado casi a tiempo completo. Nos sentábamos juntos en su solárium de la *Alexandria*. Se trataba de una bóveda celeste con jardín verde en el que no mucho tiempo atrás había sembrado unas plantas decorativas que había admirado en Lúmina, además de crear un río artificial con la suficiente fuerza para ahogar a un nadador desprevenido.

—Había pensado que acabarías instalándote en una habitación en la *Alexandria* —me dijo Tyrus mirando cómo discurría el agua—, pero, en las circunstancias actuales, no serviría.

—De todas formas, yo tampoco querría dormir en la *Alexandria* —le dije cortante. Estaba pensando en Sidonia, oculta en mi villa, y en que no querría abandonarla por tanto tiempo.

Tyrus me miró con una expresión inescrutable durante un instante.

—¿Tan desagradable es mi compañía?

—No —me apresuré a responder.

—En cualquier caso —me dijo—, la abuela se lo podría tomar a mal. Está empeñada en una alianza

entre Elantra y yo.

—Desea que te cases con una serpiente.

—Con una helionista —dijo Tyrus con una sonrisa—. Por lo menos, Elantra encajará bien en la familia. Todos los verdaderos políticos son víboras.

Sentí que se me formaba un desagradable nudo al pensar en Elantra Pasus como emperatriz. O, más bien, en Elantra Domitrian. La gente solía adoptar el apellido de la familia más poderosa en las uniones maritales. Así fue como Sálivar Fordyce se convirtió en Sálivar Domitrian.

—¿Cuánto tiempo estaremos juntos? —le pregunté a Tyrus—. Al final, tendrás que renunciar a mí

públicamente, si es que deseas serle fiel a ella. Tampoco es que vaya a poder tirarme toda la vida fingiendo que soy Sidonia Impyrean.

—Pero debes hacerlo. Nadie podrá saber nunca lo que has hecho.

—¿O qué? ¿Tendrás que responder por haberme ocultado?

Se volvió hacia mí de forma abrupta.

—O *tú* serás quien esté en peligro —me soltó—. Hacerse pasar por un senador es alta traición.

—¿Y?

—Tendría a la grandilocuencia pidiéndome a gritos tu ejecución. Como emperador recién nombrado, me costará crear una buena base de poder tal y como están las cosas. No puedo garantizar tu protección si mis propios aliados se ponen en tu contra.

Se diría que mi gesto al encogerme de hombros espoleó su temperamento. Entrecerró los ojos y se me acercó, amenazador; luego fue como si se lo pensara mejor, retrocedió un paso y respiró hondo.

—No permitiré que te enfrentes a eso —me dijo con la voz ronca—. Tal vez tú no sientas ninguna

preocupación por ti misma, pero yo sí.

Nuestras miradas se trabaron. Tan solo nos separaban dos pasos. De repente sentí pesado el aire que nos rodeaba, el silencio, cargado de una extraña electricidad.

Era la misma sensación que cuando salimos de Lúmina, en aquellos instantes en que nos elevamos

sobre las nubes violáceas hacia la inmensidad del espacio y él me besó.

Tragué saliva y aparté la mirada.

No se había percatado de la verdad: de un modo u otro, mi engaño saldría a la luz una vez que Sidonia fuese repuesta.

Me levanté, abatida por la carga de mi secreto. Hasta que conocí a Tyrus, mi deber con Donia había sido mi único gozo. De alguna manera, él se había interpuesto entre nosotras. Por muchos deseos que tuviese de él, también le guardaba rencor por la culpa que me hacía sentir, todo de manera inconsciente.

—Me encontraré en un peligro mayor si sigo siendo Sidonia Impyrean cuando Elantra se convierta

en tu emperatriz.

Su mano me sujetó el brazo y tiró de mí cuando me debía haber marchado.

—Nunca permitiré que Elantra te amenace —me dijo en un tono de voz bajo y peligroso—. Jamás

—su expresión era acerada, y yo le creía.

Una sombra cruzó el solárium iluminado por el sol, y Tyrus y yo alzamos la mirada. La bóveda

celeste contenía una atmósfera, y más allá estaba el espacio abierto, oculto por el cielo azul e iluminado. Aun así, algo había que se acercaba a la vista...

Algo que parecía ser un fragmento grande de algún tipo de resto que se dirigía hacia nosotros. Se hacía más y más grande conforme se aproximaba, y cobró una forma clara: alargada y cilíndrica.

No era ningún resto, advertí impresionada.

Era un misil. Y reventaría la bóveda.

Tyrus y yo nos dimos cuenta al mismo tiempo.

—Corre —me dijo Tyrus, pero yo ya me encontraba de pie, y echamos a correr a través del tranquilo jardín hacia la puerta que daba paso a la seguridad del pasillo que había detrás...

Una explosión atronadora lo sacudió absolutamente todo a nuestro alrededor. Al abrirse un agujero irregular en los ventanales cristalinos, la atmósfera que nos rodeaba empezó a rugir, y la bóveda entró en descompresión. El vendaval se llevó mis pies por delante, y sentí que me levantaba del suelo...

Una mano me agarró del brazo y tiró de mí hacia abajo. A derecha e izquierda, las corrientes de gases azulados se arremolinaban en un torbellino brutal y me escocían en los ojos. Miré a mi espalda y vi que el cielo azul se filtraba al vacío del espacio por la llameante abertura irregular allí donde había impactado el misil.

—¡Exhala! —me gritó Tyrus, y el vendaval me trajo su voz—. ¡Vacíate los pulmones!

Frenética, eché todo el aliento que había en mis pulmones. La sujeción de Tyrus se volvía más insegura mientras él trataba de no soltarse del tronco del árbol al que se había agarrado, así que me aferré a su ropa y me impulsé sobre su cuerpo hasta agarrarme al tronco por mí misma. Acto

seguido, aseguré a Tyrus con la mano que me quedaba libre y recé por que las raíces del árbol estuvieran bien ancladas y aguantasen la despresurización.

Lo estaban.

El vendaval remitió cuando lo que quedaba de la atmósfera salió y nos dejó a Tyrus y a mí en una repentina ausencia de presión.

Me invadió el horror cuando fui consciente: estábamos rodeados del espacio, frío y desnudo.

Se me aceleró el pulso de manera frenética con los golpes de la presión bajo

la piel, detrás de los ojos, un cosquilleo subcutáneo, ominoso y veloz. Los gases del interior de mi cuerpo trataban de salir, y, de no habernos vaciado los pulmones, nos habrían reventado. Apenas disponíamos de unos instantes para escapar antes de morir. Tyrus tenía el rostro retorcido de dolor, pero tiraba del árbol para impulsarnos a ambos hacia una puerta mientras la señalaba para que yo también supiese cuál era nuestro objetivo.

Me sentí aliviada. Como cualquier estancia que diese al exterior, contaba con un compartimento de descompresión, y la pérdida de presión en la bóveda la habría preparado para que se abriese.

Flotamos con una exasperante lentitud mientras la sensación de cosquilleo me ascendía por las extremidades, me latían los oídos y los ojos y se me ampollaba la piel. A mi lado, Tyrus dejó de moverse, y supe que había perdido el conocimiento, así que lo sujeté y luché contra el avance de la oscuridad de la inconsciencia mientras me empezaba a marear y sentía que la saliva me hervía en la lengua al tiempo que también lo hacían los humores en mis globos oculares. Aumentaba el ardor que sentía en el pecho conforme me iba agarrando a todo lo que podía. Luchaba por nuestras vidas, con el frenético golpeo de la presión en los oídos y los latidos del corazón, y llegué al compartimento de descompresión.

Lo abrí y lancé a Tyrus al interior, acto seguido entré yo y cerré la puerta a nuestra espalda, y, con un leve siseo, el compartimento comenzó a presurizarse. No obstante, el aire no se hacía más respirable. Allí no entraba oxígeno. En aquella tenue luz, Tyrus comenzó a ponerse azul, y palpé con unas manos que ya solo podía ver, no sentir, y saqué la máscara de oxígeno de la pared.

Solo una.

Una.

Enseguida se la puse en la cara a Tyrus y, entonces, la oscuridad se cernió sobre mí y me engulló.

Un soplo de aire frío. Un soplo en la cara.

Después, nada. Boqueé, me asfixiaba.

—¡Abre los ojos! —la voz distorsionada de Tyrus.

Algo me presionaba en el rostro y de nuevo podía respirar, pero luego, cuando se me empezaba a

aclarar la cabeza, desapareció, y me estaba asfixiando.

Me obligué a abrir los ojos y me encontré con el rostro de Tyrus muy cerca del mío, la alargada y musculosa extensión de su cuerpo apretada contra el mío. Me volvió a presionar la máscara de oxígeno contra la cara.

—¿Qué... qué...? —murmuré con una voz distorsionada por la máscara, en un intento de

comprenderlo.

Retiró la máscara, y tuve que contener la respiración mientras él inhalaba con fuerza.

—Compartimento... sin aire... nos turnamos.

Volvió a ponerme la máscara en la cara, y respiré hondo varias veces, agradecida. La máscara desapareció de nuevo, enseguida, y era Tyrus quien respiraba.

—Sabotaje —dijo—. No hablemos más —me pasó la máscara.

Y así nos turnamos para respirar de la manera más agónica. Sabía que aquello no podía seguir así eternamente. Podíamos quedarnos allí atrapados durante horas, tal vez días, antes de que a alguien se le ocurriese venir a vernos. Habíamos tenido suerte con que el compartimento hubiera regresado a la presión y la temperatura normales, pero no era más que un recurso provisional. Se suponía que la atmósfera se debía recuperar allí dentro para que pudiésemos esperar la llegada de un rescate. Si habían deshabilitado de manera remota aquel mecanismo, lo más probable era que también hubiesen

saboteado la alarma para avisar a los demás de la situación.

No tenía ni idea de cuánto oxígeno contenía aquella máscara, pero ya me estaba dando la sensación de que no era demasiado. Cuando Tyrus fue a quitársela de nuevo, saqué la mano para impedirselo y sujetársela contra la cara.

Me apartó la muñeca y me la puso a mí mientras hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Tú eres valioso —le dije—. Quédatela.

Acto seguido empujé la máscara contra él.

—No —dijo Tyrus, que la volvió a empujar contra mí con ayuda de su mayor peso. En aquel espacio tan limitado, no podía ejercer toda mi fuerza, y volvía a tener yo la máscara.

Me la quité una vez más y la empujé hacia él.

De repente, Tyrus se inclinó hacia mí y presionó los labios contra los míos, y por un instante permanecimos así, atrapados juntos con los pulmones que nos iban a reventar y el ardor de la falta de oxígeno en las venas, y me estaba besando, profunda y desesperadamente, con una furia que no era capaz de comprender.

Entonces se apartó, se pegó la máscara a la cara y respiró hondo.

—¿Lo ves? —dijo con voz temblorosa.

¿Ver qué? ¿Qué significaba eso? No obstante, me volvió a pasar la máscara; mis pulmones necesitaban el aire a la desesperada.

—¿Por qué? —dije en un jadeo al recuperar el aliento. ¿Por qué me había besado? ¿Por qué no dejaba que fuese yo quien pasase por esto en lugar de él? Pero desperdiciaría mucho aire pronunciando esas palabras, y sin palabras no podía comprenderlo.

Tyrus volvió a llevarse la máscara a la cara.

—Los dos —me dijo—. O ninguno.

Podía sentir el desbocado latido de su corazón, su pecho contra el mío en un espacio tan reducido, y sentía ansias de salvarlo, de salvarme yo, pero no podía hacerlo bajo sus condiciones. A veces me parecía que éramos como una estrella binaria, sus dos núcleos girando el uno alrededor del otro sin encontrarse jamás, en un eterno diálogo de sordos.

Cuando me volvió a poner la máscara en la cara le dije:

—¡No seas tonto!

A continuación, le arrebaté la máscara y le propiné un cabezazo tan fuerte como pude en un espacio tan limitado. Se golpeó la parte de atrás de la cabeza contra la pared, y su cuerpo cayó inerte sobre mí.

Tomé mi último aliento de oxígeno y le aseguré la máscara en la cara, le tensé las cintas para que no se le cayese.

Llegado el momento en que se recobrase, la cuestión de quién salía de allí habría quedado ya decidida por la propia naturaleza.

Por un segundo me pude olvidar de que aquello era cuestión de vida o muerte y limitarme a sentir la cabeza de Tyrus sobre mi hombro, donde se había desmoronado, en un espacio demasiado pequeño para caerse al suelo. Lo rodeé con los brazos y disfruté del peso de su cuerpo contra el mío.

No era un placer prohibido ahora que iba a morir, podía permitirme el lujo de aquel instante. Mi mente regresó a aquella noche después de Lúmina en que nos tumbamos juntos y a aquellas horas tan maravillosas que pasaron volando antes de que me volviese temerosa, cobarde.

Porque eso había sido lo que me empujó a apartarme de Tyrus. No había sido la prudencia, ni mi

deber con Sidonia; había sido pura cobardía. Puro terror. Cerré los ojos y me maldije por permitir que el miedo volviese a gobernar mi vida igual que lo había hecho en los corrales. Ahora, por fin me daba cuenta de lo que había hecho, y era demasiado tarde para cambiar el guion. Me aumentaba el dolor y

el ardor en los pulmones, y sabía que iba a ser horrible cuando cediese y tratase de inhalar y no hallase nada. Ansiaba una oportunidad de cambiar las cosas, de disponerlas tal y como se suponía que habían de ser.

Y en ese instante no logré aguantar más y traté de tomar aire, y no pude, no había nada que respirar, y el ritmo respiratorio bajo y constante de Tyrus resonaba en mis oídos mientras yo me asfixiaba, me retorció y regresaba el cosquilleo, por todo mi cuerpo, un negror denso y espeso que descendía sobre mí como el lodo de un pantano.

Se acabó. Se acabó.

Durante un segundo que me pareció una eternidad, pasaron por mi mente una serie de imágenes de

Tyrus y Sidonia y la matriarca y Neveni, como si las neuronas moribundas hicieran constar sus protestas.

Una luz brillante surgió en una esquina de mi campo visual, que resplandecía cada vez más. Como si lo hubiera oído ayer mismo, mis pensamientos se llenaron con algo que Donia me había dicho: la gente veía una luz al morir. Algunos consideraban que era un proceso químico, y otros creían que era el Cosmos Vivo que los llamaba a la otra vida.

«Los diabólicos también podemos verlo —fue mi último pensamiento—, así que no debe de ser más que ese proceso químico, al fin y al cabo...».

Me desperté despacio. Unos brazos cálidos me abrazaban contra un pecho amplio. Mi visión se centró lentamente en el rostro de Tyrus.

Me miraba desde arriba con unos insondables ojos pálidos, y sus primeras palabras para mí fueron un susurro.

—¿Némesis?

Me salió de la garganta el murmullo de un sonido.

—No intentes hablar —me abrazó con más fuerza—. Nos han rescatado.

Un crujido en la distancia.

—Finge que duermes —me susurró.

Cerré los ojos y, acto seguido, una voz áspera, conocida, sonó ronca en el aire.

—Así que parece que la estúpida niña podría vivir. Menudo gesto tan estúpido el suyo.

Tyrus me apretó con más fuerza aún.

—No todo el mundo es como nosotros, abuela. Muchos son mejores... la mayoría, me atrevería a

decir.

La abuela soltó una carcajada socarrona.

—Qué forma tan elegante de hablarme, Tyrus. Si no hubiese enviado a mis propios empleados a la

Alexandria, tú seguirías atrapado en ese compartimento de descompresión, y tu Sidonia sería un cadáver.

—Te otorgaría mayor mérito por tu ayuda —dijo Tyrus con sequedad— si no fuera plenamente consciente de que debías de saber que habría un ataque antes de que se produjera.

—Si estás insinuando que yo soy la responsable...

—Oh, no. No, abuela. Sé quién está detrás. No lo has llevado a cabo tú personalmente, tú solo estás siendo oportunista. Has dejado que suceda sin interferir para poder interceder y ganarte mi gratitud.

Y ya la tienes. Gracias.

—Qué curioso —dijo Cygna—. Has llegado a todas esas conclusiones sin que Sidonia Impyrean te

susurrase al oído. Empiezo a sospechar que los rumores de su influencia son justo al contrario.

—Por supuesto que lo supones.

Tyrus se rio ligeramente y me recostó en la cama con cuidado. Miré entre las pestañas y vi que estábamos en la alcoba de la *Alexandria* en la que había dormido durante nuestro viaje a Lúmina.

Cyigna tenía la pose de un ave de presa a la espera de caer sobre Tyrus. Quedaron el uno frente al otro.

—Supongo que a estas alturas ya lo habrás averiguado, de lo contrario no te habrías molestado en salvarme: soy tu nieto. Tu sangre corre por mis venas. Y, por eso, yo también he averiguado muchas cosas sobre ti, cosas como quién es quien detenta el verdadero poder en este imperio. Nunca ha sido mi tío.

—No soportaré estos insultos sobre nuestro emperador.

—Ah, pero ¿no es por eso por lo que me has tolerado en los últimos tiempos? Porque yo sí veo

esta verdad fundamental sobre ti, y mi tío no. Sus pasiones han esquilado el tesoro. Hace caso omiso, ignora o directamente desprecia vuestras llamadas a la prudencia. Ha escapado de tu control, abuela.

Silencio.

—Nada que decir, por lo que veo. Sé que hace tiempo le advertiste que no me nombrase *successor primus*, pero él no te escuchó. Sé que presta más atención al senador Von Pasus que a ti. Sé que te irrita que te vea probar su comida... ¡ni que hubiera conseguido sobrevivir a ti si de verdad lo quisieras muerto! Ha olvidado no solo cuánto le ayudaste, sino lo mucho que le sigues ayudando.

—Randevald —dijo ella de mala gana— me ha decepcionado de un tiempo a esta parte. Con frecuencia pienso que el poder es la sustancia más nociva del universo. Tanto desearlo como detentarlo le deforma a uno la personalidad

más allá de cualquier redención.

—Abuela, sabes que a partir de ahora habrá una guerra abierta entre mi tío y yo. Devineé ya no está en condiciones de recibir tu confianza. Soy tu única alternativa, y sospecho que me he vuelto más soportable para ti, ¿no es cierto?

—Has sido un consumado actor durante muchos años, sospecho.

—Y es a ti a quien le debo esa habilidad. Ahora te expongo mis verdades, de un pragmatista a otro.

No tengo pasiones malsanas, y sé bien lo que significa respetarte y temerte.

Ella se echó a reír.

—Cómo debe de lamentar Randevald haberte nombrado su sucesor. Se lo advertí.

—Pero por razones equivocadas, en todo caso. Ahora lo ves, yo nunca sería tan necio como para

ignorar las palabras de tus labios con la frecuencia que él lo hace. Si quieres que me haga helionista, me haré helionista. Si quieres que me case con una Pasus, me casaré con una Pasus. Jamás me atrevería a cuestionar tu sabiduría.

Cygna se apartó de él. Le eché un vistazo, y mis ojos captaron unos brillos metálicos en la distancia. Robots de seguridad discretamente ocultos por toda la habitación. Estaba preparada para matar a Tyrus si así decidía hacerlo. ¿Acaso nos había salvado tan solo para darle un ultimátum a su nieto? ¿Le había tomado Tyrus la delantera al poner él antes todas sus cartas sobre la mesa?

—He de ser muy clara, Tyrus —dijo ella—. ¿Estás sugiriendo una traición? ¿Deseas que me una a

ti en una conspiración contra mi propio hijo?

—Yo no he sugerido tal conspiración, pero al salvarme de su intento de

asesinato, tú misma te has ofrecido a unirte, prácticamente.

—Cuéntame —dijo con mucha tranquilidad—. Aparte del gran temor que me tienes, ¿por qué te iba

a apoyar por encima de mi hijo?

—Porque tú deseas al emperador más fuerte, y Randevald ha perdido tu confianza —Tyros abrió

los brazos—. Quieres que el imperio sea grande bajo el gobierno del más digno de los Domitrian, y tú sabes, igual que yo sé...

—¿Que eres tú? —dijo con sequedad.

—No, abuela. Lo eres tú.

Por lo visto, aquellas palabras no se las esperaba. Cygna elevó un poco el orgulloso mentón, pero le permitió continuar.

—Y solo detrás de ti, estoy yo, el único lo bastante listo como para saber que gobernaría a instancia tuya. Y, además de eso —estiró la mano hacia atrás y me agarró el brazo—, soy bien consciente de que tienes a tus robots de seguridad detrás de ti, cargados y listos para matarme si no te propongo yo mismo esta alianza.

No necesité que me diese más entrada. Aún tenía los músculos terriblemente doloridos a causa de la descompresión, la falta de oxígeno, pero me respondieron al momento cuando salté y atravesé volando la habitación en un solo movimiento. Cygna dejó escapar un grito de sorpresa cuando alcancé al primer robot de seguridad antes de que pudiese girar hacia mí y abrir fuego. Lo retorcí en el preciso instante en que disparaba un rayo, lo dirigí hacia otro de los robots, y, cuando el tercero

viró hacia arriba desde el suelo, esquivé su disparo con una voltereta, lo agarré con la palma de la mano y lo estampé contra la pared.

Miré a Tyros, que me asintió con un gesto lento y una mirada ardiente.

—Gracias, Némesis.

Cygna se quedó inmóvil, sorprendida con la guardia baja por una vez, boquiabierta. Recobró la lucidez.

—Una diabólica. ¡Es una diabólica!

—Lo es —reconoció Tyrus.

—No me extraña que... —se detuvo Cygna. Y prosiguió—: Te has buscado una diabólica y la has

hecho pasar por Sidonia Impyrean —pronunció aquellas palabras como si la pura audacia de aquel

acto la hubiese desconcertado.

— *Él* no me ha hecho pasar por nadie —le dije entre el bombeo de la adrenalina por mi cuerpo, lista para la orden de Tyrus de que saltase—. Fueron ciertas personas que ya están muertas.

—¿Cómo has podido hacerte con una diabólica? —quiso saber Cygna, que me estudiaba—. Jamás

encargamos uno para ti.

—Porque ella no es *mía* —dijo Tyrus—. Es mi aliada.

—¿Aliada? —preguntó Cygna mientras me rodeaba con una mirada inquisitiva—. Una diabólica sin un vínculo químico es una aliada bastante peligrosa, Tyrus. Tú no conoces a estas criaturas como yo.

—¿Y qué sabéis vos de los diabólicos? —le pregunté con una voz abrasadora.

Sonrió con una mirada fría.

—Más de lo que tú crees. Sabía que había algo en ti que no encajaba, y ahora entiendo lo que es.

Así que antes pertenecías a... esa imbécil de los Impyrean, ¿no?

Me atravesó el cuerpo un arrebató de ira, pero, por el bien de Tyrus, no la despedacé en nombre de Sidonia. Se había limitado a insultarla, y las palabras no tenían poder alguno.

—Si esto sigue adelante —dijo Cygna sin apartar los ojos de mí en ningún momento—, no quiero

más payasadas con esta cosa.

—Me avendría a tal sugerencia siempre que tú no vuelvas a llamar «cosa» a Némesis, *nunca jamás*

—dijo Tyrus en voz baja y un tono amenazador.

Cygna le lanzó una mirada cortante.

—Oh, ¿así está el tema entre vosotros? —sus ojos iban del uno al otro, como si hasta ahora no se hubiera percatado de que entre Tyrus y yo había una verdadera relación—. Qué alianza tan irregular la vuestra. Un verdadero afecto por una *diabólica*, y una diabólica sin vínculo que a su vez siente afecto por ti. Qué... radical. Mira, Tyrus, esto no lo puedo consentir. Si de verdad pretendes obedecerme, entonces te casarás allá donde yo te lleve.

—¿Y por qué Elantra Paus, si me permites la pregunta? —dijo Tyrus.

—Este imperio lo han de gobernar los helionistas, y ninguno de nosotros se puede permitir tener a los Paus por enemigos —dijo Cygna con tono cansino—. No sé cuáles son tus verdaderas inclinaciones, Tyrus. Y no me importa. La boda con Elantra te alineará con la facción apropiada. El futuro de esta galaxia depende de nuestra continua fortaleza, no solo de la fortaleza del imperio, sino de la fortaleza de la grandilocuentia. Hemos de enviar al excedente el rotundo mensaje de que nunca serán capaces de desafiarnos.

—Muy bien, que sea Elantra, abuela. ¿Hemos llegado a un acuerdo?

Cygna dejó que se extendiese el silencio y, a continuación, le dijo a Tyrus:

—Tendrás mi respuesta muy pronto.

Miré a Tyrus cuando él me asintió despacio, consciente de lo mismo que yo: Cygna nos estaba dejando claro que nuestro destino estaba en sus manos. Y no deseaba revelar si sería para bien o para mal.

43

Una de las curiosidades de Tyrus era que, por muy urgente que fuese la situación, conservaba la calma ante un peligro mortal. Solo después veía en él aquellas reacciones fisiológicas que muchos mostraban en las ocasiones angustiosas: la lividez en el rostro, el leve temblor en los brazos y las piernas.

Se retiró a su alcoba privada de la *Alexandria* murmurando algo acerca de evitar «las ventanas al exterior» por el momento. Sus anchas espaldas parecían tensas mientras servía una copa de vino. Dio un buen sorbo, soltó el brazo de golpe y lanzó la copa contra la chimenea holográfica. El cristal se hizo añicos, y Tyrus se volvió hacia mí con un centelleo en la mirada.

—Dime —había una calma letal en su voz, en contraste absoluto con la expresión de su rostro—,

¿qué creías que estabas haciendo en el compartimento? ¡Se suponía que teníamos que respirar los dos! ¡Si la gente de la abuela hubiese llegado cinco minutos más tarde, ahora estarías muerta!

Le miré fijamente y me pregunté cómo podía hacerme siquiera aquella pregunta.

—Tú eres el *futuro emperador*. Yo soy una diabólica. Tu vida es mucho más importante que la mía.

No se daba cuenta de que yo no había renunciado solo a mi vida: había abandonado a Donia. Lo

había hecho por él, y había obviado mi labor de protegerla a ella. ¿Y ahora me gritaba?

—Si la gente de Cygna hubiese llegado cinco horas más tarde —puntalicé

—, tú estarías muerto, y todo por haberte negado a aceptar que ciertos sacrificios son necesarios. El mío lo era. Hice lo mejor para los dos.

—¡Y yo te dije que no lo hicieras!

—¡Tú no me das órdenes! No eres mi amo. Somos socios. ¡Tomé una decisión y era la correcta!

Un futuro gobernante tiene que aprender a hacer sacrificios.

—¿Sacrificios? —exclamó Tyrus—. Yo ya he hecho sacrificios, así que no me digas que no los entiendo —no dejaba de pasarse los dedos por el cabello, una y otra vez—. He sacrificado *años* con tal de fingir la locura. He sacrificado mi necesidad de venganza con tal de sobrevivir lo suficiente para realizar cambios que fuesen importantes a gran escala. ¡Sé lo que son los sacrificios!

Se volvió hacia mí de golpe.

—Y ahora he aceptado atarme a una esposa que ha elegido mi abuela. He hecho muchos sacrificios.

Pero este no lo haré. *¡No voy a sacrificar tu vida, y tú tampoco vas a hacerlo!* —se interpuso en mi camino, levantó las manos y las posó en mis mejillas con una mirada de desesperación en los ojos—.

Has dado tu vida por mí. No puedo permitir que lo repitas. ¡No podría soportar que lo hicieras!

Mi mente regresó a aquel delirante beso en la oscuridad del compartimento de descompresión, a

aquella extraña locura compartida mientras nos asfixiábamos juntos y la muerte se nos venía encima.

«¿Lo ves?», me había dicho él.

Pero yo no veía nada. Cerré los ojos, y ahora no tenía más punto de concentración que el calor de las palmas de sus manos en mi rostro.

—Así que de verdad te vas a casar con Elantra.

—Sí —dijo en tono brusco—. Eso parece.

Me aparté de él de golpe.

—Enhorabuena —mi voz sonó severa—. Espero que disfrutéis de muchos años de felicidad antes

de que ella comience a tratar de matarte.

Se rio con amargura.

—Ah, el día que de verdad lo intente será una verdadera Domitrian —se suavizó su semblante—.

No tardaré en dejar de necesitar tus servicios. Serás libre de hacer lo que te plazca. Podrás alejarte de mí.

Me recorrió una sensación cruda y oscura, demasiado negra para ser ira, demasiado nítida para ser dolor. Odiaba que él provocase aquello en mí. Cerré los puños y forcé un tono de voz estable.

—Me complacería hacerlo ya. Apártate y déjame marchar.

Se le movió un músculo en la mandíbula, pero no se movió.

—¿Y adónde irás?

—A mi villa.

Apretó los dientes.

—Después de *todo esto*, Némesis. Cuando haya acabado toda esta historia.

—Eso no es asunto tuyo.

—A menos que tengas un plan, un destino fijado, es un asunto muy mío.

—No lo es. Ya lo decidiré yo por mi cuenta. Os deseo mucha felicidad a ti y a tu futura emperatriz

—bullía por dentro, me hervía la sangre, y me aparté de él. ¡Ojalá me pudiese arrancar el recuerdo de sus labios sobre los míos en el compartimento de descompresión! *¿Por qué me había besado? ¿Por qué había enmarañado más las cosas?*

Deseaba marcharme, pero algo me lo impidió: el recuerdo de aquellos últimos instantes mientras

me asfixiaba. Por fin había comprendido que el miedo había motivado muchos de mis actos, miedo

en estado puro. Y no quise que el miedo me volviese a dominar jamás.

Así que me di la vuelta hacia él.

—¿Sabes por qué deseo estar lejos de ti, Tyrus? —le dije en voz baja—. Es porque estás cometiendo un error al unirme a Elantra. Sí, conseguirás tu trono, y tu abuela te apoyará, pero jamás confiarás en tu esposa ni la respetarás, y jamás dormirás a salvo en tu propia cama. Tú te mereces más. Te mereces algo mejor. No deseo verte hacerlo, así que, eminencia, agradecería no estar aquí en los años venideros, ¡cómo lo agradecería!

Acortó la distancia que nos separaba y me sujetó por los hombros, sus ardientes ojos sobre los míos.

—¿Y por qué habría de importarte a ti nada de eso?

—¿Cómo me puedes hacer esa pregunta? —le grité—. ¡Me hablas como si yo fuera una persona, y

después te das la vuelta y das por sentado que carezco de sentimientos de ninguna clase! ¿Con qué te quedas, Tyrus? ¿Tan incomprensible te resulta que me pueda importar tu bienestar, que yo pudiera...?

Me contuve, horrorizada.

Sus dedos se me clavaban en la piel.

—¿Que tú pudieras qué? ¿Que tú pudieras *qué*, Némesis?

Sentía un nudo en la garganta. No podía hablar. Aquellas sílabas traicioneras querían salir de mis labios.

«Que yo pudiera quererte».

—Némesis —dijo Tyrus en voz muy baja—, en la nave, tú misma me dijiste que jamás sentirías amor, me dijiste que no eras capaz de sentir por mí una sola fracción de lo que yo siento por ti —me acercó más, nuestros labios a un suspiro de distancia. Me estudiaba el rostro con detenimiento—.

¿Era mentira?

Se me formó una bola en la garganta.

—Sé sincera y dímelo. Por favor, dímelo, y si es verdad lo que me dijiste en la nave, jamás te volveré a importunar con esto.

Fue como si me sacaran aquellas palabras a rastras.

—No... no es cierto lo que dije en la nave.

Su dedo pulgar me acariciaba el labio, le brillaban los ojos.

—Entonces sí sientes algo. ¿Es posible que sientas por mí lo mismo que yo siento por ti?

Mis ojos buscaron los suyos de inmediato, el recuerdo de sus labios en los míos encerrados en el compartimento de descompresión me quemaba en la mente.

—¿Aún lo sientes? —susurré.

—Nunca he dejado de hacerlo. Nunca dejaré.

El miedo crecía en mi interior, pero no sería una cobarde. Esta vez no.

—No te cases con Elantra, Tyrus. No... no quiero que lo hagas.

Sonrió.

—Entonces no lo haré —me dijo, y sus labios abarcaron los míos, sus brazos me aplastaban contra él.

Su mano me agarró la nuca, y me arqueé para ofrecerle más, me abrazaba a él como si pudiera fundir nuestras dos siluetas en una sola. La sombra de su barba en la mandíbula me raspaba las mejillas; la firmeza de sus labios me obligó a abrir los míos, y entrelazamos la lengua. Sentía ardiente, fuerte y magnético cada centímetro de su cuerpo, y perdí la consciencia de la habitación cuando por fin lo acepté, cuando acepté aquellos sentimientos que había ansiado como si de una droga se tratase desde la última vez que me había puesto la mano encima.

Me levantó en sus brazos y me empujó contra la mesa mientras sus cálidos labios me descendían

por la garganta. Enredé los dedos en su cabello cobrizo, y me aferré a ellos en un arrebato posesivo que me sorprendió. Ahora era mío, era *mío*. Y era también lo bastante inteligente y astuto para conservar la vida aunque desafiase a Cygna, aunque se negase a su exigencia de tomar a Elantra por esposa.

—Tú... ¿me quieres? —le pregunté sin atreverme apenas a pronunciar aquellas palabras que de ninguna manera podrían hacer referencia a una diabólica. Y entonces me percaté de lo que había dicho.

Pero antes de que me diera tiempo a horrorizarme, me dijo:

—Claro que te quiero —se separó para clavar en mí aquellos ojos fieros e imperturbables—. Te

quería cuando despegamos de Lúmina y mientras luchábamos por no salir despedidos al espacio, y

cuando nos asfixiábamos juntos con nuestro último aliento. Eres valiente, honesta y fuerte, y eres la única capaz de verme tal y como soy. Dime que tú

también me quieres.

Entonces lo sentí, en una aplastante oleada de certeza.

—Sí, Tyrus. Te quiero.

Era aquella forma suya de ser tan tranquila, tan medida, tan distinta de la mía. La manera que tenía de ir diez pasos por delante de todos los que le rodeaban, tan distinto de mi impulsividad. Era su modo de no verme como una criatura ni tratarme como un animal o un ser inferior por mucho que él estuviese por encima de todo el mundo por simple nacimiento. Era su manera de negarse a sacrificar la vida de una diabólica por la suya en aquel compartimento de descompresión.

Eran todos aquellos pequeños actos que tanto significaban porque nadie ocuparía, porque nadie jamás podría ocupar su lugar en mi vida. Y sí, le quería con tanta intensidad como nunca hubiese

querido a Sidonia, pero de un modo tan distinto a lo que sentía por ella... Él era una sed, un ansia, una necesidad que jamás había sido consciente de tener.

Sus labios se encontraban de nuevo sobre los míos, arrebatándome unos besos ardientes, aunque mis pensamientos se arremolinaban en una dirección distinta. *Sidonia*. Sidonia, que deseaba regresar y reconstruir la fortaleza de los Impyrean. No era ya capaz de imaginarme haciendo aquello; quedarme con Tyrus significaba abandonar a Sidonia. Tenía que elegir.

Antaño, aquella decisión habría sido coser y cantar. Pero ahora... ahora, cuando me sentía completa y amada de un modo que jamás había conocido...

Ahora no veía la manera de seguir adelante.

Pasara lo que pasase, Sidonia tenía que volver a asumir su verdadera identidad, y yo la mía. Eso era un hecho. Aquella era la raíz y la causa de la decisión imposible que se presentaba ante mí.

Así que le dije:

—Tyrus, debes saber algo. Podría cambiar las cosas.

Me tomó la cara entre las manos, con delicadeza, escrutándome con aquellos ojos tan intensos.

¿Había visto alguna vez su rostro tan desprotegido? Sin esa tranquila y cuidada neutralidad que tanto se esforzaba por mantener, parecía más joven, más resplandeciente, más irresistiblemente acariciable.

—No puedo seguir siendo Sidonia Impyrean para siempre —me permití alargar la mano y rozar

las pecas de su mejilla, trazar una leve senda entre ellas, descender por su marcada mandíbula hasta la comisura de sus labios—. Verás —le dije respirando hondo—. Sidonia sigue viva.

44

Sidonia se dejó caer de rodillas inmediatamente cuando Tyrus entró en mi villa, y levantó la mano para llevarse sus nudillos a la mejilla.

—Eminencia, la senadora Von Impyrean ha salido...

Irrumpí desde detrás de Tyrus.

—Está bien, Donia, ya lo sabe.

Donia se irguió con sus grandes ojos muy abiertos, y Tyrus la observó con aire de asombro. Ella no le soltaba la mano.

—¿Lo sabe?

—Todo —le aseguró Tyrus. Con la estatura y los fuertes músculos del *successor primus*, Donia parecía empequeñecida—. Senadora Von Impyrean, mis más profundas condolencias por la pérdida

de vuestra familia.

—Gracias —le dijo Sidonia.

Tyrus, extrañamente nervioso, hizo ademán de volverse hacia mí. Sentí una punzada en respuesta.

Unos minutos atrás, él había asumido que todo había quedado aclarado entre nosotros. Ahora, sabía que no era el caso.

—Ella me ha hablado de vuestra situación. Lo reconozco, aún estoy asombrado.

Donia asintió con timidez.

—Espero no causaros ninguna dificultad, eminencia.

Tyrus retrocedió un paso, escrutando la habitación. Por elegante que fuera mi villa, palidecía en comparación con la magnificencia de su nave.

—Como ya sabéis —dijo con aire distraído—, esto nos va a plantear una serie de auténticas dificultades. Suplantar a un miembro de la grandilocuentia es un delito castigado con la pena capital.

Cuando se os haya repuesto, si es que hay oportunidad, bueno, serán muchos los grandílocuos que ya habrán visto a Némesis y se habrán relacionado con ella... Una vez ocupe el trono de emperador, necesitaré un tiempo para lograr una cierta fortaleza, y me hará falta su apoyo. No puedo presentar sin más a Némesis como una impostora y esperar que lo pasen por alto. Se tomarán como una afrenta personal el haberse relacionado con una diabólica como si de una igual se tratase. Querrán que alguien pague por ello.

Donia se llevó una mano a la boca.

—¡Eminencia, por favor, no permitáis que hagan daño a Némesis! —se dejó caer de rodillas—.

Debéis protegerla. No puedo vivir sin ella.

Aquellas palabras reverberaron con el eco de un viejo recuerdo: las últimas semanas en la fortaleza de los Impyrean; su amenaza de quitarse la vida si yo moría. Alterada, me arrodillé junto a ella y la rodeé con los brazos. Donia no apartó los ojos de Tyrus en ningún momento.

Y él la miraba desde lo alto con un semblante cargado de tensión.

—Haré todo lo que pueda para salvar a Némesis, senadora Von Impyrean, pero esta conversación

será estéril si no me impongo a mi tío.

—Pero si os imponéis...

Tyrus se arrodilló y volvió a tomar la mano de Sidonia.

—Entonces, Némesis vivirá. Eso os lo juro —sus ojos se desviaron hacia los míos, con una ardiente intensidad.

Respiré hondo. En el fondo de mi ser, sabía que, de haber una sola cosa en la que podía confiar en todo el universo, era en el amor de Tyrus sentía por mí.

Fue como si me leyese el pensamiento, porque su expresión se suavizó.

—Su vida significa para mí mucho más de lo que jamás os podréis imaginar —dijo.

Donia se liberó de mi abrazo.

—Némesis —me dijo mirando a Tyrus—, ahora hablaré a solas con su eminencia.

Tardé un instante en percatarme de que se trataba de una orden.

—¿Quieres que me marche?

—Sí —dijo Donia sin mirarme siquiera.

Había sido Sidonia Impyrean durante mucho tiempo. Era yo quien había estado al mando. Qué extraño encontrarme de nuevo en la situación de una subordinada. No, no en la de una simple subordinada. Yo era Némesis dan Impyrean, y Donia era mi *ama*.

Aquel pensamiento, que nunca me había preocupado antes, de pronto me

resultó desagradable y extraño. Sabía que Sidonia no me había visto nunca como una propiedad, ni tampoco habíamos tenido nunca una relación en la que yo tuviera que seguir sus órdenes. Sin embargo, en cuestiones como aquella, ella simplemente daba por sentado que su voluntad se impondría.

Cualquiera diría que Tyrus me había adivinado el pensamiento.

—Esto atañe a Némesis. Debería quedarse.

—No —le dije yo. Sidonia deseaba hablar con él en privado, así que lo haría —. Os dejaré que habléis.

Y, dicho eso, me retiré y permití que los dos grandilocuos hablasen sin mí.

Pasaron los minutos. Media hora. Me entretuve haciendo dominadas. Por fin, Donia entró en la habitación y me observó en silencio con una tierna expresión en la cara que no fui capaz de interpretar.

Me dejé caer al suelo.

—¿Se ha marchado Tyrus?

—Sí. Le he dicho que ahora quería hablar a solas contigo.

De manera que no tenía intención de contarme lo que habían hablado. Se me debió de notar la consternación en el gesto, porque Donia frunció el ceño.

—Está muy preocupado por lo que te pasará a ti.

—Sí, claro que lo está.

— *Muy* preocupado —hizo hincapié, después titubeó—. Él... siente algo por ti, Némesis. Algo muy profundo.

El sonrojo me invadió la cara.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Y tú también sientes algo por él —bajó la cabeza y dedicó unos instantes a

alisarse la falda—.

¿Confías en él? —me preguntó por fin.

—Ya te he dicho que sí.

Sus pequeñas manos se crisparon en puños y levantó la vista.

—Recuerdo tu teoría sobre la Gran Carrera. Dijiste que Tyrus había tenido algo que ver en que se produjera aquel accidente.

—Por supuesto —le dije confundida por el hecho de que pensara ahora en aquello—. Él mismo me lo dijo.

—Eres consciente de que Dandras *murió*, Némesis. ¿No te preocupa saber que Tyrus es capaz de disponer de la vida de un hombre?

—Eso fue un accidente...

—¿Y qué más dará eso? Conocía los riesgos. Puso en peligro la vida de un hombre por una maniobra política. Alguien capaz de sacrificar la vida de una persona con tanta facilidad podría sacrificar otras.

Sopesé mi respuesta con mucho cuidado. Una manera tan calculadora de pensar era algo instintivo en individuos como Tyrus y como yo, pero, para Donia, tenía que parecer sin duda despiadada.

—Tyrus no pretendía su muerte, y yo creo que las intenciones cuentan. Además... —le sonreí con

ironía—, no es que yo sea lo que se dice inocente. Tú misma me has visto matar con tus propios ojos.

—Eso era distinto —me dijo en voz baja e hizo una mueca de dolor.

No pronuncié las palabras que estaba pensando: «No, no lo era». Sutura nu Impyrean no tenía que morir. Fue algo accidental.

—Yo solo... me preocupo, Némesis...

—Si estás preocupada por mí, deja de estarlo. Mi vida consiste en protegerte a ti, y no al revés. ¿De *qué* habéis hablado? Te ha dejado de un humor un tanto raro.

Se desplazó hacia una de las ventanas que se asomaban a la bóveda celeste, y la luz del sol le inundó el cabello, que conservaba su claridad artificial.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de que te marchases de la fortaleza? Te dije que preferiría morir antes que perderte.

—¿Cómo lo iba a olvidar? —sonó mi voz en un golpe áspero.

Sus ojos volvieron vacilantes sobre los míos.

—Siento algo por ti, Némesis. Muy fuerte. Es probable... si al final voy a ser sincera, es probable que sea parecido a lo que siente Tyrus.

—No creo que... —me detuve en seco. Lo primero que pensé fue que Donia había malinterpretado

la naturaleza de los sentimientos de Tyrus hacia mí.

Sin embargo, tal vez no los hubiera malinterpretado. Recordé su reacción, tanto tiempo atrás, ante mi sugerencia de que yo profundizase su relación con Gladdic. Me había imaginado que le molestaba compartir las atenciones del chico.

No se me había ocurrido que quizá le molestase compartir las mías.

—Tú has sido la constante en mi vida —dijo Donia con una voz hueca y distante—. Cuando madre

me gritaba y padre desaparecía sumergido en su trabajo, yo siempre te tenía a ti, y tú eras todo cuanto necesitaba. Cuando se suponía que había de estar en los foros de sociedad buscando una pareja entre la grandilocuencia, lo único en lo que podía pensar era que no quería a nadie más. Todo cuanto quería era lo que ya tenía. Solo te quería a ti conmigo para siempre. Cuesta verte mirarle tal y como lo miras, Némesis. Es maravilloso saber que puedes sentir eso, pero también me duele.

—Oh —fue todo lo que pude decir. No sabía qué hacer—. Donia...

Sidonia levantó una mano temblorosa con marcas relucientes en las mejillas.

—No hace falta que digas nada. Nunca tuviste elección al respecto de tus sentimientos hacia mí.

Tenías que sentir amor por mí. No era justo. Jamás lo escogiste por ti misma, y yo siempre supe que no me podía aprovechar de ello. Nunca lo haría, tú lo sabes. Jamás lo haré.

—No me hizo falta que una máquina me impusiera un vínculo. Yo... —me costaba decir aquellas

palabras, incluso entonces, después del entrenamiento que había tenido con Tyrus—. Te quiero de

verdad. Tú me salvaste la vida cuando sacrificaron a los demás diabólicos. No tenías por qué hacerlo.

Querías que fuese Némesis Impyrean, no *Dan* Impyrean. Siempre lo consideré estúpido y ridículo, pero después del tiempo que llevo aquí...

Un aire nostálgico se apoderó de su voz.

—¿Qué?

—He empezado a comprender a qué te referías desde el principio. De qué iba todo aquello. Por fin entiendo lo extraordinaria que has sido siempre —aparté la mirada de ella—. Comprendo ahora lo increíble que eres, mi mejor amiga cuando en realidad debías haber sido la dueña de una posesión.

Tú jamás me viste como un objeto. Ni siquiera cuando yo me veía como tal.

Los ojos de Donia centelleaban de lágrimas.

—¿Crees que Tyrus tiene algo de malo? —le pregunté en la necesidad de saberlo—. Quiero tu opinión sincera. Es más importante para mí que cualquier otra cosa.

Me dijo que no con un gesto de la cabeza.

—No, Némesis. No empieces a dudar de todo por mi causa. Si sientes algo por Tyrus, entonces quiero que seas feliz con él. Deseo que consigas eso más de lo que desearía cualquier otra cosa en el universo. Tienes que creerme.

—¿Por qué me hablas de ese modo? —sentí de pronto ciertas suspicacias—. ¿Qué os habéis contado Tyrus y tú? Me estás preocupando.

Se acercó a mí, me agarró las manos con fuerza y se las llevó a las mejillas.

—Por favor, no te preocupes por nada. Hemos llegado a comprender lo importante que eres para

los dos, y él me ha inquietado, por así decirlo, con su manera de hablar sobre ciertas decisiones.

—¿Qué decisiones?

—Bueno, es difícil de decir. No lo veo muy optimista al respecto de que podamos revertir la situación sin serios problemas y que yo vuelva a ser la senadora Von Impyrean. Está preocupado por ti. Y me alegro de que así sea. No sabes cuánto me alegro de que se preocupe. Estoy segura de que está pensando en una solución. Dejemos ya de hablar de esto durante un rato —se llevó las manos a las sienes—. Me duele la cabeza. ¿Me puedes traer un opiato para darme un masaje?

Sus palabras no consiguieron tranquilizarme en absoluto. Localicé el unguento para ella, pero Sidonia ya no estaba tan habladora. Se acomodó junto a la ventana, mirando a través de ella con los ojos empujados, y parecía contentarse con que yo me sentase a su lado. La escuché respirar tal y como solía hacer allá en la fortaleza, mientras meditaba sobre nuestra conversación interrumpida.

No había nada en nuestra situación actual que pudiera hacerme sentir cómoda. Me sentía como si

los tres nos hallásemos al borde de un precipicio con una insondable caída a nuestros pies, hacia un vacío inmenso y oscuro, y sospechaba que ni siquiera

Tyrus, con su clarividencia, era capaz de saber lo que aguardaba en el fondo.

45

Ahora que Tyrus no tenía intenciones de seguir adelante con el matrimonio con Elantra, debía revisar su estrategia contra Cygna.

—Hasta el último minuto, hasta el ultimísimo momento, fingiré mantener mi parte del acuerdo —

me explicó.

En un principio, había planeado librarse primero de Randevald, y después de Cygna. Ahora pretendía ganarse la lealtad de Cygna para, acto seguido, delatar su traición a su hijo, el emperador.

Randevald se encargaría de Cygna, y después, Tyrus dispondría la muerte de Randevald, probablemente con algún veneno tópico, el medio más seguro de eludir a sus diabólicos.

El plan me tranquilizó, y no solo porque no hubiera riesgo alguno de que se casara con Elantra.

Sabía que Cygna era de lejos el enemigo más peligroso de Tyrus. Dejarla con vida era tentar al desastre.

Por ahora, continuamos con los deseos de Cygna. Hoy era el día en que Tyrus renegaría de mí en

favor de Elantra.

La nave de la noble Cygna, la *Hera*, no tenía tanta ostentación como la *Valor Novus* o, siquiera, como la *Alexandria* de Tyrus. Por fuera era fea, directamente, tal y como estaba construida alrededor de un asteroide vaciado. Sin embargo, cuando Tyrus y yo entramos para la gran recepción que ofrecía Cygna, me di cuenta de que el interior era una historia completamente distinta.

Sobre nosotros y a nuestro alrededor teníamos las agrestes características

naturales del corazón de un asteroide: estalagmitas irregulares, brillantes cristales y vetas de paladio, todo iluminado con mucho gusto, con elaboradas tallas en ciertos lugares, salpicadas cada dos por tres con las cristalinas ventanas, tanto naturales como artificiales, que Cygna había dispuesto entre medias.

—Esto son cincuenta años de trabajo —comentó Tyrus—. La *Hera* es el orgullo de la abuela. Es una obra de arte.

—Eso ya lo veo.

La matriarca me había dicho en una ocasión que yo carecía de la capacidad para apreciar el valor, pero las últimas semanas me habían dado una verdadera lección sobre la belleza, entre otras cosas. Al mirar en derredor, podía ver el incalculable valor de aquel lugar. En aquella nave se había puesto mucho amor, dedicación y esfuerzo, y tanto empeño y ambición me dejaron impresionada.

—¿Estás preparada para lo que ha de suceder? —me preguntó Tyrus estudiando mi rostro con mucha atención.

—Por supuesto.

Se inclinó y se acercó tanto a mí que su aliento me hacía cosquillas en la oreja, una voz tan baja que resultaba prácticamente inaudible.

—Recuerda que en realidad no pienso nada de ello.

Sonreí. No fue forzado.

—Tyrus, lo sé. Tienes que ser cruel. Yo sonreiré por dentro.

Me acarició la mejilla.

—Seré un monstruo.

—Y, Tyrus... gracias por guardar mi secreto —le dije, y añadí para aclarárselo—: Sobre *ella*.

Se le tensó la mandíbula. Se le ensombreció el rostro.

—Ya sé que tienes un vínculo con ella, Némesis. Sé lo valiosa que la convierte a ella para ti —dudó en sus pasos, se dio la vuelta hacia mí de repente como si se hubiera distraído de la tarea que tenía por delante—. Ella es la razón de que pensaras regresar a la fortaleza de los Impyrean, ¿verdad?

—Por supuesto que lo es.

—Y me la ocultaste para protegerla. Eso lo comprendo —su mirada me sondeó—. Némesis, ¿se puede romper el vínculo de un diabólico con su amo?

—¿Romperlo? —dije de forma abrupta—. ¿Por qué iba yo a querer hacer tal cosa?

—Para liberarte de ella, por supuesto.

—Donia no me tiene prisionera, Tyrus. *La quiero*. Y la querría sin el vínculo.

—Lo comprendo, pero, Némesis... —me tomó las manos y me atrajo hacia él, muy cerca—. Yo sé

cómo expresas tu amor. No se me ha olvidado que renunciaste a tu vida por mí en el compartimento de descompresión —me apretó las manos—. Y si la grandilocuencia descubre tu engaño, sé cómo lo

volverás a expresar: escogerás su vida antes que la tuya. Yo, sin embargo, no escojo su vida antes que la tuya.

—No llegaremos a eso —no tenía forma alguna de garantizar tal cosa, aunque me parecía la mejor

respuesta.

Soltó un suspiro tembloroso.

—¿Me dejarás, entonces, si ella quiere que te marches?

—Tyrus, yo...

—No es el momento, lo sé —me ofreció una leve sonrisa—. Pero recuerda: soy una persona egoísta. Cuando llegue el día, no renunciaré a ti por ella solo porque ella tenga una ventaja química sobre mí... Los Domitrian no somos muy dados a compartir.

Sin mediar más palabra, me hizo avanzar. Fui tras él sin dejar de darle vueltas en la cabeza a sus palabras. Tyrus y Sidonia eran todo mi universo ahora, un par de polos magnéticos que tiraba de mí hacia delante. No sabía lo que haría si tirasen de mí en direcciones opuestas.

Salimos al enorme salón del trono de la *Hera*, un salón de baile de una deslumbrante belleza con paredes pulidas y hechas de piedras preciosas. Me invadió una tensión indescriptible al recordar lo que habíamos venido a hacer allí. Había una ventana de hielo perpetuo traslúcido, reforzado con alguna sustancia transparente. Ocupamos nuestro lugar junto a aquella ventana.

La celebración tenía por objeto agradecer al divino Cosmos el milagroso rescate de Tyrus en el

«inesperado» accidente que había causado un fallo de funcionamiento en un misil que casi lo mata. El propio emperador asistiría más tarde para dar gracias, aunque solo un necio creería que no era él quien estaba detrás de aquello.

La auténtica razón de la fiesta, sin embargo, era que Tyrus pudiese renegar de mí y dejar clara su obediencia a la noble Cygna al tomar a Elantra —la novia que ella había escogido para él— como su futura emperatriz.

Tyrus me apretó la mano mientras Cygna ascendía a un gran trono que dominaba la sala. Aquella

era su nave, así que contaba con permiso para hacerlo. Su mirada recorrió el gentío reunido en su resplandeciente nave asteroide. Me di cuenta de lo apropiada que había sido la descripción de Cygna que había hecho Tyrus, al definirla como el miembro más apto de su familia para gobernar. Aunque el emblema del agujero negro perteneciente a la rama no imperial de los

Domitrian se alzase bien alto sobre su asiento, ella contemplaba a la muchedumbre con un orgullo de halcón en sus

majestuosos rasgos, como un gobernante que preside ante sus súbditos.

Y, ahora, Tyrus iba a someterse públicamente a su voluntad al iniciar su cortejo de Elantra. Era un mensaje que Cygna comprendería.

Llegó el emperador con el habitual acompañamiento de sus diabólicos y robots de seguridad. Su

rostro tenía un gesto despectivo al contemplar la celebración a su alrededor. Debía asistir a aquel evento y expresar en público su agrado por el rescate de Tyrus de las manos de la muerte, aunque solo fuera para acallar los rumores de que era él quien estaba detrás de aquel desleal ataque con un misil... aunque saltaba a la vista que el fracaso de su ofensiva no le complacía.

Cygna hizo un gesto para que empezase la música, y los armónides ocuparon el área acordonada

de la sala. Me quedé mirando a aquellas criaturas, unas creaciones tan humanoides como yo, propiedad del emperador. Rara vez se los veía, ya que solían tocar sus instrumentos fuera del alcance de la vista. Ni siquiera los había visto en la bóveda de baile durante la última gala, pero la *Hera* no contaba con una zona privada para ocultarlos.

Atisé al grupo de individuos de corta estatura, rechonchos, con la cabeza grande y unos rasgos irregulares. Algunos tenían dedos de más; todos tenían una boca excesivamente grande y orejas enormes, los ojos pequeños. Los había que tenían los brazos o las piernas muy largos, lo mejor para tocar aquellos instrumentos de diseño, mientras que otros tenían los brazos cortos hasta la exageración. Uno de los motivos de que se les viera tan poco era su desagradable condición estética.

La mayor parte de los humanoides creados por ingeniería genética estaban diseñados para resultar agradables a la vista. Estos no.

Entonces sonó su música. Los armónides estaban hechos con un único

propósito: generar tipos de

música que un humano normal no pudiese imitar ni llegar a apreciar por completo. Eran criaturas pensadas por entero para entretener, y lo hacían de manera excelente.

Tyrus me agarró del codo y me condujo hacia la pista de baile, y el gentío a nuestro alrededor se apartó para dejar paso al emperador y a la noble Wallstrom y que comenzaran el primer baile.

Cygna permaneció sentada sobre la multitud, mirándonos con expectación.

Continuaba la música, y llegó el momento de que Tyrus y yo bailásemos. Me apretó el brazo una

vez, me condujo hacia la pista, y, a medio camino... se detuvo.

Me volví hacia él, consciente de que la música seguía sonando, del silencio que se hacía entre la gente al darse cuenta de que había algo anormal en la forma en que Tyrus me estaba mirando.

El ardor de su mirada se posó en mis ojos por un segundo y, acto seguido, alargó la mano y enredó los dedos en mi pelo. Sentí cómo me quitaba un pasador de piedras preciosas que él me había regalado, y cuando lo retiró el pelo se me vino abajo sobre los hombros.

Me sabía mi papel. Me llevé las manos a la boca y le miré con los ojos desorbitados, mientras confiaba en haber fingido eficazmente que me sentía horrorizada.

—Lo siento mucho, pero he de poner fin a esto —me soltó el brazo y se apartó de mí.

—¡Eminencia, no! —le grité tratando de inyectar algo de emoción en mi voz —. ¿Por qué hacéis esto? ¿Cómo os he contrariado?

Tyrus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sois todo un encanto, senadora Von Impyrean, pero es otra quien ha

conquistado mi corazón —

me dijo y se aproximó decidido a un brasero que llameaba en el centro de una burbujeante fuente de nitrógeno. Echó el pasador al fuego y se dio la vuelta con mucha teatralidad.

Me dejé caer al suelo y hundí el rostro entre las manos para que nadie me pudiese notar en la cara la ausencia de angustia.

Se hizo el silencio entre la gente. A través de los dedos vi que el emperador y su dama habían

dejado de bailar y observaban la escena con interés.

Tyrus alargó la mano.

—¿Tendría la noble Elantra Pabus la amabilidad de unirse a mí en un baile?

—anunció Tyrus con

una voz que retumbaba sobre el gentío y la música que con tanto tacto se había acallado (obviamente, los armónides sabían ajustar el volumen de su música para adaptarla a una escena).

Elantra surgió de entre la multitud, toda una visión con el movimiento de sus rizos negros y el vaivén de un vestido azul. Los ojos le brillaban de placer, y en ese preciso instante tenía una asombrosa belleza.

Tyrus sonrió, y Elantra le tomó la mano. Con un gesto, él hundió la otra mano en el bolsillo y sacó una joya que había seleccionado para ella: un pasador resplandeciente.

—Para vos, en tributo por vuestra belleza —le dijo.

—Gracias, eminencia —respondió Elantra, antes de arrodillarse ante él y permitir que le colocase el pasador en el pelo: Tyrus la estaba convirtiendo públicamente en el objeto de sus afectos.

Me retiré muy poco a poco de la pista de baile, con la cabeza gacha tal y como corresponde a una amante desdeñada. Curiosamente, el papel se volvía

cada vez más fácil de interpretar. Ver el placer de Elantra, a Tyrus tocarla de una forma tan solícita, me revolvía un poco el estómago aunque sabía, muy a las claras, que no era más que una farsa.

El gentío se apartaba como si les fuera a contagiar algo y me cedía el paso. Se acabaron las adulatoras visitas a mi villa con la intención de ganarse mi favor. Podía sentirme agradecida por aquello, al menos. Alcé la mirada a la noble Cygna cuando Tyrus y Elantra tomaron la pista de baile.

Regresó la música. El rostro de Cygna mostraba una fría satisfacción, sus finos dedos se enroscaban en el brazo de su trono. En ese instante, ella tenía el aspecto de reinar, y no el hombre de pelo rubio que bailaba a sus pies.

Me obligué a ver cómo Tyrus y Elantra daban vueltas por la pista de baile. Pasados unos minutos se me asentó el estómago. «Es solo una actuación». Sabía lo que él sentía. No había motivos para dudar de él. Mientras se desplazaban juntos, Elantra extasiada con su triunfo, la mirada de Tyrus se cruzó brevemente con la mía, y compartimos un secreto en silencio.

Todo, con tal de no sonreír.

Sentí sobre mí la mirada de otra persona y me di la vuelta para encontrarme con los ojos de la noble Cygna. Me hizo un gesto con el dedo para que me aproximase.

Vacilé un instante y me pregunté qué podría querer de mí ahora, pero comencé a abrirme paso entre la gente y mantuve la cabeza baja como la amante despreciada y humillada. Por fin llegué a sus pies y me llevé sus nudillos a la mejilla.

Retiró su mano de la mía y me acarició el pelo. Percibí la oleada de un perfume dulzón.

—Bien hecho, querida mía. Pareces una amante desdeñada —me observó con atención y pausa—.

¡Cuánto sentimiento en el rostro de una diabólica! Qué imagen tan singular.

No estaba segura de cómo responder a aquello.

—Me complace que hayáis disfrutado con mi actuación.

—Tu actuación, sí —me brindó una leve sonrisa. Su mirada era demasiado intensa e interesada en

comparación con la perfecta suavidad de su rostro bajo los rizos de pelo castaño—. ¿Sabes en qué he estado pensando desde que sé la verdad sobre ti?

La miré a los ojos con mucha precaución.

—¿En qué?

—En tu supervisora de protocolo.

El corazón me dejó de latir.

—Oh, sí —dijo Cygna al ver lo lívida que se me quedaba la cara—. Esa supervisora de protocolo que se aloja en tu villa tenía el aspecto de la auténtica juventud, tan distinto de la Sutura nu Impyrean que vivió aquí hace varias décadas. Y ¿qué se le podría estar pasando por la cabeza al participar en tamaña traición y tratar a una diabólica como si fuese la heredera de un senador?

Apreté los dientes mientras el corazón me latía desbocado.

—Ella ignora por completo quién soy. Jamás me había visto antes de tomarse la libertad de viajar hasta aquí para consolarme.

—¿Es así? Pero si tú misma dijiste que fue ella quien te formó.

Se me cayó el alma a los pies. Sí lo había dicho.

—Tu supervisora de protocolo ha participado en un acto criminal. Aunque Tyrus haya negociado

la clemencia para ti, me ofende sobremanera que una simple excedente se entrometa en los asuntos imperiales. Veamos, creo que haré que la detengan...

Mis manos volaron hasta los brazos de su trono y los agarré con fuerza mientras me inclinaba sobre ella. Era cuanto podía hacer con tal de no agarrarla por el cuello.

—¡Ni os acerquéis a ella!

Cygna no se inmutó.

—Ah, aquí está esa diabólica que hay en ti —hizo un gesto con la mano para indicarle a alguien

que retrocediese: sin duda, algunos de sus empleados habrían visto mi movimiento y se habían apresurado para venir en su ayuda. Ni siquiera les lancé una mirada.

Con toda la calma, Cygna apartó una de mis manos y después la otra. No se lo impedí. No iba a

cometer el error de atacarla físicamente allí.

—Así pues —me dijo en voz baja—, Sidonia Impyrean está viva. Ya lo sospechaba.

La ira me quemaba. Quería matarla, pero no era el momento. Demasiada gente. Cygna debía de haber venido preparada para esto, lista para salvarse si yo reaccionaba mal. Retrocedí un paso de golpe, después otro.

—Oh, no temas —dijo Cygna con aire chistoso al ver el horror en mi rostro—. Está a salvo. De

momento.

Me aparté de ella respirando hondo un aire que de repente me faltaba.

Cygna se levantó y se pegó a mi espalda. Su delgada mano me agarró por el hombro y sentí su aliento en la oreja.

—Pero dime, diabólica, una vez que termine todo esto, tú sabes que habrá consecuencias. Si Tyrus siente algo por ti, ¿cómo va a dejar que Sidonia

Impyrean siga viva, que reclame su identidad? Sin duda sabe que la grandilocuencia jamás permitirá que ambas os escapéis sin castigo.

Mi tono de voz fue duro.

—Tyrus pensará en algo. Y, si no lo hace, para mí la decisión está bastante clara.

—Por supuesto que sí, pero ¿de verdad permitirá él tu muerte? ¿De verdad? Porque si lo hace...

vaya, no puede quererte tanto, al fin y al cabo. Pero claro, yo siempre he creído que el amor es la sustancia más volátil del universo. Estalla, incinera y después se extingue sin más...

Volví el rostro hacia ella, pero Cygna estaba mirando más allá de mí, a la pista de baile. Seguí la dirección de su mirada y me di cuenta de que se estaba fijando en su propio hijo, Randevald von Domitrian, contra quien ella misma había estado conspirando.

—El amor te traiciona, Némesis dan Impyrean, y si eres inteligente, jamás lo olvidarás.

Elantra Pabus no fue generosa en su triunfo. En los frenéticos días que siguieron, se cercioró de

lanzarme una mirada desafiante cada vez que se pavoneaba del brazo con Tyrus. Yo interpretaba el papel de amante rechazada y escarmentada, apartaba de ellos la mirada y me observaba las manos.

No era difícil parecer atribulada. Me había sentido así desde el preciso instante en que Cygna descubrió la verdad sobre Sidonia. Había enviado un siervo a contarle a Tyrus los últimos acontecimientos, pero él no parecía compartir mi alarma. Me escribió una nota en respuesta:

La abuela pronto dejará de ser un problema. Cíñete al plan y no temas nada.

Y, aun así, tenía miedo. Me aterraba lo que le pudiera suceder a Sidonia. Jamás podría confiar en Cygna al respecto de aquella información, y mi

mente no dejaba de regresar sobre la idea de matarla.

Pero no era el momento. No lo era. Tyrus tenía un plan, y Cygna había de morir a manos de Randevald, no a las mías.

Llegó un día, durante los vapores posteriores a los ritos en la heliosfera, en que me vi observando a Cygna desde la otra punta de la sala, valorando de nuevo las posibles consecuencias de asesinarla.

Entonces apareció a mi lado una enorme presencia. Con un sobresalto, me di cuenta de que se trataba de Anguish, el diabólico descomunal del emperador, negro como la noche.

—Su reverencia suprema desea que toméis los vapores con él en su salón privado.

—¿Y te ha enviado a ti para invitarme, en lugar de a un siervo? —le dije sorprendida.

—Arde en deseos de tomar los vapores con vos. Un siervo no transmitiría dicha urgencia.

Lancé una mirada insegura a Tyrus y Elantra, ambos exhalando generosas nubes de vapor. Acto seguido fui tras Anguish.

Rara vez se utilizaba el salón privado del emperador para tomar los vapores. Era una persona sociable, en absoluto inclinada a aislarse. Aquel día, sin embargo, entré en la penumbra del salón y me encontré allí solo al emperador, repantigado en una butaca y ya con varias ampollas encima.

—Ah, Sidonia Impyrean. Sentaos —me hizo un gesto hacia un cojín en el suelo, junto a su silla.

Localicé a Hazard detrás de él, entre las sombras, observándome con atención. Atravesé la estancia y me senté en el cojín. Alcé la mirada hacia el rostro del emperador, descuidado por los narcóticos, pensando en lo imposible que me habría resultado hace apenas unas semanas sentarme tan cerca de él sin atacarle. Ahora que sabía que Sidonia había sobrevivido, mi ira y mi odio hacia él se habían enfriado. Ya era capaz de mirarlo de manera

desapasionada. Era el tío de Tyrus, su enemigo, el obstáculo entre Tyrus y el trono.

Era también un hombre cuya edad y cansancio se le notaban en el rostro de falsa juventud, una criatura paranoica y asustada, desgastada por el poder, que no era ni de lejos tan lista como los enemigos que tenía a su alrededor.

—Ya veo que mi sobrino os ha abandonado.

Bajé la mirada rápidamente.

—Lo ha hecho.

—Ha hablado conmigo sobre su deseo de casarse con Elantra Paus.

—Eso he oído.

Soltó una risa seca e inhaló una gran bocanada de otra ampolla. La contuvo un instante y la soltó entre toses.

—Qué mal gusto, digo yo. Hace que me pregunte si no estará loco después de todo. Estaba empezando a albergar mis dudas.

Miré al emperador con suspicacia, preguntándome qué hacía yo allí.

—Ya lo veis —dijo el emperador—, estaba empezando a pensar que Tyrus podría haber estado...

haciendo teatro. Se ha reformado con demasiada rapidez.

No dije nada.

—Vos me lo contaríais, querida niña, si supieseis algo. A ambos nos ha defraudado mi sobrino.

—Yo creo... —titubeé un instante al recordar lo que Tyrus me acababa de aconsejar que dijese—.

Creo que simplemente está asustado, reverencia suprema.

—¿Asustado?

—Sí, vuestra supremacía. Con un miedo de muerte.

—¿De mí?

—No solo... de vos.

Ambos diabólicos se movieron.

El emperador inhaló con fuerza. Se le dilataron los ojos.

—¿De mi madre?

Asentí.

—Tyrus rechazó sus acercamientos —dije agarrándome la falda—. Debéis creerme, lo ha hecho.

—¿Acercamientos? —dijo el emperador en tono cortante.

—Yo no sé mucho sobre lo sucedido —le dije—, pero, por lo que he oído, la noble Cygna estaba... muy contrariada con vuestra... vuestra purga de la grandilocuencia. No compartía vuestra decisión.

Entrecerró los ojos.

—En efecto, se manifestó en contra.

—Así que, a partir de entonces, se tomó un cierto interés por Tyrus. Al principio parecía algo inocente: le aconsejaba sobre cómo contener su demencia, cómo hacer caso omiso de sus voces y comportarse con un poco más de encanto en público...

—¿Eso hacía? —preguntó el emperador.

—Vuestra supremacía, quizá... —empezó a decirle Hazard desde detrás.

—¡Silencio, diabólico! —le soltó el emperador con un gesto de la mano para

que retrocediese—.

Escucharé esto. Decidme pues, querida niña, ¿es ese el motivo de que Tyrus se haya comportado de manera tan distinta últimamente? ¿*Mi madre* le ha estado susurrando al oído? ¿*Ella* le ha estado aconsejando?

—Sí, y se ha aprovechado de su inestabilidad.

Lancé un vistazo a la preocupada expresión de Hazard y Anguish.
¿Sospechaban que estuviese engañando al emperador? ¿Podrían notar que estaba mintiendo con solo mirarme a la cara?

Proseguí.

—Después del extraño incidente con el misil, Tyrus se asustó muchísimo. La noble Cygna le dijo

que *vos* habíais orquestado el ataque, y que ella le protegería, pero únicamente si se casaba con Elantra Patus y se mostraba como un helionista ferviente. Creo que sus intenciones son las de situarlo a él en el trono en algún momento no muy lejano, aunque Tyrus no tiene la suficiente congruencia mental para comprender esto por sí mismo. Él solo tiene miedo de rechazarla, pero su mal le hace muy vulnerable a sus manipulaciones...

—Sí —suspiró el emperador—. Sí, sin duda es así.

Hazard puso una mano en el hombro del emperador.

—Vuestra reverencia suprema, habéis superado ya vuestra dosis. Creo que debéis descansar.

—No soy un niño al que debas reprender —le soltó el emperador—.
¡Escucharé lo que tenga que

decir sobre esta trama!

—No es aconsejable. No deberíais escuchar una sola palabra que diga esta criatura —dijo Hazard.

—Esto no es una trama —protesté de inmediato—. Tyrus no está tramando nada, sino que es una

víctima de... de... ¡Alto! ¡Soltadme!

Sin embargo, Anguish me había agarrado por los hombros y me estaba llevando a rastras de vuelta hacia la puerta.

—Debéis marcharos, noble Impyrean —utilizó una gran fuerza, mucha más de la que estaba justificada. De haber sido yo una verdadera persona, me podría haber fracturado los hombros en aquel preciso instante. No me atreví a liberarme de su sujeción y mostrarle mi verdadera fuerza.

El emperador estaba cuchicheando con Hazard, que le decía:

—... no es de fiar. Se le ve en la cara... —y sus voces se perdieron para mis oídos cuando Anguish

me sacó de la estancia con un empujón.

En ese momento, fuera ya de la sala, la mirada de los ojos negros de Anguish se cruzó imperturbable con la mía, y yo me limité a interpretar mi papel, la ofendida heredera maltratada por un humanoide.

—¡Cómo te atreves!

Anguish se inclinó muy cerca de mí.

—Permitidme utilizar un idioma que entenderéis: si os volvéis a acercar al emperador, os arrancaré de cuajo la médula.

La amenaza de la violencia me dejó de piedra, porque ¿se habría dado cuenta de lo que yo era? No, imposible. De ninguna manera. Aun así, antes de que me diera tiempo a exigir una explicación ante una amenaza tan directa, Anguish había regresado al interior de la sala.

De manera que los diabólicos habían sido capaces de verme las mentiras en la cara. Solo esperaba que la paranoia del emperador tuviera más peso que su confianza en el buen juicio de los diabólicos.

Envié a un siervo con una nota para Tyrus.

Ya he plantado la semilla en tu tío. Sus diabólicos dudan de mí, pero él me ha escuchado.

Ahora dejaríamos que germinase aquella semilla. Cuando el emperador exigiese una explicación a

su sobrino, Tyrus el inteligente haría el resto.

46

Aquella misma noche se anunció el compromiso de Tyrus y Elantra. Me enteré de ello porque vino

un siervo con una carta de Elantra: debía presentarme en su villa al amanecer para su unción.

—¿Unción? —dije con los ojos clavados en aquella hoja.

Donia me la arrebató y la leyó.

—La unción es un ritual del compromiso. La gente suele pedirle a sus mejores amigos que lo hagan antes de prepararse para anunciar su unión. Madre me enseñó a hacerlo, pero es complejo.

Demasiado complejo para explicártelo.

—Entonces me negaré a hacerlo.

—¡No! —palideció—. Eso sería un terrible insulto, Némesis.

—Eso pretendo —le dije sin más—. Elantra me desagrada, y a ti también.

—No, de verdad que no te puedes negar. Es un rito sagrado. Podrías empezar una guerra con su familia, y no nos podemos permitir eso ahora mismo.

No me hacía ninguna falta sumar los problemas de la familia Pasus a la precariedad de aquel momento.

—Muy bien, no me negaré, pero no entiendo nada de esto. Yo no soy amiga de Elantra. ¿Por qué

me lo ha pedido siquiera?

—¿Para alardear de compromiso, quizá? —sugirió—. Escucha, iremos juntas. No pondrá ninguna

objeción a que lleves a tu supervisora de protocolo. Yo te soplaré las instrucciones.

«El amanecer» eran las seis de la mañana, tan temprano que Donia se frotaba los ojos para quitarse el sueño mientras nos dirigíamos hacia la villa de Elantra.

Sus siervos nos abrieron la puerta y entramos. Los seguí hasta la alcoba de Elantra, donde estaba tumbada fingiendo que dormía.

—Despertad —le solté—. Acabemos con esto.

Elantra se incorporó, los rizos negros le cayeron sobre los hombros y me lanzó una mirada fulminante.

—No es así como se hace esto.

Sentí un arrebato de irritación. Saqué el pañuelo de seda, y Elantra volvió a cerrar los ojos, a la expectativa. Donia me había explicado lo que en un principio se esperaba de aquel ritual. Esta parte la recordaba bien.

Junto a la cama había una jofaina con agua bendecida por el sol. Empapé el pañuelo en ella y se lo pasé por uno de los ojos cerrados, después el otro.

—Eso está mejor —dijo Elantra al incorporarse.

Donia miraba desde la puerta y movía los labios para apuntarme lo que debía decir.

—Enhorabuena, noble Pusus, en este glorioso día en que os comprometéis con otra persona —

recité.

La mirada de Elantra se desplazaba entre Donia y yo.

—¿De verdad necesitáis que vuestra supervisora de protocolo os recuerde cómo llevar a cabo un

ritual básico de unción?

Así que lo había captado.

—Perdonadme, noble Pasus —le dije—. No esperaba realizarlo hasta que fuese una *amiga* quien se casara —hice hincapié en aquella palabra.

Elantra me miró con una sonrisa de suficiencia y se levantó. Extendió los brazos y pestañeó con coquetería.

—Desvestidme.

Le arranqué uno de los botones al tirar de la bata de seda para quitársela.

—En cuanto al motivo por el que os lo he pedido, noble Impyrean, debería resultar bastante obvio.

—No para mí —le dije con brusquedad.

Donia me hizo un gesto con el dedo para que llevase a Elantra al exterior, al solárium de la villa.

Una gran persiana ocultaba el sol, y Elantra se detuvo ante ella, a la espera.

Me acerqué a la persiana y comencé a subirla lentamente. Era lo más parecido a un amanecer gradual sobre su piel que podíamos conseguir, y se suponía que había de simbolizar el amanecer de la nueva vida de Elantra con Tyrus elevándose en el horizonte.

—El *successor primus* y yo nos vamos a unir —dijo Elantra al inclinarse para que sus cabellos negros cayesen hasta la mitad de su espalda—. Se me ha ocurrido que pedirlos a vos que hicierais esto podría servir para aclarar las

cosas entre nosotras de una vez por todas. Ahora, hacedme la espalda.

Alargué la mano hacia una de las jarras de aceite que ya habían dejado preparadas.

—¿Cómo aclararlas?

—Ese no —dijo Elantra cortante al ver el aceite que iba a utilizar—. Ese aceite es el tuyo. El más oscuro que hay al lado es *mi* aceite de ungir.

Tomé el más oscuro y traté de recordar el dibujo que Sidonia había hecho antes para enseñarme el movimiento que tenía que hacer sobre la espalda de Elantra.

Me había parecido un sol con anillos concéntricos. Elantra permaneció inmóvil ante el espejo mientras yo los trazaba sobre su piel. Cada vez que titubeaba, Donia daba un paso hacia mí, me sujetaba la muñeca y me movía los dedos.

—Tyrus sugirió que fuerais vos quien me ungiere —afirmó Elantra.

La mano se me paralizó sobre su piel. Aquello me sorprendió.

—¿Fue él?

Miré a Donia, que arqueó las cejas.

—Sí. Supongo que está intentando poneros celosa —dijo Elantra con una sonrisa desagradable—.

Eso me dice que aún siente algo por vos, por mucho que él diga lo contrario. ¿Os complace eso?

¿Por qué iba Tyrus a decirle que se sirviese de mí? Él jamás actuaba sin pensar, así que debía de haber un motivo. Tal vez fuese un gesto dirigido a su abuela, para indicarle que yo seguiría siendo importante para él aunque ella le obligara a casarse con Elantra. Quizá Tyrus se hubiese concentrado en Cygna sin prestar demasiada atención a cómo recibiría la propia Elantra aquella petición: un descuido en absoluto propio de él.

—Por supuesto que os complace —dijo Elantra, estudiándome—. Complacería a cualquiera.

—Siento indiferencia, la verdad —continué trazando los mismos movimientos sobre la piel de Elantra con el aceite de ungir.

—Ya sospechaba de antemano que Tyrus podría seguir amándoos a vos y que me buscaba a mí tan

solo por necesidad, pero no fue agradable verlo confirmado —dijo Elantra con la mirada fija en mis ojos en el espejo—. Es de suponer que me eligió a mí, y no a vos, para complacer a la noble Cygna.

Acepto la falsedad de su amor si es el precio que he de pagar por ser emperatriz.

Se me volvió a detener la mano al sentir un extraño vuelco en el corazón.

—Eso es... una impertinencia —tuve que decirlo. Hablar de la muerte del emperador era una traición, y Elantra no era mi amiga.

Me lanzó una mirada rencorosa por encima del hombro, con una sonrisa en los labios.

—No finjáis tanto remilgo. Tyrus me necesita para ganarse el apoyo de la noble Cygna. Está planeando matar al emperador. Incluso he llegado a ver el veneno que pretende utilizar, una simple toxina. Un roce en un descuido, y la absorberá la piel del pobre Randevald: lo matará en cuestión de minutos.

Mis manos se volvieron a quedar quietas. Aquello se lo tenía que haber sacado a Tyrus contra su voluntad, esa confesión. Si Elantra se hubiera echado atrás en el matrimonio, la noble Cygna podría haberse visto inclinada a dar su apoyo a Randevald, y no a él. Supuse que debió de compartir aquella información con Elantra para convencerla de que siguiese adelante con la boda, pero no me agradaba en absoluto saberlo. Elantra nos podría traicionar a todos.

Pero claro, Elantra no nos traicionaría si esperaba ser la emperatriz de Tyrus... No obstante, ahora que había descubierto que Tyrus aún me quería a

mí, y no a ella, la chica de los Pasus estaría en guardia cuando él ocupase el trono y pudiera volverse contra ella. Tendríamos que actuar con sumo cuidado.

—¿Por qué estoy aquí, Elantra? —le pregunté—. No teníais por qué acceder a invitarme a esto.

No me respondió. Extendió los brazos para que le pusiera la camisola. A continuación se dio la vuelta, descalza, y se acomodó en un cojín grande junto a la ventana bañada por la luz del sol.

—¡Ah, supervisora de protocolo! Trae el aceite de la senadora Von Impyrean. Ahora le toca a ella ungirse.

Donia seleccionó la jarra de aceite más claro, el que tendría que ponerme yo misma en los hombros y en el pecho antes de acompañar a Elantra ante el vicario. De nuevo, desconocía los movimientos que debía trazar. Donia tomó la palabra para rescatarme.

—Tengo unas manos muy diestras. ¿Podría ungir yo a mi señora? Será más rápido.

Elantra no apartó la vista de mí.

—Puede ungirse ella sola. Dale la jarra y déjanos.

Donia sonrió a Elantra, la más generosa de todas sus sonrisas, y me pregunté cómo se sentiría Elantra si supiese que su verdadera rival era aquella chica bajita y dócil que tenía a mi lado.

—De verdad, noble Pasus, sería un verdadero placer para mí hacer esto por la noble Impyrean. Es más, insisto en ello.

La mirada de Elantra se desplazó veloz sobre ella.

—¡Cómo te atreves a insistir ante mí! ¿Es que no sabes cuál es tu sitio? —en ese instante, la ira se le desvaneció del rostro y perdió el rojo brillante de las mejillas. Ladeó la cabeza y sonrió—. Muy bien. Dado que insistes, puedes ungir a tu señora.

Dejé caer mi túnica con un movimiento de los hombros y aguardé a que Donia metiese los dedos

en el aceite y comenzase a pasármelos por los hombros. Elantra no perdía detalle del movimiento de los dedos de Donia sobre mi piel.

—Para seros sincera —le dije a Elantra—, ha sido una temeridad por vuestra parte revelarme los

planes de Tyrus. Hasta donde vos sabéis, soy una amante desdeñada y vengativa dispuesta a delatarlo ante el emperador.

La sonrisa de Elantra estaba cargada de malicia.

—Oh, no me preocupa que vos vayáis a revelar *nada*.

Y en ese instante se hizo añicos la jarra de aceite a nuestros pies y Donia soltó un grito ahogado.

Me di la vuelta y me encontré con la mirada aterrorizada de sus ojos desorbitados. Levantó los dedos temblorosos y brillantes por el aceite, y vi que su piel estaba adoptando a toda velocidad un tono grisáceo y enfermizo en las zonas en que se había manchado. En el mismo momento comencé a sentir un picor en los hombros y lo supe. Supe por qué me había traído Elantra hasta allí, por qué se sentía tan segura al hablar abiertamente.

El aceite estaba envenenado.

Elantra jamás tuvo la intención de dejarme salir viva de allí.

47

Los ojos de Donia me miraban muy abiertos y alterados por el pánico, y ya podía ver que la piel se le empezaba a motear en el cuello y en el pecho.

Reaccioné de inmediato, la tomé en brazos y me la llevé camino del cuarto de baño de la villa de Elantra. Me ardía la piel de los hombros, pero no le hice caso, empujé a Donia contra el lavabo y le metí las manos debajo del grifo. Lo abrí y se las froté enérgicamente.

—Némesis... no puedo... respirar... —se asfixiaba y, cuando la miré, vi que su rostro estaba adquiriendo un tono gris azulado.

Se oyó un siseo, miré a mi espalda y vi que la puerta del cuarto de baño se cerraba y quedaba sellada. Me abalancé hacia ella, pero habían manipulado el cerrojo: ni se movió. Estábamos atrapadas.

Nos llegó la voz de Elantra por el intercomunicador, cargada de malicia.

—Es inútil —dijo con voz alegre—. Ya lo tenéis en el organismo. Me aseguré de ponerlo a prueba, para cerciorarme de que en verdad era letal. Se lo tuve que dejar más de una hora en la piel al exaltado antes de que empezara a venirse abajo, pero es que las criaturas humanoides siempre son más resistentes a este tipo de cosas. Imagino que actuará con mayor rapidez en vosotras dos.

Enfurecida, me lancé contra la puerta. La mano me rebotó contra ella y unos pinchazos de dolor

me ascendieron por el brazo. Donia se ahogaba, y me revolví de inmediato para estar con ella. Se había quedado arrodillada al pie del lavabo con las mangas del vestido empapadas, con manchas por toda la piel, y reparé en el aumento de ritmo de mis latidos, el pulso que me atronaba en los oídos, la piel sudorosa, el ardor cada vez más intenso en los hombros.

Me sobrevino una gélida corriente de claridad.

Elantra nos acababa de encerrar.

Nos había expuesto a un veneno, y debía de ser el mismo que Tyrus había pensado utilizar con el emperador.

Le había lavado la piel a Donia, pero ya lo tenía en su organismo.

Sidonia se moriría.

—¡Elantra, por favor! —le grité—. ¡Elantra, por favor! Déjanos salir, Elantra, por favor. O, al menos, deja a mi acompañante. Por favor, deja que viva mi supervisora de protocolo. Por favor, déjala salir. ¡Elantra! ¡Elantra!

Mi voz era un gemido, pero su respuesta me llegó allí dentro en tono de burla.

—Se supone que la noble Cygna llegará pronto para acompañar a la futura esposa de su nieto a la heliosfera. Ahora, en cambio, supongo que me tendrá que ayudar a decidir qué hacemos con vuestros cadáveres.

—¡TE ARRANCARÉ EL CORAZÓN POR ESTO, ELANTRA!

Solo obtuve el silencio por respuesta. Comencé a arremeter enfurecida contra la puerta, consciente de que esa era nuestra única esperanza. Tenía que llevar a Sidonia a un médico. Tenían que verla los robots médicos. Tenía que hacer algo.

—N-Ném...

Me di la vuelta y se me paralizó el cuerpo entero al verla. Tenía la cara pálida como la cera, los ojos muy destacados contra el color de su piel. Era como una muñeca de trapo desmoronada bajo el lavabo. Las manchas del cuello se le estaban convirtiendo en ampollas.

—Lava.

—Ya te he lavado —se me enturbiaba la vista. Era como si no pudiese dejar de mirarla—. Ya te lo he lavado, Sidonia.

—Tú.

Me ardían los hombros. Pensé en aquel exaltado y en la hora que había transcurrido antes de que él empezara a sentir los efectos. Sin duda, los diabólicos teníamos un margen similar de supervivencia.

La muerte era lo que me merecía por haber metido a Donia en aquella trampa. No sabía qué hacer.

Recé a todos los dioses que pudieran existir, en especial a aquel divino Cosmos que ya me había devuelto a Donia una vez y le pedí que viniese, por favor, y nos ayudara, porque yo no podría con aquello una segunda vez. No lo podría soportar de nuevo.

Donia tanteó a ciegas con una mano hacia el lavabo.

—Lávate.

—No me merezco lavármelo —exclamé—. Donia, espero que me mate.

—Lávate —insistió—. Por favor.

Se me entumecía el cerebro. Me eché agua en los hombros hasta que remitió el escozor de mi piel.

De nuevo, la fisiología de los diabólicos. El veneno estaba pasando a través de mí como si nunca hubiera estado allí. Lo daría todo por cederle a Donia mi inmunidad.

—Es que... es que no sé qué hacer —le dije. Me miré la mano, los nudillos ensangrentados de darle puñetazos a la puerta.

Donia tenía ahora un aspecto ceniciento y azulado, con las venas muy marcadas en el blanco de los ojos, rojos. Su mano temblorosa se cerró en torno a la mía, y me agaché junto a ella, sintiendo su cuerpo como el de un frágil pajarillo, porque aquello no estaba pasando, no estaba pasando...

—Quiero —resolló.

La abracé más fuerte.

Me apretó tanto como pudo. Su aliento no era ya más que unos jadeos entrecortados.

—Te... quiero... —entonces soltó un resuello agudo y se tensó contra mí; yo volví a pensar en Mortífero y me aferré a Donia con fuerza mientras el horror me atronaba en el cerebro, porque no, no, aquello no estaba pasando...

Sin embargo, había dejado ya de respirar, no se movía, y la miré a aquellos ojos como dos nubes turbias carente de la chispa que era Sidonia, y no, no, aquello no iba a suceder.

—Donia. ¡DONIA!

La agarré y la zarandeé. Le chillé. Le pellizqué la piel y se la retorcí tratando de obtener algo, tratando de oír un llanto, de hacerla reaccionar, que hiciera lo que fuese, pero estaba flácida e inerte, y estaba muerta, estaba muerta, y arrancó de mis entrañas un grito de ira.

De repente me abandonó toda energía, se me había ido la fuerza, y lo único que pude hacer fue apoyar la cabeza contra la suya y susurrar:

—Yo también te quiero. Te quiero. Te quiero tanto. Lo siento mucho... — porque Donia estaba muerta, y esta vez no habría un rescate milagroso.

Esperé allí anestesiada, sin apenas moverme, sin apenas respirar, incapaz de comprender cómo había salido todo tan mal, tan deprisa. Esperé sin oír más que el lejano y constante golpeteo de mi corazón y sin sentir el ardor en la piel más que de un modo vago.

No lo entendía. No entendía nada en absoluto acerca del cruel y amargo destino.

Y entonces oí unos pasos al otro lado de la puerta.

Me quedé muy quieta, y en mí todo ardía con una maldad incandescente y oscura. Sentí a Elantra, que trataba de intuir algún movimiento. Entonces se deslizó la puerta y se abrió, y le dijo a sus siervos:

—Recoged los cadáveres. Decidle al noble Tyrus...

Un siervo alargó la mano para agarrarme, aunque yo ya estaba de pie, lanzándolo contra la pared opuesta. El grito de Elantra resonó en el aire, pero ya era demasiado tarde para ella, que ya me tenía encima, y yo la tenía a ella agarrada por el cuello y la arrastraba de espaldas como a la cría indefensa que era en comparación conmigo. La lancé contra una mesa, que se partió por la mitad con el impacto. Otros siervos hicieron ademán de venir a por mí, pero los aparté y concentré todas mis atenciones en *ella*.

Elantra gemía y chillaba mientras yo la tenía sujeta, y supe que le acababa de romper varias costillas, pero me dio igual. Le arañé la cara, le retorcí los brazos y se los disloqué de cuajo, y a continuación le tiré de la barbilla para

que me mirase directamente a los ojos.

—Por favor —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Atravesé con el puño la blanda carne de su torso, y ya lo tenía, tenía el corazón de Elantra Patus; estaba ensangrentada, y la ira incandescente y la maldad en mi interior no se aplacaban, porque nada tenía sentido. Sentí cálido aquel órgano, escurridizo al tacto, y me quedé mirándolo, el cuerpo a mis pies, porque no era capaz de comprender cómo podía haber sucedido todo aquello.

¿Y ahora qué?

¿Y ahora qué?

¿Y ahora qué?

Dejé caer el corazón y me puse en pie entre tambaleos, con el cuerpo de Elantra desparramado a

mis pies. Mis brazos, cubiertos de sangre; también el vestido. Las luces eran demasiado brillantes, y un ruido muy intenso me zumbaba en los oídos, y Sidonia estaba muerta esta vez, estaba muerta, la había visto morir...

Caí de rodillas y vomité. Eché todo lo nauseabundo, toda aquella repugnancia, pero aún había más, porque, ¿cómo había sucedido aquello? ¿Cómo...?

El estruendo del pánico y el horror dentro de mi cabeza amortiguó el sonido de la llegada de la noble Cygna, y allí se encontraba ya, pálida como la ceniza y aterrorizada por una vez en su vida, jadeando ante tal masacre. Y cuando alcé el rostro ensangrentado para mirarla, ella sacó un arma de energía.

—No te acerques.

—La ha matado —jadeé—. Elantra ha asesinado a Sidonia.

Cygna me rodeó sin dejar de mantener una distancia prudencial y fue mirando en todas las habitaciones. Después en el cuarto de baño. Miró allí

dentro un rato largo, después salió.

—Así que la niña de los Impyrean estaba condenada, al fin y al cabo —dijo.

Y, acto seguido, su áspera y amarga risa.

Se estaba riendo.

¡Riendo!

Me abalancé contra ella, pero una descarga de energía me tiró al suelo y retumbó en todas las células de mi cuerpo. Y allí se alzaba la noble Cygna ante mí, apuntándome aún con el arma y sin apartar de mí aquella mirada de halcón.

—Habéis sido vos, ¿verdad que sí? —grité hirviendo de ira por dentro. Me puse en pie a

trompicones, frente a ella, y la habitación se fue oscureciendo hasta que no fui capaz de ver más que su rostro cruel e implacable—. ¡Vos estabais detrás de esto!

Cygna entornó los ojos.

—Necia, ¿de verdad crees que yo trataría de envenenar a una diabólica? Sé de quién es esta obra, y no es mía. Sidonia Impyrean muerta, Elantra Pasus muerta... dos pájaros de un tiro. Qué oportuno para mi nieto.

Su... nieto...

Me quedé petrificada.

—No —le dije.

Cygna ladeó la cabeza.

—Ya sabía que él no te iba a sacrificar a ti, pero me preguntaba cómo manejaría la situación —

arqueó las finas cejas al observar la carnicería—. Ahora lo sé. Todo apunta a que decidí dejar que la niña de los Impyrean muriese en tu lugar.

—No —suspiré.

—Una Sidonia Impyrean muerta significa que cierta diabólica puede ocupar su lugar —rebosaba

de malicia la voz de Cygna—. Y, por supuesto, era natural que dicha diabólica vengase la muerte de su ama, de manera que Tyrus podría quitarse de encima a Elantra sin que yo advirtiese en que él había maquinado su muerte... O eso creía él. De verdad, resulta muy insultante que se creyese capaz de engañarme. Fui yo quien inventó la maniobra.

—Estáis equivocada —oleadas de calor y de frío me recorrían el cuerpo, pero mi mente se volvía

al interior, le daba vueltas a aquellas palabras. Hundí las manos ensangrentadas en mis cabellos con el eco de un recuerdo retumbándome en el cerebro.

Me ha inquietado, por así decirlo, con su manera de hablar sobre ciertas decisiones —me había dicho Donia—. No lo veo muy optimista al respecto de que podamos revertir la situación sin serios problemas y que yo vuelva a ser la senadora Von Impyrean.

Así que, tal vez... quizá él hubiera optado por otra vía.

Le había pedido a Elantra que se sirviera de mí para ungirle, consciente de las preguntas y revelaciones que se suscitarían a continuación... Así podría mostrarle a Elantra que todavía me amaba sin tener siquiera que plantear la conversación de forma directa. Aquello habría provocado en Elantra la decisión de matarme. Y, al preguntarle ella, Tyrus se habría limitado a mostrarle el veneno que él sabía que funcionaría con Sidonia, pero no conmigo. Él conocía la ceremonia de la unción: que sería necesario llevarla a cabo de tal forma que requeriría la ayuda de Sidonia. Al fin y al cabo, una diabólica desconocería la ceremonia. Sidonia *tendría* que venir a prestar su ayuda, y el veneno se podía ocultar en el aceite con tal facilidad...

Y si Elantra mataba a Sidonia, yo podía seguir siendo la senadora Von Impyrean. Si yo mataba a

Elantra, él no tendría que casarse con ella. Aquello no tendría pinta de ser culpa de Tyrus, no para mí, ni para Cygna. Qué... qué propio de Tyrus. Un plan astuto y brillante.

Cygna rodeó el cuerpo de Elantra.

—En ningún momento habrá tenido la menor intención de casarse con ella. No se ha dado cuenta

de que lo estaba poniendo a prueba. Y ha fracasado —apoyó las manos en las caderas, y sus labios se curvaron en una sonrisa letal—. Daría con él y le castigaría por esto, pero jamás me atrevería a arrebatarse su venganza a una diabólica. La familia se reunirá para cenar después de los ritos... ¿Te veré allí, quizá?

Se dirigió hacia la puerta, y no traté de detenerla. Me sentí paralizada en el sitio, helada por dentro, anestesiada. La villa de Elantra estaba en silencio, detenida a mi alrededor, la luz del sol entraba a

raudales por la ventana sobre las manchas de sangre de mi vestido, en el suelo, y el cadáver destrozado muy cerca. Y en la habitación contigua... ¡En la habitación de al lado! La joven para cuya protección había sido yo creada. Muerta, ahora.

Un enorme dolor penetrante me atravesó el pecho. Cerré el puño y me presioné sobre la clavícula, me ahogaba.

Y lo único en que podía pensar era el juramento de Tyrus a Sidonia.

Némesis vivirá. Eso os lo juro.

Él se lo había jurado.

Se lo juró.

Tyrus habló con aquella convicción porque sabía que podía hacer que aquello

sucediera.

Y lo había hecho sacrificando la vida de Donia por la mía.

48

Deseaba que fuera mentira.

Deseaba creer que todo era un engaño de Cygna.

Sin embargo, lo mirara como lo mirase, no podía dejar de creerla. No podía dejar de lado mi certeza de que todo aquello había sido obra de Tyrus.

No soy bueno de corazón, de ninguna de las maneras. Hace mucho que acepté que me mancharía las manos de sangre...

No me queda más remedio que vivir con esto, Némesis, así lo haré. Viviré con ello.

Tyrus era capaz de vivir con la muerte de un inocente. Se había negado a sacrificarme a mí. Yo era lo único que él no se atrevía a perder. Así que...

Así que...

Aquí lo tenía. Aquello que él *sí* se había mostrado dispuesto a sacrificar.

Sidonia yacía ahora en la cama. La envolví en las sábanas de Elantra y le cerré los ojos oscuros.

Tenía la piel fría. Se había quedado pálida como la ceniza, y me quedé mirándola un largo rato, tratando de comprender cómo la Donia que yo conocía, que vivía, respiraba y me observaba con tanta vida, podía ser ahora aquella inmóvil figura de cera que tenía ante mí.

Me metí en la ducha y me lavé la sangre de Elantra. Me puse uno de sus vestidos. De nada me serviría atraer la atención de la gente dando tumbos por los pasillos de la *Valor Novus* con el aspecto de haber perpetrado una masacre.

La masacre estaba aún por llegar.

Una niebla se me echó encima al salir a la bóveda celeste y atravesar el gentío que regresaba de la Gran Heliosfera. Pensé en Neveni, en la advertencia que me hizo una vez y que yo desdeñé tan rápido.

Tal vez Tyrus sea enemigo de tu enemigo, pero sigue siendo un Domitrian. Nunca confíes en ellos.

En ninguno. Son una familia de mentirosos y asesinos. Tal vez Tyrus no haya utilizado ese vapor resolvente, pero aun así lo trajo consigo. ¿Qué dice eso de él?

Se había llevado aquel vapor resolvente a sabiendas de lo peligroso que era, porque conocía el poder de una amenaza, el poder de una muerte conjurada. Era lo bastante listo y calculador como para no descartar sin más el vapor resolvente o dejarlo en la nave.

Y después me había besado cuando ascendíamos y abandonábamos la curvatura de Lúmina... El dolor me punzaba por todo el cuerpo como una cuchillada fatal.

Era el aceite lo que lo decía todo. Respetaba demasiado a Tyrus para creerlo capaz de tal error, para creer que podría revelar de forma accidental sus sentimientos hacia mí... creer que podría revelar de forma accidental el veneno apropiado que debía utilizar Elantra.

Me martilleaba la cabeza, y era como si se difuminasen las luces a mi alrededor. Llegué al salón del trono en el momento justo en que Cygna salía de allí. Me miró, pero no hizo gesto alguno de saludo. En cambio, apartó a varios empleados de los Domitrian que estaban a la espera.

Los diabólicos del emperador no hacían guardia en la puerta.

Cygna me estaba despejando el camino, pero no entendía la ausencia de los diabólicos. Crucé la

puerta y entré en el salón del trono. La vista se me adaptó a la penumbra del interior, y los vi a todos

—Tyrus, Devineé, Sálivar, Randevald— cenando y bebiendo rodeados de corrientes de vapores que

acariciaban el ambiente. Hazard y Anguish acechaban con discreción en la pared del fondo.

Otro hecho llamativo: se encontraban demasiado lejos para intervenir en caso de que yo actuase.

Pero no lo hice. Me detuve en seco en cuanto ellos me localizaron.

Se silenciaron todas las conversaciones. Todos los Domitrian se me quedaron mirando con una evidente cara de asombro: antigua amante de Tyrus y una intrusa. Percibí de forma vaga la presencia de los robots de seguridad que zumbaban hacia mí, la única guardia que allí se alarmó con mi presencia.

—¿Sidonia? —dijo Tyrus. Me miró fijamente una sola vez y se puso en pie de golpe—. Sidonia,

¿qué pasa?

¡Qué actor tan inteligente era! Me ardía en los ojos la imagen del rostro moribundo de Sidonia, y me limité a mirar a Tyrus desde una distancia que ahora parecía inconmensurable.

Había creído sinceramente que podría orquestar la muerte de Sidonia y que yo no vería su mano en ella. Por supuesto que lo había creído. De no haber venido Cygna, si no me lo hubiera dicho ella, jamás habría valorado la posibilidad de que fuese obra de Tyrus.

Ahora que tal posibilidad se había sugerido, sin embargo, era la única que tenía sentido.

Escogerás su vida antes que la tuya. Yo, sin embargo, no escojo su vida antes que la tuya.

Era algo que haría un diabólico: asesinar a un inocente por el bien de la persona a la que más amaba. Podía entenderlo, porque yo lo habría hecho,

pero jamás lo perdonaría.

Conocía bien mi papel como diabólica de Sidonia: vengar aquella horrible traición. Arrancarle el corazón tal y como él me había arrancado a mí el mío. Descuartizarlo. Se me nubló la visión por no pestañear, y tuve que apartar la mirada, porque ni siquiera entonces podía matar a Tyrus. Cygna me podía haber despejado el camino, pero yo no era su arma. Ni siquiera era la mía propia.

Alguien había tramado el asesinato de Donia, y la vengaría, pero iba a actuar tal y como lo haría el propio Tyrus: de manera indirecta. Me tiré al suelo, a gatas, postrada ante la autoridad del emperador.

—Debo hacerlos una confesión.

—¿Qué es esto? —exigió saber el emperador al tiempo que se ponía en pie.

—Vuestra reverencia suprema, tengo conocimiento de una conspiración contra vos.

Tyrus se puso en tensión, y el emperador levantó la mano cuando sus diabólicos se prepararon para saltar sobre mí. Vi a Cygna con el rabillo del ojo, que cruzaba la puerta y se detenía de forma abrupta al verme en el suelo. Sin duda, esperaba encontrarme ya de pie sobre el cadáver de su nieto.

—¿Una conspiración? —dijo el emperador—. ¿Qué clase de conspiración?

—Reverencia suprema... —trató de intervenir Tyrus.

—Yo no soy Sidonia Impyrean —grité por encima de su voz—. Soy Némesis dan Impyrean, diabólica de la casa Impyrean. He estado conspirando con vuestro sobrino, Tyrus, para quitaros la vida.

—Sidonia... —dijo Tyrus cortante.

—No, no, deja que continúe —dijo el emperador con un resplandor triunfal en la cara. Hizo una

señal a los siervos—. Quitad de en medio a mi sobrina y a su marido. Los

demás nos quedaremos aquí. Lo escucharé todo.

Los siervos se llevaron a los babosos de Sálivar y Devineé. Tyrus hizo ademán de venir a por mí, pero Hazard se interpuso en su camino.

—No... no lo entendéis —dijo Tyrus mirando a su alrededor y sin saber qué decir—. Me parece a

mí... creo que podría haberse vuelto loca. ¡Dejadme hablar con ella!

—Tú también estuviste loco una vez —dijo el emperador arrastrando las palabras—. Y siempre te escuché.

—Sidonia —dijo Tyrus con un tono de voz cada vez más crispado—, por favor...

—¡No pronuncies siquiera ese nombre! —le grité con el corazón en la boca—. ¿Me consideras demasiado estúpida para ver tu mano en lo sucedido? —me sentía como si me estuviera partiendo por la mitad y el dolor me cegase. No podía ver nada, reparar en nada que no fuese el dolor muy dentro de mí—. Sidonia está muerta. ¡Está muerta, y ha sido cosa tuya, lo sé!

—Espera un minuto, ¿está...? —empezó a decir Tyrus.

—Hijo mío —dijo Cygna con frialdad mientras se unía al emperador—, es una acusación extremadamente grave. ¿Quién sabe lo que tiene planeado mi nieto? Antes de que pueda actuar, recomiendo su inmediata ejecución.

Levanté la vista hacia ella. Sí, Cygna esperaba que yo me hubiese ido directa a matarlo. Ahora se le veía el rostro cargado de tensión, porque yo no lo había hecho. No era su instrumento, y no había ido hasta allí para hacerle el juego.

—Y, vuestra reverencia suprema —dije—, la noble Cygna también es uno de los conspiradores.

Cygna se sobresaltó.

—¡Es absurdo!

—Ha estado metida en ello desde el principio —dije con voz suave. *Dos pájaros de un tiro.*

—¡Miente! —gritó Cygna. Blanca como la pared, se volvió de golpe hacia el emperador, pero la

reacción de su hijo no sirvió para reconfortarla. Ahora lucía una desafortada expresión de agrado: todos sus sueños se habían hecho realidad de un plumazo.

Cygna se apartó de aquella sonrisa y levantó las manos como si fuera a protegerse de un golpe inminente.

—Hijo mío... ¿no puedes dar crédito a esto! Después de todo lo que he sacrificado por ti, ¿acaso te traicionaría?

Tyrus se rio de nuevo, un sonido extraño y somnoliento. Parecía haber renunciado a salir de aquello a base de mentiras.

—Abuela, es inútil negarlo —la miró con un repentino brillo expectante en los ojos—. Nos han descubierto. Todos nuestros planes se han malogrado.

Cygna emitió un sonido entrecortado.

—Pero ¿por qué...?

Tyrus sonrió con una mirada gélida, y supe lo que estaba haciendo. Mi acusación había vinculado de manera precisa el destino de Cygna al suyo, fuera el que fuese. Él no caería sin ver que ella seguía el mismo camino.

—Hazard, prende a mi sobrino —ordenó el emperador sin apartar la intensa mirada de la noble Cygna—. En cuanto a ti, madre... Voy a aceptar tu recomendación. *Tú* podrías actuar antes de que pudiese impedírtelo. No hay motivo para dejarte salir de esta habitación.

Cygna soltó un grito ahogado.

—Randevald, ¿qué estás diciendo?

El emperador le enseñó los dientes.

—Si te dejamos a tu aire, sin duda encontrarás la manera de escabullirte de la condena. No, no te voy a dar la oportunidad de conspirar con tus aliados. Morirás aquí, ahora, por este ignominioso intento contra la vida de tu propio hijo. Y, una vez hayas muerto, Tyrus se verá persuadido para atestiguar públicamente tu culpabilidad... y todo lo demás que se me antoje. ¿Anguish? —le dijo a su diabólico—. Mátala.

Anguish y Hazard no se movieron.

El emperador apartó la mirada de Cygna. Tyrus, con el ceño fruncido, también miró hacia allá.

—¡Anguish! —se inclinó el emperador—. ¡He dicho que mates a mi madre!

Desde donde yo me encontraba arrodillada, abatida y vacía, vi que Anguish lanzaba una mirada hacia Cygna. Y en aquella mirada... había una consulta.

Los ojos de color azul intenso de Hazard también se desplazaron sobre Cygna.

Ninguno de los dos obedeció al emperador.

Contuve el aliento. Vaya... Hazard y Anguish estaban mirando a *Cygna* a la espera de recibir instrucciones.

No eran los diabólicos del emperador.

Eran de *ella*.

Eran de ella tal y como ya lo eran el día en que hablé con el emperador y traté de lanzar una sombra de sospecha sobre Cygna. Anguish me había sacado a la fuerza de la sala, y Hazard había contenido a Randevald... por el bien de Cygna.

La abuela ya sabía que Tyrus y yo estábamos conspirando contra ella.

El rostro de Cygna se retorció ahora de indignación.

—Randevald, ¿cómo te atreves a dudar de mí? Te escogí a ti por encima de mis demás hijos...

siempre te escogí a ti. Y hoy, a pesar de tu perfidia, te había vuelto a escoger, esta vez sobre mi nieto, un muchacho cuya inteligencia superaba la tuya ya desde la cuna. Pensaba servírtelo en bandeja, ¿y qué haces tú? Te vuelves contra mí. Y yo, todos estos años, descuidando incluso mi propia seguridad al ordenar a mis diabólicos que te protegieran a ti en vez de a mí. Oh, querido mío —hizo una pausa con una sonrisa de suficiencia mientras al emperador se le caía la cara al comprenderlo—. Cierto, nunca te lo dije. Su vínculo jamás fue contigo, Randevald. Son *míos*. Pero, a pesar de todos mis sacrificios, ¿cuál es mi recompensa? —abrió las manos—. ¡Que tú ordenes mi muerte! Veo que hemos llegado a un punto final. Hazard, Anguish, deshaceos de este traidor.

Hazard se lanzó contra el emperador y, en un movimiento, lo agarró y lo barrió al suelo. Anguish saltó para machacar el robot de seguridad más cercano, esquivó los rayos de los otros robots y, acto seguido, acabó con ellos.

El emperador bramó de asombro al verse en el suelo, a merced de sus propios diabólicos. Tyrus

retrocedió a trompicones para apartarse de aquel caos. Me levanté de inmediato y me moví hacia él...

¿para hacer qué? No lo sabía. ¿Para protegerle, para hacerle daño?

No llegué muy lejos.

La mirada de Tyrus se volvió hacia mí, su rostro mostraba una expresión de alarma. Hizo un gesto con el dedo.

De pronto, una corriente eléctrica me estaba dando pinchazos de pies a cabeza y me tiró al suelo.

Me golpeé al caer, me vibraron todas las células del cuerpo y me quedé allí abatida, aturdida. Los electrodos.

Él me dijo que se habían disuelto, pero jamás lo hicieron. Siempre estuvieron ahí.

Él *nunca* confió en mí.

Ya me había imaginado traicionada antes, pero ahora, al boquear sin llegar a pronunciar palabra, conocí el verdadero sufrimiento de la traición. Me quemaba como un fuego en los tendones, implacable.

Instantes, o varios minutos más tarde, conseguí volver la cabeza y contemplar la escena. El emperador miraba boquiabierto a su madre, la mujer a la que no había llegado jamás a entender hasta aquel preciso momento. A continuación, con un feo crujido, Hazard le partió el cuello.

Randevald se derrumbó, muerto.

Se hizo un silencio denso y penetrante en el salón. Cygna me señaló entonces a mí. Al segundo tenía encima a Hazard y a Anguish, me sujetaban los brazos y me levantaban a pulso entre los dos. No me resistí. ¿Qué batalla podía haber plantado? Si me resistía, Tyrus volvería a activar los electrodos.

Me quedé mirando cómo Cygna se aproximaba a Tyrus.

Los dos Domitrian de ojos claros se estudiaron el uno al otro como dos enemigos ante un campo

de batalla devastado.

—Bien —dijo Cygna—. Ese era tu plan con tanta charla sobre alianzas. Ibas a traicionarme ante mi propio hijo.

—Sí —respondió Tyrus con frialdad—. Aunque parece que tú has actuado primero.

—Por supuesto que lo he hecho. Siempre iré un paso por delante de ti. Sospechaba que me estabas preparando una trampa, así que he hecho saltar el resorte de la mía antes que tú. Cualquiera diría que tu diabólica sin vínculo te quiere. Pensé que te mataría. Tenía todos los motivos del mundo. Y aun así no ha podido.

—Te has perdido lo que acaba de suceder —al mirarme, el rastro de una emoción se le cruzó a Tyrus por el semblante. Un verdadero dolor.

Me llevé la mano al cuello y palpé el lugar donde debían de estar metidos los electrodos.

—Y aquí estamos ahora, en un punto muerto —dijo Cygna—. Pues, como ves, Randevald está muerto, y nos vemos en la necesidad de nombrar a un emperador. No puedo ocupar el trono yo misma, así que necesito que lo haga alguien que pertenezca al linaje.

Tyrus miró a la pareja de diabólicos de Cygna, preparados para cruzar la sala y matarlo en un suspiro.

—Has sido inteligente al tratar de matarme, Tyrus —le dijo su abuela—, porque estabas en lo cierto. Yo soy la más digna de gobernar en esta familia. Lo hice a través de tu abuelo y, durante años, también lo he hecho a través de mi hijo. Y, ahora, o bien lo hago a través de ti o bien morirás aquí mismo y el imperio se tendrá que contentar con una imbécil babosa en el trono más elevado...

Preferiría que fueras tú. Surgirían demasiados problemas si colocase a Devineé ahora en el trono, con toda la grandilocuencia hablando de sus daños cerebrales, pero nadie disputaría tus pretensiones.

Tyrus se echó a reír.

—¿Y cómo vamos a poder aliarnos ahora? Quería verte muerta. Mi tío no habría tardado en seguir

tus pasos. Bien lo sabes.

—Ah, pero también sé lo inteligente que eres. Lo bastante como para tenerme miedo.

Observaba con una mirada vacía a la mujer que había matado a sus padres, que había matado a gran parte de su propia familia.

—Sí.

Cyigna elevó el mentón.

—Esa diabólica rebelde de los Impyrean ha matado hoy a nuestro amado emperador. Todo el mundo lo sabrá.

Tyrus respiró hondo.

—¿No será así? —dijo Cyigna con voz dura. Los diabólicos a mi lado se movieron amenazadores,

y Tyrus los miró con desconfianza.

Tragó saliva y dijo:

—Como tú digas, abuela.

—Y tu diabólica será el fuego sacrificial de tu coronación. Un fuego sacrificial en el más puro sentido helionista.

Tyrus cerró los puños con fuerza.

—¿El amor o el poder, Tyrus? —entonó Cyigna con voz suave—. Yo sé cuál ha sido mi elección

una y otra vez, y solo hay una elección posible para quien se precia de ser mi nieto.

En ese momento, lenta y dolorosamente, Tyrus se arrodilló ante ella, observándola con su mirada calculadora.

—Será como tú desees, abuela.

La mujer sonrió como un enorme gato satisfecho cuando su nieto se llevó sus nudillos a la mejilla.

—Salve al emperador —dijo Cyigna.

Sus posiciones estaban totalmente invertidas, el nuevo emperador de rodillas y su traicionera abuela sobre él, observándose ambos con los mismos ojos,

cínicos y vigilantes, carentes por completo de amor y de confianza. Habían tratado de matarse el uno al otro —y habían fracasado—

utilizando a Randevald, y tan solo habían conseguido acabar con este. Ahora, esta indigna alianza seguiría adelante, y así sería siempre el reinado de Tyrus. Ninguno de sus elevados ideales ni sus grandes planes cobraría forma bajo el puño de hierro de Cygna, pues ella era el verdadero poder.

Yo observaba aquello con un vacío en el corazón, notando aún de forma nítida los electrodos en el cuello, prueba de que mi alianza con Tyrus había sido siempre una mentira. Lo único que lamentaba era no haber visto su verdadera naturaleza de Domitrian a tiempo para salvar a Sidonia.

49

De nuevo me desperté en los corrales. O eso creí hasta que oí el zumbido del campo de fuerza que me rodeaba y vi las brillantes luces que me iluminaban desde lo alto.

Me incorporé despacio. Tyrus se encontraba de pie al otro lado del campo de fuerza, con los brazos cruzados. Había estado esperando a que me despertase.

Me escocía el cuello. Me llevé la mano enseguida al dolor y palpé una incisión curada. Adopté un aire despectivo. ¡Como si extraerme los electrodos *ahora* significase algo!

—Me costaba mucho confiar en ti al principio —dijo Tyrus en voz baja—. Después no tuve el valor de decírtelo, cuando deseé que, en efecto, se hubieran disuelto.

—Y entonces volviste a utilizarlos.

—Me habrías matado.

—Y lo haré —me levanté de golpe, vibrando de ira—. Te odio con todo mi ser.

Tyrus me devolvía la mirada sin alterarse, sin conmoverse, inalcanzable.

—Sé lo que piensas de mí. Ya sé lo que le pasó a Sidonia. He visto los cuerpos en la villa de Elantra. La familia Patus clama justicia a gritos. La abuela ha ordenado que sean desterrados a su sistema para evitar que cometan cualquier imprudencia.

—Tú ya sabías que estaban muertas antes de eso —le solté—. ¡Tú lo tramaste!

Tyrus suspiró, se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el campo de fuerza que nos separaba.

—Némesis —me dijo, y percibí la fatiga en su voz, la aspereza, y me armé de valor, porque él ya no significaba *nada* para mí—. Te lo juro. Fue la abuela, no yo. *Piensa*. Quería volvernos al uno contra el otro, así que te metió en la cabeza la semilla de la duda. Ella esperaba que tú me mataras.

¿Quién si no...?

—Si no lo planeaste tú, ¿por qué le pediste a Elantra que me utilizase a mí para la unción?

—No lo hice.

—¡Tú le contaste a Elantra todo sobre la conspiración para matar al emperador! ¡Y sobre los medios!

Se irguió y encajó la mandíbula.

—Yo no le conté *nada*. No tenía ningún plan para matar a Randevald, todavía no. Pretendía seguir adelante con nuestro plan: delatar los acercamientos de Cygna en busca de una alianza para poder librarme de mi abuela primero. La mayor amenaza siempre fue *ella*, no Randevald.

—Así que no tenías ningún deseo de ver muerta a Sidonia, ¿no? Tú mismo dijiste que yo escogería la vida de ella antes que la mía, pero que *tú* no escogerías su vida antes que la mía. Querías romper mi vínculo con ella.

Soltó un suspiro entre dientes.

Cerré los ojos.

—Su muerte es el fin de *todo* para mí. Jamás me recuperaré. Hubiera sido mejor morir con ella.

—Por supuesto que te recuperarás —dijo Tyrus con dureza—. Ya has sobrevivido a esto antes.

—No sospechaba de ti entonces.

Golpeó con la palma de la mano contra el campo de fuerza.

—Te *quiero* —me dijo con furia—. Némesis, tú eres la única verdad de toda mi existencia. Yo jamás te haría daño así.

—¡Pero sí me vas a sacrificar! —le grité—. ¡Accediste a ello en cuanto Cygna mencionó que era su deseo! Y tampoco tuviste el menor de los problemas a la hora de electrocutarme con tal de protegerte. ¿Por qué iba yo a creer *nada* de lo que tú me digas? Juraste tu amor por mí y lo tiraste por la ventana sin miramientos. ¿Por qué no debería creer que tú mataste a Donia, si era lo que te venía bien? «Los Domitrian no somos muy dados a compartir». Tú mismo lo dijiste.

—Soy humano. ¿Estaba celoso de tu vínculo con ella? Sí. ¿Esperaba que me escogieses a mí antes

que a ella? ¡Sí, lo esperaba! ¡Pero yo no la maté! La abuela sabía que íbamos contra ella. Lo supo en el instante en que tú hablaste con mi tío delante de los diabólicos. Así que ella actuó primero. Eso es lo que *debes* creer.

Me llevé las manos a la cara con tal de no verle, porque, de pronto, no lo podía soportar: aquel a quien había amado, el que me había destrozado. Tantas sensaciones, tantas maravillas se habían abierto ante mí en aquellos últimos meses, y ahora habían quedado reducidas a cenizas en mi corazón, porque todas ellas habían sido pasos que conducían a la traición de Tyrus. Daba igual lo que él dijese, lo que hubiera planeado, aún pretendía matarme. No podía creerme nada que saliera de sus labios, consciente de que yo sería el sacrificio en el altar de su poder.

—Déjame —le dije, y sentí mi propia voz muy distante—. Vete. No puedo ni mirarte.

Guardó silencio un largo rato y dijo después con la voz tensa:

—No te impondré mi presencia, Némesis. Me mantendré apartado. De todas formas, sería más seguro para ti.

Me alejé de él; el dolor me estaba abriendo en canal. ¡Cómo se atrevía a hablar de mi seguridad, cuando planeaba matarme en su coronación!

—La ceremonia será dentro de un mes —dijo Tyrus distante—. Hasta entonces, me encargaré de

que te tengan tan cómoda como sea posible. No temas por ti. Planificaré nuestra...

Mi voz sonó como un bramido.

—No quiero nada de ti.

—Némesis...

Había un verdadero dolor en aquella palabra, pero Tyrus no dijo nada más, se limitó a dejarla allí suspendida, en el denso silencio.

—Sidonia te quería —prosiguió entonces—. Yo lo vi con mis propios ojos. Ella habría dado su vida por ti.

—Eso no justifica su asesinato.

—No es una justificación. Es un ruego, Némesis... El ruego de que hagas lo que mejor se te da.

Sobrevivir.

Acto seguido, Tyrus, el futuro emperador, me dejó a solas en los establos de los animales, el único lugar del Crisantemo capaz de retener a una diabólica.

El tiempo pasaba muy despacio en los establos, rodeada de animales. Bajaban del techo la comida y el agua: buenos alimentos, mejores que lo que correspondería a cualquier prisionero. Sonaba una voz sintética y me preguntaba si quería darme una ducha, y a continuación, si así lo pedía, el agua me caía encima desde lo alto. Una ranura en el suelo servía de desagüe, y otra de lavabo. Cuando los sensores detectaban mi cansancio, un lujoso cojín salía del suelo. Nunca dormía en él. Prefería la dureza del

terreno. Por las noches soñaba con Sidonia y con Mortífero. Y, para mi horror y mi odio hacia mí misma, también soñaba con Tyrus.

Soñaba que me acariciaba, y me despertaba con un profundo desprecio hacia mi propio corazón por traicionarme de ese modo.

En un momento dado, Tyrus envió a unos asistentes para tratar de llevarme algunas comodidades,

pero les dejé muy claro que mataría al primero que se me acercase.

No tenía la menor intención de deleitarme con lujos, por pequeños que fueran. No merecía ninguno. Había fallado a Sidonia, y había amado a la persona que podría haberla asesinado. No deseaba más que pasar los días restantes hasta mi sacrificio en la coronación de Tyrus sin sentir ni pensar. No había nada más para mí ya. Esta vez no había una venganza que me moviese, no cuando

era a Tyrus a quien tenía que destruir. Deseaba odiarle, pero me sentía vacía por dentro.

Daba la impresión de que a Tyrus le parecía un insulto volver a visitarme. Se mantuvo apartado. Su asistente, Shaezar nan Domitrian, sí vino a informarme de la inminente ceremonia... y de mi inminente muerte.

—¿La aguarda Tyrus con expectación? —dije con frialdad.

—Pues... no sabría. El nuevo emperador se ha prodigado poco. Muy ocupado, creo yo, con los preparativos. ¿Hay algo que te pueda traer para que pases tu último día? —me preguntó y se apartó cauteloso del campo de fuerza

ahora que sabía qué tipo de criatura era yo.

Con toda probabilidad, Cygna habría seguido adelante con su plan de correr la voz de que yo había asesinado al emperador, así que no dudaba de que Shaezar me temiese ahora y se preguntase por la insistencia de Tyrus en mi bienestar.

—No quiero nada —le dije, pero lo reconsideraré—. En realidad, sí. Quiero que me traigas algo.

Un robot de belleza era una extraña petición viniendo de una diabólica asesina, estaba segura. Sin embargo, no tenía ninguna intención retorcida. Programé la máquina para que me despojase de todo el camuflaje que llevaba encima desde que salí de la fortaleza de los Impyrean. Una hora más tarde no tenía ya el pelo teñido, sino que era la criatura de pelo rubio blanquecino y piel pálida que era cuando entré en la vida de Donia. Salvo por mi tamaño aún reducido y la nariz dañada, parecía la hermana gemela de la difunta Enmity.

No dormí demasiado. La mantícora del difunto emperador Randevald estaba a unos pocos rediles

de distancia del mío, y me sorprendí observando a aquella pobre criatura abandonada, lánguida ahora que carecía de un dueño que la sacara a la arena para sus sangrientos espectáculos. Más allá estaban las demás monstruosidades, todas como yo, todas creadas para el divertimento del ser humano.

Estaría encantada de dejar esta vida.

El día de la coronación, los cuidadores que entraron en tropel para recogerme eran empleados de los Domitrian. Tyrus no se atrevía a enviar a unos siervos a los que pudiera engañar, o a unos robot de seguridad que no pudiesen hacer otra cosa más que matarme. Estos llevaban armas de energía, preparadas para sacudirme si me negaba a moverme por mi propio pie. Tenía que sobrevivir hasta

que me sacrificaran.

Me levanté y estiré las rígidas piernas, y aguardé mientras ellos rodeaban mi establo sin dejar de apuntarme.

—Nos acompañarás a la Gran Heliosfera —dijo uno de ellos, un joven empleado de aspecto temeroso cuya cabeza relucía a la luz con el emblema de los seis soles de los Domitrian muy destacado y reciente en la calva.

Les ofrecí los brazos, pero ninguno de ellos se movió para esposarme. Aquello fue una sorpresa.

Comencé a caminar en aquella dirección que me resultaba conocida, y todos los empleados se

mantuvieron a una prudente distancia de mí.

Sabía lo sencillo que sería saltar y hacerme con una de sus armas, volverla hacia los demás. No lo hice.

Fue cuando el escandaloso ruido comenzó a aumentar en mis oídos, el jaleo de los asistentes en la Gran Heliosfera que se preparaban para la coronación del nuevo emperador: entonces me invadió la sensación de tener una meta.

Poco podía hacer para herir a Tyrus, pero sí podría hacer otra cosa: morir con pasividad en sus poco dispuestas manos. Ese era el golpe más cruel que podía asestarle, y el único armamento que me quedaba en el arsenal.

Así que moriría, no me resistiría, y Tyrus podría vivir con ello hasta el final de su reinado.

50

El inmenso y elegante gentío que había dentro de la Gran Heliosfera se apartó. Todos llevaban el pelo en forma de aureolas chispeantes, iban vestidos con prendas de un material brillante con implantaciones luminosas. Se habían estarcido el rostro con el emblema de los seis soles de los Domitrian. Me llevaron entre ellos hacia el vicario.

Tyrus se encontraba de pie en un estrado sobre la multitud, con el pelo largo y en forma de una corona de luz alrededor de la cabeza como correspondía a

un nuevo emperador, con el aspecto del líder del imperio galáctico hasta el último de los detalles.

Me quedé mirándolo sin pestañear, al estilo de una diabólica, preparada para morir allí mismo, ante él.

La noble Cygna dio un paso al frente; lucía sus mejores galas.

—¡La asesina de mi hijo, el emperador Randevald, servirá de fuego sacrificial que dé comienzo a esta nueva y gloriosa era de nuestra historia! — levantó la mano para que sus empleados me acercasen más.

No me resistí cuando sus manos me agarraron por detrás, me empujaron hacia delante y me obligaron a arrodillarme. Mis ojos se toparon con los diabólicos de Cygna, Hazard y Anguish, de pie junto a la ventana. Permanecían muy cerca del hueco en la pared donde se encontraba el pequeño contenedor, del tamaño de un ataúd, que sería mi última morada, preparados para meterme en él a la fuerza si es que me resistía. Desde mi posición podía ver que estaba hecho de un impoluto cristal transparente. Allí me iban a meter a presión y me lanzarían a la estrella más brillante.

—¿Tiene algo que decir la condenada? —intervino Cygna.

Crucé una mirada con Tyrus y guardé silencio. Parecía una estatua enorme y reluciente, tan elevado sobre mí, tan distante, que me pregunté si alguna vez lo había llegado a tocar, si de verdad había visto su sonrisa. Se me antojaba tan lejano como el vacío del hiperespacio.

—Larga vida al emperador —dijo Cygna, e hizo un gesto a sus diabólicos.

Vinieron a por mí, listos para prenderme camino del último recorrido hacia mi tumba.

En ese instante, Tyrus levantó ambas manos, y la sala guardó silencio. Cygna le lanzó una mirada cortante, y supe que se estaba desviando del procedimiento.

—Abuela —dijo Tyrus sin mirarla—, queridísima madre de mi madre, poderosa raíz de la que tantos de mis familiares brotaron... —se inclinó hacia

ella y la hizo subir a su lado con ambas manos en las de él—. ¿Recuerdas haber jurado una vez ante el Cosmos Vivo que te lanzarías a una estrella el día en que yo ascendiese al trono?

Cyigna se quedó mirándolo un segundo; a continuación, una sonrisa le curvó los labios.

—Las cosas eran muy distintas entonces, vuestra supremacía.

—Sí, sí —Tyrus se llevó a las mejillas los nudillos de su abuela y le sostuvo la mirada con aquellos maquinadores ojos de pestañas claras—, pero tampoco debemos ofender al divino Cosmos

desdeñando nuestros juramentos.

Sentía cómo se me subía la sangre a las orejas. Vi cómo palidecía la cara de Cyigna.

—Sin duda estás bromeando —dijo ella con una voz fría como el hielo.

En ese mismo momento, Hazard y Anguish se percataron de que Tyrus hablaba en serio. Me soltaron los brazos de golpe y se abalanzaron...

—Ahora —dijo Tyrus, que aún miraba fijamente al rostro de su abuela.

Los empleados que habían venido a buscarme con armas de energía las apuntaron hacia Hazard y

Anguish y dispararon. Los dos diabólicos gritaron, pero siguieron cargando, luchando contra las corrientes luminosas. Sus cuerpos impactaron contra los empleados que trataban de detenerlos y los envolvieron también en aquella luz, pero estos continuaban saliéndoles al paso con una devoción que ningún excedente había mostrado jamás ante la grandilocuencia.

Segundos después, Hazard y Anguish estaban en el suelo, y sus cuerpos vibraban con aquellas columnas brillantes de electricidad, con empleados esparcidos por todas partes, muertos por aquellas mismas corrientes que tan solo habían dejado fuera de combate a los diabólicos. A mi alrededor aumentaban los gritos y chillidos, y me di la vuelta para ver el revuelo de

movimiento que había en el gentío. Más empleados cargaban contra la grandilocuencia armados con porras contundentes y los tiraban al suelo. Algunos de los atacantes eran grandílocuos, las elegantes élites del reino que desvelaban sus armas ocultas y derribaban a una serie de objetivos, claramente elegidos de antemano, a base de golpes en la parte posterior de la cabeza o disparando con armas de energía. No obstante, los agresores eran en su mayoría miembros del excedente. Vi entonces una cara conocida que llevaba en la cabeza un tatuaje reciente con el emblema de los Domitrian, y el corazón me dio un vuelco.

Era el padre de Neveni, que estaba derribando al senador Von Farth y lo inmovilizaba contra el suelo. Miré a su lado y vi a una mujer a la que también reconocí como una luminaria y que se ocupaba del senador Von Canternella.

Luminarios. ¿Qué estaban haciendo aquí los luminarios, haciéndose pasar por empleados de los Domitrian?

Tyrus lo observaba todo desde su estrado por encima de la sala mientras Cygna chillaba y gritaba pidiendo que aquello parase. Los empleados lo ocuparon todo en tropel y atendieron a los que Hazard y Anguish habían dejado maltrechos. Otros se apresuraron a atar de pies y manos a los diabólicos inconscientes.

Nadie me puso a mí la mano encima.

Un instante después, aquella actividad frenética y tan meticulosamente planeada se había acabado, y la mitad de la sala de los más grandes nombres del imperio yacía en el suelo a los pies de la otra mitad. Por encima de ellos destacaban algunos grandílocuos conocidos: Rothesay, Amador, Wallstrom, los herederos supervivientes de la facción del senador Von Impyrean. Los demás que quedaban de pie, jadeando con intensidad por el esfuerzo y con una expresión resplandeciente y triunfal en el rostro, eran los luminarios que se habían hecho pasar por empleados.

Tyrus debía de haberlos metido allí a escondidas para su ataque.

Distendida ya y sin resistirse a causa del asombro, Cygna permitió que Tyrus le volviese a tomar las manos. La expresión del propio Tyrus no era tanto

triumfal como de agotamiento: alguien que acababa de mostrarse más hábil que su eterna enemiga, pero no se vanagloriaba de ello en absoluto.

—Abuela —dijo en una tenue voz—, tú mataste a mi madre. A mi padre. A mi hermana. A mis primos. A mis tíos. A mis tías. Y, sí... al difunto emperador, tu amado hijo —Tyrus alargó la mano y le acarició la mejilla, como si se estuviese maravillando ante una obra de arte—. ¿De verdad creíste que te iba a permitir gobernar a través de mí, como una víbora a la espera de soltar su picadura si yo desobedecía?

—Debería haberte dejado morir en el espacio —suspiró Cygna.

—Pero no lo hiciste, porque te estabas planteando la posibilidad de traicionar a mi tío. Después trataste de acabar conmigo, en lugar de él... y aquí estamos, en los instantes previos a tu propio sacrificio de fuego.

Alcé la mirada y salí de mi estupor para ver el pánico en el rostro de aquella mujer que jamás había temido a nada.

Cygna descendió del estrado dando tumbos, arrastrando los pies para apartarse de él, y lanzó una mirada apremiante a su alrededor para ver a sus diabólicos y sus partidarios inconscientes a los pies de los aliados de Tyrus. Su nieto había organizado aquel golpe en las semanas que habían transcurrido desde que ella tomase partido por él contra su propio hijo.

—Lamento haber profanado uno de nuestros lugares más sagrados con toda esta violencia —le dijo Tyrus—, pero tenía que atacar en el único sitio donde tú jamás te lo esperarías.

—¡Te has aliado con el excedente en contra de la grandilocuencia! —exclamó Cygna horrorizada

al observar la estancia, como si estuviera contemplando una abominación.

—Me he aliado con quienes buscan el progreso contra los que imponen el estancamiento —dijo Tyrus con sencillez—. Me he aliado con quienes están dispuestos a luchar por un futuro en lugar de resignarse a la aniquilación. Y, ahora, te daré una oportunidad. Irás a la muerte de igual modo, pero tendrás

la ocasión de arrepentirte.

—¿Arrepentirme? —sonó la voz de Cygna como un latigazo.

—Soy el heredero imperial de la familia Domitrian. Sé que te preocupas por nuestro linaje y por este imperio, así que haz una confesión por el bien de esta familia antes de dirigirte hacia tu muerte.

—¿Deseas que te haga la vida más fácil antes de que tú me mates? —le dijo ella con tono ácido.

—Sí.

—¿Y qué recibiré yo a cambio? ¿Viviré?

—Ambos sabemos que eso ya no es posible.

Cygna abrió los labios como si quisiera reírse ante la audacia de su nieto, pero entonces lo difícil de su situación pareció calar en ella. Se le ensombreció el rostro en cierta medida.

—Podré decidir si duermo durante el viaje que me espera. Me darás un sedante inyectable para que yo me lo administre a voluntad. Algo de efecto rápido.

—Una petición bastante sencilla. Gracias, abuela, por pedirme algo razonable que te pueda dar.

Ahora, tu parte del trato... —le hizo un gesto para que volviese a subir al estrado.

Cygna entornó los ojos. Subió tensa los escalones y se dio la vuelta hacia el gentío con el aspecto de estar dividida entre una dignidad feroz e inflexible y la necesidad de gritar pidiendo ayuda, presa del pánico.

—Yo maté a Randevald. El... —se le quebró la voz un instante, como si hasta la propia Cygna con

su dureza de corazón tuviera que contener las lágrimas—. El único fruto de

mi seno y el más amado de todos mis hijos. Esto me atormenta, y seguirá haciéndolo hasta que el vacío de la muerte me reclame. He matado a muchos otros miembros de mi familia, pero solo lo he hecho por el bien del imperio, y no me arrepiento de nada.

Tyrus le puso la mano en el hombro con una expresión dura y decidida en el rostro.

—¿Y qué más?

Los labios de Cygna temblaron al abrirse y cerrarse. Aquello no se lo esperaba.

—¿Qué... más?

Tyrus la miró a los ojos como si le estuviese enviando un mensaje en silencio. Acto seguido inclinó la cabeza hacia mí.

Se curvó la comisura de los labios de Cygna, con la gélida expresión de estar sopesando la idea de

aquel sedante. Luego me miró a los ojos sin abandonar aquella extraña sonrisa.

—Si esta es la carga que deseas llevar sobre tus hombros, Tyrus, no seré yo quien te lo impida. Te estás lanzando a tu propia destrucción al tratar de ganarte a estos excedentes, así que, por qué no llevarlo un paso más allá y unirte con una abominación contra natura. Némesis dan Impyrean, fui yo quien orquestó la muerte de tu ama Sidonia.

Ella. *Ella*. Fue como si me quitasen el mundo bajo los pies, me sentí incapaz de respirar.

—Mis diabólicos sacaron a la luz vuestra conspiración contra mí, así que fui yo quien instó a la niña de los Pasus para que lo hiciese, y le sugerí que la unción podría ser una maravillosa oportunidad de llevarlo a cabo. Yo le di las instrucciones precisas sobre lo que tenía que decir para dirigir tus sospechas hacia mi nieto. Esa niña boba ni siquiera entendió por qué deseaba que te dijera tales cosas cuando estaba a punto de matarte, pero lo hizo de todas

formas, y jamás se percató de que estaba cavando su propia tumba. Dado que quería a Tyrus muerto, ella no me servía para nada —su dura mirada se volvió hacia Tyrus—. Confío en que esta confesión te complacerá, ¿no es así?

Un zumbido me inundó los oídos. Me sentí mareada, apenas capaz de concentrarme en la voz de

Tyrus:

—Te agradezco tu honestidad —dijo él—. ¿Deseas que te administren ya el sedante?

—Iré a mi muerte por mi propio pie.

—Lo comprendo —había respeto en el rostro de Tyrus. La sujetó por los hombros y le dio un beso

en la frente—. Gracias, abuela, por todo lo que me has enseñado.

Dicho aquello, Cygna elevó la barbilla y lanzó una última mirada a la heliosfera: a sus diabólicos inconscientes, sus implacables enemigos allí reunidos, y a mí, la criatura para la cual Cygna tenía pensada la muerte con la que ella misma estaba a punto de encontrarse.

—Veo, Tyrus, que de verdad eres el más astuto de los Domitrian —dijo en uso de sus últimas palabras, tal y como le correspondía—. En estas últimas semanas, tenía la profunda convicción de que estábamos trabajando juntos, de que quizá tú fueras el heredero que crease un imperio de mayor grandeza a mi lado. Sin embargo, estabas tramando mi muerte. Pobres de todos vosotros, pues ahora os gobierna un demonio muy listo. El amanecer de su reinado asiste a este sagrado lugar sembrado de víctimas de su traición. Muy apropiado para el más pernicioso de todos mis descendientes.

Vosotros os habéis buscado vuestro propio destino —cayó su voz en un susurro que tan solo yo pude oír—. Igual que yo.

Su cuerpo se sacudió con tal violencia que lo pude ver incluso debajo de su atuendo ceremonial, y el sedante casi se le cayó de la mano cuando uno de

los doctores Nan Domitrian se aproximó y se lo ofreció sobre un cojín. Cygna se lo guardó en un bolsillo. Enderezó los hombros y desfiló hacia su tumba de cristal, agachó la cabeza para entrar en el espacio cerrado y se irguió mientras la tapa de cristal transparente se cerraba a su espalda.

Mientras todos mirábamos, la tumba de Cygna se desprendió de la heliosfera y salió disparada en la oscuridad, camino de la estrella más brillante de aquel sistema solar. Si llegaba hasta la estrella y ardía, era un buen augurio para el reinado del emperador Tyrus von Domitrian. Si la destruían antes las fuerzas gravitacionales del sistema, de todas formas se haría correr la mentira de que había alcanzado la estrella.

Me daba vueltas la cabeza, me habían arrebatado por entero la certeza de mi inminente muerte, y las palabras de Cygna me llenaban el pensamiento, me infectaban de dudas, porque estaba absolutamente desesperada por creérmelas. Quería creer que una de las dos personas a las que amaba en aquel universo no había matado a la otra.

Pero si Cygna lo había dicho con el único objetivo de conseguir el sedante, si había mentido...

Una vez Tyrus me dijo que una mentira edulcorada se traga con mayor facilidad. Si esto era mentira, era tan deseable que estaba desesperada por creérmela.

Tyrus descendió de su estrado, y estaba resplandeciente como el mismísimo sol con su aureola de pelo al estilo ceremonial de los helionistas, su centelleante chaqueta dorada de ceremonia. Sin embargo, en aquel rostro que podía parecer absolutamente despiadado había una ternura, una necesidad.

—Némesis, ¿has escuchado lo que ha dicho? —me dijo.

Levanté la mirada hacia él, con mucha cautela, con la asfixia de la incertidumbre.

—¿Cómo iba a pasarlo por alto?

—Deja entonces que tu corazón te diga la verdad. Sé que tienes corazón. Yo

también lo tengo.

Siempre te he querido —dijo Tyrus, y, por la manera en que me estaba mirando, supe que se había olvidado de la presencia de todos los demás en la Gran Heliosfera. Yo era lo único que podía ver, exactamente igual que yo no podía apartar los ojos de él—. Te quiero a mi lado. Quiero que gobiernes conmigo la galaxia.

Tartamudeé al hablar.

—Jura... Júrame que no tuviste nada que ver con la muerte de Donia.

Se llevó las manos al corazón.

—Por mi imperio, te lo juro.

Aun así vacilé. El rostro de Sidonia se me aparecía en fogonazos ante la vista, rogándome que tuviese cuidado. Pero enseguida vino detrás la tentación de levantarme, de tomar la mano de Tyrus. Él era todo cuanto aún quería, aunque no podía deshonorar la memoria de Donia...

No obstante, ella deseaba mi felicidad.

Me inundó aquel pensamiento, y tragué saliva con fuerza. Pensé en su alegría cuando yo descubrí los sentimientos, cuando encontré el amor.

—Si alguna vez descubro que esta no es la verdad —le advertí en voz tenue—, seré implacable.

Sonrió.

—Y yo no espero nada menos de ti, amor mío. Ahora, toma mi mano.

Si él era su asesino, tendría toda una vida para descubrirlo. Podría vengar a Sidonia mañana mismo si me enteraba de que había sido él. Podría vengarla dentro de diez años si fuese entonces cuando lo descubriese, y habría tenido diez maravillosos años antes de eso. Siempre lloraría a Sidonia, pero había sobrevivido a su pérdida una vez, y podría volver a hacerlo.

Alcé los ojos hacia el nuevo emperador, a aquella figura que se elevaba sobre mí como un sol cegador que me ofrecía uno de sus rayos dorados para inundarme en su gloria, pero no era solo el emperador: era Tyrus, el joven que había conspirado conmigo, que había confiado en mí, el mismo que me había explicado lo que era un relámpago y me había besado... Tomé su mano.

Una maravillosa sonrisa le iluminó la cara cuando me hizo subir al estrado con él. Nos elevamos sobre la heliosfera de grandilocuos y de excedentes, y los aliados de Tyrus ya se llevaban a sus opositores: ahora, sus prisioneros. Sentía su mano firme y segura en la mía, y su mirada tenía una intensidad que bastaba para incendiarme. Barrí la sala con la mirada y vi el campo de batalla donde Tyrus por fin se había impuesto con habilidad a Cygna Domitrian.

Esta masacre era lo que había estado pergeñando durante el mes que había transcurrido consolidando su poder como nuevo emperador. Tenía que haberle resultado más sencillo conseguir

aliados como emperador inminente que como el *successor primus* de dudosa reputación. Había estado trabajando con los luminarios y los había colado como si fueran nuevos empleados. Había averiguado quiénes eran los partidarios de Cygna y los había neutralizado a todos de un plumazo. Y

había seguido el juego de mi sacrificio en una muestra de sumisión a Cygna cuando desde un inicio planeaba que ella ocupase mi lugar.

A aquellas alturas no debería sorprenderme encontrarme con que Tyrus pensaba diez pasos por delante de todos los que le rodeaban. Alguien capaz de hacer eso no tenía necesidad de matar a Sidonia Impyrean tan solo para asegurarse mi vida, sin duda.

Tenía la necesidad de creérmelo, así que lo hice. Tomé la determinación. Escogí la verdad que Tyrus me ofrecía y deseé con todas mis fuerzas que jamás tuviese un sabor amargo.

Escoltaron al vicario al interior de la heliosfera para que ungiese a Tyrus con los aceites que correspondían al nuevo emperador, pero cuando este fue a buscar la mano de Tyrus, se la encontró unida a la mía, y Tyrus no me soltaba, allí juntos ante el vicario helionista.

El vicario retrocedió.

—Esta cosa es una diabólica —dijo horrorizado—. No puedo bendecir a una diabólica.

Hice ademán de retirar la mano, pero Tyrus me sujetó con más fuerza sin apartar la mirada del vicario.

—Preferiría mantener vuestros ritos en el Crisantemo. No veo razón para que nuestros objetivos

sean opuestos, pero si no la ungís a ella, no me ungiréis a mí. Némesis será mi emperatriz.

—Esto es una abominación que va en contra del Cosmos Vivo. Ningún emperador puede

prescindir de su unción, ¡y yo *no* bendeciré a una diabólica!

Tyrus se limitó a sonreír.

—Mirad a vuestro alrededor, vicario. Estamos en una nueva era. Y, si es necesario, os quedaréis atrás.

Dicho aquello, se llevó mis nudillos a la mejilla y le dio la espalda al vicario. Más de uno tomó aire con fuerza en la Gran Heliosfera, pero nadie se atrevió a levantar la voz contra el nuevo emperador Tyrus von Domitrian. Cuando descendió conmigo y dejó atrás al vicario, en el sitio con su ampolla sin estrenar de aceite bendecido por la luz de las estrellas, los vítores surgieron y nos retumbaron en los oídos.

Grandílocuos y excedentes nos abrieron paso, y me sentí como si se me fuese a salir el corazón del pecho, porque era consciente de la importancia de lo que estaba haciendo Tyrus. No solo estaba dejando atrás a los helionistas, sino a todos aquellos fieles a las costumbres de antaño.

Al llegar a la puerta me desperté como quien sale de un sueño.

—Tyrus, ¿cómo podría salir esto adelante? —me volví hacia él—. Puedes

arriesgarte hasta cierto

punto siendo el nuevo emperador, pero este imperio no tolerará que te cases con una diabólica.

¡Incluso los excedentes me consideran una abominación!

—Estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio por la nueva era que deseo iniciar, Némesis —me respondió con una intensa mirada a los ojos—. Pero ese no. Tú no. *Tú jamás.*

Dijo Cygna una vez que el poder cambiaba en cierto modo a la gente. Mientras miraba a Tyrus, sentí el cosquilleo de un augurio que me recorría el cuerpo. Yo no podía saber qué nos aguardaba en los meses y años venideros, pero sí podía albergar la esperanza de que aquella astucia suya se mantuviera tan noble y tan pura como yo creía que era, o Tyrus tendría todos los mimbres del emperador más terrorífico.

Me atrajo entonces hacia él y me besó a plena vista de todos en la Gran Heliosfera.

Y la sensación de sus labios fue como debía: suaves y cálidos. Lo rodeé con los brazos, entrelazados; él, con su atuendo ceremonial; yo, con la ropa que pretendía llevar hasta mi muerte.

Hay quien podría decir de nosotros que éramos una pareja monstruosa, y estaría en lo cierto. Tyrus y yo éramos ambos escorpiones, a nuestra manera, criaturas peligrosas que cruzaban juntas el más

traicionero de los ríos. Y juntos podríamos picar... pero no nos hundiríamos.

Quizá los escorpiones fuesen los únicos capaces de salvarse los unos a los otros.

Fuera lo que fuese lo que nos deparara el futuro, siempre estaríamos los dos juntos por encima del resto del universo, y pobre de aquel que se atreviese a interponerse en nuestro camino.

Agradecimientos

Por alguna razón, siempre se me cuestan los agradecimientos. Con cada libro se vuelven más complicados, porque la cantidad de personas merecedoras de mi reconocimiento y mi gratitud no hace sino aumentar conforme va madurando mi carrera, y vivo con el pánico mortal de haberme dejado a alguien.

A Meredith Duran, porque además de ser una increíble hermana eres también la revisora más alucinante de mis manuscritos que jamás he tenido. Gracias por tu buena vista para la caracterización y tu instinto para lo que necesita un romance si quieres que sea atractivo. Sinceramente, no creo que *Diabólica* hubiese llegado hasta aquí sin ti. Al resto de mis seres más queridos: mamá, papá, Rob, Matt, Betsey, Stella, Madeleine, Grace y Sophia.

A mi agente, Holly Root: eres una maravilla. Has sido todo lo que por mi parte cabía esperar de una agente y una gran orientación cada vez que yo no estaba muy segura de lo que estaba pasando o de qué dirección tomar. Gracias por darme renovadas fuerzas. ¡¡Me muero de ganas de ver lo que nos aguarda en esta aventura juntas!! Continúo con la gente del área de literatura infantil y juvenil de Simon & Schuster: esto me supera. He conocido a tal serie de personas maravillosas, entusiastas y expertas que esta lista podría volverse peligrosamente larga y aun así me dejaría fuera a alguien importante. Algunos nombres: Stephanie Voros, Deane Norton, Alexa Pastor, Anne Zafian, Dorothy

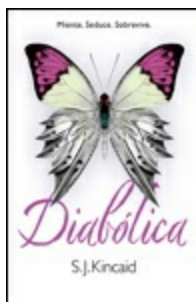
Gribbin, Chava Wolin, Chrissy Noh, KeriLee Horan, Katy Hershberger, Audrey Gibbons, Lucille Rettino, Michelle Leo, Betsy Bloom, Anthony Parisi, Candace McManus, Christina Pecorale, Gary Urda, Victor Iannone. Estoy segura de haberme dejado a alguien. Me limitaré a decir que, cuando he visto vuestras oficinas y me he sentado a trabajar con vosotros en mesas bien largas, todos me habéis dejado asombrada y muy agradecida por haber trabajado con vosotros en este libro. Debo destacar a Lizzy Bromley por esa cubierta tan increíble. Ahora, y muy importante: a Justin Chanda. Justin, cualquier autor sueña con trabajar con un editor como tú. Desde el primer día, tu entusiasmo, tu lucidez y tu pericia han resultado de un incalculable valor para mí. Aguardo con entusiasmo todo el trabajo que vamos a acometer juntos. A algunas otras personas del mundo editorial: a mis colegas autores de literatura juvenil, demasiados para nombrarlos aquí, que me han proporcionado su intuición, su compasión y su amistad durante todo este el

proceso. A Molly O'Neill, porque nos hemos hecho amigas, y porque estabas ahí al comienzo de mi carrera. Cuánto me alegro de seguir

siempre en contacto contigo. A Dana Spector, Barbara Poelle (¡gracias por ese toque que le diste a Justin!), y a todas editoriales de todo el mundo que han escogido esta obra. Y, por supuesto, gracias como siempre a David Dunton, Sarah Shumway, Laurel Symonds y al resto de la gente del mundillo editorial que ha pasado por mi carrera con anterioridad.

A mi gente de carne y hueso: a Judy y los Persoff, a Winnie y los Hatten, a Todd, a Barb y los Anticeviches. A diversos amigos, muchos de cuyos nombres se me pasará incluir aquí. Así, a bote pronto: Jackie, Leslie, Yae, Stephen, Abby, Tina, Heidi, Alice, Tim, Allison, Mark, Bryan, Amy. Una mención especial a David Bishop. Tal vez no acertase yo con aquel máster, pero tu orientación me ayudó a volver a encontrar mi senda. Gracias, ¡y espero ver lo que te aguarda en tu camino! A Robert

Graves, por escribir *Yo, Claudio* e inspirar la miniserie de la BBC que a su vez me inspiró a mí. Y por último, pero no por ello menos importante, a todos esos lectores, blogueros, bibliotecarios, profesores y librerías que respondieron a la saga *Insignia*. Gracias por vuestro entusiasmo, vuestro apoyo y todo el tiempo que habéis dedicado a leer mi trabajo. ¡Todo esto es posible gracias a vosotros!



***La reina roja* se mezcla con *Los juegos del hambre* en esta fascinante distopía. Una épica novela sobre lo que pasa cuando una joven diseñada genéticamente para ser el arma más mortal de la**

galaxia debe hacerse pasar por una aristócrata rehén de la corte imperial.

Una diabólica es implacable.

Una diabólica es letal.

Una diabólica tiene un solo fin:

matar para proteger a su dueño.

Némesis es una diabólica: un arma letal con aspecto humano. Ha sido creada para

proteger a Sidonia, la hija de un senador galáctico. Aunque se han criado juntas,

Némesis sabe que no pueden ser amigas ni iguales: su único propósito es defender a su dueña a vida o muerte.

Cuando el emperador se entera de que el padre de Sidonia está tramando una rebelión, la llama a la corte para tenerla de rehén. Solo hay una manera de protegerla: Némesis debe ir en su lugar y hacerse pasar por ella.

Rodeada de peligros, intrigas y traiciones, Némesis deberá ocultar quién es en realidad# justo cuando empieza a descubrirlo.

En el universo de Némesis todo es posible: el riesgo, la aventura, el peligro... incluso el amor.

Sobre la autora

S.J. Kincaid siempre quiso ser astronauta, pero su falta de habilidades matemáticas la llevaron a interesarse por la ciencia ficción. Su primera novela, *Insignia*, fue finalista del premio Waterstones.

Sus secuelas, *Vortex* y *Catalyst*, han recibido reseñas destacadas de *Kirkus Reviews* y *Booklist*. Ha vivido en California, Alabama, New Hampshire, Oregón, Chicago, y Escocia, y sigue sin dar signos de querer asentarse en ningún sitio.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *The Diabolic*

© 2016, S. J. Kincaid

Todos los derechos reservados

© 2016, Julio Hermoso Oliveras, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o usados de manera ficticia.

Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, lugares o hechos es una mera coincidencia.

ISBN ebook: 978-84-204-8554-6

Diseño de la cubierta: Adaptación a partir del diseño original de Lizzy Bromley para Simon & Schuster Ilustración de la cubierta: © There Is Studio

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de

Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Índice

[Diabólica](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

Créditos

Document Outline

- [Diabólica](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Cita](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)

- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Capítulo 48](#)
- [Capítulo 49](#)
- [Capítulo 50](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Créditos](#)